



Esther Alaudia

Operación Tejas Verdes



Esther Alaudia

Esther Alcudia

OPERACIÓN TEJAS VERDES

Título: *Operación Tejas verdes*

© 2023, Esther Alcudia

De la maquetación: 2023, RM Madera

Del diseño de la cubierta y del interior: Lucía Alcudia

Cubierta: Luce Monzant

Corrección: 2022, RM Madera

Primera edición: octubre, 2023

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«El mundo los llama cantantes, poetas, artistas y narradores de historias; pero son solo personas que nunca han olvidado el camino al país de las hadas».

Ana de las Tejas Verdes

PRÓLOGO

Está bien. Lo tengo asumido. Estoy atrapada entre cuatro paredes. Todo está demasiado oscuro. Percibo un fuerte olor a humedad y a... ¿ácido? Dios, sí, huele a huevos podridos. ¡Puaj! Eso solo puede ser ácido sulfúrico. No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrada, solo sé que tengo ganas de vomitar lo que sea que comí hace muchos días, teniendo en cuenta cómo me rugen las tripas. Me duele horrores la cabeza. Ahora lo recuerdo todo... O casi todo.

—¡Au! —me toco el pelo y está húmedo. Es sangre, aunque no puedo verla gracias a la oscuridad que hay en toda esta odiosa habitación que huele a bicho muerto. El dolor de cabeza es muy agudo.

Lo último que recuerdo es que estaba en la habitación con ese tío asqueroso, el que me pedía como acompañante todos los turnos y el que me sobaba el culo e intentaba todo lo demás. Su olor era casi peor que el que ahora mismo estoy sintiendo. Cuando intenté echarle los «polvitos mágicos», como cada noche, la puerta se abrió y solo recuerdo el sonido de ese cerdo cayendo al suelo. Después, fui a ver qué había pasado y un fuerte golpe en la cabeza me hizo perder el conocimiento.

Y ahora estoy aquí, atrapada en un zulo y sin saber quién me retiene. Mierda, solo sé que me muero de sed y que si no bebo pronto agua, no creo que resista más. Se puede estar sin comer durante días, pero sin beber agua, no. Además, necesito ir al baño.

Escucho cómo alguien está trasteando en una cocina o un almacén. No estoy segura. También oigo el ruido de coches, pero el sonido se percibe amortiguado. Creo que estoy en una planta subterránea. Por eso, aquí no hay luz.

«Piensa, Jackie, piensa. Tienes que salir de donde sea que estés».

De pronto, se abre una puerta y puedo ver unas escaleras. Lo sabía. Era más que obvio que estaba en un sótano. No podía ser de otra manera. Odio que la mayoría de las casas de este país tengan estos sótanos bajo la vivienda. ¿Acaso las hacen para tener un sitio donde retener a la gente que secuestran?

Alguien me ilumina la cara con una luz potente. Joder, me va a dejar ciega. Es la voz de un chico joven y creo que nunca lo había escuchado antes.

—¿Quién eres?! Y ¿qué quieres de mí?! —le grito al tipo que está intentando dejarme sin visión.

—¡Eso no te importa, zorra! Y respondiendo a tu segunda pregunta —siento cómo sonrío, aunque no pueda verlo debido a la luz cegadora que apunta a mi cara—, lo sabrás muy pronto. Por el momento, te he traído algo de comer y de beber, y si quieres hacer tus necesidades, ahí tienes un cubo que retiraré por la noche.

—Dime cuánto tiempo llevo aquí.

—El suficiente como para que te estén echando en falta y, también, para que pronto dejen de buscarte. ¡Pobre muñequita! Serás una más de las furcias que han estado aquí.

Se marcha lanzando una carcajada y dejando un plato con un trozo de pan y una plasta de judías que solo con el olor dan ganas de echar hasta la primera papilla. Pero estoy muerta de sed y, aunque la comida es de todo menos apetecible, necesito comer y recuperar fuerzas.

Necesito salir de aquí.

CAPÍTULO 1

MICHAEL

Cuatro meses antes.

—Venga, vamos. Ahí están. Y traen el maletín. —Salimos del coche y observo todo lo que hay a mi alrededor.

Encima del contenedor veo el reflejo que me indica que todo está preparado. Aparcado enfrente del local hay un coche. El interior está oscuro, pero acabo de ver un movimiento. Deben ser algunos de la banda, esperando una señal.

Acabamos de llegar al almacén. Se supone que en breve llegará El Tuerto Suárez y sus secuaces. Está oscuro y no se ve nada. Escucho un coche que se acerca despacio. Se bajan varios de ellos. Nosotros también nos bajamos.

—¡Qué hay! —Rony saluda al jefe y este levanta la barbilla, sin pronunciar palabra. Cara de cráter debería ser su nombre, por las marcas que tiene por todo el rostro— Aquí tienes la carta de Navidad. ¿Traes el regalo de Papá Noel?

—Y este, ¿quién diablos es? —El tipo me mira detenidamente y, por un momento, pienso que me ha descubierto, pero luego suelta una carcajada que me retumba en los oídos—. Tranquilo, Rony, estaba bromeando. Sé que si viene contigo, es de confianza. ¿O me equivoco?

—Ya te dije que era mi colega, del que te hablé y que fue el que consiguió el contacto que nos hacía falta.

—Ya. —El tipo no deja de mirarme, sin pronunciar palabra alguna, y temo que todo se vaya a la mierda—. Bueno, vamos al grano. Enséñame la carta.

Le lanzo el macuto con la mercancía. Lo coge al vuelo y sonrío cuando lo abre y ve el contenido. Después, se lo pasa al tipo que está a su lado y le indica con la cara que examine que está todo.

—Te toca —dice Rony.

—Tranqui, colega. Espera que lo examinemos, no querrás que Papá Noel se vaya sin comer sus galletas. —Sonríe y asoman tres dientes de oro que le iluminan su asquerosa cara.

Después de que su lameculos haya revisado los fajos de billetes, lo mira y asiente, dando su conformidad con lo que le hemos entregado.

—Está bien. Ahí la tenéis. Tratádmela bien.

Abre el portón trasero de la camioneta que tenía aparcada en la calle. Todos sonrían. Están satisfechos al mostrar toda la mercancía y, entonces, Rony se frota la oreja. Es la señal.

—Los conejos salen de su madriguera —me dice y, así, sorprendemos a toda la banda.

Los tipos que aguardaban en el coche son abordados por los agentes.

—¡Felicidades, Santa Claus! —Ruket se acerca a mí y me pasa las esposas—. Quedas detenido, Tuerto. Espero que te guste tu nuevo hogar. No se parece a la casita tan mona que tienes en Laponia —sonrío irónico ante la mirada asesina del Tuerto—, pero no está nada mal.

—¡Maldito cabrón! —Escupe al suelo, cerca de mi confidente—. Sabía que no eras de fiar. Esto no va a quedar así. No sabes dónde te has metido, Rony. Tengo contactos dentro y fuera del trullo. No olvides revisar tu casa cada vez que entres y salgas, porque allí estaré esperándote cuando menos te lo esperes.

—Calla y entra en el coche, que el trineo te espera. —Le bajo la cabeza y lo introduzco en el

coche.

—Esto no se queda así —amenaza, antes de entrar en el vehículo.

Oficialmente, ha acabado la misión encubierta. Llevo seis meses infiltrado en la banda de Rony, mi confidente. Lo hemos esposado y ha entrado en otro coche patrulla. Había que hacer pensar al Tuerto que él también había caído. Pero, aun así, habrá que darle protección, porque esta banda es una de las más peligrosas de San Francisco y siempre quedan flecos, aunque la cúpula esté desarticulada.

—Gracias, Rony. Todo ha salido bien —le digo cuando entro en el coche de policía. Le quito las esposas. Él sonríe aliviado. Ha habido momentos de mucha tensión.

A Rony lo conocí en la calle. Era un chaval, como tantos otros, que traficaba con droga. Cuando lo pillamos en una redada, sabía que estaba metido en un buen lío y le propusimos ser confidente para la policía. En concreto, yo le propuse que trabajara para mí.

Sabíamos que tenía contactos con la banda del Tuerto y era su oportunidad para conseguir un trato con nosotros a cambio de libertad vigilada y de que entrara en un programa de rehabilitación. No era el primer chico al que sacábamos de la calle. A veces, las personas nacen en un entorno en el que las malas decisiones están casi impuestas de nacimiento. Por desgracia, nació en una familia desestructurada. Ahora es un chico nuevo y está muy comprometido con el programa. En ocasiones, solo necesitas que alguien te tienda la mano y te dé una segunda oportunidad.

Llegamos a la estación de policía. Hay un gran revuelo. Hoy llegan los novatos, recién salidos de la academia.

—¡Ey, Michael! —Jason me sacude la cabeza—. ¡Dios, apesta! No me extraña que la misión saliera bien, estás hecho un asco.

—Hombre, gracias. —Me acerco a él e intento cogerle la cara—. Ven, cariño, que te he echado de menos.

—¡Aparta! Cuando te duches y te quites esa barba, te besaré —bromea—, pero hasta entonces, prefiero acercarme a las chicas nuevas. ¿Ya las has visto?

—¿De qué hablas, Jason?

—De las nuevas compañeras. Tendrías que verlas. —Me guiña un ojo y sonríe.

Jason es mi compañero y, también, mi mejor amigo. Entramos juntos hace ya siete años. Es buena persona y está muy comprometido con su trabajo. Su única debilidad: las mujeres. Creo que le gustan todas.

—Paso. Solo quiero irme a casa a darme una ducha caliente. Hace seis meses que no la piso. —Le doy una palmada en la espalda y me dirijo a la puerta—. Además, tengo que recoger a Sura.

—Esa peluda se ha hecho querer. Creo que la señora Roses no dejará que se la quites así como así.

—Hasta mañana, Jason. Voy a hacer el papeleo y me largo. Nos vemos.

Salgo a toda prisa y me dirijo a la máquina del café. Me saco uno solo.

«¡Dios!, ya no me acordaba de lo malo que estaba el café de aquí».

Por algo lo llaman el cucaracho. Más de uno ha visto a mis amigas, las cucarachas, tomándose un baño en el café. Llevo las manos ocupadas con la documentación y el vaso, que está ardiendo. Abro la puerta con mi trasero y, entonces, ¡plof! ¡A la mierda el café!

—¡Ay, perdona! —Alguien tropieza conmigo. Huele a vainilla y algodón de azúcar. Demasiado empalagoso.

—¡Mira por dónde vas! —Cuando levanto la mirada, veo unos ojos verdes que me miran intensamente. Es una chica pelirroja, con una larga trenza que le cuelga por la espalda. Lleva puesto el uniforme, por lo que, dado que no la había visto antes, deduzco que es una de las novatas. ¡Lo que me faltaba para terminar el día!—. Me imagino que eres una de las nuevas que vienen de la academia.

—Sí. Siento haberte tirado el café encima, pero tú también podrías mirar lo que hay detrás de las puertas, ¿no?

—A veces no merece la pena mirar, créeme. —Salgo de la estación hacia mi coche, con la camiseta llena de café y con peor pinta de la que traía. A lo mejor he sido un poco borde con la nueva, pero lo que menos soporto ahora es aguantar a una *niñita* recién salida del cascarón, o sea, de la academia de policía.

Media hora más tarde llego a casa. Acabo de recoger a Sura. Jason tenía razón. A la señora Roses le ha costado dejar que me la llevara. Mi amiga se hace querer. Le he prometido dejársela algún fin de semana. Es mi vecina y la conozco desde que llegué al edificio. Adora a los perros y estuvo encantada de hacerme el favor cuando se lo pedí.

Cuando por fin me he dado una ducha y me he quitado la barba que tenía, me ha costado reconocerme. Tuve que parecer un traficante para infiltrarme —hace ya seis meses— en la banda. Y eso pasaba por dejarme la barba. ¡Qué ganas tenía de quitármela! Tengo una semana de descanso y, después, habrá que ver qué nueva misión me es encomendada. No soporto el trabajo de oficina ni el patrullar por las calles. Prefiero la acción siempre que pueda.

Ahora lo que necesito es comerme la *superhamburguesa* que me acabo de preparar con todo y ver una peli.

—Toma, colega.

Le doy una patata con salsa de queso a Sura. La devora en cuanto cae en su boca. Ya sé que la he *malacostumbrado*, pero cuando la recogí del cubo de basura, hace ya seis años, estaba comiéndose los restos de una hamburguesa que habían tirado. La traje a casa, la bañé y le di de comer. Desde ese día, vivimos juntos. Es la mejor compañía que podía tener. La más fiel. Hace tiempo que no hay nadie más en casa. Solo Sura y yo.

Hace ya mucho que es la única chica que me soporta.

Esa es la verdad.

CAPÍTULO 2

JACKIE

Estupendo. Primer día de curro y me topo con el tío más idiota de toda la oficina. La culpa la tiene él por ir por la vida como si estuviera solo. ¡Tremendo amargado!

—Jackie, ¿ya estás en casa?

—Sí, abuela. Acabo de llegar.

—¿Y vienes hablando sola? ¿Cómo te fue el primer día de trabajo? —Mi abuela Helen se acerca, limpiándose las manos en un paño de cocina que se coloca en el delantal, y me da un «beso de abuela» en la cara.

Esos besos solo lo dan ellas: las abuelas. Bueno, en realidad, yo solo he conocido sus besos. Mi madre, que también era su hija, nos abandonó a mí y a mi padre cuando yo tenía siete años. Ni siquiera tuvo el valor de despedirse. Tan solo dejó un sobre rosa en mi cama con una carta en la que me decía que me quería mucho, pero que el papel de madre se le había hecho demasiado grande y que no soportaba ni un día más estar en casa. Así desapareció una mañana de abril. Mi padre nunca lo superó y vivió como alma en pena el resto de su vida. En lugar de atender a una niña de siete años, que además le resultaba molesta, prefirió pasar sus días y sus noches en la barra del bar. Entonces, mi abuela se hizo cargo de mí.

Ella ha sido como mi madre.

Era la que me hacía las trenzas por la mañana antes de ir al colegio. La que me consolaba cuando los niños de la clase se metían con la «pelo calabaza». Ese fue el mote que me pusieron. Yo era la única niña con el pelo color naranja y la cara llena de pecas. Mi abuela me hacía los disfraces para el festival de fin de curso. Y también era la que me tapaba con la manta todas las noches después de leerme un cuento. A ella le conté mi primer beso con el chico que me gustaba del barrio y con ella lloré cuando descubrí que mi novio me la pegaba con mi mejor amiga: Alice. Así se llamaba. Éramos como hermanas y jamás imaginé que aquel día, cuando fui a llevarle la camiseta que tanto le había gustado de la tienda, encontraría a mi novio en su casa. Por sus caras de sorpresa adiviné lo que estaba pasando. Bueno, también ayudó el hecho de que él tuviera la camisa con los botones mal abrochados y ella la falda del revés. Aquel día, perdí a la vez a dos de las personas que más quería.

Por todo esto y por mucho más, mi abuela ha sido todo para mí.

—Abuela, has hecho lasaña. ¡Qué rica!

—Claro, suponía que ibas a traer mucha hambre. No me has dicho cómo te ha ido en tu primer día —dice mientras me sirve un trozo enorme de lasaña.

—Bien, abuela... imagino.

—¿Solo bien? —Me mira, esperando que yo le cuente más cosas.

—Sí, bueno, he conocido a mis compañeros. Todos los que hemos superado las pruebas de la academia y... algún imbécil. Eso también.

—¿Y eso?

—Un tipo con mala cara y peor genio. Pensé que era un detenido, por las pintas que llevaba. —Mi abuela me está mirando con cara rara—. Después, me ha dicho una compañera que era un agente que acababa de terminar una misión encubierta y estaba mimetizado con la banda a la que estaban siguiendo, según lo que había oído decir a un grupo de policías.

—¡Ah! ¡qué interesante! Pero, bueno, supongo que el chico tendría un mal día.

—Lo que tiene son muy malas pulgas y un carácter de mil demonios. —Suspiro—. Pero, vamos, que no ha conseguido amargarme el día.

—Ya. —Mi abuela me mira por encima de las gafas y sé que no me cree ni una sola palabra.

Y lo cierto es que el tipo ha sido un auténtico impresentable y ha conseguido amargarme, aunque a mi abuela no se lo haya reconocido. Pero solo un poco. Que no se crea que yo voy a perder ni un minuto más de mi tiempo en pensar en él.

Intento dormir, pero es del todo imposible, porque me han pasado demasiadas cosas hoy. Nos asignaron a los compañeros con los que vamos a patrullar. Yo lo haré con el agente Smith. Es un veterano. Lleva más de treinta años en el cuerpo y sé que aprenderé mucho de él. Y, para terminar el día, le estampé el café encima a alguien que... Me vienen a la cabeza cada una de las palabras que me ha dicho y me da una rabia terrible. Pues sí, pienso que se merecía ir todavía más sucio de lo que ya iba.



Son las seis de la mañana y me suena el despertador. Tengo ganas de llegar a la estación y empezar con la patrulla. Después de veintiuna semanas de entrenamiento en la academia, ya era hora de aplicar sobre el terreno todos los conocimientos. Me tomo un café y salgo a toda prisa. Llego al trabajo en quince minutos.

—Hola, Jackie. —Laurie se acerca. Es una de las nuevas, como yo. Nos conocemos de la academia. Desde el principio me pareció simpática. Tiene el pelo corto, rubio e, inevitablemente, la primera vez que la vi me recordó a mi amiga Alice. Y, aunque no conservo buenos recuerdos de ella, porque me la jugó con mi novio, en el fondo fuimos muy buenas amigas durante mucho tiempo.

—Hola, Laurie. ¿Qué tal te va?

—Bien, bien, estoy nerviosa. ¿Con quién sales a patrullar?

—Con el Agente Smith. Eso creo.

—A mí me toca con la Agente Robin. Me han dicho que es un poco borde, pero, bueno, no me importa. —Sonríe y entramos en la sala de reuniones.

Allí estamos todos. Nuevos y veteranos. Los primeros atentos a todo y asustados por no dar la talla, y los segundos mirando con ojos condescendientes.

El jefe de policía se coloca detrás del atril y comienza a dar las instrucciones. Nos dice que hay una serie de robos por todo San Francisco. Por lo visto, es una banda que se dedica a atracar a mano armada en las gasolineras de la zona. Siguen el mismo *modus operandi*. Nos asignan a algunos de nosotros la vigilancia de las que todavía no han sido asaltadas.

—¿Eres Woods? —Se me acerca un agente mayor, que imagino que será Smith. Mi supervisor. Asiento y sale por la puerta—. Vamos, llegamos tarde.

—Sí, sí, claro. Soy Jackie. ¿Eres Robert? —Me mira con cara de pocos amigos—. Disculpe, quería decir, agente Smith.

—Sí, ese mismo. Tu instructor las próximas cuatro semanas.

Me lanza las llaves y nos metemos en el coche patrulla. Deduzco que conduzco yo. Vale. Perfecto. Me gusta conducir.

Recorremos la ciudad. Es un tipo un tanto raro, la verdad, y eso que «el borde» le había tocado a Laurie. Aunque tendré que acostumbrarme a llamarla agente Peters. Está claro que aquí no se tutea nadie.

—Y dime, Woods, ¿qué te hizo querer ser policía? —me dice, después de un buen rato en que

solo he hablado yo.

—Supongo que lo que a todos: servir y proteger. Ese es nuestro lema.

—Esa es la teoría. Veremos cómo la aplicas, Woods.

Paramos a tomar un café en el quiosco ambulante que hay cerca de la estación, después de una mañana que ha resultado ser bastante tranquila. Ayudamos a unos niños a la salida del colegio y a una anciana que se había quedado atrapada en su casa, y poco más. La verdad es que creía que habría más acción, pero no ha sido así.

Cuando termino mi turno, decido acompañar a los chicos al bar de Molly. Allí se reúne el cuerpo de policía al completo. Vamos Laurie y yo, y nos acompañan Leah y Nick. Son dos compañeros nuevos como nosotros. Allí, en el bar, no hay diferencia de rango ni de antigüedad. Allí somos todos iguales, los nuevos y los viejos. Policías fuera de servicio.

—¿Qué tal os ha ido? —nos dice Leah a Laurie y a mí cuando llegamos a la barra.

—Aburrido —digo, tomando un trago de la botella de cerveza que nos acaba de poner el camarero—. Esperaba más acción, no sé.

—Ya, bueno, supongo que habrá días y días. Nosotros detuvimos a un tipo que estaba amenazando a un tendero, apuntándolo con una pistola. —Todos escuchamos atentos a Nick que nos relata cómo fue la detención—. Habíamos recibido un aviso del sistema de alarma y, por suerte, estábamos a dos manzanas del lugar.

Y escuchándolo hablar, me doy cuenta de que su jornada ha sido mucho más excitante que la mía. En fin, como él dice, habrá días y días. Llega un grupo de tres chicos que deben de ser también polis. Le pregunto a mi compañera si sabe quiénes son.

—Aquel es el agente García. —Laurie alza la cara y señala con la mirada al chico de pelo oscuro y ojos negros.

—¿Quién es? —pregunto curiosa, sin dejar de observarlo. Lo miro y me resulta familiar, pero no consigo adivinar de dónde lo conozco.

—Se llama Michael —aclarar Laurie—. Es el que llevaba en una misión encubierta seis meses y ayer, por fin, detuvieron a todos los cabecillas de la banda. Era una de las más buscadas de San Francisco desde hacía bastante tiempo.

No me lo puedo creer. Ese es el tipo al que ayer eché el café encima cuando llegamos a la estación. Por un momento no lo he reconocido. Sin la barba y limpio, la verdad es que parece otro, aunque sigue teniendo cara de engreído y arrogante. De pronto, como si supiera que están hablando de él, veo cómo sus ojos se dirigen hacia mí y yo dejo de mirarlo. No sé por qué he hecho tal cosa, pero me ha resultado intimidante esa mirada tan penetrante.

—No deja de observarte, Jackie —me dice mi compañera, al ver que no me quita el ojo de encima. No lo estoy mirando, pero sé que él a mí sí, porque siento sus ojos clavados en mi espalda.

—Ya, supongo que tuvimos un primer encuentro un poco desagradable.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque, sin querer, le tiré el café encima. No tengo la culpa de que vaya por la vida sin saber por dónde va. Y, además, fue de lo más borde.

—No sé si es borde, pero lo que sí me parece es que es muy descarado. No deja de mirarte.

—Paso de engreídos como él. Ya he conocido a todos los que me tocaba en esta vida. —Sonrío y ella me imita.

Pasamos un buen rato allí. Nos hemos tomado unas cuantas cervezas y hemos conocido a muchos compañeros. Todos muy agradables, ofreciéndonos ayuda a los nuevos. La mayoría han

sido simpáticos, salvo uno que no ha dejado de analizarme en toda la noche.

Cuando llego a casa, mi abuela está dormida en el sofá. Se ha dejado la televisión encendida.

—Abuela, despierta. Es tarde —susurro cerca de ella. Le rozo suavemente la mano y ella abre los ojos. Me regala una dulce sonrisa.

—Ya estás aquí. Llegas muy tarde. Tendrás hambre.

—No te preocupes. Ya he cenado. Acuéstate. Estás cansada. —La sujeto del brazo y la acompaño a su habitación—. Descansa, abuela.

—Tú también, cariño. Debes de estar rendida.

Cuando me acuesto en la cama, caigo como una marmota. El día no ha sido emocionante, pero he aprendido bastante para ser el primero y esta noche me he sentido muy a gusto con los colegas de la estación.

Al menos, con la mayoría de ellos.

Mañana será otro día.

CAPÍTULO 3

MICHAEL

Lunes, diecinueve de junio. Hace una semana que acabamos con la banda del Tuerto y ya tengo ganas de acción. Estos días en casa se me han hecho eternos. Ya sé que vivo por y para el trabajo, pero cuando no tienes nada más interesante que hacer en la vida, es un consuelo que tu trabajo te llene tanto como a mí el mío.

Antes de llegar a la comisaría debo de hacer una parada que he retrasado demasiado tiempo debido a la misión.

—Hola, mamá. Perdóname por no haber venido a verte en estos seis meses. He estado ocupado fuera de casa. Te he traído un ramo de violetas, tus preferidas. Ya sabes que también son las mías, porque llevan tu nombre. Siempre tengo en casa un ramo como este. —Lo coloco encima de su tumba y quitó las que puse hace ya tantos meses, que están demasiado marchitas—. Hoy empiezo de nuevo a trabajar. Te echo de menos.

Me quedo un rato en silencio. Solo pienso que la vida no es justa.

¿Por qué siempre tiene que marcharse la gente buena?

¿Por qué no pueden seguir haciendo el bien aquí, entre las personas que las quieren?

Cojo mi moto y me voy a la estación de policía. Suerte que en esta ciudad esté prohibido enterrar a nadie dentro de sus límites. Según dicen, es para aprovechar el espacio de la ciudad. Adoro recorrer las calles de San Francisco subido a mi Harley-Davidson. Odio el tráfico. Escabullirme a toda velocidad en mi moto me da la energía que necesito todas las mañanas, aunque a veces desafíe a la muerte.

Al llegar, cerca de la máquina de café, hay varios compañeros y algunos de ellos no los he visto nunca. Son los nuevos. Sí, no hay duda de que son ellos. Allí veo a la pelirroja que me echó el café encima el día que vine de la misión. Y la misma que vi al día siguiente en el bar de Molly. Sin uniforme y con el pelo suelto, apenas la reconocí.

Veo el cuadrante y compruebo que ya han asignado las nuevas a los más veteranos. ¡Menos mal!, porque no hubiera soportado hacer de «niñero» de una de ellas, por muy atractiva que me parezca la novata con ese pelo tan rojo y esa cara dulce. Además, tiene pinta de asustarse con una mosca.

—Michael, ¡ya era hora de que te incorporaras! —Ruket se acerca a mí y me da un golpe en la espalda—. Se te acabó el chollo, colega.

—Sí, ya estaba impaciente por volver. La verdad es que la misión se estaba alargando demasiado y temía que todo se fuera al traste. ¿Qué tal por aquí?

—Bueno, ya sabes, un poco de todo.

El jefe Duke entra en la sala de reuniones y cierra tras de sí. Comienza a hablar.

—Buenos días, agentes. Veo que ya tenemos de vuelta al inspector...

Interrumpe la palabra y la puerta se abre. Todo el mundo guarda silencio y solo se escucha el portazo al cerrarse. Y, cómo no, es la pelirroja. Llega tarde. Lo que digo: me niego a ser el que las cuide como si fuera su «papaíto».

El jefe la mira con mala cara y ella se sienta, mirando al suelo avergonzada.

«Esto no es la academia. Esto es la realidad, niña».

Veo que he pensado en voz alta, porque Jason me mira y sonrío.

—Como iba diciendo —continúa el jefe—, inspector García, te doy la bienvenida de nuevo a

la unidad. Tú y todos los agentes habéis hecho un buen trabajo.

—Gracias, jefe. Fue cosa de equipo y todo salió bien.

Todos aplauden y yo, inevitablemente, miro a la pelirroja, que no me quita el ojo de encima.

Cuando termina la reunión, salimos y los agentes de calle salen a patrullar. Yo me dirijo a la oficina del jefe. Estoy deseando que me diga cuál será mi nueva misión. Pertenecer al grupo de inteligencia me llena por completo. Desde que entré aquí quise estar de este lado.

—Entra, Michael. Siéntate, por favor.

—Gracias. ¿Y bien? —le digo impaciente, al sentarme frente a él—. Dime cuál es la siguiente.

—Bien. Mañana viene el grupo especial de Washington. Es sobre el caso que los tuvo en vilo hace un año, ¿te acuerdas?

—Sí, claro. Recuerdo que nunca pudieron resolverlo. Si la memoria no me falla, era una red que engañaba a chicas extranjeras ofreciéndoles un trabajo aquí, en Estados Unidos.

—Exacto. Parece que ahora han trasladado su negocio a San Francisco.

—Y supongo que los compañeros de Washington vienen a traer todo el material del que disponen.

—Así es.

—Estoy preparado. Dime qué tengo que hacer.

—Michael, sé que tú siempre lo estás. —Me mira y no me gusta cómo lo hace, porque sé que no está de acuerdo—. Pero acabas de salir de una misión que ha durado demasiado y no creo que debas entrar en esta.

—De eso nada. Te repito que estoy preparado, Duke.

—De todas formas, estamos todavía montando el operativo. Puedes tomarte el día libre.

—Me niego, jefe. Ya me conoces y no puedo estar un día más en mi casa.

—Está bien. Pues, entonces, toma, esta es toda la documentación que disponemos del caso. —Me tiende un bloc lleno de nombres y fotos.

Examino todo y veo las imágenes. Parece que tienen una cadena de bares que les sirven de tapadera. Allí hacen todos los negocios.

—Disculpe, señor. —La puerta se abre y entran al despacho—. ¿Tiene un segundo?

—Adelante, Moore, ¿qué ocurre? —Se acerca más a él y le susurra demasiado bajo para que yo pueda oírlo—. ¿Quién no puede?

—Se trata del agente Smith, ha llamado su mujer. Parece que se encontraba mal y han tenido que ir al hospital.

—De acuerdo. Ahora salgo. Gracias, Moore.

El jefe me mira. No me gusta. Cuando lo hace así, es para pedirme un favor, porque sabe que lo es.

—Ni se te ocurra. —Niego con la cabeza, porque sé lo que me va a pedir. Smith era uno de los supervisores asignados a los nuevos y está enfermo—. Ni de coña, Duke.

—Vamos, Michael. Hasta mañana no empezaremos a preparar el caso. —Vuelvo a negar con la cabeza, pero él continúa con su argumentación—. Además, así se te pasará el día volando. No puedo dejar a uno de los nuevos con cualquiera, lo sabes.

Y sé que es cierto. Cuando salen de la academia están demasiado verdes para salir a la calle solos, aunque, a veces, te sorprende más de uno. Al final no tengo más remedio que aceptar y convertirme en lo que dije que no haría: un puto niño.

Cuando llego al pasillo, no puedo creer que sea cierto y que Smith estuviera con ella. Con la

pelirroja. Moore me dice que, efectivamente, es a quien tendré que supervisar el día de hoy.

—¿Eres la agente Wood? —le digo en tono serio, acercándome a ella, que se gira cuando escucha mi voz.

—Sí, soy yo. Estoy esperando a Robert. Bueno, al agente Smith —me aclara. Seguro que eso fue lo que le dijo el primer día cuando llegó. A mí me hizo lo mismo. Es su manera de marcar distancias con el nuevo, aunque, después, te das cuenta de que es solo fachada.

—Me temo que no va a venir. Se encuentra mal. Yo lo sustituiré.

—¡Ah!, vaya —me dice, con gesto de decepción.

—Vamos. Tomaremos café por el camino. —Salimos de la estación y veo que esboza una ligera sonrisa cuando hago el comentario del café. Reconozco que fui un poco borde con ella el primer día—. Toma las llaves. Conduces tú.

—De acuerdo, por cierto, mi nombre es Jackie —comenta, cuando nos subimos al coche y arranca el motor—. Aunque aquí soy la agente Woods.

Me hace sonreír, aunque trato de disimularlo ante ella.

—Yo soy Michael. El inspector García si lo prefieres. A mí no me gustan tanto las formalidades como a Smith.

—Pues me alegro. A mí tampoco.

Empezamos a patrullar y la observo. No me había fijado bien las veces que la había visto, pero me doy cuenta de que tiene el rostro completamente lleno de pecas y los labios son de un rosa intenso. Parece una niña traviesa. La imagino sentada en el pupitre del colegio, con dos largas trenzas, perfectamente peinadas con lazos en las puntas. Lleva el mismo perfume que tenía el día que la conocí y no puede ser más empalagoso. Supongo que ella también lo será.

—He oído que has estado en una misión encubierta —me dice cuando bajamos del coche y comenzamos a caminar por la calle en busca del café—. Me imagino que ha debido de ser muy emocionante.

—Bueno, quitando el hecho de vivir durante seis meses entre delincuentes y jugarle la vida cada minuto... —Me mira sorprendida por mi respuesta—. Supongo que sí.

—Ya, me imagino. Pero también es verdad que el fin que se busca debe de motivarte todo ese tiempo.

—Sí, así es. Poder atrapar a esos malnacidos ha sido toda una satisfacción.

Ella calla mientras nos tomamos el café. Está pensativa.

—Y dime, Jackie, ¿siempre quisiste ser policía?

—Bueno, no siempre. —Se calla por un momento y luego continúa hablando—: Digamos que sentí la necesidad cuando era pequeña. Me di cuenta de que en las calles había que ser fuerte.

La verdad es que me sorprende lo que me dice. Imaginé que era la típica niña de papá que quería demostrar que es algo más que una cara bonita. ¡Vaya, no sé por qué he pensado tal cosa! Aunque lo cierto es que sí que tiene una cara bonita, muy bonita, pero no deja de ser una niña que, sinceramente, no creo que aguante mucho en el cuerpo. Parece una muñequita de porcelana que en cualquier momento se va a romper. Está claro que no conoce lo que hay en las calles.

—Y si no es mucho preguntar: ¿qué fue lo que te ocurrió para que decidieras ser policía? —me atrevo a preguntarle, a pesar de que puede ser un tema del que no quiera hablar.

—Ocurrió hace muchos años. —Suspira y pienso que, tal vez, no debería haberle preguntado algo tan íntimo cuando me acaba de conocer—. Mi vecina Lorraine y yo volvíamos del centro comercial y fuimos asaltadas cuando pasábamos por una calle que estaba poco transitada.

—Vaya.

—Sí, ocurrió hace bastante tiempo. Teníamos dieciséis años. Dos tipos intentaron robarnos el bolso y nosotras nos resistimos. Yo me defendí porque tenía algunos conocimientos de defensa personal. —La veo con los ojos un poco aguados, no obstante, ella continúa—: Pero... Lorraine, no.

—Imagino que debisteis de pasar un buen susto.

—Lo fue. Uno de los tipos llevaba un arma y ella cayó al suelo cuando fue herida. —No doy crédito a lo que estoy escuchando, pero no le digo nada y dejo que continúe—: Yo intenté correr detrás de los tipos, pero huyeron. Cuando llegó la ambulancia, no pudieron hacer nada por ella. Lorraine murió. Y digamos que... decidí que iría a por los malos. —Sonríe con tristeza en los ojos.

Me quedo sin palabras. Está claro que me equivoqué con ella. Los prejuicios que a veces tenemos frente a desconocidos, en muchas ocasiones, son erróneos y la apariencia de las personas engaña. Sí, es cierto que Jackie tiene pinta de chica frágil, pero por lo que me ha contado está claro que tiene agallas. Tan joven supo enfrentarse a los delincuentes. Incluso, tuvo la valentía de salir tras ellos.

—Lo siento. Quizás no querías contarme algo tan doloroso para ti.

—No te preocupes. Creo que empezamos con mal pie el día que nos conocimos. —Me mira con una leve sonrisa—. Pero algo en ti me infunde confianza, por eso te lo he contado. Bueno, y también porque tú me lo has preguntado directamente.

—La verdad es que tenía una imagen diferente de ti. Y, bueno, no te conozco, por lo que no debería haberte prejuzgado. Lo siento.

La miro y ella me devuelve la mirada. Tiene unos ojos de un verde intenso que a la luz del sol todavía se ven más brillantes. Por un momento, me quedo paralizado y sin palabras.

Suena la radio del coche.

—Sí, estamos por la zona. Enseguida vamos —contesto, cuando nos montamos en el coche patrulla, después de recibir un aviso.

Hay un tipo dentro de una casa, que se ha atrincherado y tiene como rehén a su mujer y a su hijo. Llegamos al lugar y conseguimos entrar por la ventana. Le hago señales a la agente Woods para que me siga. Ella me toca el hombro y compruebo que en la academia los siguen enseñando bien. A veces, muchos de los novatos, al principio, no dan pie con bola. Vemos cómo el tipo está con el arma, cogiendo por el cuello a su mujer. Su hijo se ve asustado en un rincón. Despacio, vamos entrando y lo sorprendemos por detrás. Entonces, sin esperar a que yo le indique nada, mi compañera se abalanza sobre él y le hace una llave, tirándolo al suelo casi sin que se le mueva ni un pelo de la cabeza. Me ha sorprendido, la verdad. Bueno, en realidad, no solo yo me he quedado impactado, también lo están la mujer y el niño al verla en acción.

Al final, va a ser verdad que las apariencias engañan.

CAPÍTULO 4

JACKIE

Cuando he visto al tipo cómo la tenía cogida del cuello, no lo he pensado. Soy demasiado impulsiva y no me gusta esperar, porque sí, también soy impaciente. El niño estaba atemorizado y llevaban demasiado tiempo sufriendo. Un niño no debería presenciar algo así. Tenía que actuar. Después vinieron los refuerzos, aunque ya el hombre estaba inmovilizado. Ahora tenemos que seguir patrullando hasta el próximo aviso. Por fin, un poco de acción. No me hice policía para dar paseítos por la ciudad. Me hice poli para encerrar a los delincuentes y hacer que la gente viva un poco más segura por las calles de San Francisco.

—¿Qué coño ha sido eso?! —me grita mi supervisor de hoy cuando entramos en el coche patrulla.

—¿Perdona?

Abro los ojos todo lo que me dan de sí y pongo las palmas de las manos en señal de no entender nada de lo que me dice.

—Ya me has oído. Te pregunto por qué demonios has hecho eso.

—Te refieres a ¿por qué he puesto a ese tipo, que, por cierto, no sé si lo has visto pero tenía un cuchillo a punto de clavarlo en el cuello de su mujer —ironizo—, contra el suelo?

—Sí, eso mismo. Tenías que esperar a mi señal. En la calle, yo soy tu responsable. ¿Me has entendido?! —grita todavía más fuerte, por lo que entiendo que la tregua entre nosotros, de hace un rato, se ha esfumado—. Tú actúas cuando yo te diga que lo hagas.

—Lo siento, pero no he podido evitarlo. Y lo volvería a hacer si se me diera el caso. —Alzo una ceja y levanto la barbilla.

—Esto es increíble. Solo llevas un día en las calles y ¿te atreves a decirme que lo volverías a hacer?

—Eso he dicho. —Mi cara es muy seria, aunque por dentro esté pensando que me estoy excediendo. Al fin y al cabo, este engreído es mi superior y tengo que obedecerlo, pero he de ser sincera—. Haz lo que tengas que hacer y comunícalo a quien tengas que comunicarlo. Yo soy así. —Y esas son mis últimas palabras.

El agente García me mira con tanta rabia en los ojos y su mirada es tan asesina que, sinceramente, da hasta miedo, pero yo no pienso arrepentirme de haber evitado una desgracia en esa casa. ¿Cuánto tiempo le íbamos a dar a ese malnacido? ¿No había tenido ya suficiente?

El resto del trayecto vamos callados. De vez en cuando, lo miro de reojo y veo que tiene el entrecejo arrugado, sin quitar la vista de la carretera.

Al final, salvo la entrada en aquella casa, el día ha sido bastante aburrido. A ver, que no es que esté deseando que pase algo o, peor aún, a alguien, pero sé que en cualquier calle alguna persona está siendo amenazada, secuestrada, drogada e incluso herida de muerte. Inevitablemente, pienso en mi amiga Lorraine y el corazón se me encoge. Tenía toda la vida por delante y se la arrebataron, cuando su asesino debería haber estado entre rejas.

Ha terminado la jornada y el agente García no ha vuelto a dirigirme la palabra en todo el día. Supongo que cuando lleguemos a la estación lo primero que hará será dar parte de lo que ha pasado al jefe e, igual, puede que me suspendan algunos días del servicio. Es evidente que se me ha ido la lengua con él. Y eso no tiene otro nombre que insubordinación, pero es que yo soy así. Mi abuela Helen siempre dice que soy demasiado impulsiva y que debo pensar las cosas antes de

hacerlas o decirlas, pero por más que lo he intentado, no lo he conseguido. Y, sinceramente, no creo que a mis veintidós años lo consiga.

Me atenderé a las consecuencias.

Cuando llegamos a la estación, hay un gran revuelo. Laurie viene a mi encuentro cuando termino de hacer el papeleo del día. Al parecer, han venido un grupo de inteligencia de Washington. Según me cuenta, están detrás de un grupo de criminales muy peligrosos.

—Tía, dicen que es una red mundial y que actualmente está operando en San Francisco —me dice mi compañera cuando estoy guardando las esposas y la pistola en mi taquilla.

—Ya me contarás cómo va todo con ese asunto. Creo que estaré algunos días suspendida del servicio. —Cierro con fuerza la taquilla y doy la vuelta de mala gana a la llave.

—¿Y por qué habrían de suspenderte? ¿Ha pasado algo?

—Bueno, digamos que no he seguido las normas de mi superior —le comento cuando salimos del vestuario mientras ella me mira intrigada.

—¿Qué has hecho, Jackie?

—Vamos, te invito a unas cervezas y te lo cuento. ¿Te apuntas?

Ella asiente y juntas salimos de la estación. Antes de atravesar la puerta, noto que alguien me está mirando. Es el inspector García. Me está observando. Cuando nuestras miradas se encuentran, él me hace el saludo militar y sonríe. Imagino que estará satisfecho de haberle contado al jefe todo lo que ha sucedido esta mañana. En fin, ya se sabe, causa-efecto, así que...

«Afronta las consecuencias de tus actos, Jackie», me censuro a mí misma.

Termino la noche en el bar de Molly, con todos los demás, riéndonos y contando lo que hemos hecho en nuestro segundo día de servicio.

Espero que mañana —o cuando sea que vuelva si es que me suspenden—, regrese el agente Smith. No soportaría salir otra vez con el «simpático» del inspector García. Y eso que habíamos empezado el día bien.

Hasta pensé que nuestro pésimo primer encuentro había quedado aparcado, pero está claro que era solo una ilusión que solo estaba en mi cabeza.

CAPÍTULO 5

MICHAEL

—Como sigas dándole así de fuerte, lo vas a romper, colega.

—Necesito descargar tensión —le digo a Jason, antes de propinarle otro golpe al saco de boxeo—. El día de ayer me llevó al límite.

—No me negarás que la tía los tiene bien puestos. —Mi amigo se ríe mientras sigue haciendo flexiones.

Hemos venido al gimnasio antes de ir a la comisaría y le he contado lo que pasó ayer con la agente Woods. Y la verdad es que sí, que no me esperaba ese tipo de contestación. Bueno, eso, y que tampoco estoy acostumbrado a que una recién llegada me diga que va a hacer lo que le salga de las narices, pasando por encima de mí. ¡Qué demonios!

—A ver, Jason, que yo era ayer su superior. Y tiene los santos cojones de decirme en mi cara que le da igual lo que yo le diga. —Sonríe, pero al ver que lo miro muy serio, intenta ocultar su risa.

—Hablemos con propiedad, Michael. Cojones, cojones, no creo que tenga. —Vuelve a reírse —. Será insubordinada y todo lo que tú quieras, pero buena está un rato, ¿no me lo negarás?

—Eso no tiene nada que ver. Y ¿qué? Sí, puede que esté buena, pero no le voy a permitir, ni a ella ni a nadie, que pase por encima de mí. De ninguna manera.

—Pues a mí no me importaría que pasara por encima de mí y, de paso, que se quedara un rato. Creo que lo pasaríamos muy bien los dos.

—Lo tuyo no tiene remedio, Jason, de verdad. Creo que deberías hacértelo mirar.

Y, aunque somos amigos y estoy acostumbrado a escucharlo hablar así, no sé por qué, pero no me ha gustado la manera en que ha hablado de ella. Al fin y al cabo, nunca me ha gustado mezclar la vida personal con la profesional, pero está claro que eso es algo que no entra dentro de la cabeza de Jason.

—No, ahora en serio. Y si tanto te ha jodido, ¿por qué no se lo has dicho al jefe? Ya sabes que él tiene predilección por ti. Creo que, como poco, la habrían suspendido una semana del servicio. Es lo mínimo por actuar a espaldas de su superior y, más, en su segundo día.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea, Jason.

Claro que sé por qué no lo hice. Y en el fondo, por mucho que me jodiera que no acatara mis órdenes, lo que hizo fue increíble. Cuando la vi cómo manejaba la situación y la rapidez con la que actuó, me quedé impresionado, pero también es cierto que aquel tío podría haberla atacado. Es una novata que solo sabe la teoría, pero de práctica no tiene ni puta idea. Ser impulsivo es una de las cualidades que menos ayudan a un policía. Es cierto que es valiente. De eso no cabe duda, pero no, definitivamente, esa manera de ser lo único que le traerá serán problemas.

—Pues porque no pienso patrullar más con ella. Seguramente, le asignen a otro de los veteranos si Robert sigue hospitalizado —le digo finalmente—. Además, le dejo a otro el placer de chivarse al jefe. No es mi guerra. Me importa un comino lo que dure en el cuerpo.

Jason me mira con una sonrisa en la cara. Y esa expresión la conozco muy bien. No se cree ni una sola palabra de lo que le digo.

—Si tú lo dices.

—Así es. —Lo empujo hacia delante— Venga, vamos. Tomemos café antes de entrar.

Los dos nos vamos al bar a desayunar. Estoy ansioso por ver a Duke y que me cuente de qué

va la nueva misión.

Media hora más tarde, entramos en la estación y, de manera inconsciente, busco a la que ayer me sacó de mis casillas. A lo lejos, entre un grupo de nuevos, la veo. Es difícil no ver su pelo rojo, porque resalta entre todos los demás. Y como si la hubiera atraído con mi mente, se gira hacia mi dirección y, al cruzar nuestras miradas, siento algo que ignoraba que podría volver a sentir. Pero enseguida retiro la vista y me dirijo con rapidez al despacho del jefe. Debo concentrar todos mis esfuerzos en la nueva misión y dejar de perder el tiempo en una novata, con aires de princesa guerrera, a la que le queda mucho por aprender todavía.

Cuando llego, hay cinco agentes que no conozco, por lo que intuyo que serán los compañeros de inteligencia de Washington.

Tras los respectivos saludos, comenzamos a hablar del nuevo operativo. Se trata, como ya me había dicho Duke, de una organización criminal que opera prácticamente por todos los Estados Unidos y Latinoamérica. Hay varios clubes de noche que hacen las veces de tapadera de su verdadero negocio: tráfico de drogas y trata de blancas. Mujeres, víctimas de engaños, que son trasladadas desde sus países para someterlas a explotación sexual. La mayoría vendidas para redes de prostitución, con la promesa de un trabajo y una vida mejor.

La misión consiste en entrar en esos clubes y mi papel es el de ser el contacto con esa red. Seré quien proporcione las chicas a la organización.

—Tendremos que infiltrar a una de nuestras agentes —comenta Duke—. En concreto, debe ser alguna de las agentes que cumpla con los requisitos físicos que exigen estos hijos de puta.

—Si conseguimos infiltrarnos en la organización, sería la manera de atraparlos —añade uno de los agentes de Washington—. Hay que aprovechar que han llegado debilitados a San Francisco.

—Así es. Le seguíamos demasiado de cerca los pasos y han decidido pasar más desapercibidos, pero ya se sabe que el conejo acaba saliendo de la madriguera —añade otro compañero.

Después de todo el día analizando cada uno de sus negocios sucios, de los cabecillas, de su vida personal, de si tienen mujer o hijos, de los clientes del club y todo lo que hemos recopilado, los compañeros se han marchado. Mañana habrá que perfilar el plan al detalle. Hemos de tenerlo todo bajo control.

Sigo en el despacho de Duke. Es tarde. Mañana es un día importante y he de estar fresco, por lo que decido que es hora de marcharme también.

—¿Se te ocurre que agente podría entrar de infiltrada? —me dice Duke, saliendo del despacho conmigo detrás.

—No sé. De todas formas, sea quien sea, habrá de estar de acuerdo. Entrar en una misión debe ser algo voluntario. Si no, no funcionará.

—Lo sé. Pero creo que tengo a la idónea. Mañana le daré una vuelta y puede que hable con ella en estos días.

Nos despedimos cuando cada uno se dirige a su coche. Supongo que Duke sabrá quién encaja en el perfil.

Pronto saldremos de dudas.

Ahora necesito llegar a casa y pegarme una ducha de, por lo menos, una hora.

CAPÍTULO 6

JACKIE

La verdad es que me ha sorprendido que haya pasado una semana sin noticias del jefe. Pero estaba claro que era cuestión de tiempo que sucediera. Y el día ha llegado. Supongo que me van a suspender algunas semanas. Ya nos avisaron en la academia que una insubordinación a un superior nos costaría cara, además de que no nos traería muy buena fama. Y para ser honestos, la mía fue de libro. Iban pasando los días y, por un momento, pensé que Michael, bueno, mejor dicho, el inspector García, no iba a comentarle al jefe lo que había pasado en el aviso que recibimos. Y es cierto lo que me dijo Laurie, que lo peor no fue actuar por mi cuenta, sino decirle a tu superior que lo volverías a hacer. Ya me podía haber mordido la lengua. Pero no, tuve que soltar por la boquita todo lo que me dio la gana.

«Venga, Jackie. Llama de una vez».

Estoy delante de la puerta del jefe Duke y me sudan las manos, porque tampoco es plato de buen gusto que a uno le echen una bronca nada más estrenarse en el cuerpo. En fin, es lo que hay. No voy a retrasar más el momento. Si me tengo que coger unas vacaciones forzosas, pues no puedo hacer más que resignarme.

—Adelante, pase. —La voz grave del jefe Duke me despierta de mis pensamientos, porque casi no me he dado cuenta de que había tocado la puerta.

—Disculpe, ¿puedo pasar? —digo, intentando parecer segura.

Al entrar, veo detrás de la mesa del centro al jefe Duke, con el gesto muy serio y justo al lado está él. ¡Lo que faltaba! No solo me ha dejado al descubierto, sino que además quiere presenciar la regañina.

«Bien por ti, inspector García».

También está serio, pero su cara dice algo más. Parece estar extrañado de que yo esté en el despacho del jefe. ¿Pero no se supone que él quería verme justo aquí? La verdad, no entiendo nada.

—Siéntese, agente Woods. —Me señala la silla—. Supongo que se preguntará para qué la he hecho venir.

Miro a García sin entender nada, pero él está mirando hacia el frente y parece estar cabreado.

—Señor, el otro día en el aviso..., supongo que fui un poco impulsiva, pero...

—¿El aviso? No tengo conocimiento de ninguno, agente. No sé a qué se refiere, pero la he llamado por otro motivo.

—Ah, yo pensaba que... —Vuelvo a mirar a García y ahora sí que me mira, pero no puedo adivinar qué está pasando por su cabeza. Porque si no estoy aquí por mi actitud del otro día..., ¿para qué me han hecho venir?

—Agente, la he llamado porque estamos montando un operativo para atrapar a una organización criminal de ámbito internacional. —Lo miro sorprendida por lo que estoy escuchando—. Actualmente, tiene su base en San Francisco.

—Entiendo, jefe. —Aunque, la verdad es que no entiendo nada, pero eso, evidentemente, no se lo digo.

—Necesito que varios de mis agentes se infiltren en esa organización.

Cada una de las palabras que dice va unida a una mirada al agente García y yo voy entendiendo lo que está pasando, pero todavía mi mente no lo procesa del todo.

—Señor, si lo estoy entendiendo bien, quiero decir... ¿me está proponiendo que yo sea una de las agentes infiltradas?

—Eso es, agente Woods. Usted encaja a la perfección con las chicas que están siendo explotadas por esa organización. No sabemos el motivo, pero todas las chicas que han entrado en el club son pelirrojas y con la piel pálida llena de pecas. —Me quedo atónita con la descripción que encaja tanto conmigo—. Es muy llamativo que estos criminales solo quieran a mujeres de esas características. Además de que también son los responsables de una red de narcotráfico por todos los Estados Unidos y, prácticamente, toda Latinoamérica.

Mi corazón empieza a palpar fuerte, lleno de emoción, pero como no quiero que piensen que soy una loca, no grito, lógicamente. Creo que si ahora mismo estuviera sola en mi casa, estaría chillando y dando botes de felicidad. Me hice policía para algo más que ayudar a las ancianitas a salir de su casa cuando se han dejado las llaves puestas en la puerta.

—Sí, por supuesto. Cuente conmigo, jefe.

El jefe emite una gran sonrisa, pero la persona que tiene a su lado parece que está en un velatorio. Madre mía, qué hombre más amargado.

—Trabajaré codo con codo con Michael, el inspector García. Él también estará en la misión, de hecho, será quien la dirija.

Ahora entiendo la cara que tenía. Tendrá que trabajar conmigo. Y eso para él supongo que debe ser un auténtico contratiempo. Sé que le caigo bastante mal. Me lo dejó claro el día que salimos de patrulla juntos. Él, a mí, tampoco es que me caiga mejor.

Ha estado todo el tiempo callado y ahora parece que quiere decir algo.

—Jefe, yo no quiero ser... Yo pienso que la agente Woods no está preparada para este tipo de misión. Es peligrosa y, discúlpame —se dirige esta vez a mí—, todavía estás demasiado verde.

—Michael, la agente Woods está capacitada para hacer cualquier cosa que se le pida. Está perfectamente entrenada y ha sido la primera en su promoción.

—Y no lo discuto, pero esta misión... —El jefe lo interrumpe con la mano.

—No se hable más del asunto. Si Woods está de acuerdo, empezaremos cuanto antes.

—Sí, jefe —dice, finalmente resignado.

Me explican un poco el *modus operandi* de esta organización. Al parecer, traen a las chicas desde sus países de origen con la promesa de trabajo y, en realidad, cuando llegan, lo que encuentran es muy distinto a lo prometido. Me ha dicho que la gran mayoría son chicas muy jóvenes. Parece que todas ellas tienen unas características comunes: todas son de tez blanca, pelo rojo y cara aniñada. De ahí, que yo haya sido la elegida. También me dicen que incluso muchas de ellas son menores de edad, con lo que encajo perfectamente con lo que buscan, porque, aunque tengo veintidós años, para mi desgracia, aparento quince. Siempre me ha dado mucha rabia, porque, encima, en esta profesión, ser una mujer policía no es muy bien visto por cierta parte de la sociedad y si, además de eso, añades que no aparentas la edad que tienes, todavía es mucho peor.

Se me eriza la piel solo de pensar en el calvario de esas pobres niñas y me siento aún más afortunada de que el jefe Duke haya pensado en mí. Será todo un honor ayudar a atrapar a esos canallas.

Durante todo el rato que he estado en el despacho, el inspector García me ha mirado muy serio y, en varias ocasiones, ha vuelto a insinuar al jefe que yo no estaba capacitada.

«¿Quién demonios te crees que eres para decir que yo no valgo para ser policía, inspector García?».

Mañana empezamos a preparar todo el operativo y estoy muy emocionada. Es una misión encubierta, por lo que no podemos hablar de ello con ninguna persona ajena a la misión, incluidos mis amigos. Tendré que inventarme algo con Laurie, porque seguro que me va a preguntar para qué me quería ver el jefe.

La han llamado «Operación Tejas Verdes». No he querido preguntar el porqué de ese nombre, pero solo se me ocurren los libros de Anne Shirley, la chica de Tejas Verdes. Me encantaba la serie cuando la pusieron en la tele, porque me sentía identificada con la protagonista.

He decidido que tengo que perfeccionar mi puntería, así que me voy a la sala de tiro. Me coloco los cascos y comienzo a disparar.

De pronto, siento la presencia de alguien que se sitúa por detrás de mí, a pesar de que estoy con los cascos totalmente insonorizada. Cuando me giro, después de no fallar ninguno de los blancos de tiro, lo veo. Es el inspector García. Me quito los cascos. No sé qué demonios hace espiándome.

—Buena puntería, Woods —me dice con una sonrisa, que es de todo menos sincera.

—No se me da mal, a pesar de «no estar capacitada para la misión» —contesto con retintín.

—Siento que te molestara, pero sigo pensando lo mismo. No estás preparada para esta misión y quiero que sepas que lo que pasó el otro día en la calle no te lo voy a permitir en mi operativo —recalca la posesión del operativo. «De su propiedad»—. ¿Entiendes lo que te digo? Porque si no lo has entendido, hablaré con Duke y le contaré que tuviste una actitud insubordinada con tu superior.

—Está bien. Entendido. Intentaré no ser tan impulsiva la próxima vez.

—No me vale con que lo intentes —replica, con el gesto serio.

—Está bien, lo haré. ¿Contento?

—Parece que nos vamos entendiendo. —Yo asiento con la cabeza. No quiero que me retiren del operativo por nada del mundo. Es mi oportunidad para hacer algo importante—. Es una misión muy peligrosa, Woods. Esos tipos no se andan con tonterías y el mínimo fallo o salida de guion puede ponernos en peligro y echar al traste todo el operativo.

—Tranquilo. Haré lo que me digas.

—Está bien. Mañana nos vemos en la estación a las siete de la mañana. Veremos qué tal disparas fuera de aquí.

—De acuerdo, inspector. Aquí estaré.

Sale de allí sin pronunciar ni una sola palabra más.

Creo que seguiré un rato más perfeccionando mi puntería.

Intuyo que mañana me espera un día intenso con el tío más arrogante del planeta.

CAPÍTULO 7

MICHAEL

Estoy cabreado. No entiendo qué le pasa por la cabeza a Duke. ¿Cómo se le ocurre poner en un operativo tan peligroso a una novata como Woods? Por más que lo he intentado, no me ha escuchado. Y ella no podía evitar la cara de felicidad. Esa chica no sabe dónde se mete. Creo que es demasiado delicada para esta misión.

—¡Ey, colega!

Sura se abalanza sobre mí cuando abro la puerta. Dejo las llaves de la moto en la entrada y voy a la cocina. Mi amiga debe estar hambrienta. Preparo un sándwich y me sirvo una cerveza. A ella le pongo pienso y trozos de carne. A estas alturas no creo que la pueda acostumbrar a comer solo comida de perro. Una vez lo intenté y no hubo manera de que comiera nada, así que se lo tengo que camuflar con algo de lo que le gusta.

—Toma, lleva jamón, pero no te lo comas todo del tirón. —Me tiró en el sofá y ella se pone a mi lado.

Llevo todo el camino en la moto pensando en el operativo. Lo que menos imaginaba ayer era que Duke estuviera considerando incluirla a ella.

—Quizás, si lo hubiera sabido de antemano, podría haberlo disuadido, pero me encontré con el pastel cuando ella entró en el despacho. —Sura ladra y me mira, ladeando la cabeza—. Sí, ya sé que no sabes de quién hablo. Es una de las agentes nuevas. Te hablé de ella el otro día. Una niña de papá, con una preciosa cara, que cree que los polis estamos jugando en las calles, tal y como lo habrá visto en las pelis de acción.

Sura no entiende ni una sola palabra. Últimamente estoy todo el día hablando de ella, pero es que no deja de meter la pata. Bueno, tal vez ahora no tenga la culpa de que Duke la escogiera para este caso, pero podía haberse negado. ¿Y qué hizo? Nada. Todo lo contrario. Su cara era de auténtica felicidad. Supongo que tendré que hacer lo que dije que no haría: cuidar de la novata.

Cualquiera que la vea sin el uniforme, pensará que es una chica que apenas tiene la mayoría de edad y que trabajará en una tienda de moda o con un maletín en los juzgados. Sí, una abogada. Le pega. Me la imagino con el pelo recogido en un moño y con la cara de estirada que tiene, y creo que le iría que ni pintado. En cambio, ahí la tenemos, recién salida de la academia y a punto de infiltrarse en uno de los operativos más peligrosos de esta ciudad. Espero que le haya quedado claro que la misión es secreta y que nadie debe saber de qué se trata.

Veremos cómo se maneja mañana; aunque ahora que no me oye, la verdad es que la estirada tiene puntería. Me he quedado alucinado cuando la he visto hoy en la sala de tiro. No ha fallado ni una. También se le dan bien las artes marciales. Una cajita de sorpresas la niña. Seguro que sus *papaítos* estarán muy orgullosos de ella.

Sura ladra y me hace callar. Está bien, a lo mejor estoy siendo un poco injusto con ella. Apenas la conozco, pero es que es tan frágil. ¡Parece una muñequita...! ¡Bah! Nada, Está claro que me queda por delante un arduo trabajo.



Maldito despertador. Anoche me costó dormir y he tenido muchas pesadillas. Una de ellas la recuerdo perfectamente. Estaba la novata y, junto a ella, un tipo la tenía amenazada con un cuchillo

en el cuello. Intentaba zafarse de él, pero, al final, se lo clavaba y ella caía al suelo. Lo he sentido tan real que me he despertado empapado en sudor. Parece que mi mente ha mezclado lo que ocurrió el otro día, pero en mi sueño la mujer era mi nueva compañera. La pelirroja de ojos verdes y cara angelical. Mierda, ¿por qué no dejo de pensar en su pelo y sus ojos? Es una chica guapa, como tantas otras, sin más, y encima es una engreída que se cree que se va a comer el mundo por haber sido la primera de su promoción.

—Me tengo que ir. Vengo por la noche. Pórtate bien, colega, ¿de acuerdo?

Sura ladra y me chupetea la mano. Salgo de mi apartamento y cojo la moto.

Adoro las calles de San Francisco y sus cincuenta colinas. Por algo la llaman la Ciudad de las Colinas. Subirme en mi Harley y sentir el aire frío en mi cuerpo es una de las sensaciones más maravillosas del mundo. A esta hora tan temprana, no hay apenas tráfico, y teniendo en cuenta que además es domingo, aún es menor.

Cuando llego a la estación, veo su coche aparcado. Es un Chevrolet del 67, un Camaro. Todo un clásico. Al menos, tiene buen gusto con los coches.

—Buenos días —dice sonriendo.

—Buenas. ¿Estás preparada? —le digo, no tan sonriente como ella.

—Muy preparada. ¿Y tú? —me dice, disimulando una pequeña sonrisa en la cara.

—¡Vamos! —Le tiendo el casco e ignoro su pregunta.

—¿En tu moto?

—Sí. Sube. Te llevo. —Le indico con la cabeza la parte de atrás del sillín.

—Está bien. Solo deja que cierre mi coche.

«No creo que nadie vaya a robarte ese trasto». Eso no se lo digo, aunque lo pienso.

La observo por detrás. Se ha puesto un pantalón vaquero negro y una chupa de cuero, también negra. Lleva puesta una camiseta blanca, que asoma por la cremallera. Es una chica bastante alta y su pelo rojo, que lleva recogido en una coleta alta, brilla tanto que parece deslumbrar.

«Vale ya, Michael. ¡Céntrate de una puñetera vez!».

—¿Lista? —le digo, cuando noto que se ha colocado tras de mí.

—Arranca de una vez.

Y así, sin más, acelero y salimos de la estación. Las calles ya no están tan desiertas y ya no siento el frío en el cuerpo, porque el contacto de sus manos en mi pecho parece que me abrasaran por dentro. Hace bien en agarrarse a mí. No creo que esté muy acostumbrada a la velocidad si tiene por coche esa reliquia. Veamos cómo se le da ir montada en mi moto a mi velocidad.

Recorremos las calles de la ciudad y salimos a las afueras. Debemos alejarnos del tránsito de la gente por seguridad. Decido parar cuando creo que hemos llegado al sitio idóneo para lo que venimos a hacer.

—¿Tienes intención de suicidarte? —me dice cuando paro y se baja de la moto. Yo me río y veo que se enfada aún más—. No sé qué te hace tanta gracia, pero si no te importa, suicídate cuando yo no vaya montada.

La verdad es que me gusta la velocidad y a lo mejor se me ha ido un poco la mano, pero si quiere hacerse la chica dura, tendrá que aprender a correr riesgos.

—No sabía que te daba miedo la velocidad, Woods —bromeo.

—Será porque no me fío de ti, García.

—Pues te recomiendo que lo hagas si quieres que la misión funcione.

Cuando le he contestado, me he dado cuenta de que soy yo quien estoy poniendo en riesgo esta misión, sin todavía haber empezado. Lo primero es tener confianza entre los dos, si no, ninguno

estará seguro y cometerá errores. Debo intentar cambiar mi actitud con ella. Al fin y al cabo, son órdenes del jefe. Es él quien ha decidido que estemos los dos metidos en esto.

—Siento haber corrido demasiado, Woods —digo finalmente, después de reflexionar—. Lo que te he dicho es cierto. Debemos confiar el uno en el otro si queremos que todo salga bien. Nos jugamos mucho.

Ella me mira con sorpresa. Desde que nos conocemos, no hemos hecho más que tirarnos pullas los dos y supongo que no se esperaba que yo le pidiera perdón por algo.

—Creo que tienes razón. Podemos, al menos, intentar no caernos tan mal. —Sonríe, y he de decir que apenas la había visto hacerlo y tiene una sonrisa preciosa.

—Tú no me caes mal, es solo que no creo que puedas estar en esta... —Me doy cuenta de que no lo estoy arreglando—. Está bien, lo diré de otra manera: eres demasiado nueva para un operativo de esta envergadura y creo que tenemos trabajo por delante.

—Vaya, gracias. A ver, sí, soy nueva, no te lo voy a negar, pero no tengo miedo, a pesar de lo que tú piensas de mí. Tengo apariencia de mujer frágil, ¿no es así?

—La verdad es que un poco sí. No te voy a mentir. Pareces cualquier cosa menos policía.

—Ahí está. Justo eso. —La miro arrugando la frente, sin entender a qué se refiere—. Si voy a infiltrarme en una red de prostitución y drogas, lo ideal es que no parezca poli, ¿no crees?

Y lo cierto es que, desde ese punto de vista, tiene toda la razón. Quizás Duke haya observado precisamente eso en ella, que parece una chica indefensa como las pobres niñas que han sido capturadas por esos malnacidos.

—Tienes razón. Solo espero que tu fragilidad nos sirva para dar con toda esa red. —Ella asiente y sonríe satisfecha—. Y que solo sea una fachada... Tu fragilidad, me refiero.

—Mira, a mí no me intimidan los viejos verdes. No me voy a asustar. Me has visto en acción cuando reduje al tipo de la casa. Y no me gusta ir alardeando por ahí, pero soy cinturón negro en artes marciales y también has visto que no tengo de qué quejarme respecto a mi puntería.

Esta chica es una caja de sorpresas. Ahora resulta que también es cinturón negro. Bueno, igual la he vuelto a prejuzgar como el día que la conocí.

Supongo que tendré que darle un voto de confianza.

CAPÍTULO 8

JACKIE

Estoy cansada de que siempre seamos nosotras las que tengamos que demostrar que somos capaces de desempeñar un trabajo como ellos. Y también estoy cansada de que me juzguen por mi aspecto. Todo el mundo, desde que era una niña, pensaba que yo me iba a romper como una copa de cristal en cuanto alguien me tocara. Y me da rabia, porque yo nunca he sido débil. Supongo que las circunstancias de mi niñez hicieron que tuviera que madurar más deprisa que el resto de mis amigos. Que tu madre desaparezca de tu vida con siete años porque no puede con la maternidad y que tu padre pase más tiempo jugando al billar y bebiendo que estando contigo, hace que, desde pequeña, sepas que la vida no es sencilla. Que está llena de baches que aparecen justo cuando estás caminando por ella y que, a veces, no miras al suelo y tropiezas con piedras en tu camino.

Pues así y una vez más, en esta ocasión, ha sido el inspector García el que me ha prejuzgado antes de conocerme. Estoy acostumbrada, pero a veces resulta demasiado cansado tener que demostrar a la gente que se equivoca.

—Bueno, está claro que tu puntería es impecable. Muy poca gente hubiera dado en el objetivo a esa distancia —reconoce finalmente mi compañero, cuando he terminado de derribar todos los blancos que me ha puesto. En la academia siempre me decían que mi puntería con las armas era algo inusual.

—Gracias, ya te he dicho que no tenías por qué preocuparte.

—Sí, es cierto. —Se detiene y clava sus ojos en los míos—. Mira, no quiero que me malinterpretes, es solo que pienso que Duke no debería haber puesto en esta misión a alguien recién salido de la academia.

—Pero, precisamente, si ya he terminado mi entrenamiento y estoy en una comisaría de policía es porque estoy lista para enfrentarme a lo que sea. No me hice policía para ayudar a los niños a cruzar la calle desde el colegio, inspector.

—Está bien, reconozco que tienes empuje para llevar a cabo algo como esto, tan solo cuestionaba tu experiencia, Woods.

—La experiencia es algo que solo se adquiere teniendo, precisamente, eso, experiencias, inspector García.

—De acuerdo, tú ganas. Por cierto, creo que serías también muy buena abogada. Me has rebatido cada una de mis objeciones y lo has hecho muy bien. Te propongo algo para empezar.

—Sí, dime lo que tienes en mente. Estoy deseando saberlo.

—Bueno, lo primero... creo que cuando estemos fuera de la comisaría podemos llamarnos por nuestros nombres de pila. ¿Qué te parece, Jackie? —Pone una sonrisa de medio lado que no había visto hasta ahora y que descubro que me gusta.

—Pues... me parece muy bien, nunca me han gustado las formalidades. De hecho, tengo serios problemas para no tutear a la gente. Me cuesta muchísimo y alguna vez me han tirado de las orejas. Tan solo a las personas mayores les hablo de usted, pero si veo alguien relativamente joven me es muy difícil hablarle con demasiado respeto. En fin, un problema.

—Bueno, yo no lo veo como un problema, siempre y cuando no te pases con un superior. —Sonríe, ironizando.

—Eso ha sido un golpe bajo, Michael. —Me mira complacido porque me haya referido a él con su nombre de pila—. Aquello no fue una insubordinación. Simplemente, creí que debía actuar.

Y aunque no me dice nada, lo que sí fue una insubordinación fue decirle que volvería a incumplir una orden. Lo observo y su rostro ha cambiado. Ya no tiene esa arruga en el entrecejo que ha llevado puesta en la cara desde que lo conozco. Ahora está mucho más relajado y, la verdad, es que así me gusta más. Parece que después de todo no es tan engreído como yo creía.

—¿Tienes hambre? —dice, devolviéndome al presente y sacándome de mis pensamientos.

—La verdad es que me muero de hambre —contesto, con una enorme sonrisa.

—Sube. Conozco el mejor sitio de hamburguesas de San Francisco —me dice, guiñándome un ojo mientras nos montamos en la moto.

Me pongo el casco y me sujeto a su cuerpo. Por un momento, pienso que ha pasado tiempo y que lo conozco mucho más. Aunque la realidad es que solo hace un par de semanas y, ciertamente, no sé nada de su vida.

Desde donde estamos, se ve a lo lejos el Golden Gate. Adoro su color rojo intenso, aunque, según me contó mi abuela, originariamente iba a ser amarillo y negro. Por desgracia, una vez leí que es el lugar del mundo con mayor índice de suicidios.

Recorremos el asfalto a tanta velocidad que casi parece que no lo pisáramos. Me agarro fuerte a Michael y siento la tentación de recostarme en su espalda, aunque no lo hago porque seguro que parecería algo raro. No sé por qué, pero ahora mismo, a pesar de la rapidez de su moto y del viento, que parece que quiere tirarme de ella, me encuentro un poco extraña, pero en el buen sentido, porque, contra todo pronóstico, siento que puedo confiar en él.

Llegamos al Pearl's Deluxe Burger. Es una hamburguesería céntrica y, aunque he pasado cerca en alguna ocasión, nunca había venido a comer. Entramos y el tipo de la entrada lo saluda como si fueran amigos de toda la vida.

—Veo que vienes a menudo por aquí —le comento, cuando nos sentamos en una de las mesas.

—Sí, vengo bastante. Me encantan las hamburguesas de aquí. Y a Sura también. A veces le llevo alguna, de las más pequeñas —me aclara.

—¿Sura? ¿Hermana, novia, hija? —me atrevo a preguntar.

—¡Ah!, no, ninguna de ellas. —Se ríe a carcajadas—. Sura es mi perra.

—Vale, ahora lo entiendo, aunque creo que no es la mejor dieta para un perro —le digo, alzando los hombros—, pero vamos, que no seré yo quien diga lo que tiene que comer tu perro. Me gusta su nombre. Es curioso. Nunca lo había oído.

—Bueno, se lo puse porque la encontré en la basura, lo acorté y de ahí viene. Era una cachorrita. Estaba sucia y parecía asustada y hambrienta.

—Y decidiste llevártela contigo. —Doy por hecho la respuesta que ya me ha confirmado él mismo.

Al final va a ser que no es tan duro como quiere hacerse ver. Creo que el detalle de llevarse a esa perrita a su casa dice mucho de él.

CAPÍTULO 9

MICHAEL

Hacía tiempo que no me sentía así con nadie. Una sensación de tranquilidad que hacía años que no recordaba, al menos, no con una chica, salvo que Sura entre dentro del género femenino, porque con ella sí que me siento cómodo. Aunque creo que no cuenta, ¿verdad?

Jackie y yo hemos hablado de muchas cosas y todas me han parecido interesantes, aunque muchas hayan sido chorradas de las que nos hemos reído, un montón, por cierto. La estoy conociendo un poco más y no me parece tan estirada como al principio. Está claro que no es solo una cara bonita, sino que detrás de ese rostro angelical, se esconde una chica de lo más atrayente. Supongo que nuestro primer encuentro no fue lo que se dice «amistoso» y sí, reconozco que la culpa fue mía porque estuve demasiado borde con ella. En fin, Michael en estado puro. Jason siempre me dice que parece que me han metido un palo por el culo. Literalmente, esas son sus palabras. Y, quizás, tenga razón. No me gusta intimar con las personas. Cuento con muy pocos amigos y, por supuesto, entre ellos está él. Al final te das cuenta de que si dejas que las personas entren en tu corazón, cuando después se marchan de tu vida —porque indudablemente acaban desapareciendo—, se llevan parte de él y, poco a poco, descubres que ya no queda nada para nadie más. Creo que eso es lo que me ha pasado a mí. Fueron tantas las veces que de pequeño entré en casas de acogida y tantas las veces que salí de ellas, que aprendí a no cogerle cariño a las personas. Tan solo he podido entregar mi corazón a Sura y a mi madre, Violeta, pero lamentablemente ella también se ha marchado.

—¿Qué tomáis? —Sale Tom, el dueño del bar, y me saluda desde la barra.

Es otro de los pocos amigos con los que cuento. Lo conozco desde hace muchos años, concretamente, desde que éramos dos chavales. La calle nos unió. Él tampoco tuvo una infancia «normal», así que en el fondo compartíamos bastantes cosas.

—Me dejo asesorar por él —le contesta Jackie a mi amigo, y este me mira sonriendo.

—Yo que tú no me fiaría de él —bromea con ella y la hace reír—. No, es broma. Es un tío de fiar, pero te aconsejo que no lo invites a comer nunca. Te va a salir muy caro.

—Esperaba que me invitara él a mí —le devuelve la broma a Tom y me mira con ojos traviesos, que hacen que me empiecen a sudar las manos y todavía, la verdad, no sé por qué.

—Sí, en eso tienes razón, Tom. Tengo un buen saque —le aclaro a Jackie—. Pues venga, para no perder la costumbre, tráeme una hamburguesa doble, con patatas extragrandes y aros de cebolla. De beber, un batido de chocolate XXL. ¿Qué dices? ¿Te animas con lo mismo, Jackie?

—¡Uy, creo que es demasiado para mí! Aunque te advierto que invitarme a mí, también le saldrá caro —le dice a Tom y este se ríe—. Para mí, lo mismo, pero mis patatas que no sean extras y el batido de fresa, tamaño normal. ¡Ah!, y sin aros de cebollas. Gracias, Tom.

Tom se va de la mesa sonriendo y me mira con complicidad. El próximo día que venga a comer le aclararé que solo somos compañeros, porque creo que ha pensado que era mi último ligue o algo así. De pronto, siento que los ojos de Jackie me están observando. Yo también la miro y cuando nuestras miradas se encuentran, siento un escalofrío que me recorre de abajo arriba. Ella también lo percibe, porque se pone un poco seria. La he estado observando todo el día y es una chica muy guapa. Tiene la cara llena de pecas y siempre lleva los ojos pintados con la raya negra muy intensa. Son de un verde muy claro y resaltan aún más con el pelo de ese color rojo brillante.

—Y tus padres, supongo que estarán muy orgullosos de ti, ¿no? —Intento cambiar de tema para

romper la tensión que se ha generado entre los dos en unos pocos segundos.

Ella se pone muy tensa y entonces me doy cuenta de que, quizás, su vida familiar no sea tan idílica como yo pensaba. Me arrepiento al segundo, pero entonces ella contesta.

—Me crio mi abuela, Helen. —Carraspea y después continúa. Me gustaría decirle que no tiene por qué hacerlo, pero ella lo hace—: Mi madre me abandonó cuando tenía siete años y mi padre... Bueno, digamos que él también lo hizo a su manera.

—Vaya, lo siento. No me imaginaba que...

—Sí, ya. Supongo que, además de frágil, tengo pinta de niña de papá y mamá, ¿verdad?

—Siento haberte molestado, yo... —Ella me corta y no puedo contestar.

—No, tranquilo. No es tu culpa. Ya te he dicho que aparento lo que no soy. Hace muchos años que lo asumí, además, mi abuela es lo mejor que me ha pasado en la vida. La quiero mucho. De no ser por ella, yo no estaría aquí, contigo, esperando a comerme la mejor hamburguesa de todo San Francisco. —Sonríe con ojos tristes y a mí me da una especie de punzada en el pecho.

Por un momento, he sentido tristeza, aunque, al menos, ella ha podido contar con su abuela cuando su madre la abandonó. A mí, la mía me dejó tirado sin ningún tipo de remordimientos y sabiendo que no tenía más familia que ella.

Tom nos trae la comanda y ella comienza a reírse con él al ver el tamaño de mis platos y, aunque las risas son a mi costa, la verdad es que no me importa. Estoy contento de haberla conocido un poco más. Y, además, me gusta verla sonreír así.

—Y dices que tu perra también es fan de estas hamburguesas —dice mientras se mete una patata en la boca—. Algún día me la tienes que presentar.

—Eso está hecho. Cuando quieras. Aunque te advierto que es un poco pegajosa. Si la acaricias una vez, estás perdida. No dejará que te vayas.

—Me encanta.

Pasamos un buen rato los dos, degustando las deliciosas hamburguesas. Ella me ha reconocido que son las mejores de toda la ciudad.

Cuando llegamos de regreso a la estación para recoger el coche, empezamos a hablar del operativo. Está emocionada y en parte la entiendo, porque yo soy así. Me gusta la acción y no soporto el trabajo de oficina. Nunca me ha gustado. Ella es como yo, pero no puedo evitar verla frágil y ya sé que me ha demostrado que no lo es, sin embargo, es algo a lo que no dejo de darle vueltas.

—Necesitamos tenerlo todo muy bien planeado. No puede haber ningún fleco suelto —le comento ante la mirada atenta de ella—. Esa organización criminal es peligrosa.

—Sí, lo entiendo. Haré todo lo que me digas. Esta vez no te voy a desafiar, tranquilo.

—Eso espero. Por nuestro bien.

—Y ¿cómo nos vamos a preparar?

—Tengo toda la información en mi casa. Duke me la pasó. Si quieres, puedes venir algunos días y analizar todo al detalle.

No sé por qué le he propuesto algo así. La verdad es que también podíamos haber preparado el operativo en la oficina, pero mis palabras han salido de mi boca sin pedirme permiso para hacerlo. Ella se queda un poco parada, pero, finalmente, acepta mi propuesta.

Hemos quedado mañana por la tarde en mi casa.

Espero que no haya sido una mala idea.

Aunque ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 10

JACKIE

Me he despertado nerviosa. Hoy comenzamos a preparar todo el operativo de la misión y la verdad es que estoy ansiosa por llegar al trabajo.

—¡Mierda, no, ahora no! —grito, golpeando el volante de mi coche, porque ha vuelto a dejarme tirada.

No es la primera vez que me pasa. Cuando menos lo espero, ¡zas!, se le calienta el motor. Siempre tengo que llevar agua en el coche, aunque me temo que esta vez la bomba del agua se ha roto definitivamente. Últimamente, sospechaba que tenía alguna fuga, pero hoy se ha calentado demasiado rápido. Suerte que estoy a dos calles de la estación de policía, así que no me queda otra que ir caminando. ¡Joder! Hace un frío horrible.

El sonido fuerte de un motor me sorprende cuando lo siento a mi lado, y, al girarme, descubro que es la moto de Michael. Viene tan veloz como ayer cuando fuimos al campo de tiro. Parece que no aprecia mucho su vida. Cuando le dije que si quería suicidarse, creo que captó mi incomodidad y después aflojó un poco, aunque tengo que decir que no lo suficiente.

—Buenos días —me dice, quitándose el casco después de parar el motor—. ¿Tienes ganas de hacer ejercicio a las siete de la mañana?

Me sonrío de medio lado y he de decir que el tío es guapo a rabiar. Tiene el pelo muy oscuro y los ojos aún más, además de que con su mirada parece que quisiera atravesarte la pupila y llegar a la retina. Aunque a mí no me van los chicos tan guapos. Ya tuve suficiente con mi exnovio.

—No. Mi coche me ha dejado tirada, ¡otra vez! —resoplo, poniendo los ojos en blanco y él se ríe—. ¡Eh! ¿De qué te ríes?

—Perdona, es que es normal, tu coche es demasiado viejo.

—Clásico, querrás decir. No es lo mismo —le aclaro y él levanta una de las manos del manillar en señal de disculpa.

—De acuerdo, es un clásico. Y está chulo, no te lo niego, pero imagino que necesita bastante mantenimiento. —Yo asiento, porque en el fondo tiene toda la razón—. ¡Vamos, sube! Te acerco a la estación. Hace frío.

Lo miro con el entrecejo fruncido y, finalmente, acepto que me lleve, porque, aunque estoy cerca, a estas horas de la mañana es cierto que la temperatura es bastante baja.

Llegamos en dos minutos y al bajarme de la moto, veo a Laurie y a Nick, y me doy cuenta de que nos miran y sonríen. A saber lo que estará pasando por sus cabezas, sobre todo, por la de mi amiga. Debo tener cuidado de no revelar nada de la misión. Es altamente secreta y solo unos pocos sabemos lo que está pasando. Me va a costar, porque es mi amiga y será la primera vez que le oculte algo desde que nos conocemos. En la academia éramos uña y carne, pero está claro que no me queda más remedio.

—Te veo en el despacho de Duke —me susurra mi compañero cuando nos bajamos de la moto, acelerando el paso.

—De acuerdo, entro en cinco minutos.

Pasa al lado de los chicos y los saluda sonriente. No hay que ser demasiado avisado para darse cuenta de que no nos han quitado los ojos de encima.

—Mira cómo va escalando puestos con el jefe. —Nick bromea y Laurie le da un codazo.

—No leagas caso, Jackie, pero, oye —se acerca más a mí—, ¿qué hacías con él en la moto?

Me gustaría contarle que no es la primera vez que me monto en ella y que vamos a estar unas semanas preparando una misión emocionante y peligrosa, pero me acuerdo de que también debe estar oculta, por lo que decido contarle una verdad a medias.

—Mi coche me ha dejado tirada y él me ha visto caminando. —Me encojo de hombros—. Se ha ofrecido a traerme.

—Aja, y ¿qué más? —Yo la miro, alzando mis manos, sin entender a qué se refiere—. Venga ya, Jackie, a ese tío le gustas. ¿Ya no te acuerdas de cuando coincidimos con él en el bar? —Yo asiento—. No te quitaba el ojo de encima. ¿Y ahora se ofrece a traerte? Ándate con cuidado, he oído que es un tipo raro.

—No digas bobadas, Laurie. Simplemente, ha sido amable con una compañera.

—Con una compañera no, perdona. Es inspector y, por tanto, nuestro jefe. —Yo arrugo el entrecejo—. Bueno, vale, no es nuestro jefe como tal, pero es un superior. Eso no me lo vas a negar.

—No, no te lo niego. Venga, vamos, que llegaremos tarde.

La obligo a que entremos. Decido acompañarla a la sala de reuniones. Cuando salga de patrulla, me iré al despacho del jefe. Si me fuera directa ahora, tendría que explicarle por qué lo hago y no puedo.

Después de asignar los turnos y cuando mis compañeros ya se han marchado, me avisan de que me espera el jefe Duke. Entro en el despacho y está lleno de gente. Por la pinta que tienen, es evidente que son de la secreta y, quizás, no sean de esta comisaría, porque nunca los había visto antes.

—Pase, agente Woods. —El jefe me invita a pasar cuando me ve en la entrada de la puerta.

—Gracias. Buenos días —digo a todos los que están en la oficina.

Al fondo, veo a Michael. Bueno, aquí es el inspector García. Hay muchas fotos colgadas en la pizarra y numerosas flechas que entrelazan unas con otras.

Tres horas más tarde, terminamos la reunión. Me han explicado a lo que nos enfrentamos y la verdad es que es mucho peor de lo que yo esperaba. En esa organización hay verdaderos sádicos.

Cuando nos quedamos solos con el jefe, Michael le comenta que vamos a marcharnos a su casa para estar más tranquilos y que nadie pueda interrumpirnos, cosa que a él le parece una gran idea.

Media hora más tarde y con toda la documentación, llegamos a su casa. Hemos vuelto a ir en su moto. Menos mal que Laurie no nos ha visto, porque no sabría qué explicación darle. Vive bastante apartado del centro.

Nada más llegar, una gran bola de pelo blanco se abalanza sobre mí y yo comienzo a acariciarla.

—Estás perdida. Te lo advertí —me dice, cerrando la puerta y acariciando también a la perra—. ¡Ey, colega! ¡Deja a Jackie, que no puede estar todo el día acariciándote!

La perra ladra y nos reímos. Creo que me va a caer muy bien.

CAPÍTULO 11

MICHAEL

No sé si ha sido buena idea traerla a mi casa. A Duke le ha parecido que sí, pero es que yo hace mucho tiempo que cerré mi puerta a personas ajenas. Al menos, ajenas a Sura. Y lo cierto es que me siento raro, lo que no quiere decir que sea malo. Simplemente eso, raro. Salvo alguna chica esporádica que ha entrado en mi cama —y todo hay que decirlo, que hace bastante tiempo ya—, nunca había tenido a nadie en casa desde que mi madre murió, y de eso hace ya dos años. Creo que si no quieres que te rompan el corazón y desaparezcan de tu vida, lo mejor es no dejar que entren en ella. Así que, a pesar de que tengo a una chica impresionante en mi casa y que mi cuerpo está reaccionando de manera irracional y haciéndome olvidar, mi cabeza tiene claro por qué está aquí.

Hemos parado a comprar unas pizzas de camino a mi casa. La reunión con los compañeros de Washington se ha alargado más de la cuenta y casi es la hora de comer.

—¿Qué te pongo de beber, Jackie?

Salgo de la cocina, después de encender el horno, y la veo mirando uno de los retratos que tengo de mi madre. Me acerco a ella.

—Es mi madre. Se llamaba Violeta.

—Lo siento, no sabía que había fallecido —me dice apenada—. Era muy guapa.

—Sí, lo era. Murió hace dos años. —Me aprieta el brazo y yo siento que me reconforta, aunque tampoco lo entiendo, porque apenas nos conocemos—. Ella me adoptó cuando yo tenía trece años.

No dice nada, pero es más que evidente que no nos parecemos en lo más mínimo. Ella rubia, de ojos azules y tez nívea, y yo de piel y ojos oscuros. De lo poco que sé de mis padres biológicos es que eran de nacionalidad mexicana o, al menos, eso dedujeron en el orfanato donde me dejaron una fría mañana de enero. Al parecer, iba envuelto en una manta con motivos mexicanos. Me abandonaron como a Moisés, envuelto en una manta, solo que a mí no me recogieron en el río Nilo en una bonita cesta.

—Se nota que la querías mucho.

—Sí, ella era la asistente social que trabajaba en el orfanato. Cuando iba y me decía que una familia buscaba a un niño como yo, de mi edad, ese día era motivo de felicidad para ella y para mí, claro, pero lo cierto es que duraba poco, porque volvía al mismo sitio al cabo de unos días o semanas a lo sumo.

—Imagino que tuvo que ser muy duro para ti.

—Al principio lo fue, pero después me acostumbré y, al menos, no sufría, porque no me hacía ilusiones. Sabía que no funcionaría. Era un niño complicado.

—Y, al final, ella te adoptó.

—Sí. Ella, con su amor y su cariño, consiguió que aquel niño rebelde, que ya se había convertido en adolescente, conociera lo que era el calor de un verdadero hogar.

Después de comer y muchas confesiones de los dos, saco toda la documentación. Es preciso que estudiemos a esos tipos al milímetro. No hay cabida para la improvisación, aunque, a veces, no quede otra.

—¿Sabes que la serie *Ana de las Tejas Verdes* fue mi serie favorita cuando era una adolescente? Me sentía identificada con la protagonista. —Me ha dicho que le parece muy curioso el nombre del operativo.

—Si te digo la verdad, no sé de qué va la serie, porque no la he visto nunca —le digo, alzando

los hombros.

—¿Cómo? No me lo puedo creer. Es un clásico. Una de las series más bonitas de todos los tiempos.

—Era una serie de chicas. Además, en mi adolescencia lo que menos hacía era leer o ver series en la tele. Prefería estar en la calle.

—Cuando todo acabe, tienes que verla. Es antigua, pero te aseguro que te va a gustar. Es muy bonita y romántica. —Me río ante su ocurrencia y, aunque no se lo digo, no creo que vaya a ver esa serie—. Este tipo me da asco. —Señala a uno de los cabecillas y dueño de los locales que sirven de tapadera para todos los delitos que esconden.

—Sí. Él es quien introduce a las chicas. En un principio, las pone a trabajar de camareras en los locales, pero poco después les exige que le paguen todo lo que supuestamente ha costado traerlas.

—Y supongo que la deuda no será pequeña, ¿verdad?

—Así es. Le reclama muchos miles de dólares que ellas, evidentemente, no tienen y entran en la prostitución, amenazadas con matar a sus familias si no saldan la deuda.

Jackie está horrorizada con todo lo que ve y escucha. Y, por momentos, dudo de si será capaz de tener la suficiente frialdad como para afrontar todo lo que es posible que suceda con esta misión.

—Puedo con esto, Michael. Confía en mí —asegura, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Sabes que eres un poco bruja? —Me río y ella me acompaña—. No, en serio. Sé que puedes, pero cada vez que nos adentramos más en el operativo...

—¿Qué? Dilo de una vez —me increpa—. ¡Venga ya! No confías en mí. Es eso, ¿no?

—No, no es eso. Es solo que...

—¿Qué? —repite, esta vez alzando la voz.

—No quiero que te pase nada... —digo finalmente ante su insistencia.

Después de decirlo, me arrepiento al segundo. ¿A qué ha venido eso? Y, sobre todo, ¿a qué ha venido mi cara diciendo eso? ¿Por qué la miraba de esa manera? La verdad no tengo ni idea. Lo único que sé es que en el poco tiempo que hace que la conozco me ha demostrado ser una chica en la que puedo confiar y sí, aunque al principio no me caía especialmente bien, ahora no es así del todo.

—No me pasará nada.

Ella me responde y cuando nuestros ojos se encuentran, nos quedamos serios. Demasiado serios. Un silencio de los cómodos. Porque muchas veces sientes que esos segundos o minutos en que dos personas no saben qué decir es, justamente, lo contrario. Es incómodo. Pero ella ha conseguido que me olvide de todo lo malo. Ella es transparente y parece que no tenga un as bajo la manga. Y, por un momento, he dejado de pensar que estábamos preparando una misión donde hay muchas probabilidades de salir malparado. No sé si es real esto que estoy sintiendo en este preciso momento, solo sé que ella hace que salga mi mejor versión, esa donde confío en las personas y no tengo que demostrar que mi escudo sigue siendo igual de sólido que cuando lo construí. Ha provocado en mí algo distinto a lo que ya conocía. Y puede sonar absurdo, porque apenas la conozco, solo desde hace un par de semanas, pero ella, con su sonrisa angelical, ha llenado mi casa de luz por completo. Y todo esto es muy confuso para mí. Todo es bastante irreal.

Después de haber analizado cada uno de los movimientos de los integrantes de la organización criminal, llegamos a un punto de los más complicados del operativo: diseñar el perfil de Jackie. Según Duke, habría que incidir en cambiar algunos matices de su acento. Las chicas que estos tíos buscan son extranjeras y ella es...

Ella es, genuinamente, *ella*.

CAPÍTULO 12

JACKIE

—Mucho mejor, ya casi pareces una de ellas —me dice, descojonándose de mí, así, literal—. ¡Ay, disculpa!, pero ya sabes que me hace mucha gracia escucharte hablar de esa manera.

Llevamos ya casi una semana perfilando mi acento, pero, al final, esto va a ser lo peor de la misión: cambiar mi forma de hablar. Estos días los he alternado patrullando algunas horas por la mañana y el resto del día con Michael. Tenemos que centrarnos en lo que pasará en menos de dos meses. La misión. Sí, a la que tengo muchas ganas, porque cuando termine, supondrá que muchas chicas habrán sido liberadas y esa organización estará completamente desarticulada. Por ahora me siento muy bien y es que, a pesar de que Michael tiene apariencia de chico malo, en el fondo, creo que solo es una coraza que se ha colocado encima para no sufrir. En realidad, no somos tan distintos, aunque yo no me aílo tanto de los demás como él, pero en cierto modo los dos hemos sufrido lo nuestro.

—Me está costando, Michael, pero ten por seguro que lo voy a lograr. No te quepa duda.

—No lo dudo, Jackie. Creo que todo lo que te propones, lo consigues. —Me lo dice un poco serio y yo, cuando hace eso, siento un escalofrío por todo el cuerpo. En realidad, es como si me abstrajera por unos segundos de lo que está pasando y estuviera en otro lugar y en otro contexto. Una cosa muy rara. Lo sé. Pero esta semana estamos pasando mucho tiempo juntos y...

—Aquí Michael llamando a Tierra, a Jackie... Michael llamando a Tierra —escucho decir a mi compañero, sacándome de mi ensimismamiento—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona, me he quedado embobada pensando en cosas. No te preocupes.

Se coloca delante de mí, a una distancia peligrosa, y me sujeta las manos. Su roce me hace suspirar, aunque, por suerte, es un suspiro interno y no lo nota.

«¿Qué te pasa, Jackie? Ya sabes lo que ocurre cuando...».

Me reprimo a mí misma para no terminar de decir lo que estoy pensando o, peor aún, sintiendo estos días a su lado.

—Lo harás muy bien, pero quiero que sepas que, si no estás segura de esto, todavía estamos a tiempo de sacarte de todo este operativo.

—¿Estás loco? Ni de broma. —Abro los ojos todo lo que me dan de sí—. No pienso perder la oportunidad que me han dado y por la que me siento orgullosa de ser policía.

—Vale, vale. Oído cocina. —Alza la comisura de su boca y me enseña su perfecta dentadura—. Tenemos mucho trabajo por delante.

Se levanta del sillón y trae de su habitación una carpeta. Y sí, hoy de nuevo estamos en su casa. Últimamente, paso más tiempo aquí que en la mía. Hasta mi abuela Helen dice que casi no me ve el pelo. La pobrecita me preguntó ayer si tenía novio y si por eso pasaba tantas horas fuera el fin de semana. Cuando me lo dijo, me hizo gracia, porque no puedo decirle la verdad. Solo le dije que era un trabajo extra de la comisaría, aunque creo que se dio cuenta de que no le decía toda la verdad. Mi abuela es una mujer muy lista.

—Mira, te presento a tu familia. —Me tiende un montón de papeles y de fotos—. Este es tu padre; ella, tu madre, y estos, tus hermanos.

—Vaya, no sabía que mi familia era tan extensa —bromeo.

—Hay que darles carnaza a estos tíos. Si no tienes familia que extorsionar, no les servirás.

—Ya entiendo —comento, sin dejar de mirar las fotos y toda la información falsa que hay

encima de la mesa—. Y ¿qué pasará cuando sepan que no existen en realidad?

—Por eso no te preocupes. En principio, yo sería el encargado de extorsionarla y cuando la cosa se ponga más fea, espero que ya todo haya terminado.

Seguimos viendo un montón más de informes policiales y estamos cansados. Llevamos todo el día trabajando.

—Te apetece que pidamos algo de comer —me dice de pronto—. Lo siento, no soy muy cocinitas. En realidad, no salgo de las hamburguesas, pero como mi única invitada es ella —Sura mueve su cola cuando Michael la acaricia—, tampoco lo tengo muy difícil.

—La verdad es que tengo hambre —reconozco, al oír mis tripas rugir—. A mí no se me da demasiado mal. Si quieres, puedo preparar algo con lo que tengas. —Él sonríe—. Al menos, lo puedo intentar.

Vamos a la cocina y Michael me saca todo lo que tiene.

—No es mucho, pero podré apañármelas, aunque te recomiendo que visites más a menudo el súper.

—Cierto, la próxima vez que vengas, habrá más ingredientes. Prometido. —Levanta la mano en señal de hacer un juramento y a mí me da la risa.

—De acuerdo, puedo hacer pasta a la marinera. Tenemos la pasta, mejillones, gambas... —Hago recuento de lo que me puede servir de todo lo que veo en la encimera.

—Vale, ¿en qué te ayudo?

—Empieza por poner el agua a cocer.

—Hecho...

Al final la cena no ha salido tan mal, a pesar de que había pocos ingredientes. Y como hemos caído en el sofá demasiado llenos los dos, Michael me ha propuesto ver una serie. Le he insinuado que teníamos que ver Ana de la Tejas Verdes, aunque no esta noche, a lo que él ha contestado que me promete que la verá. Al final, hemos quedado en que la veremos juntos cuando todo acabe. Hoy hemos optado por una serie que, casualmente, estamos viendo los dos. Es una de esas fantásticas sobre universos paralelos.

—¡Shhh! —le digo a la pantalla y Michael se ríe a carcajadas—. ¿Qué? Lo sé, estoy loca.

—No, para nada. Es solo que me hace gracia como haces callar a los protagonistas.

—Ya sé que no pueden escucharme, pero es que hay que ser muy tonta para hacer tanto ruido cuando la pueden descubrir. —Se vuelve a reír y, al final, por lo absurdo de la situación, yo hago lo mismo. Me doy cuenta de que estamos los dos pegados en el sofá. Empezamos cada uno en una esquina y, al final, hemos acabado demasiado juntos. Termina la serie y me levanto para irme.

—Es tarde. Tengo que marcharme —digo, cuando miro mi reloj y marcan las diez de la noche—. No me había dado cuenta de la hora que era.

—El tiempo pasa rápido cuando estás a gusto con alguien —me suelta esto y yo no sé qué responder, así que opto por callarme—. Déjame que guarde todo esto y te llevo a tu casa.

—No hace falta, de verdad. Es muy tarde, pillaré el tranvía. Me deja muy cerca de mi apartamento.

Todavía tengo el coche en el taller. Al final voy a tener que despedirme de él. Esta vez la avería me va a salir por un ojo de la cara. Sale de su habitación con la chupa puesta y las llaves de la moto en la mano.

—No. Te llevo —me dice muy serio y otra vez la misma sensación de antes. En realidad, me sucede cada vez que me habla con esa intensa mirada—. ¡Vamos!

Diez minutos después, estamos atravesando las calles de San Francisco. Me encanta ver todas

esas casas victorianas que se funden con las modernas construcciones de la ciudad. Por lo que sé, hay más de catorce mil casas de ese estilo. Adoro las pelis y los libros ambientados en esa época, aunque no fuera el mejor momento de la historia para nacer siendo mujer.

Voy agarrada a él. Lo aprieto fuerte. Los primeros días me sentía un poco avergonzada, pero ahora que tenemos más confianza, me permito el lujo, incluso, de apoyar mi mejilla en su espalda y abrazarlo por detrás. La ventaja de que no me vea la cara y descubra que estoy con los ojos cerrados es eso, una ventaja, así que la aprovecho.

Cuando llegamos y aparca el motor de la moto. Me bajo de ella y me deshago del casco.

—Toma. Gracias por traerme, Michael —le digo, perdiéndome en la oscuridad de su mirada. Tiene un color de ojos muy poco usual. Siempre se habla de los ojos azules o los verdes, como los míos, pero unos ojos de color negro azabache son totalmente mágicos. Así son los suyos, oscuros como la noche.

—¡Jackie!, menos mal que llegas. —Mi vecina Sally sale corriendo desde el portal—. A tu abuela la han llevado al hospital.

—¿Qué? ¿Cómo? —El corazón se me paraliza y siento que, por un momento, el aire no llega a mis pulmones—. ¿En qué hospital está, Sally?

—Se la llevaron al Hospital General —me dice mi vecina, derramando lágrimas una tras otra—. Había venido a mi casa a traerme el pastel de calabaza que tanto le gusta a Luke y, de pronto, se puso muy pálida. Empezó a sudar y a sentir un fuerte dolor en el pecho. ¡Ay, Jackie!

No la dejo terminar. Mi abuela ha sufrido un infarto y yo no estaba con ella. Me siento fatal. Es muy mayor y pasa muchas horas sola. Enseguida Michael me da el casco y se coloca el suyo para llevarme al hospital. En cinco minutos estamos delante de la puerta. Hemos ido tan rápido que parecía que volábamos y, por un momento, me he alegrado de que siempre conduzca a esa velocidad.

—Por favor, dígame donde está Helen Woods. La han traído hace una hora a este hospital —le digo nerviosa a la chica que está en el mostrador.

Mi compañero me rodea los hombros con cariño y me acaricia el brazo. Estoy demasiado nerviosa y apenas puedo hablar. No sé cómo está y me moriría si a ella le pasara algo.

—Acaba de salir de quirófano. Le hemos hecho una angioplastia —me dice muy amablemente la chica.

—¿Qué es eso? —comienzo a llorar y apenas distingo la cara de la enfermera.

—Díganos. ¿Está bien?

Esta vez el que habla es Michael. Yo no paro de llorar y, por desgracia, sirvo para bien poco ahora mismo. La enfermera tarda más segundos de los que yo considero razonables en contestar y a mí se me hacen eternos.

—De momento, hay que esperar. Ha sufrido un infarto, pero, por suerte, lo hemos cogido a tiempo. No se preocupe, señorita —se dirige a mí, que me aparto las lágrimas de la cara con rabia—. Esperen en la sala que aviso al doctor para que hable con ustedes en cuanto pueda.

—Gracias —dice mi compañero a la enfermera y me coge de la mano para llevarme a la sala de al lado donde tenemos que esperar.

Allí nos sentamos, él no me ha soltado la mano en ningún momento y yo agradezco que de alguna manera esté sosteniéndome tanto física como espiritualmente, porque creo que de lo contrario mis piernas no hubieran podido aguantar mi peso.

—Se pondrá bien, Jackie, ya lo verás. —Esta vez, está acariciando mi espalda. Me apoyo en su pecho y siento cómo él me estrecha más fuerte.

Es la primera vez que lo siento tan cerca y, ahora mismo, me siento arropada por él.

Podría haberse marchado cuando me dejó en la puerta del hospital.

Podría haber preguntado mañana qué tal seguía mi abuela.

Podría no haberme abrazado y sujetado cuando, sin yo pedírselo, ha notado que me flaqueaban las piernas.

Podría haber hecho muchas cosas.

Pero no las ha hecho...

CAPÍTULO 13

MICHAEL

Cuando he visto sus preciosos y enormes ojos verdes llenos de lágrimas, he sentido la necesidad de abrazarla fuerte y quitarle toda la tristeza de golpe. Parecía una niña desvalida, con la cara enrojecida a causa del llanto. Por lo que me ha contado, su abuela es todo para ella. La entiendo tanto, que me duele también a mí. De alguna manera, me recuerda a mi madre Violeta. Lo era todo para mí y cuando ella se fue, se llevó parte de mi vida con ella.

Estoy confuso. No sé qué hacer ni qué pensar de Jackie. Y no me gustan nada las cosas que estoy empezando a sentir por ella. Sencillamente, no se puede. No puedo estar sintiendo nada por ella. Somos compañeros y estamos a punto de entrar en una misión muy peligrosa. No. No. No, definitivamente no. Se está convirtiendo en mi puta debilidad y no puede ser.

Estamos en el hospital. El médico salió hace un rato y nos explicó que su abuela está bien, pero que debe pasar la noche en cuidados intensivos para observarla. Le están diciendo que se marche a casa.

—Señorita Woods, debe irse a su casa. Esta noche su abuela va a estar descansando y la va a necesitar cuando se despierte mañana —le vuelve a decir la enfermera.

—Sí, hazle caso, Jackie —añado a lo que le acaban de decir—. Mira, haremos una cosa: mañana te traigo a primera hora antes de que se despierte. ¿Qué me dices?

Ella parece dudar y yo le pongo la misma cara que me pone Sura cuando quiere que le dé un trozo más de carne. Sonríe levemente y, a mí, ese gesto me parece la cosa más tierna del mundo.

—Está bien. Por favor, anote mi número y cualquier cosa que pase llámeme sin dudarlo. —Le coge el brazo a la enfermera, que asiente ante su angustia—. De acuerdo, vámonos.

Salimos del hospital y ella mira hacia atrás con pena. Daría lo que fuera por verla de nuevo sonreír como lo ha hecho antes...

Quince minutos después, estamos delante de la puerta de su apartamento. Son las dos de la mañana y solo se ve algún borracho deambulando por las calles.

—Michael, yo quería darte las gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer. Ojalá tu abuela vuelva pronto a tu casa, Jackie.

Ella baja la cabeza y yo me acerco un poco más. Siento la necesidad de tocarla y eso hago, le rozo la cara y le coloco un mechón de su pelo rojizo detrás de la oreja. Nos quedamos quietos y los latidos de mi corazón empiezan a sonar demasiado fuertes, como si se fueran a salir de mi pecho y se esfumaran en la noche. Mis ojos descienden a su boca y ella me mira con los suyos húmedos y las mejillas sonrosadas. Sin pedir permiso, ni a ella ni a mí mismo, acaricio con el pulgar su labio inferior y una corriente eléctrica recorre mis dedos hasta llegar a mi pecho. Ella cierra los ojos y los mantiene así unos segundos. La observo. Tiene un montón de pecas en la cara, que querría besar una a una. En este preciso momento. De pronto, me doy cuenta de lo que está pasando. Hace tan solo unos segundos he estado a punto de besarla. A ella. A mi compañera. Y eso no puede ser. Eso es imposible. Eso no puede pasar.

—Será mejor que me vaya —le digo, separándome bruscamente de ella—. Mañana vengo por ti a las siete y te llevo al hospital.

—No quiero causarte más molestias. Ya has hecho mucho por mí, de verdad.

—Quiero hacerlo, Jackie.

Y se lo digo sinceramente; ahora mismo, solo quiero que ella no sufra. Bueno, eso y muchas

otras cosas que, como es lógico, no pueden pasar.

«No, eso no puede pasar».

Llego a mi casa en apenas cinco minutos. A esta hora no hay casi tráfico y necesitaba que el frío hiciera su función y me enfriara el cuerpo y las ideas.

«¿En qué coño estabas pensando, Michael? ¡Has estado a punto de besarla!».



Después de una noche de no dormir nada en absoluto, creo que ya es hora de levantarme y pegarme una ducha. La tercera desde que llegué a mi apartamento de madrugada. Necesito quitarme lo que sea que esté sintiendo por ella. Y tiene que ser ya. Mientras el agua fría cae por mi cuerpo, mi cabeza retrocede una y otra vez a su cara, con los ojos cerrados y esos labios que me moría por probar. Su boca siempre es de color rosa, de manera natural, y contrastan con sus ojos verdes y su pelo rojo. Una paleta de colores que va a ser mi maldita perdición.

Son las seis y media de la mañana, y salgo hacia su casa. Le dije que la recogía a las siete. Después, iré a la comisaria y le explicaré la situación al jefe. Todavía quedan semanas para infiltrarnos de lleno y ella debe estar ahora con su abuela.

Cuando llego a la calle, está esperándome en la puerta. Se ha recogido el pelo y lleva puesto unos vaqueros, una camiseta de tirantes azul y una sudadera con capucha. Es la primera vez que la veo sin los ojos maquillados de negro y está tan guapa, así sin nada, que volvería al instante de hace tan solo unas horas en este mismo lugar, con mis dedos rozando sus labios rosas.

—Hola. Muchas gracias por venir, Michael.

—Hola. No hay de qué. Lo hago con gusto. —Le doy el casco, deseando que se lo ponga lo antes posible y pueda dejar de ver su preciosa cara. «Mierda, Michael»—. Vamos a ver a tu abuela.

—Sí, vamos.

Se monta en la moto y me abraza, como hace siempre. Apoya su cara en mi espalda y a mí lo que me gustaría es dejar de sentir lo que estoy sintiendo por ella en este preciso y maldito momento.

Después de dejarla en la habitación con su abuela, decido llamar a Duke y explicarle la situación. Creo que necesitaré unos días para reponerse del susto. Me asomo por la puerta y la veo recostada en la cama, cogiendo la mano de la anciana con ternura. Es una mujer que, a pesar de tener el pelo de color blanco, se ve que ha sido pelirroja como Jackie, porque sigue conservando toda la piel llena de pecas como ella.

—Jackie —susurro muy bajo para no despertar a la mujer y ella sale de la habitación cuando me ve—. Tengo que irme a la comisaría.

—¡Ay, Dios!, ¡tendría que ir contigo!

—No te preocupes, ya he hablado con Duke. Está al tanto de todo y dice que te tomes los días que te hagan falta hasta que se recupere tu abuela.

—Michael, no sé cómo voy a pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—No me debes nada. Te recojo esta noche a las siete y te llevo a tu casa si te parece. —Le cierro la boca con los dedos cuando intenta decirme lo que ya sé que me dirá—. No digas nada. Tú solo avísame si quieres que venga antes de las siete, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, muchas gracias. —Se acerca a mí y me besa en la cara—. Por todo.

Siento cómo su aroma a dulce de vainilla inunda mis fosas nasales. Ya no me parece empalagoso como al principio. Ahora, ese olor hace que necesite salir de allí cuanto antes. Y eso

hago.

Salgo de allí sin mirar atrás.

La comisaría ha estado llena de gente. Han venido agentes especiales de otros estados. Después de todo el día, necesito cambiar de aires. Me despido del jefe y de todos los demás.

—¡Ey, Michael, dichosos los ojos que te ven!

Habla Jason a mi espalda, dándome un manotazo un poco más fuerte de lo normal. Debe estar molesto porque hace días que no le contesto a los mensajes.

—Siento no haberte devuelto las llamadas, Jason. He estado ocupado con todo el asunto de la misión.

—Ya, ya, la misión secreta, tanto, que no se lo cuentas ni a tu mejor amigo —se queja.

—Sabes que no puedo.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, solo bromeaba. Pero, al menos, contéstame alguna vez. Ya sé que últimamente estás muy ocupado con la novata. —Lo miro sin entender a qué se refiere—. Sí, ya sabes, la pelirroja que está para llevársela a casa y no salir de la habitación en días.

Y, aunque sé que lo ha dicho en el tono habitual de siempre y que está vacilando, no me ha gustado que lo haya empleado para referirse a Jackie. No, definitivamente, no me ha gustado.

—Jackie —puntualizo—, se llama Jackie. No la pelirroja.

—Perdona, tío, no sabía que estaba vetada. —Se ríe y alza las manos, pidiendo perdón.

—No es nada de eso. Sabes de sobra que no me gusta que hables así de las mujeres. Y menos cuando hablamos de una compañera de trabajo.

—Disculpa, Michael, ya sabes que yo respeto a todas mis compañeras, pero es que esa chica tiene algo que me llama mucho. No solo es físico.

—Sí, claro, lo que tú digas —le digo serio y él se da cuenta—. Tengo que irme, son las siete y he quedado.

—Sí, claro. Hablamos mañana —me dice, dándome una palmada en la espalda y marchándose después.

Yo también me marchó.

Voy camino del hospital.

Deseando volver a verla.

CAPÍTULO 14

JACKIE

—¡Abuela, qué susto me has dado! —Acaricio su mano y ella me sonríe con delicadeza—. No lo vuelvas a hacer, ¿vale?

—Cariño, siento haberte asustado. No te preocupes, estoy bien, mi amor. —Le beso su delicada mano, que tengo sujeta a la mía—. Jackie, vete a descansar a casa, por favor. Llevas todo el día en el hospital.

—Estoy donde quiero estar, abuela. Ahora mismo solo quiero acompañarte y saber que estás bien.

—Pero es tarde, no quiero que te vayas sola a esta hora. Ya se ha hecho de noche.

—Abuela, soy policía, no me da miedo que se haya hecho de noche. —Le cojo la mano y se la beso otra vez suavemente—. Además, viene un compañero a buscarme para llevarme a casa. Estoy segura de que está al llegar.

—¿Un compañero o tu novio, Jackie?

—Abuela —pongo los ojos en blanco y me río por la ocurrencia—, solo somos compañeros y estamos trabajando en un caso. Eso es todo. Ya sabes que yo paso de esos temas.

—Bueno, si tú lo dices... Es solo que hace mucho que no te veía ese brillo en los ojos cuando hablas de un chico. —De pronto, mira a la puerta y sonríe—. Y si es el que está ahí fuera mirando, te diré que me gusta. Es muy guapo, Jackie.

Me giro y, efectivamente, es Michael. Está mirando por el cristal de la puerta y me saluda con la mano. Le digo que pase, porque sé de buena tinta que mi abuela, aún tan débil como está, le encantará verlo de cerca. A pesar de haberle dicho que entre, llama a la puerta antes de cruzarla.

—¿Se puede? —Asoma la cabeza sonriendo.

—Sí, pasa.

—Hola, muchacho, siéntate en una de las sillas —habla mi abuela con una voz débil.

Él obedece y me mira un poco avergonzado. Igual he sido un poco imprudente haciéndolo pasar a la habitación para conocerla. Ciertamente, no es el sitio idóneo para presentar a un amigo.

—Buenas, señora, ¿cómo está? —Michael se sienta a mi lado y saluda a mi abuela, que está encantada con él. Solo hay que ver la cara que tiene a pesar de su estado de salud.

—Bien, muchacho, ya ha pasado todo. Muchas gracias por acompañar a mi nieta anoche aquí en el hospital.

—No hay de qué. —Me mira y sonríe, y a mí me derrite un poquito el corazón. Mi abuela observa y capta toda la escena.

«A esta mujer no se le escapa nada».

—Así que eres compañero de trabajo de mi Jackie. —Michael asiente—. Me alegro de que haya encontrado buenas personas como tú, porque déjame decirte que tienes cara de ser muy noble.

—¡Ay, abuela! —Me llevo su mano a mi cara y la beso después.

—Muchas gracias, señora —contesta amablemente Michael a las palabras de ella.

Estamos un rato allí, hablando los tres. Tiene la voz muy débil, pero, aun así, no para de decirle cosas a Michael y a mí también. Ya se sabe que cuando tienes una cierta edad hay cosas que no te guardas. En el fondo, creo que cuando te haces mayor te das cuenta de que si te guardas lo que piensas para ti, puede que un día sea tarde y ya no te quede tiempo de decírlas, así que decides soltarlas.

—Bueno, marchaos ya, que es tarde. Muchacho, asegúrate de que come algo esta noche, por favor. Sé que no ha comido nada en todo el día y está demasiado flaca. ¿Lo harás por esta anciana postrada en una cama?

—Sí, señora. Descuide, que lo haré.

—Nada de señora. Llámame, Helen, y tutéame que, aunque aquí me veas en esta cama y no esté en mi mejor momento, no soy tan mayor. —Nos reímos los tres.

—Está bien, como quieras..., Helen.

Me levanto y Michael hace lo mismo. Ya ha venido la enfermera y nos ha dicho que debemos irnos.

—Nos vamos, abuela. Haz caso a todas las enfermeras. Mañana vengo a verte. —La beso en la frente y le acaricio la cara. Ella me sonrío—. Te quiero.

—Yo también a ti, cariño. —Mira a Michael y le indica que se acerque un poco más—. Tienes cara de buena persona. Cuídala mientras yo esté aquí.

—Descuida, Helen.

Nos vamos del hospital. Mi abuela se ha despedido con una sonrisa mientras le hacía ojitos a Michael. Sé que le ha gustado, a pesar de que es un chico que, a simple vista, parece que está cabreado con el mundo, pero ella siempre ha visto en las personas más allá de su apariencia exterior. Y eso es algo que me encanta y que, de alguna manera, ha inculcado en mí. Todas las personas merecen que se las conozca antes de tener una opinión sobre ellas, porque a lo mejor cambiamos de parecer al hacerlo.

Todo el camino de vuelta voy sujeta al cuerpo de Michael, con el corazón en la garganta, pero esta vez no es por la velocidad de la moto, sino porque estoy sintiendo demasiado a menudo las malditas mariposas que solo he sentido una vez en la vida y que terminaron siendo abejorros en mi estómago.

—Michael, mil gracias por todo. Siento que mi abuela se haya tomado demasiadas confianzas contigo. —Sonríó cuando bajo de la moto—. A menudo no tiene filtro.

—Me ha parecido una mujer encantadora y que te quiere mucho. Eres muy afortunada de tenerla, Jackie.

—Lo sé. Es la mejor. —Me quedo unos segundos callada, sopesando si debo decirle lo que he estado pensando desde que salimos del hospital—. Eh... me preguntaba si... ¿Querías subir a cenar? No soy muy buena cocinera, pero..., además, es lo mínimo que puedo hacer por ti después de todo lo que has hecho por mí.

Por un momento, creo que no debería haberle dicho que subiera a mi casa, más aún cuando hace unas horas estuvimos a punto de besarnos, pero ya está hecho.

«A lo hecho, pecho, Jackie».

—Está bien —dice, aunque su cara no parezca estar del todo convencida—. Acepto, pero solo porque tu abuela me ha amenazado si no me aseguraba de que comías algo. —Se ríe y luego deja de hacerlo—. Y también porque le he prometido que cuidaría de ti.

«Ay, madre, que se ha vuelto a poner serio otra vez. No sé cómo hace para que sus ojos se vuelvan aún más oscuros de lo que ya los tiene cuando me mira con esa intensidad».

Subimos las escaleras, él detrás de mí. Los dos sin pronunciar palabra alguna. Entramos en mi casa y verla tan vacía me produce mucha tristeza. Michael se da cuenta de que mi cara se ha ensombrecido.

—No te preocupes, pronto estará de vuelta.

—Lo sé. Mi abuela es una mujer muy fuerte, pero, aun así... —Mis ojos se humedecen y

entonces Michael me abraza.

Me aprieto a su pecho y apoyo mi cara en su hombro. Su olor me transporta a otro lugar donde me siento segura, donde puedo descansar y relajarme. Huele tan bien que, por un momento, he deseado que este instante no terminara nunca.

Me acompaña a la cocina y me ayuda a preparar una ensalada. Saco un estofado de carne que mi abuela había cocinado, seguramente, ayer por la mañana. Le encanta la cocina y hace platos para chuparse los dedos. Nos sentamos en la mesa y empezamos a comer. Los dos mirándonos y, al instante, volviendo a posar los ojos en el plato cuando somos descubiertos... por nosotros mismos.

—¿Qué tal ha ido hoy en la comisaría? —digo, intentando romper este silencio que es nuevo para mí. O, al menos, nuevo con Michael.

—Bien, no te preocupes. Todo está arreglado. Duke dice que te incorpores cuando esté tu abuela bien. Por cierto, ha entrado un colaborador para el caso. Es un inspector especialista en análisis de la personalidad.

—¿Y eso, por qué?

—Pues porque todos coincidimos en que hay algo que se nos escapa, Jackie. Esa organización trabaja para una red de prostitución, pero creemos que no es una red de trata de blancas al uso. No sé si me entiendes.

—Sí, yo también lo he pensado, porque no entiendo el motivo de ese perfil determinado de chicas.

—Exacto, así es. Ese es el punto. —Sonríe y luego bebe de la copa de vino—. Creo que lo de novata ya va siendo hora de que lo borre de mi vocabulario cuando me refiera a ti.

—Me parece bien. —Bebemos de la copa sin quitarnos la mirada de encima.

Llevamos dos horas cenando y hablando un poco de todo: de nosotros, de la misión, de mi abuela y de su madre, Violeta. Tuvo una infancia muy dura donde entraba y salía de casas de acogida con demasiada frecuencia. En plena entrada a la adolescencia, la calle no es buena maestra, aunque él me dice que no se descarriló demasiado, sobre todo, cuando lo adoptó su madre.

—Bueno, es tarde, yo ya me voy. Mañana te recojo para llevarte al hospital.

—No, no hace falta. Laurie, la agente Peters —aclaro—, me va a llevar, porque quiere ver a mi abuela.

—Está bien —dice con un poco de ¿decepción?—. Ya sabes que si me necesitas, puedes contar conmigo.

—Gracias, Michael.

Me acerco a besar su mejilla, pero cuando voy a separarme de él, me sujeta por la cintura, impidiendo que lo haga. Pega su frente a la mía y cierra los ojos.

—Jackie... —suspira—. ¿Qué voy a hacer contigo?

CAPÍTULO 15

MICHAEL

«¿Qué estás haciendo, Michael? Es tu compañera. La misma con la que estás preparando uno de los operativos más peligrosos».

Eso lo dice mi yo sensato, el que no hace tonterías, el que me está machacando el cerebro para que no haga lo que estoy a punto de hacer. Besarla. ¿Cómo puede este yo racional ganar al que se muere por probar esos labios suaves que no puedo dejar de mirar?

—Michael... —Sus palabras salen de sus labios débilmente, mezclándose con el sonido de los latidos que me golpean el pecho con fuerza.

¿Qué puedo hacer si me gusta todo de ella? ¿Y si me acelera el pulso cada vez que estoy en la misma habitación que ella, aunque nos separen muchos metros de distancia?

Tengo la frente pegada a la suya. Mantengo los ojos cerrados, porque creo que si los abro y veo su boca cerca de la mía, no habrá marcha atrás. Pero como siempre, y haciendo caso omiso a mi yo racional, los abro y, como cabía esperar, mis labios se acercan a los suyos. Ya no hay vuelta atrás. Mordisqueo su labio inferior, suspirando con cada roce. Ella se adentra en mi boca y me rindo a la batalla. Me entrego a ella y siento que solo con este beso me está curando todas y cada una las heridas que he ido sumando en mi vida. Juntamos nuestros cuerpos mucho más, mientras que mis manos rodean su cintura y comienzo a deslizarlas por su cuerpo, poniéndome la piel de gallina con cada milímetro que recorro. Ella acaricia mi pelo, entrelazando sus dedos y haciendo que experimente una explosión de sensaciones. Como si hubiera visto por primera vez el color. Como si hubiera tenido los ojos vendados todo este tiempo. Como si solo existiera la luz, porque ella está a mi lado.

Y entonces entiendo que esta batalla la tengo perdida, porque no cuento con armas para defenderme. Porque con ella no quiero librarme, porque con ella quiero rendirme, porque con ella quiero perderme. Porque con ella siento que empiezo a encontrarme.

Saboreo sus labios. Me saben a agua fresca y cristalina. Empiezo a sentir que quiero más y sé que si sigo así, ya no podré parar y eso no puede pasar. Eso no debe pasar.

—Lo siento, Jackie. —Separo nuestros cuerpos y me dirijo a la puerta con intención de irme y ponerme a salvo, lejos de ella—. Esto está mal.

—¿Por qué está mal? —Me mira con los ojos vidriosos, producto de la excitación que había entre nosotros hace tan solo dos segundos.

—En primer lugar, porque somos compañeros de trabajo. Y en segundo lugar... —me detengo, sin saber si es buena opción continuar, pero, al final, mi boca habla sola—, porque yo no puedo sentir nada por ti. ¿Es que no lo entiendes? —Me froto la frente con los ojos cerrados.

—¿Por qué, Michael?

—Porque no podemos sentir nada el uno por el otro justo en este momento, cuando vamos a entrar en una misión así. ¡Por eso! —Alzo la voz cabreado, pero no con ella, sino conmigo mismo, por no haber evitado que llegara a este punto.

—No lo entiendo, Michael. A mí me está pasando lo mismo contigo. Yo también quería besarte, no solo ha sido cosa tuya. ¿Por qué? Dímelo —susurra, acercándose más a mí.

—Porque no, Jackie.

—Esa no es una respuesta válida. Dame un motivo. No me vale que sea porque entramos en una misión los dos.

—Porque no es aconsejable..., al menos, para mí.

—No me vale. Sigues dándome la respuesta incorrecta. —Se acerca mucho más a mí y veo que sus ojos están húmedos, a punto de soltar una lágrima.

—Porque me paso el día pensando en ti, por eso... Y porque el resto de las horas sueño contigo. Y porque... si algo te pasara, yo... yo... creo que me moriría. —Le cojo la cara con mis manos y enjugo sus lágrimas con mis dedos. La beso nuevamente, esta vez dulce, cerrando mis ojos para evitar que ella vea lo que siento en este momento.

Me separo bruscamente y abro la puerta.

Me marcho de allí, huyendo de ella, de mí, de nosotros, de este sentimiento que ha crecido entre los dos y que yo debería haber evitado...



Llevo toda la noche dando vueltas en la cama de un lado para otro. Otra más, recordando su cara, su pelo, su boca, pero ahora es mucho peor, porque ahora sé lo que he sentido al besarla y eso hace que me preocupe cada vez más. Si el jefe Duke sospechara en lo más mínimo lo que yo estoy sintiendo por ella, me sacaría de la misión inmediatamente. De hecho, creo que estaríamos fuera los dos. Y estoy dudando si decírselo, porque sé que es muy peligroso entrar en este operativo enamorado de la chica a la que tienes que proteger. ¿He dicho enamorado? La verdad no sé qué es lo que siento. Lo único que sé es que me gusta estar con ella. Me gusta compartir conversaciones con ella mientras comemos en alguna parte, aunque sea en un parque tirados los dos en la hierba, como el martes pasado. Y también me gusta ver al Michael que surge cuando estoy a su lado, porque la versión amargada que siempre me acompaña es justamente eso, una amargura.

Llego a la comisaría. Solo he tomado un café cargado antes de salir de mi casa. Cuando entro, veo a Jason y Ruket, que me saludan desde el fondo de la sala. Están justo al lado de la cafetera. Creo que me vendrá bien tomarme otro chute de cafeína.

—¿Qué pasa, tíos! —les digo mientras me sirvo una taza.

—¿Qué hay, Michael? —dice Ruket—. ¿Cómo lleváis el operativo?

—Ahí va. Todavía nos queda bastante trabajo por delante y poco tiempo para que todo comience.

—Ya. El jefe me llamó ayer para saber si estaba disponible también para entrar, pero me lo estoy pensando. —Bebe un sorbo de café—. Por mi familia, ya sabes.

—Sí, lo sé. Susan y las niñas estarían mucho tiempo sin saber casi nada de ti. Es complicado.

—Parece que todos van a entrar en la misión, excepto yo —dice mi amigo sonriendo, pero mostrando contrariedad en su cara.

—Es cuestión de tiempo que te lo proponga el jefe —comenta Ruket—, sobre todo, porque lo más probable es que yo rechace la propuesta.

—Sí, ya, supongo que estoy acostumbrado a ser el segundo plato. —Suelta el vaso y se va hacia la puerta—. Me voy, chicos. Estoy investigando un caso con uno de los nuevos.

—Y a este, ¿qué mosca le ha picado? —pregunta Ruket.

—Está molesto, creo. Tengo que hablar con él, hace días que apenas aparezco por aquí y supongo que he descuidado nuestra amistad.

—A ver, Michael, es normal. Estás metido en un operativo muy importante y debes tener los cinco sentidos en él. —Oigo sus palabras e, irónicamente, me encuentro en el punto contrario: no tengo todos los sentidos en la misión.

—Sí, lo sé, pero tengo que hablar con él.

—Por cierto, he oído que una de las nuevas entra también. ¿Es verdad?

—Así es, pero hace tiempo que no la veo como una de las nuevas. Es muy lista y está mejor preparada que el resto de los novatos que he visto en los últimos años. —Ruket me mira sorprendido por mis palabras—. Y son bastantes años ya.

—Si lo dice el inspector García, debe de ser verdad —bromea—. No, ahora en serio, me alegro de que entre gente tan preparada. Bueno, yo ya me marchó también. Nos vemos —me dice mientras camina hacia la puerta con una sonrisa.

—Nos vemos, tío.

El resto de la mañana sigue con normalidad. Seguimos con los agentes especiales de Washington. Estarán aquí algunos días más y también he conocido al nuevo colaborador. Es un inspector que viene con ellos. Se dedica al análisis de la personalidad delictiva. Su labor consiste en apoyar a la policía a identificar y entender los patrones delictivos, conocer el *modus operandi* y, con ello, sugerir líneas de investigación y proveer de información que nos permita esclarecer el caso. Todos coincidimos en que hay algo más detrás de esa organización criminal. Sabemos quiénes son los que traen a las chicas a Estados Unidos, pero intuimos que hay algo más que esconden y eso todavía lo desconocemos.

Es hora de marcharme. Me siento raro. Hoy no he visto a Jackie en todo el día y algo falta en este puzle. Una pieza que necesito para que todo encaje. Y la verdad es que estoy aterrorizado con que ella sea esa pieza.

Me monto en mi Harley y llego a mi casa.

La calle está oscura, pero una silueta se vislumbra a lo lejos. Y entonces, la veo. Es ella.

El corazón empieza a latir con fuerza cuando me acerco.

CAPÍTULO 16

JACKIE

Cuando he salido del hospital, estaba contenta. El médico me ha dicho que mi abuela está fuera de peligro y que, probablemente, en dos días le darán el alta. Era la mejor noticia que podía recibir esta mañana. Tan solo le han aconsejado que se tome la vida con más tranquilidad. Tiene ochenta y ocho años, y no para en todo el día. Ella ha reconocido que debe poner de su parte y pisar el freno, y yo la voy a ayudar en todo lo que pueda.

Y estaba tan feliz que, curiosamente, a la primera persona a la que quería decírselo era a él. A Michael. ¿Que por qué a él? No tengo ni la más remota idea. Solo sé que necesitaba contárselo, y también mentiría si no dijera que quería verlo. Quería mirarme otra vez en sus ojos negros y profundos, que siempre me llevan a una noche llena de estrellas.

Así que aquí estoy, delante de la puerta de su edificio. He llamado varias veces, pero no me contesta. Supongo que todavía no ha llegado. Eso o, a lo mejor, es que no quiere hablar conmigo después de marcharse ayer corriendo de mi casa.

Escucho el ruido del motor y sé que es él. Conozco ese sonido muy bien. Cuando lo veo llegar en su moto, mi corazón deja de latir. Así, sin avisar. Ha dejado de bombear suficiente sangre a mi cuerpo, para después pasar a latir a toda prisa. A borbotones.

—Jackie, ¿qué haces aquí? ¿Tu abuela está bien? —Se acerca a mí cuando apaga el motor de la moto y se baja de ella.

—Sí, sí, está perfecta. De hecho, le han dicho que seguramente en dos días se marche a casa. Está fuera de peligro y yo... yo quería... venir a contártelo —titubeo.

Me acerco más a él. Me mira a los ojos y después, sin intuirlo, me acaricia la cara. Yo la apoyo en su mano y cierro los ojos.

—Jackie, no deberíamos hacer esto —me susurra, a menos de un milímetro de mi boca.

Apoya su frente en la mía y me besa suavemente, esperando a que yo decida si quiero continuar. Yo asiento con mis ojos. Acaricia nuevamente mi mejilla, despacio, hasta que enreda los dedos en mi nuca y me atrae hacia él. Entonces, siento sus labios hundirse en los míos, separándolos con dulzura y colándose dentro. Siento cómo toda mi piel se eriza desde los pies a la cabeza, encendiendo un fuego que permanecía dormido desde que él, hace menos de veinticuatro horas, lanzó la chispa entre las paredes de mi casa.

Sin dejarnos de besar subimos a su apartamento y llegamos arriba, escalón a escalón, entre besos incesantes y risas. Abre la puerta sin separar apenas nuestros labios y la cierra con un enérgico empujón. Sura nos ve entrar y ladra, pero ninguno de los dos le hace caso, porque estamos demasiado ocupados comiéndonos a besos y devorándonos el uno al otro.

Entonces, Michael se separa y me mira.

—¿Estás segura de esto, Jackie?

—Lo estoy. ¿Y tú?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que te deseo con todas mis fuerzas, aunque...

—Yo también te deseo —añado, sin dejar que termine la frase.

Tras mis palabras, me quita la camisa que llevo puesta, sin apartar sus ojos de los míos. Me besa el hombro con interminables besos, que va depositando uno a uno hasta llegar a mi cuello y morder suavemente el lóbulo de mi oreja.

Me desprendo del pantalón y cuando me quedo solo con la ropa interior, siento que el cuerpo me

arde por fuera, pero, sobre todo, por dentro. Le quito la camiseta negra y veo su piel desnuda. Observo sus brazos y su pecho, que se agita fuertemente. Sus músculos son definidos y firmes. Beso cada tramo de su torso, despejado de ropa. Le desabrocho el pantalón. Botón a botón. Sin prisas. Despacio. Él me mira y sonrío —supongo que por el tiempo que estoy empleando en hacerlo—. Yo también sonrío.

Me sujeta por las piernas y me coge en brazos con firmeza. Yo voy agarrada a su cuello, mientras nos clavamos la mirada y besa mi frente y mis labios suavemente, hasta que accedemos a su habitación.

Está oscuro. Tan solo se ve una tenue luz que se abre paso tímidamente por la ventana y que proviene de una de las farolas que alumbran la calle. Me deja tumbada en la cama y se coloca encima de mí. Recorre mis piernas besando cada centímetro hasta llegar a mis braguitas. Me mira pidiendo permiso para seguir, a lo que yo respondo afirmativamente sin pronunciar palabra, tan solo con la mirada. Me quedo desnuda con sus labios perdidos en mi cuerpo, haciendo que arquee la espalda en respuesta a mi excitación. Suspiro cuando noto sus labios húmedos en lo más íntimo de mí, explorando cada uno de mis pliegues. Cuando ya no puedo más, sube a mi ombligo, continuando con el recorrido de besos por todo mi pecho.

—No aguanto más esta tortura —susurro en su oído, cuando me besa el cuello.

—Yo tampoco —me contesta con un hilo de voz—. Espera, solo un segundo.

Entonces, se separa un instante para coger un condón de su mesilla y se coloca otra vez encima de mí, hasta que se entierra despacio en mi interior, produciéndome un quejido de placer. Encajamos a la perfección, como si nuestros cuerpos hubieran estado esperándose toda la vida. Como si mi piel reconociera la suya. Como si fuera una sola.

Al principio, se mueve despacio dentro de mí. Nos besamos sin descanso, hasta que los dos aumentamos el ritmo que nos pide nuestro cuerpo y nuestro deseo. Y es entonces, cuando siento que el mundo a mis pies va a explotar. Que todo a mi alrededor se va a hacer añicos en décimas de segundos.

Y así, los dos juntos llegamos a ese derrumbe entre caricias y besos húmedos.

Todavía con los latidos retumbando al máximo volumen, caemos juntos en la cama. Apoyo mi cabeza en su pecho, haciendo círculos con mis dedos en su piel ardiente. Me abraza fuerte y me besa el pelo, acariciándolo con suavidad.

Poco a poco, me voy quedando dormida. Entre sus brazos me siento segura, en paz y feliz. Y no sé si habremos hecho bien o no, solo sé que nunca había sentido esto antes. Nunca había sido tan intenso como lo ha sido esta noche. Siento cómo mi respiración y la suya va descendiendo y se va volviendo más pausada, dejando paso a un sueño profundo en una noche llena de estrellas.



Cuando me despierto, siento la cama vacía. Hay ruido en la cocina, por lo que deduzco que Michael está allí.

—¡Hola, bonita! —Sura viene a la cama y me lame la cara, dándome los buenos días.

La perrita mueve la cola con energía y revolotea alrededor de la cama, intentando subir a ella.

—Buenos días —saludo, entrando en la cocina y acercándome por detrás. Le rodeo la cintura y me parece el hombre más sexy del mundo preparando el desayuno.

Se queda quieto sin reaccionar. Me separo y se gira. No queda nada del chico ardiente y cariñoso con el que pasé la noche. Ha vuelto el frío a su mirada.

—Buenos días. He hecho huevos revueltos y tostadas. Espero que te gusten —dice sin mirarme

mientras coloca los platos en la mesa.

—¿Qué pasa, Michael? ¿Estás arrepentido de lo que pasó anoche? Es eso, ¿no? —Rodeo su cuerpo, que esquivo mi mirada.

—Lo que pasó anoche no...

—No debió pasar. Me ibas a decir eso. Lo suponía.

Él me coge el brazo con cariño, acariciando mi piel.

—Tú no lo entiendes, Jackie. Yo necesito tener todos los sentidos puestos en el operativo. Y ahora no sé si podré hacerlo sabiendo que tú puedes estar en peligro.

Le cojo la cara con las manos y lo obligo a mirarme.

—No me va a pasar nada, Michael. Confía en mí, por favor.

—Pero es que no se trata de falta de confianza. Se trata de que yo no puedo...

—No puedes, ¿qué, Michael?! —grito con desesperación.

—No puedo sentir lo que siento por ti, Jackie. ¿Eso es lo que querías oír?

—Sí, porque yo siento lo mismo por ti. No sé cuándo ha pasado, ni sé cómo ha sido, solo sé que cuando estoy a tu lado me siento capaz de comerme el mundo.

Se acerca a mí y me besa con pasión, recordándome otra vez al chico que estuvo ardiendo junto a mí en la habitación de al lado.

Enredamos nuestros cuerpos en un abrazo intenso. Me sube a la encimera de la cocina y comenzamos a desnudarnos, con prisa, con desesperación.

Y volvemos a incendiar la casa con nuestros cuerpos.

Tal y como hicimos hace solo unas horas.

CAPÍTULO 17

MICHAEL

Ha pasado una semana desde que Jackie y yo estuvimos juntos en mi casa. Han sido muchas noches en las que hemos repetido todas y cada una de las caricias y los besos que nos dimos la primera vez. Se ha vuelto como una droga para mí. Ayer repetía, millones de veces en mi cabeza, que no debería haber pasado. Es la primera regla en una misión: no estar implicado emocionalmente con tu compañera. De eso depende muchas veces el éxito del operativo. Y yo lo he echado todo a perder, porque ella se ha metido muy dentro de mí. Así, sin planearlo.

A pesar de que me he repetido una y otra vez que no puede pasar, cuando la veo, toda la teoría se va al traste. Simplemente, fracaso.

Acabo de llegar a la comisaría. Ella se incorpora de nuevo, pero no creo que tenga muchas ganas de verme. Anoche le dije que no podía volver a pasar, a pesar de que me moría por besarla y borrarle la pintura de labios que llevaba puesta. Le dije que mi mundo era en blanco y negro, y que ella no se merecía que yo la llevara a esa oscuridad. Y como no me pareció suficiente, también le dije que había confundido las cosas y que no estaba seguro de seguir con nuestros encuentros clandestinos. Una mentira detrás de otra. Lo sé. Pero tenía que hacerlo.

Veo a Duke al fondo. Me hace un gesto desde su despacho para que vaya. Cuando entro, ella está allí. Me mira y cuando encuentra mis ojos clavados en los suyos, los retira.

Suena la puerta.

—Adelante —dice el jefe, no sin antes mirarme con cara de desaprobación. Estoy seguro de que ha visto las miradas de los dos cuando nos hemos encontrado hace tan solo un minuto.

—Buenas. —La puerta se abre. Es el analista de Washington.

—Pasa. Te estábamos esperando.

En cuanto entra, la mira descaradamente y no hay que ser muy inteligente para ver lo que está pensando de Jackie.

Siento tanta rabia ahora mismo que le partiría la cara si no fuera porque no sería muy civilizado por mi parte, pero es que la manera en que la está mirando me come por dentro.

—Te presento a la agente Woods —dice el jefe Duke.

Él se acerca a ella y le estrecha la mano, más tiempo del que hubiera querido yo. Jackie le devuelve la sonrisa.

—Encantado, soy Miles. Y espero descubrir la debilidad de esos malnacidos —dice arrogante.

—Sí, lo sé. Había oído hablar de ti. —Él sonríe satisfecho—. Encantada. Soy Jackie, la agente Woods.

Me siento como si estuviera viendo una jodida película romántica delante de mis narices. Ella sonriendo y él comiéndosela con los ojos. ¡Qué hace este tío mirándola así!

«Mierda, Michael, ella no es nada tuyo. Tú mismo la echaste de tu vida».

—Será un auténtico placer trabajar contigo —se dirige a Jackie y, después, rectifica y nos mira al jefe y a mí—. Con todos en realidad.

Ella sonríe y él babea.

«¿Qué cojones hace este capullo?!».

—Miles, ¿puedes ir con la agente Woods a la sala de reuniones y la vas poniendo al día? Enseguida vamos nosotros. —El jefe Duke los conduce a la puerta de su despacho y, después, me mira a mí. Sé perfectamente de lo que quiere hablar conmigo.

—Por supuesto. Encantado. Jackie, detrás de ti. —Le deja paso. ¿Cómo se atreve a llamarla por su nombre?! La acaba de conocer. ¡Puaj!

El jefe Duke cierra la puerta. Y ellos se van. Quisiera ir a la maldita sala de reuniones y sacar al engreído de Miles de allí. En cambio, aquí estoy a punto de tener una conversación que sé que no va a ser lo que se dice agradable. Conozco al jefe desde hace mucho tiempo.

—Michael, ¿qué coño crees que haces? —me espeta, enfureciéndose por momentos, como si saliera fuego de sus ojos.

—No sé a qué te refieres, Duke.

—¡No me jodas, Michael! —Sube el tono de voz y se me acerca—. Te conozco y he visto cómo la miras.

—No pasa nada. Puedes estar tranquilo. Todo ha terminado.

—¿En qué cojones estabas pensando? Sabes que puedes echar a perder el operativo. ¡Lo sabes, Michael! ¡Joder! ¡Piensa con la cabeza y no con tu jodida bragueta! —Está cabreado y lo peor es que sé que tiene razón, por lo que solo puedo callar.

—Te repito que eso ya se ha terminado.

Pasea por el despacho mientras se toca el pelo nervioso. Apaga el cigarrillo en el cenicero con rabia.

—Creo que debería apartarte de la misión. No estoy seguro de que puedas hacerlo. Ahora no lo sé —dice finalmente.

—No lo hagas, Duke. Te juro que mis sentimientos no interferirán en la misión. Ha sido algo pasajero y sin importancia para mí —miento—. Sabes que soy el mejor para esto. ¡Lo sabes, joder!

—Está bien, pero no me hagas arrepentirme, Michael. Te lo advierto. —Me señala con el dedo arrugando el ceño.

—No te arrepentirás. Confía en mí.

Por un momento he temido que me echara fuera de la misión. No lo permitiré. Ella va a estar dentro y puede que corra peligro. Necesito protegerla y eso solo podré hacerlo si estoy dentro.

Ahora más que nunca debo estar ahí.

CAPÍTULO 18

JACKIE

Contradicción. Eso es Michael. Anoche fue muy borde conmigo.

«Yo solo veo la vida en blanco y negro. Creo que me he equivocado. He confundido una simple atracción sexual con algo más y no debería haberlo hecho». Esas fueron sus palabras.

Después de pasar una semana enredados entre sus sábanas, me viene con el discurso de siempre de todos los tíos. Creo que más de uno debería cambiar el guion y ser más original. Me pilló por sorpresa, porque cuando estábamos juntos no parecía que fuera algo de lo que después se arrepintiese. Básicamente, lo que hizo fue afirmar lo contrario a lo que decía días atrás, negando lo que habíamos dado por bueno. Y es que también me dijo que todo había sido un error y la verdad es que me dolió bastante. Pero lo que acaba de pasar en el despacho del jefe no lo entiendo. Cuando ha visto al analista dándome la mano —que, por cierto, se ha recreado un poco—, parecía que iba a echar fuego por los ojos. Y me he fijado en los nudillos de sus manos, en cómo los apretaba. Los tenía blancos mientras sujetaba fuertemente la mesa del despacho donde estaba apoyado. Que ha sido eso. ¿Celos? A ver, aclárate, Michael. No entiendo a los hombres. Definitivamente, creo que la fama de complicadas la tenemos nosotras, las mujeres, pero, en el fondo, son ellos los que no se aclaran. Nada. En absoluto.

—Jackie, o agente Woods, como prefieras. —Miles se acerca a mí. Debo de haberme quedado embobada pensando en él y en sus contradicciones—. ¿Puedo saber en qué estabas pensando tan concentrada? Si no es demasiado entrometido por mi parte, naturalmente.

—Lo primero, prefiero que me llames por mi nombre de pila, aunque en teoría eres mi superior e igual estás acostumbrado a otro tipo de trato. Al fin y al cabo, soy nueva en la misión y en la comisaria también. —Me mira con una sonrisa de medio lado—. Y, en segundo lugar, estaba pensando en la misión.

—En este operativo no hay rango jerárquico que valga, además, nunca me han gustado esos formalismos. Entonces, te llamaré Jackie, si estás de acuerdo. —Asiento—. Y yo soy Robert, nada de inspector Miles.

—Perfecto. La verdad es que me siento más cómoda. Estoy deseando saber cómo vamos a adentrarnos en esa organización. —Aprieto los dientes y sonrío emocionada.

—Creo que me va a gustar mucho trabajar contigo, Jackie. —Me observa callado—. He de decirte que no solo soy bueno analizando el perfil de los criminales, también se me da bien el de las agentes nuevas, y en ti veo ese valor y valentía que hace al buen policía.

—Vaya, pues... gracias..., Robert.

—No me las des. Es la verdad.

La puerta se abre y tras ella aparecen el jefe y Michael. Este último con el ceño fruncido como si estuviera cabreado con el mundo. Cuando ya estamos sentados, llaman a la puerta. Es el inspector Waters. Creo que es muy amigo de Michael. Siempre andan juntos.

—Adelante, Waters. —El jefe le invita a pasar cuando asoma la cabeza por la puerta. Me mira y emite una sonrisa. Siempre que paso por su lado, me mira de arriba abajo. Es un mirón y por lo que sé, quedan pocas compañeras libres de haber caído en sus redes, y no solo de esta comisaría—. Te estaba esperando.

—Gracias, jefe. —Se sienta al lado de Michael, pero ni siquiera se miran. Me parece raro. Siempre los he visto juntos.

—El inspector Waters formará parte del operativo, junto a García. Creo que es necesario que tengamos a más personas dentro, ¿No es cierto, Miles?

—Así es. Hablando con Duke y el resto de los agentes de Washington, hemos llegado a la conclusión de que los cabecillas de esa organización se mueven por algo más que el simple tráfico de mujeres. Creo que son aún más retorcidos de lo que nosotros pensamos.

—¿Más todavía? Creo que son unos animales.

—Sí. Pueden ser mucho peor —añade Michael, mirándome fijamente.

He visto las fotos y algunas de esas chicas han aparecido sin vida, tiradas de cualquier manera en el bosque o en cualquier sitio apartado. Y todo eso, después de haberlas maltratado de la manera más salvaje. Pensar en esas pobres niñas me pone los pelos de punta. Estoy deseando atraparlos a todos. Espero ansiosa ese día.

—La semana que viene comenzaremos con los contactos. García será el que proporcione a la chica, es decir, a la agente Woods —comenta el jefe mientras nos tiende unos documentos con más datos de contactos e instrucciones.

Observo a Michael y veo cómo su garganta sube y baja, como si le costara tragar. Después, me mira y ya no veo rabia en sus ojos, sino la misma mirada que he visto en su casa esta última semana, cuando estábamos juntos. Enseguida la retira. Supongo que no quiere que yo piense cosas que no son.

«Tranquilo, Michael. No lo haré».

Después de hablar de todos los pormenores de la misión, estoy deseando empezar y, no voy a mentir, también estoy nerviosa. Según dicen todos, mis rasgos físicos coinciden con las chicas que buscan. Y a mí eso me ha gustado mucho, porque, por fin, me va a servir de algo esta cara de niña buena que siempre he tenido y también quiere decir que estaremos más cerca de cogerlos.

—Bien, agente Woods, mañana a primera hora debes ir con David.

—¿David?

—El fotógrafo forense —apostilla el agente Waters, con una risa burlona, que retira de inmediato cuando ve cómo el jefe lo mira con desaprobación.

—Sí, bueno —vuelve a dirigir su mirada a Jason con gesto serio. Me doy cuenta de que no es el único. Miles y Michael lo hacen de la misma manera—. Él se encargará de hacerte el *book* de fotos que mandaremos al contacto del inspector García.

—Perfecto, jefe.

—Necesitarás hacértelas con diferente ropa. Ya sabes, debe parecer que eres una modelo buscando futuro en América.

—No se preocupe, tengo algo en casa y si no, puedo recurrir a alguna amiga.

—Muy bien, Woods. —Se levanta y todos lo imitamos—. Está bien. ¿Todo claro, muchachos? —Los tres asentimos—. Cuando tengamos listas las fotos de Woods, procederemos a dar comienzo al operativo.

Se marcha. El resto recogemos toda la documentación. Jason se acerca a mí por la espalda.

—Ey, Jackie. Si no te convence David para la sesión de fotos, estoy dispuesto a hacer su trabajo. —Se ríe—. Puedes traer esos modelitos a mi casa y seguro que conseguimos un *book* de lo más sexy.

—Te advierto, Waters, conmigo estás pinchando en hueso. No te equivoques —le digo seria mientras veo a Miles, que me guiña un ojo en señal de aprobación a las palabras que acabo de pronunciar.

—Tranquila, Woods. —Levanta las manos—. Estaba bromeando.

—No me gustan las bromas, por eso nunca las hago.

Michael lo fulmina con la mirada en cuanto ha soltado la estupidez del *book*. Después, me dedica de manera sutil una leve sonrisa.

Nos vamos todos pensando que, en pocos días, estaremos en ese club. Yo salgo de la sala entre miradas contradictorias.

CAPÍTULO 19

MICHAEL

Maldito *book* de fotos.

Cuando esta mañana estuvimos reunidos viendo todo el material —entre ellos, el dicho *book*—, no podía dejar de mirar esas fotos de ella. Su pelo rojo, colocado de la forma más sensual sobre sus hombros. Su cuerpo enfundado en unos vestidos mínimos... Mierda, estaba tan *sexy* que he tenido que disimular con los demás lo que estaba pensando, que no era otra cosa que arrancarle cada uno de esos jodidos vestidos. El que no ha tenido ningún reparo en mirarlo, con todo su descaro, ha sido Jason. ¿Qué cojones le pasa? Le dejé más que claro que se olvidara de ella. No es nada mío, lo sé. Pero no quiero que caiga en las manos de alguien como él. Sí, ya sé que es mi amigo, pero no me gusta lo que piensa de las mujeres. Ese siempre ha sido un punto que no he compartido con él y el causante de que tuviéramos más de una discusión. Yo no soy ningún santo y sí, también he estado con chicas a las que no le tenía el más mínimo aprecio, a las que había conocido unas horas antes en un bar y a las que, prácticamente, les daba el pasaporte de salida casi cuando acabábamos de echar el polvo «reglamentario». Pero con Jackie, todo es diferente. Con ella he sentido que he vuelto a nacer. En el sentido más espiritual, claro. Con ella lo tengo todo y eso es más que suficiente. Me gusta mucho y no sé qué voy a hacer con esto. No puede ser. De eso no tengo dudas, pero, a veces, tu cuerpo va por libre y no oye a tu cabeza, que se supone que es la sabia.

Decido sacar un café de la máquina. Veo a Jasón que viene hacia mí.

—Ey, Michael. Pensé que te habías marchado ya. —Me da un manotazo en la espalda y casi me tira el vaso. Lo miro con rabia.

—Me voy en breve. Necesitaba un café. Me duele la cabeza —me quejo y bebo un sorbo.

—A mí lo que me duelen son los ojos de ver esas fotos —vuelve a sacar el tema y a mí empieza a correrme fuego por las venas en lugar de sangre—. Tío, ¿tú has visto cómo está Woods? Está muy buena. Lástima que entremos pronto en la misión, pero ten por seguro que cuando acabemos, voy a ir a por ella. —Sonríe con descaro.

—Jason, ella no es para ti —contesto mientras aprieto la mandíbula.

—¿Por qué, Michael? ¿Acaso la quieres para ti? —Me mira a los ojos y yo lo miro cada vez más enfurecido.

—Ella no es un objeto ni un trofeo que nos pasemos entre nosotros, ¿me oyes, Jason? Aléjate de ella. Te lo advierto.

—Tranquilo, colega. ¿Desde cuándo te importa que me tire a una de las novatas? Te diré que la pelirroja me pone a mil.

—No te acerques a ella. ¡No te lo repetiré!

—Vale, tranqui. No es la única tía del planeta. No sabía que también tú te la querías tirar.

Estoy a menos de un segundo de partirle la cara. Si no me gusta cómo habla de las chicas, menos aún cómo lo está haciendo de Jackie. Es mi amigo, así que prefiero largarme.

—¿Sabes, Jason? Tengo que irme. Hablamos.

Decido irme por no pegarle un puñetazo aquí delante de todos. Jackie para mí no es como las demás. Ella es especial. Espero que haya entendido que debe dejarla al margen de sus conquistas o de lo contrario la próxima vez no evitaré pegarle el puñetazo que hace días que se está buscando.

Cuando salgo de la comisaría, la veo con su mochila colgada del hombro. Lleva el pelo mojado, recién salida de la ducha. Corro hacia ella.

—¡Ey, Jackie! ¿Ya te vas?

—Eso parece —me dice con el gesto serio y sin dejar de caminar.

—Mira... en unos pocos días empezaremos la misión y no quiero que estemos mal... —Se detiene y se gira para mirarme—. Además, tenemos una conversación pendiente cuando todo esto acabe.

—Creo que no tenemos nada pendiente, Michael. Lo dejaste bastante claro la otra noche en tu casa.

—Eso no es cierto... Bueno, no del todo. Aquella noche...

No puedo terminar, porque un coche deportivo negro se coloca a nuestro lado. Es Miles. Tan inoportuno como siempre.

—¿Qué hay, Michael? —me dice, cuando baja la ventanilla—. Jackie, ¿te llevo a tu casa? Creo que vuelves a estar sin coche.

—Sí, mi Chevrolet ha vuelto a dejarme tirada —me aclara—. Está bien, pues te lo agradezco.

Se monta en el coche con él.

Y yo me quedo aquí, como un pasmarote, viendo cómo se alejan.

Cuando llego a casa, me tumbo en la cama, con los brazos debajo de la cabeza y mirando al techo como un estúpido. Sura se acerca a mí y me chupetea el pie que cae por fuera del colchón.

«¿Qué has hecho conmigo, Jackie?».

«¿Por qué te has metido tan dentro?».

CAPÍTULO 20

JACKIE

Dos meses antes.

Estas últimas semanas hemos avanzado mucho y ya estamos preparados. O eso es lo que me digo a mí misma ante el inminente comienzo de la misión. Michael ya ha contactado con el tipo que se encarga de reclutar a las chicas. Se llama Demir. Es de origen turco y como indica su nombre —significa hierro—, tiene fama de ser extremadamente duro. Se supone que introduce a las niñas en sus clubes y allí las somete a una serie de pruebas. Si las superan, acaban en lo que les dicen que es un club más importante y donde ganan mucho dinero. Pero, claro, la realidad es que acaban en la organización criminal sometidas a las exigencias de esos cerdos.

Miles está haciendo un gran trabajo. Gracias a él, sabemos parte de la personalidad retorcida de estos delincuentes. Se mueven por algo más, aunque eso todavía no lo tenemos demasiado claro. Según creemos, mientras ellas trabajan en los clubes que tienen por toda la ciudad, las tratan bien. Algunas son contratadas de camareras y otras, de bailarinas para amenizar a los clientes que acuden a esos bares nocturnos. Según creemos, entre esa clientela debe haber otro de los cabecillas, que examina a las muchachas para elegir a las que son aptas para la organización. El jefe me dijo que yo tengo que ser una de esas elegidas. Lo tengo que conseguir. Necesito conseguirlo. Sea como sea. Es preciso que yo entre en uno de esos sitios de alto nivel. Todo esto lo hemos sabido hace una semana por una de esas chicas que pudo escapar de uno de los clubes al escuchar a su jefe hablar de las verdaderas intenciones de esos contratos de trabajo. Salir de uno de esos clubes es relativamente fácil, porque en ningún momento hacen nada ilegal, tan solo les dan empleo. Después, les ofrecen algo mejor y suponemos que si no aceptan voluntariamente, las obligan.

—Necesitamos conseguir que Michael o Jason entren como guardias en esa organización —dice el jefe—. Eso va a ser lo más complicado.

Nos ha convocado a todos en el despacho para diseñar la estrategia final y lograr nuestro objetivo. Queda muy poco para que yo entre allí a trabajar y hemos de tenerlo todo claro.

—No te preocupes, Duke. Yo entro en la organización sí o sí, como que me llamo Michael García —dice, ante los ojos incrédulos de nuestro jefe.

—No sé si será factible eso que dices, Michael —añade el jefe, negando con la cabeza—. Lo que tengo claro es que la agente Woods debe estar preparada para actuar sola en caso de que no lo consigamos.

—Estoy lista para actuar sola, jefe —le digo y él me sonríe, pero se le ve preocupado.

—De todas formas, siempre habrá alguien fuera. Llevarás micrófonos de radiofrecuencia, que deberás colocar en el despacho y salas vips donde, seguramente, se fraguarán todos los negocios.

—Sí, jefe.

—Jason ya es cliente habitual de casi todos los clubes y estará siempre allí vigilándote. —Se dirige a él, que se gira hacia mí y me sonríe con un gesto condescendiente.

No sé si tomarme ese gesto como de amabilidad por su parte o, más bien, de superioridad. Aunque supongo que tendría que decantarme por lo segundo. Hace unos días tuvimos un encontronazo en los vestuarios. Se acabaron sus insinuaciones y faltas de respeto. A mí no me conoce. Ya tuve que demostrarle a Michael que no soy la niña que aparento y ahora también he tenido que hacérselo ver a él. Igual me pasé un poco, pero es que se atrevió a cogerme de la cintura

e, incluso, empezó a bajar la mano mientras decía una sarta de sandeces, una detrás de otra. De inmediato, me di la vuelta y le retorcí la mano. Creo que la tuvo dolorida una semana. Desde ese día, prácticamente, no me mira a la cara y si lo hace, es solo con desprecio.

—Por supuesto. Estaré cubriéndote las espaldas en todo momento, Woods —dice Jason mientras observo cómo Michael lo fulmina con la mirada.

La idea es que Jason siga de cerca todo lo que pasa dentro del club. Y en cuanto a Michael, el objetivo es que lo contraten como guardia de la organización. Lleva más de un mes ganando puntos con ellos. Parece que empiezan a confiar en él.

Solo debe esperar a que llegue el momento en que pueda demostrarles su lealtad.

CAPÍTULO 21

MICHAEL

Son las nueve. Hoy, por fin, Demir ha contactado conmigo y me ha citado en este club. Es uno de los principales y desde donde creemos que operan con los demás. Hace bastante rato que estoy en la barra tomándome una copa y este tío no aparece. Estoy empezando a impacientarme, porque cuando tratas con gente así, siempre queda la duda de si te habrán descubierto. El ambiente en este sitio es relativamente normal, dentro de lo que se espera ver en un lugar de este estilo. Hay cientos por toda la ciudad, pero lo que me llama la atención de este es que no hay hombres empleados, a excepción de los dos gorilas de la puerta y que supongo que dentro habrá más. Pero de cara a la galería solo hay chicas. Incluso el típico barman es una niña, por lo que le sobra lo de *man*. Todas ellas son de piel muy blanca y todas aparentan ser menores de edad. Me encantaría hacer una inspección de todo el personal. Seguro que ahí encontramos más de una irregularidad, aunque eso tendrá que esperar hasta que terminemos el operativo.

El local está muy oscuro. Parece estar en una nebulosa. Es el tercer *whisky* que me tomo. Menos mal que tolero bastante bien el alcohol. Es uno de los «aprendizajes» de mi adolescencia de los que no me siento muy orgulloso. Por aquella época, yo era un chico conflictivo y bebía demasiado. La vida no era fácil para mí y de alguna manera me refugié en la bebida, a pesar de ser demasiado joven para que mi cuerpo lo tolerase. Fue Violeta, mi madre, la que me encontró en la calle aquel día. Me había escapado del orfanato y deambulaba por la ciudad en no muy buenas compañías. Ella me llevó a su casa en ese estado tan lamentable y me ayudó. Dos semanas después me llevé la sorpresa cuando la directora me dijo que Violeta, mi asistente social, había iniciado los trámites para adoptarme. Nunca más casas de acogidas, como había tenido hasta ese momento. Iba a tener un hogar. Y lo iba a compartir con la mujer más buena y cariñosa que había conocido en toda mi vida. Gracias a ella, hoy en día soy lo que soy. Quizás, si no hubiera sido por ella, ahora mismo estaría en el otro bando, en el de los delincuentes a los que meto entre rejas.

—Disculpe, señor, ¿su nombre es...? —Una de las camareras se dirige a mí.

—Tony Rodríguez. —Le guiño un ojo y ella sonríe como si lo tuviera aprendido. Es asqueroso tener que parecer uno de los tipos que acuden a estos sitios y que se aprovechan de la inocencia de estas chicas.

—De acuerdo, señor Rodríguez, lo esperan dentro. Si me acompaña.

Me levanto de la barra y voy tras ella. Entramos a través de unas cortinas de terciopelo rojo de lo más pesadas. Al otro lado, atravesamos un largo pasillo. La verdad es que estos sitios siempre engañan, porque nunca son lo que parecen desde fuera. Al final, llegamos a una puerta. La chica me la abre y entro en la sala. Toda decorada con terciopelo —esta vez azul—. Parece que este tío tiene obsesión por este tejido. Al fondo hay dos tipos trajeados que veo que llevan pistolas en la espalda. Se nota por la manera en que la camisa tira hacia atrás. Siempre he sido bastante observador y los años de experiencia también cuentan. Yo traía una nueve milímetros, pero me la han requisado nada más entrar. «Por mi seguridad», eso me han dicho al quitármela.

—¡Tony Rodríguez, por fin nos vemos las caras! —Se levanta Demir. Lo tenemos fichado desde hace tiempo, pero nunca hemos podido sacar algo lo suficientemente sólido como para encerrarlo muchos años, aunque espero que esta vez sea la definitiva para él.

—El mismo. —Me acerco a él y estrechamos las manos—. Demir, supongo.

—Supones bien. Toma asiento. ¿Qué bebes?

—Un *whisky* solo. —El cuarto para mí en realidad.

Una chica, que no debe de tener más de dieciocho, nos trae los dos vasos. Retira el que se acaba de terminar de un trago Demir y después se marcha ante la indicación que le hace él con la cabeza. Solo quedamos nosotros y los dos tipos armados que hay en la cabecera.

—Este asunto es mejor tratarlo en privado —me dice, como si me hubiera leído el pensamiento.

Por un momento pienso en Jackie y la piel se me eriza. Este tipo es listo y muy observador también. Ya sé que debo quitarme de la cabeza que ella es una chica desvalida. Porque, además de que no lo es —nada en absoluto—, no se merece que piense que es menos apta para esta misión que cualquiera de nosotros. Lo es. Y aunque me cueste admitirlo, porque me gustaría que ella estuviera al margen, creo que es la mejor para llevarla a cabo. Su preciosa cara angelical es justo lo que quieren estos tipos.

—Bien. Vayamos al grano. El *book* de fotos que me enviaste me gustó. Mucho, en realidad. —Enfatiza el «mucho» y tiene esa mirada sucia que me gustaría arrancarle de un puñetazo ahora mismo—. Creo que encaja en el perfil de las chicas que buscamos.

—Ya te dije que te iba a gustar. Y espera a verla en persona.

El tío sonríe y enseña su inmaculada sonrisa con varios dientes de oro que hacen juego con los miles de collares que cuelgan de su cuello. Se levanta y saca las fotos. Las pone encima de la mesa.

—La verdad es que la chica tiene lo suyo. —Sonríe con su asquerosa boca—. Y según la información que me mandaste, tiene diecisiete años. ¡Mmmm!, me gusta. —Observa con la cara de baboso una de las fotos en que ella está agachada con un minúsculo vestido. Espero que no note que los ojos se me han puesto un poco vidriosos al verla así, tan expuesta ante los ojos de este malnacido. Jackie es muy especial para mí.

—Sí, tal y como pediste, si era menor, mucho mejor.

—Así es, aunque es difícil que estas zorras sean vírgenes. Eso sería ya magnífico. De todas formas, cuando llegan aquí les hacemos la prueba. —Se ríe a carcajadas y yo lo imito. Después chocamos nuestros vasos y bebemos.

«Michael, contente y no echas a perder todo el operativo por partirle la cara a este indeseable».

—De acuerdo, pues esta semana la traigo —continúo hablando—. Llega a San Francisco el viernes. En el vuelo de las cinco.

—Perfecto, *man*. —Me guiña un ojo y choca mi mano con los nudillos, como si fuéramos colegas de toda la vida.

Me está costando la misma vida parecer uno de ellos. Todas estas chicas que vemos tan sonrientes afuera han debido de pasar por un calvario y, después, si las seleccionan para el club clandestino, no quiero ni pensarlo.

Espero que resolvamos este caso lo antes posible por el bien de todos.

Y también por mi propia salud mental.

CAPÍTULO 22

JACKIE

Estoy ansiosa por ir al club, por paradójico que parezca. Michael ha venido de allí con mala cara. Estamos todos reunidos y no deja de mirarme mientras le explica al jefe y a los demás la reunión con Demir. Miles está apuntando cada dato que nos da para analizarlo y, sobre todo, encontrar su punto débil.

—No creo que estos tíos tengan puntos débiles, Duke —comenta Michael con cara de preocupación, como si me hubiera leído el pensamiento—. Son unos descerebrados, de eso estoy seguro.

—Lo sabemos, Michael, pero estoy seguro de que nosotros somos más listos que ellos —responde el jefe, intentando tranquilizarlo y, en el fondo, un poco también a los demás.

Michael me mira con cara de angustia. Ya me ha dicho a qué tipo de pruebas someten a las chicas y sé que no será agradable, pero estoy segura de que podré soportarlo.

—Woods, ¿te ves preparada para el viernes?

—Sí, jefe. Estoy lista. —Miles me aprieta el hombro y sonríe.

De reojo, veo cómo a Michael se le tensa la mandíbula. Ha vuelto a dejar crecer su barba para esta nueva misión y está tan guapo que me corta la respiración cada vez que lo miro. Y ya sé que la relación que tuvimos fue corta y que para él no tuvo la más mínima importancia, pero para mí sí que la tuvo. Empecé a sentir cosas por él que estaban traspasando la simple amistad de colegas de curro. Pero está más que claro que yo para él no fui nada de eso. Solo fui un pasatiempo. Es cierto que cuando terminé con mi novio de toda la vida, tuve más de un lío con tíos que solo duraron el tiempo que estábamos en la cama. Supongo que me encontraba desatada. Después, cada uno se iba por su lado. Nunca les di el teléfono a ninguno de ellos, a pesar de que alguno me pareció interesante, pero es que nunca quise repetir mi mala experiencia del pasado. Hasta que llegó él con su arrogancia, su bordería y sí, reconozco que al principio me cayó muy mal, pero después me fue demostrando que sus formas solo eran una coraza que se había construido a su alrededor. Y también está claro que influyó el tiempo que pasamos juntos preparando el caso.

—Estos son los micrófonos y esta es la cámara que llevarás en uno de tus pendientes. —El jefe me da unas minúsculas bolitas metálicas que llevaré en mis orejas a modo de *piercing* y me enseña unos trozos de papel pequeños que miro del derecho y del revés—. Son micrófonos adhesivos. Es la última técnica en audición de espionaje. Son muy seguros y los llevarás pegados en la ropa interior.

—¡Vaya! —Estoy asombrada con el hecho de que esos pequeños trozos de papel puedan captar el sonido de toda una habitación—. ¡Esto es una maravilla!

—Agente Woods, recuerde el código de seguridad —me repite el jefe por cuarta vez esta tarde—. Si la descubren, debe utilizarlo.

—Sí. «El suelo está mojado». Tranquilo, no lo olvidaré.

—De todas formas, no te confíes. Esos tipos son demasiado listos —dice Michael, arrugando el ceño.

—No lo haré.

Terminamos la reunión todos con caras de preocupación. Soy nueva en esto, pero la verdad que viendo cómo han reaccionado ellos a todo lo que nos ha dicho Michael sobre el tal Demir, me pone un poco los pelos de punta, pero me puede más mi deseo de acabar con esos malnacidos. Aunque,

evidentemente, está inquietud que tengo nunca la sabrán ellos.

—Bien, chicos, hoy es la última noche. Pasadlo bien y disfrutar de unas buenas cervezas. A partir de mañana debemos estar concentrados al cien por cien.

—Lo haremos, jefe —dice un sonriente Jason como si mañana se fuera de fiesta.

Miles se acaba de marchar. Habíamos quedado para tomar unas cañas, pero lo ha llamado su hermana para que la ayudase con su sobrino. Parece que ejerce más de padre que de tío de ese chico. Me ha contado que es un adolescente un poco introvertido y que en más de una ocasión tiene que socorrerlo, aunque, paradójicamente, sea de él mismo.

Recojo todo el material. Esta noche tengo que colocar todos los micrófonos en mi ropa interior. Esa que me he tenido que comprar y que es de lo más sugerente.

—Jackie, ¿podemos hablar cuando termines? —Escucho la voz de Michael detrás de mí. Su voz bronca me produce nervios siempre. Tengo que intentar dejar de sentir esto cuando estoy con él.

—¿De qué quieres hablar, Michael?

—Necesito decirte algo.

Sus ojos me están suplicando que lo escuche y mi cuerpo me pide a gritos que hable con él, así que no me queda más remedio que acceder.

—Está bien, nos vemos en quince minutos en la puerta.

—Perfecto. Ahí estaré.

Me voy al vestuario y me doy una ducha. Necesito descargar la tensión acumulada de todos estos días. Laurie acaba de llegar con Leah. Las escucho hablar de cómo les ha ido el día.

—¡Hola, chicas! —las saludo mientras me enrolló la toalla al cuerpo.

—Jackie, ¿cómo va todo?, ¿la misión? —dice Leah preocupada, a lo que se suma Laurie mostrando cara de angustia.

No saben nada del operativo, pero sí que suponen que debe ser algo muy peligroso por todo el tiempo que estamos empleando en preparar todo.

—Mañana empezamos. Estoy nerviosa, chicas, pero a la vez me muero de ganas de entrar en ella.

—Te envidio, Jackie —me dice Laurie haciendo un mohín—. Patrullar por las calles a veces es un poco aburrido. En cambio, tú te vas a adentrar en una misión de lo más interesante.

—Y peligrosa también, Laurie —comenta Leah.

—Sí, lo es, pero me siento preparada.

Termino de guardar mi ropa en la mochila. Me cepillo el pelo y me dirijo a la puerta de los vestuarios.

—Os dejo. Ya os iré comentando que tal todo. En la medida de lo posible, claro. Ya sabéis que no puedo hablar de los detalles del caso.

—Sí, por supuesto. Lo entiendo —dice Laurie, y asiente Leah.

Me sabe muy mal no contarles a mis amigas todo lo relativo a la misión, pero lo tenemos prohibido. En parte es por su seguridad. Si ellas no saben nada, no correrán peligro. Además, en este tipo de misiones solo conocen los detalles las personas que están dentro, que en este caso son Michael, Jason, Miles, tres agentes de Washington, David, el de la científica forense, y yo. Bueno, y el jefe Duke, lógicamente.

Nos damos un beso y salgo de allí.

Es la última noche antes de empezar y hay alguien que me espera en la puerta.

CAPÍTULO 23

MICHAEL

Paseo delante de la puerta de la comisaría. De un lado a otro, como si estuviera esperando en la sala de paritorios en una absurda película. La típica película de comedia que el padre desespera mientras su hijo o hija viene al mundo. Pero la realidad no puede ser más distinta, porque ni esto es una peli de risa ni yo estoy nervioso por ser padre. Todo lo contrario, mañana voy con Jackie a ver a esos locos y no los tengo todas conmigo. En cierto modo, esta misión es diferente para mí, porque ella me importa mucho más de lo que yo mismo quiero reconocer. Y no es que cuando actúas con una compañera no haces hasta lo imposible por cubrirle las espaldas, es que, en este caso, no sé si voy a soportar ver que alguno de esos tíos ponga sus sucias manos sobre ella y sobre su piel llena de pecas, de las que no puedo olvidarme y las que recuerdo una y otra vez besándolas lentamente. ¡Dios, si ella supiera lo que pienso cada vez que me acuesto en mi cama! La que fue testigo de nuestros besos y caricias, y quedó congelada desde la última vez que ella estuvo entre mis sábanas.

La puerta se abre y la veo. Viene con el pelo mojado, recién salida de la ducha. Siempre sale así de la comisaría. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué me quema el cuerpo y me sudan las manos cada vez que la tengo cerca? ¿Y por qué demonios me siento como un moñas cada vez que escucho alguna balada en la radio? Me siento así, como un blandengue. En realidad, yo no soy así y no sé por qué con ella me veo diferente.

—Perdona que haya tardado tanto. Han llegado las chicas al vestuario y hemos estado hablando de la misión. —Levanta las manos—. Solo de lo que pueden saber, no te preocupes.

—No pasa nada. Y no me importa esperarte. No me iba a ir a ninguna parte.

Ella baja la mirada. Y tengo tantas ganas de besarla ahora mismo que me encantaría controlar el tiempo y hacer que ya hubiera pasado todo y pudiera explicarle que cuando estoy con ella me siento vivo. Y que si ella no está, nada tiene sentido.

—¿Qué querías hablar conmigo?

—Quería hablar de la misión, pero me gustaría hacerlo en un sitio más tranquilo. ¿Me dejas llevarte? Tengo la moto ahí aparcada. Es importante.

Ella parece vacilar un momento y esconde su cara, frotándosela con las manos. Finalmente, se acerca a mí.

—¿Dónde tienes mi casco? —me dice, mordiéndose el labio inferior y haciendo que mis manos vuelvan a sudar de nuevo.

Le doy el casco y me atrevo a sonreír tímidamente, aunque la realidad es que en el interior de mi cuerpo están tocando trompetas, produciendo un sonido ensordecedor que solo escucho yo.

Nos montamos en mi Harley y juntos volamos encima del asfalto. Casi sin rozarlo. Llegamos a Lombard Street. Sin duda, la calle más empinada y con más curvas de todo San Francisco. Por algo es considerada la más torcida del mundo y también la más inclinada de todo los Estados Unidos. Aumento la velocidad, atravesando sus ocho curvas cerradas y noto cómo las manos de Jackie aprietan mi pecho, sintiendo al mismo tiempo cómo apoya su cara en mi espalda. Si pudiera soltar ahora mismo las manos del manillar de mi moto, la abrazaría y no la soltaría jamás.

Cuando hemos llegado a Twin Peaks, aminoro la velocidad y aparco en lo alto de las colinas.

—Solía venir a estas colinas con mi padre cuando era pequeña —dice, al desprenderse del casco—. Es un lugar especial para mí. Me recuerda a los años en que yo todavía era una niña. Mi madre decía que no le gustaba tumbarse a ver la ciudad desde aquí, por eso, papá y yo veníamos solos.

Traíamos una manta y un pequeño pícnic. Me encantaba contemplar cómo caía el sol desde este lugar. A veces vengo cuando necesito respirar. Ya me entiendes...

—Siento haber elegido este lugar. No sabía que te producía tristeza —le digo, colocándome a su espalda, sin atreverme a abrazarla por detrás y detener el tiempo, aunque sea lo que deseo hacer en este momento. Con todas mis ganas.

—No, no pasa nada. Al contrario, en este lugar yo era feliz. Después, cuando mi madre nos abandonó, mi padre dejó de traerme aquí. —Sonríe con tristeza—. En realidad, él también me abandonó, aunque no se fuera de mi casa. Ya sabes... A veces una persona puede desaparecer de tu vida, incluso viéndola todos los días a tu lado, porque si su corazón no está junto al tuyo, no queda nada de él. Es un cuerpo vacío el que te acompaña.

Escucharla decir eso hace que algo por dentro —no sé si es mi corazón— se me arrugue como un papel de aluminio y siento que, aunque intente volver a extenderlo, será imposible, porque se romperá. Es por eso por lo que decido dejarlo hecho una «bola imaginaria».

—Jackie, yo quería pedirte perdón por haber sido un gilipollas la otra noche, yo no... —Me interrumpe colocando un dedo en mis labios.

—Michael, dejémoslo así. De verdad, olvídalo. No te tengo rencor. Es cierto que pensé que había ocurrido algo entre nosotros, pero está claro que me lo imaginé yo sola. Mi cabeza a menudo va por su propio camino.

—No, Jackie. No te lo imaginaste. Yo sí sentí por ti algo muy especial. Bueno, en realidad, todavía lo siento. —Me acerco a ella y, curiosamente, ella no se aparta. Cojo sus mejillas con mis manos y acaricio su piel. Es tan suave que me da miedo arañarla con mis ásperos dedos, pero necesito tocarla. Necesito sentirla cerca de mí esta noche. Nuestra última noche fuera de todo esto. Por un momento, me gustaría cogerla de la mano y que nos marchásemos los dos lejos de aquí. No tener que ir mañana a ese odioso club donde no sé si podré contener mi ira y mis ganas de llevármela de allí—. Creo que me importas demasiado.

Ella coge mi mano y me mira a los ojos. Estamos tan juntos que siento cómo su aliento se mezcla con el mío. Ella cierra los ojos y deja los labios entreabiertos. Y ya no me freno. Ya no quiero pensar en nada de lo que pasará mañana. Ahora solo pienso en que mis labios piden a gritos unirse a los suyos. Eso hago. Con un solo roce unimos nuestros labios. Al principio, es justamente eso, un roce, una caricia, pero después se vuelve más intenso. Presionamos nuestras bocas. Tenemos los ojos abiertos. Ninguno de los dos quiere perderse la mirada del otro.

«Oh, Jackie. ¿Qué has hecho conmigo?», pienso mientras nuestros labios ya no se esconden. Se devoran con ansias, como si hubieran pasado siglos sin verse. Cuando, en realidad, hace solo unas pocas semanas. Pero yo siento como si me hubieran devuelto la botella de oxígeno que me robaron y que necesito para respirar.

Los besos se vuelven más profundos. La sujeto por la cintura y la subo a horcajadas encima de mí. Nos besamos con desesperación. Ella rodea mi cuello con sus brazos. Nuestras lenguas se dedican a explorarse con suma maestría. Yo bajo la mano y la cuello por debajo de su sudadera. Acaricio su espalda hasta que desciendo, presionando su trasero. Ella jadea y a mí me enciende aún más. El lugar está completamente desierto. Ya se ha puesto el sol y puede verse cómo la luz natural ha disminuido a medida que se encendían las farolas de la ciudad que vemos a nuestros pies.

—Jackie, si quieres que pare... ahora es el momento —consigo decir mientras escuchamos nuestros jadeos y los latidos de nuestros corazones que van a mil por hora, entre besos húmedos y caricias que se pierden en nuestra piel.

—No quiero que pares. Esta noche no quiero pensar en qué pasará mañana. Solo quiero que me

beses, Michael.

Y eso hago. La beso con intensidad. Ella baja la cremallera de mi chaqueta para después tirarla al suelo a nuestro lado. Después, se quita la camiseta. Recorro cada centímetro de su piel desnuda, como antes he recorrido las curvas cerradas de la carretera, solo que ahora son las de su cuerpo, hasta que mis manos apartan su ropa interior y mis dedos entran. Ella suspira, emitiendo un gemido de placer y entonces sé que ya no puedo controlar más mis ganas de hacerle el amor, por eso me entierro en su interior, que está húmedo y que me acoge, sintiendo que viajo al cielo y desciendo una y otra vez, como si estuviera montado en una montaña rusa de emociones. Llegamos al clímax los dos envueltos en un mar de placer y conexión con todos los sentidos del cuerpo y del alma.

CAPÍTULO 24

JACKIE

Busco mi ropa tirada en el suelo. No he podido evitarlo. Cuando Michael me mira a los ojos, es inevitable que viajen a su boca y ya todo es demasiado confuso, porque deja de importarme todo lo que ha pasado antes y lo que pasará después. Sencillamente, solo me importa el hoy y el ahora.

—Michael, lo que acaba de pasar ha sido algo puntual. Te dije que no iba a mezclar lo personal con el trabajo y lo cumpliré. Solo ha sido un desahogo —miento descaradamente, pero sé que es lo mejor—. Mañana estaré lista para entrar en ese club a trabajar.

Se queda callado mientras se viste, recogiendo su ropa esparcida, como está la mía, por el suelo. Al final decide hablar, cuando ya los dos estamos vestidos y contemplamos las luces de la ciudad que destacan en la oscuridad de la noche.

—Jackie, por favor, si sientes en cualquier momento que quieres salir de ahí, solo di las palabras claves y te sacaré de allí. Recuerda que yo siempre estaré cerca de ti.

—No pondré en riesgo la misión, Michael.

Él me sujeta por los hombros y me obliga a mirarlo.

—Jackie, si estás en peligro, me da igual que toda la misión se vaya a la mierda, ¿me entiendes? No voy a permitir que te ocurra nada.

Me abraza y me quedo paralizada por segundos. Después, también rodeo mis brazos a su cintura y apoyo mi cara en su pecho. No sé el tiempo que estamos así, pero me siento tan a gusto que no quiero que termine este abrazo, que parece ser una despedida, porque mañana, de cierta forma, nos despedimos hasta que acabe todo.

Llegamos a mi casa. Me bajo de la moto y le cedo el casco. Nos miramos una última vez. Saco las llaves de mi mochila y abro la puerta del edificio, pero antes de que pueda entrar, me sujeta de la mano y me hace girar.

—Mañana, cuando entremos en el club, tendré que ser alguien que no soy. —Yo asiento—. Pero no olvides que es...

—Lo sé, Michael.

—Por favor, ten cuidado. —Me acaricia la cara y yo cierro los ojos—. No te expongas más de lo necesario.

Me besa con suavidad, manteniendo el roce de nuestros labios unos segundos, los que aprovecho para retener su sabor. Después me separo y entro.



Menuda noche he pasado. No he dormido nada. Quería estar descansada para ir con mi mejor cara al club, pero está claro que tendré que tirar de maquillaje. Bueno, en realidad, tenía que ir pintada como una puerta, así que tampoco es que cambie nada. Yo, normalmente, solo llevo pintado el lápiz de ojos negro. Lo hago desde que iba al instituto. Nunca uso ningún otro maquillaje. Tan solo los ojos con la marca del agua de color negro intenso. Mi cara está tan llena de pecas que por mucho que la maquille no dejo de parecer una colegiala. Hoy me he pintado los labios de rojo, a juego con mi pelo, y llevo maquillaje y colorete, aparte de los ojos negros como siempre.

—Jackie, estás muy guapa. Nunca te había visto tan maquillada. —Mi abuela se sorprende con la imagen que devuelve mi espejo—. Y ese vestido es ¿nuevo?

—Es por trabajo, abuela. Vamos a un club y he de parecer lo que no soy. —Sonrío y le acaricio

la espalda.

—Ay, cariño, ten mucho cuidado. No te vaya a pasar nada.

La pobre. Si supiera lo que voy a estar haciendo en las próximas semanas, se angustiaría mucho y yo lo último que quiero es que ella se preocupe.

—Tranquila, abuela. No es peligroso —le miento y aparto la mirada de la suya, porque sé que si me mira a los ojos sabrá que todo lo que le estoy diciendo es mentira—. Vamos varios compañeros y está todo controlado. Tú estate tranquila.

La beso en la cara y le doy un abrazo. El móvil me suena. Es Michael. Dice que ya ha llegado y que me espera abajo.

—Tengo que irme, abuela. Mi compañero me espera.

—¿El chico tan guapo que vino a recogerte al hospital? Me gustó mucho, ya te dije que tenía ojos de buena persona.

—Sí, es él, celestina.

Las dos nos reímos.

Salgo de la puerta y lo veo dentro de un Bentley Continental GT negro. La verdad es que con ese coche y las pintas que trae parece un mafioso de manual. Se baja las gafas negras que lleva puestas y que, realmente, poco tiempo más le van a durar, porque son las siete de la tarde y en breve oscurecerá.

Él me mira y, por sus ojos, sé que le gusta lo que ve. Me he puesto un vestido negro muy corto. Solo me tapa lo justo para que no se vea la ropa interior y poco más. Tiene unos tirantes muy finos y un escote bastante evidente. Llevo también unos tacones de ocho centímetros por lo menos, que me prestó Laurie, y voy maquillada «con todo». En cuanto al pelo, lo he dejado suelto con un pasador solo a un lado que recoge parte de mi melena. En resumen, que parezco cualquier persona menos Jackie Woods, la chica que siempre va con el ojo pintado de negro, como único maquillaje, vaqueros y unas converse.

Michael no me dice nada, pero le veo muy preocupado y eso no me gusta.

—Debes de quitar el ceño fruncido —le digo cuando arranca el motor y nos dirigimos al club—. Se nota que estás preocupado.

—En cuanto lleguemos, pondré mi mejor cara a esos cerdos. Jackie, recuerda que no debes exponerte más de lo que hemos acordado en el operativo. —Se gira por un segundo para mirarme y, después, vuelve la mirada a la carretera.

—Deja ya de preocuparte por mí —me quejo—. Creí que ya confiabas en que podía hacerlo.

—Pienso que eres la mejor para esta misión, pero eso no tiene nada que ver con que crea que es un asunto delicado y que esos tíos son unos descerebrados, ya lo sabes.

—Tranquilo, todo saldrá bien. —Aprieto su rodilla y él posa su mano sobre la mía para después llevársela a sus labios y besarla.

Jason debe estar en el club como un cliente más. Y fuera hay varios coches de agentes de incógnito por si algo ocurre. Llevo los micrófonos en mi ropa interior y el pendiente con la cámara; un *piercing* colocado en la parte superior de la oreja, que nunca me puedo quitar. Todo está planeado al milímetro. Nada puede salir mal. Hoy es el primer contacto con ellos. Debo de gustarles para que me ofrezcan trabajar de camarera o lo que sea que tenga que hacer, porque ese es el primer paso para meter la cabeza en esta organización y conseguir que después me «suban de puesto». Ahí es donde pretendemos acabar. En un club clandestino que explota a las chicas. Ese es el objetivo principal.

—Hemos llegado. ¿Estás lista? —dice Michael cuando apaga el motor, mirándome a los ojos.

—Estoy lista. Vamos.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré. Confía en mí.

Y así salimos del coche camino al club.

Primer contacto... ¡Bien!

CAPÍTULO 25

MICHAEL

Cuando ha bajado de su edificio y la he visto casi me da un ataque de locura. Por un momento he pensado en cometer una de verdad y me he visto cogiendo el coche y desapareciendo los dos. Una visión que solo me ha durado unos segundos, cuando la realidad me ha devuelto al presente como si me diera un tortazo en la cara. La he visto vestida así, tan maquillada, tan guapa, pareciendo incluso mayor, pero a la vez tan niña, que solo he pensado en las miradas sucias de todos esos tipos del club. Y sí, lo admito, absurdamente he sentido celos. Como si ahora mismo no fuera lo más importante la misión y la seguridad de Jackie. He sido tan egoísta que solo he pensado en que unos asquerosos van a tocar a «mi chica». Sí, una soberana gilipollez, lo sé, pero en estos momentos ha podido más mi ego que el motivo por el que estamos aquí.

Entramos en el club. Me recorre un escalofrío cuando la puerta se abre después de que los dos gorilas de la entrada nos den paso tras anunciar que hemos llegado.

Dentro nos recibe Demir, directamente, sin intermediarios. Nos indica que lo sigamos. Terminamos en la misma sala donde me he reunido con él en otras ocasiones. Lo primero que hace es mirar a Jackie, de arriba abajo, como si pudiera desnudarla con solo poner sus ojos en ella. La coge del brazo y la hace girar para verla desde todas las perspectivas. Después le pellizca el culo con fuerza.

«Contente Michael, sabías que esto iba a pasar».

Es lo que trato de decirme a mí mismo para tranquilizarme. Veo cómo Jackie me mira y sé que está leyéndome el pensamiento. Sus ojos me dicen que me calme. Y eso hago. O, al menos, lo intento.

—¿Qué me dices, Demir? ¿No dirás que no traigo material de calidad?

Me mira y después sonrío. Sé que está encantado con ella. Joder, cómo me gustaría quitarle esa sonrisa de un puñetazo.

—Me gusta. Mucho —dice finalmente, corroborando lo que yo ya sabía.

Se acerca a nosotros. Huele a alcohol y a marihuana. Imagino la repulsión que tiene que estar sintiendo ahora mismo Jackie, con ese tipo tan cerca de ella.

—Mirna te dirá lo que tienes que hacer. Ve con ella. ¡Ah, y bienvenida al club... Silvana! —Le sonrío y ella le devuelve la sonrisa. Se acerca una chica rubia con los ojos azules, llenos de miedo. La muchacha nos sonrío a los dos, haciendo el mejor papel de su vida.

—Gracias —responde Jackie, que se marcha detrás de la mujer que ha venido a buscarla.

Se van las dos. Mi compañera me mira de reojo y sonrío. Supongo que trata de decirme que todo está bien.

—Magnífico, Tony. Es mucho mejor de lo que yo esperaba. —Se manosea la barba sonriendo satisfecho—. Tío, esta mujer me pone muy cachondo. Creo que tendré que pensarme si sacarla de este club o quedármela para mí.

Siento cómo el fuego va ascendiendo por mi cuerpo desde los pies a la cabeza, pero en este momento tengo que ser inteligente.

—Creo que eso sería una estupidez por tu parte —me atrevo a decirle, ante la mirada de rabia que se instala en su cara al momento—. Perderías mucho dinero por encapricharte de una mujer. Hay muchas otras como ella. Además, piensa en los de arriba, lo que pensarán cuando vean a Ja... Silvana con sus propios ojos.

Demir sonríe. Y yo también lo hago forzadamente. Por poco meto la pata y digo Jackie en lugar de Silvana, que es su nombre encubierto. Esta misión me va a resultar más difícil de lo que yo pensaba.

—Sí, puede que tengas razón. Esa zorra no vale todo el dinero que perdería si la dejara aquí. — Se levanta y hace un gesto a los dos tipos armados que están en la sala—. Vamos, disfrutemos del espectáculo.

Salimos de allí y nos sentamos en uno de los reservados. Es un rincón oscuro, con unos sillones y mesitas bajas, donde tenemos a dos camareras a «nuestra entera disposición» en palabras de Demir. Supongo que estas chicas tendrán que hacer lo que cualquier cliente caprichoso les pida. Inevitablemente, pienso en Jackie y se me revuelve el estómago.

Me pido otra copa y observo todo lo que sucede en el club. De pronto, la veo salir. Le han dado ropa nueva. Parece que lo que traía no era suficiente atrevido para ellos. Lleva puesto una especie de maillot negro sin mangas y con encajes. En las piernas, un ligero que sujeta unas medias negras. Parece que es la indumentaria de las camareras, por lo que está claro que ese será su trabajo en este sitio.

Después de estar más de tres horas allí, tomando alcohol —demasiado hasta para alguien como yo—, creo que debo irme, muy a mi pesar. Ya quedan pocos clientes y no debo levantar sospechas. Jackie ha estado toda la noche soportando que muchos de los clientes le sobaran las piernas y el culo, pero ella ha estado aguantando el tipo como la profesional que es.

Solo espero que el despreciable de Demir no intente nada con ella.

Porque entonces no sé de qué sería capaz.

CAPÍTULO 26

JACKIE

Son las seis de la mañana. Primer día de trabajo superado. De momento, no ha habido movimientos raros. Hablé un rato con Mirna, la chica que me dio mi «uniforme» de camarera. La pobre está muy asustada. Me contó que lleva trabajando dos meses, pero que hace unos días Demir le presentó a un señor que le dijo que tenía un trabajo mejor para ella. Ella me ha dicho que necesita el dinero y que no le queda más remedio que aguantar que algunos clientes le soben el culo cuando les lleva las bebidas. Su familia necesita que les mande todo lo que gana en el bar. Intenté averiguar si sabía algo de ese nuevo trabajo que le van a ofrecer, pero no me dijo gran cosa. Supongo que tampoco le han contado mucho. Está claro que ella debe de haber pasado el examen y por eso va a entrar en el club clandestino. Ese es el objetivo al que debo llegar yo. Espero ser lo suficientemente buena para esos cerdos y que me suban de categoría, si es que a eso se le pueda considerar ascender en el trabajo.

La calle está llena de gente a pesar de la hora, y es que en el distrito Castro de la ciudad, situado en el South of Market, la mayoría de los locales están abiertos toda la noche. Camino sorteando borrachos. Siempre que veo alguno pienso en mi padre y, por un momento, creo que uno de ellos será él. Hace muchos meses que no lo veo. En realidad, hace casi un año. He intentado que deje la bebida y lo he llevado en más de una ocasión a rehabilitación, pero al final siempre ha fracasado y la última vez tiré la toalla. Todo tiene un límite en la vida y parece que el mío ha llegado. Por la calle hay parejas que se besan después de una noche de fiesta y gente rara que me mira descaradamente. Voy en dirección a donde están mis compañeros. Hay varios turnos haciendo guardia en coches camuflados. Cuando he salido del campo de visión del club, veo cómo unas luces parpadean en un coche oculto tras un cubo de basura. Me acerco con cautela. Debo estar atenta de que no me siga nadie. No pueden saber dónde vivo ni con quién entro o salgo. Al llegar al vehículo camuflado, me doy cuenta de quién es el conductor. Pensé que ya se había marchado. De hecho, el turno de guardia no lo hace él, porque se supone que debe estar en el club más de una noche.

Pero... ahí está Michael.

No sé cómo explicar la alegría que siento al verlo ahí. Esperándome. Aunque si he de ser sincera, lo cierto es que su presencia me transmite una inmensa tranquilidad. Sí, a mí. A Jackie Wood, mujer fuerte —o, al menos, eso intento—, cinturón negro en artes marciales y aparentemente sin miedo a nada. Pero esta noche rodeada de gente «sucio», solo pensaba en él. En sus ojos. En sus caricias. En sus besos, en los que nos habíamos regalado anoche de una manera desesperada. Como si el mundo se acabara cuando los primeros rayos de sol nos sorprendieran.

Me subo al coche y me siento en paz. En un estado de quietud. De que todo está en su sitio; cada cosa en su lugar.

—Hola —le digo nada más entrar en el coche.

Michael no me responde. Solo se acerca a mí y me sujeta por la nuca para atraerme más a él. Me mira a los ojos, que apenas se separan unos milímetros de los suyos y, después, se lanza a mis labios. Me besa con dulzura. Me toca la cara, acariciándome a la vez que me mira, mientras continúa depositando besos húmedos en mi boca.

—Estoy bien —respondo a la pregunta que me han hecho sus ojos sin pronunciar una sola palabra.

—¿Seguro? —Yo asiento—. Sé que has tenido que soportar que muchos de esos tíos te tocaran. Lo siento mucho, Jackie.

Me vuelve a besar. Yo le respondo con otro beso y después me separo de él.

—Michael, soy policía, ¿recuerdas? No tienes que preocuparte por mí. Puedo aguantar que me toquen el culo. No es que me guste, ¿vale?, pero puedo soportarlo. Sé cuidar de mí misma.

Siento ser demasiado dura con él, pero a veces pienso que sigue creyendo que soy una muñeca de porcelana que puede romperse con solo mirarla. Mi vida no ha sido un camino de rosas. Crecí sin unos padres. Mi abuela me educó supliendo la falta de los dos. A saber dónde hubiera acabado de no ser por ella, pero desde muy pequeña conozco el significado de la palabra dolor. Tuve que afrontar las burlas de los niños en el colegio que se reían de mí, diciéndome que mi madre me había abandonado porque yo era mala. Cuando tienes siete años y te dicen cosas así, acabas creyéndotelo. Durante mucho tiempo, en mi infancia, creí que yo había sido la responsable de que mi madre me abandonara. Buscaba una y otra vez qué había hecho mal para que ella decidiera dejarme y marcharse para siempre. Por suerte, cuando crecí, entendí que una niña de siete años no tiene la culpa de nada, pero toda la tristeza acumulada durante tanto tiempo, en ocasiones, hizo mella en mí. Así que no. No soy una muñeca de porcelana.

—Perdóname, Jackie. Sé que no eres una mujer frágil, quizás, por eso... me gustas tanto. Pero esta noche hubiera querido decirle a todos quién era yo y, por primitivo que parezca, quería arrancarle la cabeza a Demir y a todos los que te han tocado.

—Michael, tienes que dejar que haga mi trabajo. He conseguido hacerme amiga de Mirna y espero poder ayudarla. Por lo que me ha dicho, puede que en breve la lleven al club.

—Lo sé. Solo quiero que entiendas que debo acostumbrarme a verte allí. Hoy ha sido el primer día.

—Todo saldrá bien. Estoy segura.

—Yo también.

Y así, después de dejarle claro que no me voy a romper, media hora más tarde llegamos a mi casa. Nos despedimos con un beso. No entiendo a Michael. No sé en qué punto estamos. Un día me dice que lo nuestro no puede ser y al día siguiente nos desnudamos desesperados. Estar cerca de él hace que, irremediabilmente, mi cuerpo se una como un imán al metal. Michael crea un campo magnético a su alrededor que es invisible a los ojos, pero que mi piel reconoce al instante, impidiéndome alejarme. Así que no, no sé qué está pasando. Y con sinceridad, no quiero saberlo. No ahora, al menos.

Cuando subo a mi apartamento, mi abuela duerme. Me ha dejado la cena tapada en la mesa de la cocina con una notita. No puedo quererla más. Es, sin lugar a duda, la persona más importante de mi vida. Me caliento en el microondas el estofado de carne que me ha preparado y que tanto me gusta, pero, al final, casi dejo el plato sin tocar. Cuando me miro al espejo, la imagen que me devuelve es horrible. No estoy acostumbrada a verme tan maquillada. Pienso en esas pobres chicas y se me revuelve todo por dentro. Hoy he conocido de primera mano a Mirna. Una chica inocente que solo quiere prosperar en la vida. Por lo que sé, no ha tenido que mantener relaciones sexuales con ningún cliente. O, al menos, todavía no. Se ve que las engañan hasta que las introducen en el club clandestino, del que ya desafortunadamente no salen.

Mañana vuelvo al trabajo. Bueno, en realidad, hoy, porque está a punto de amanecer. Entro a las nueve de la noche. Esta vez Michael no me acompaña. El jefe dijo que no debe estar allí todos los días porque levantaríamos sospechas. Se supone que él me deja allí y se va, pero ha conseguido que Demir lo considere una especie de colega y, por suerte, podrá ir en alguna ocasión.

Yo no puedo volver de momento a la comisaría, por eso me han dado un móvil de prepago que tengo en mi casa y desde donde debo comunicarme con el jefe y los demás.

Ojalá hoy pueda ganarme la confianza de alguna otra chica. Muchas viven allí, en el club, las que no tienen otro sitio. Michael le dijo a Demir que él se encargaba de sus chicas y les proporcionaba el alojamiento, pero en el fondo creo que hubiera sido mejor que me quedase dentro de ese antro, porque así podría averiguar más cosas.

Necesito descubrir todo lo que pueda de esos desgraciados si quiero que todo salga bien.

Eso espero...

CAPÍTULO 27

MICHAEL

Estoy que me subo por las paredes. Esta noche no voy a poder ir al club. Duke me lo ha prohibido, pese a que yo he insistido en que debía seguir ganándome la confianza de Demir.

En realidad, lo que quería era estar cerca de Jackie. Solo ahí dentro me siento capaz de cuidar de ella. Sé que es más que autosuficiente para protegerse a sí misma, pero tengo sentimientos encontrados.

Estoy a menos de dos calles del club. Tenemos un coche con todo el equipo de vigilancia y hay un par de compañeros rodeando la vía por detrás. El que sí está allí es Jason. Maldita sea. Es mi amigo, pero no me gusta cómo la mira y tampoco me ha gustado su expresión cuando me ha dicho que el jefe lo quería allí esta noche y que cuidaría de ella. Que no me preocupase. Esas han sido sus palabras. Me ha parecido que me lo estaba restregando por la cara. Igual son paranoias mías, pero no sé... no me ha gustado.

En el coche estoy con David. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Entró en la comisaría un año después que Jason y yo. Aunque se especializó en la científica y es muy bueno haciendo retratos robot, es, ante todo, inspector de policía y, por suerte, está dentro de la misión. Esta noche está sacando fotos a los clientes que entran y salen del club, y acompañándome en la vigilancia. Cada una de las fotos las pasamos por el sistema y vemos hasta la marca de la primera papilla que tomaron estos desgraciados. Yo, en cambio, no pierdo ni un segundo de las imágenes que nos ofrece la cámara que lleva instalada Jackie en el *piercing*.

Veo que va al despacho de Demir. Debe de haberla llamado. El corazón me late a mil por hora.

—Pasa, Silvana. —Entra en la misma sala donde supongo que siempre cierran los negocios—. No tengas miedo. Quería saber cómo te va en tu nuevo trabajo. ¿Estás contenta?

—Sí, señor.

—Me alegro. Aquí vas a estar estupendamente y si te portas bien —veo cómo la agarra de la cintura, porque ella mira hacia abajo y la cámara lo enfoca—, quizás consigas ascender.

—Gracias, señor. Necesito el dinero y estaría muy agradecida si eso pasara.

—No me llames señor, llámame Demir.

—Está bien... Demir.

—Ahora vete y complace a los clientes, creo que alguno se ha encaprichado contigo. Eso es bueno, nena. —Enseña su asquerosa dentadura—. A lo mejor también lo hago yo.

Mierda. No me gusta la mirada sucia de ese cerdo. Ya me insinuó que le gustaba para él. No sé de qué me extraño: Jackie es preciosa. Es fuerte e inteligente. Ella es, sin duda, la chica más especial que he conocido.

La veo salir del despacho y llega a la sala principal.

—¡Ey, guapa! Tráeme un vodka con hielo.

—Enseguida, señor. Maldito bastardo —la escucho murmurar e, inevitablemente, me hace sonreír.

Se acerca a la barra y una de las chicas le sirve la bebida para el cliente.

—Buenas noches... Silvana. —Es Jason quien habla sentado en la barra—. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, señor.

No veo su cara, pero sé que ahora mismo lo está mirando con ojos asesinos. Jason sabe que no puede hablar con ella, salvo en caso de alguna urgencia. Quedó claro que no podían relacionarlo

con ella de ninguna manera. No entiendo qué hace.

—Si necesitas algo, solo dímelo, ¿de acuerdo?

Veo como Jackie se aleja de la barra con la bebida y lo deja allí sin contestarle. Mi amigo me desconcierta. Sabe que todos podemos ver lo que pasa en el club. Acercarse a ella ha sido una estupidez. Ya hablaré con él. Ahora tengo que hacer mi trabajo y estar concentrado.

—Guapa, siéntate aquí un rato. —Uno de los clientes la llama desde la mesa.

—Tengo que trabajar, señor.

—Yo soy tu trabajo ahora. —Tira de ella y cae encima de su sebosa barriga—. He pagado mucho para verte otra vez esta noche, muñeca.

Veo por las imágenes de la cámara que le está tocando las piernas y el culo. Yo debería estar allí y no el capullo de Jason.

—Me tengo que marchar, si no, me van a amonestar, señor.

Joder. Este tío es muy insistente. Pero tengo que confiar en ella. Sí, ya sé que estoy actuando de forma demasiado protectora otra vez, pero cuando se trata de Jackie me cuesta, a pesar de que sé que ella es más que capaz de hacer su trabajo.

—Si estás conmigo, nadie te va a recriminar nada, preciosa. ¿Cuánto vales?

—Disculpe, señor. No le entiendo.

—Ya sabes a qué me refiero, cuánto me va a costar estar contigo esta noche.

—Señor, no soy prostituta. Soy camarera. Yo solo me acuesto con quien yo quiero y cuando yo quiero.

—Bueno, bueno... ¿qué tenemos aquí? —Se gira a sus acompañantes, riéndose—. A una leona. Así que a ti hay que conquistarte. —Se ríe—. Está bien, jugaremos a ese juego. Puedo esperar. Ahora vete, muñeca.

—¡Ay! —se queja Jackie.

Se levanta y se va.

Avanza por el pasillo y vemos cómo entra en el baño.

Revisa toda la estancia y, después, se mira al espejo.

—Chicos, estoy bien —dice, hablándole al espejo donde podemos verla—. Voy a quedarme esta noche en el club. Necesito investigar más a fondo y lo tengo que hacer desde dentro. Jefe, espero que disculpe que me tome estas confianzas con la misión, pero siento que debo estar aquí.

«Joder, Jackie. Ese no era el plan. Maldita sea».

«¿Por qué siempre tienes que hacer lo que te da la gana?».

Suena el móvil. Es Duke.

—Hola, jefe... Sí, estoy fuera..., pero, Duke... De acuerdo.

Lanzo furioso el móvil hacia los asientos traseros del coche. David ha ido a por unos cafés y entra justo cuando estoy pagando mi rabia con el teléfono.

—¿Qué me he perdido?

—Jackie ha decidido, por su cuenta y riesgo, quedarse esta noche en el club a dormir. Y, para colmo, el jefe me acaba de llamar para decirme que me vaya a casa, que Lucas viene a reemplazarme en diez minutos.

—¿Y por qué ha hecho tal cosa? —Me acerca el vaso de café que trae en la mano.

—Dice que debo estar descansado para el encuentro de mañana con Demir. Me llamó hace diez minutos y me ha dicho que quiere hablar conmigo sobre el negocio de droga que habíamos concretado el otro día.

—Bueno, tiene sentido, ¿no crees?

—No, yo tengo que estar aquí. No estoy cansado. ¡Joder! —gruño alterado.

—Está bien. Tranquilo.

—No. Perdona, David. Esta misión me tiene un poco alterado. —Frunzo el ceño, acordándome de que esta noche Jackie la va a pasar en ese sitio.

Una hora más tarde, llego a mi casa.

Estoy cabreado.

Nunca debí permitir que ella entrara en esta misión.

CAPÍTULO 28

JACKIE

Sé que no he seguido el plan. Y espero que el jefe Duke me entienda. Necesito estar aquí. Creo que no es suficiente el tiempo que paso de camarera. Esta noche he tenido que soportar el aliento a alcohol del tipo que me ha obligado a sentarme sobre sus piernas. Después, al levantarme, me ha pellizcado el culo. Si hubiera podido, le hubiera retorcido sus sucias manos y pateado su asquerosa cara, pero me he dicho a mí misma que allí no soy la agente Woods. Allí soy Silvana, una chica extranjera que necesita el dinero de ese trabajo por encima de todo.

No he dicho nada a Demir de quedarme esta noche, pero ahora que está solo en el reservado voy a decírselo.

Cuando me acerco hay otra de las chicas encima de él, sentada en su regazo, a la que está manoseando.

—¿Qué quieres, Silvana? —me dice, sin separar su boca de la de la chica y mirándome de reojo.

—Señor. —Me mira con desaprobación y recuerdo que él quiere que lo tutee—. Disculpa, Demir. —Él sonríe satisfecho y aparta de un manotazo a la chica, que cae al sillón en el que están sentados—. Quería pedirte un favor.

—Así que un favor... Y dime, ¿qué necesitas?

—Verás, esta noche me gustaría hacer horas extras. Necesito dinero y si no te importa, quisiera quedarme a dormir aquí con las chicas que están instaladas en el club.

Me mira serio. Se levanta y me rodea. Se sitúa detrás y después, me gira para ponerme enfrente de él.

—De acuerdo —dice tras unos segundos de pensárselo—. Habla con Mirna y dile que te prepare una de las camas. Están en la planta de arriba.

—Gracias.

Me doy la vuelta y pongo mi mano en el pomo de la puerta, pero entonces él me la sujeta, impidiéndome salir. Siento cómo mi corazón está palpitando tan fuerte que temo que él se dé cuenta.

—Si quieres compañía esta noche, yo estaré al final del pasillo —susurra a mi oído.

Lo miro y asiento. Salgo de allí como si una catapulta me hubiera lanzado. Cada vez veo que está más cerca de mí y no puedo evitar las arcadas que me produce.

Después de varias horas más sirviendo copas y recibiendo obscenidades y manoseos por parte de los clientes, es hora de cerrar el club. Son las seis de la mañana. Jason ha estado toda la noche importunándome. No ha parado de mirarme con una sonrisa en la boca y para colmo se ha atrevido a hablarme. ¿De qué va? Se supone que estamos en el mismo bando. ¿O acaso no es así?

Subo a la planta de arriba y busco a Mirna. De pronto, escucho que en el baño hay alguien sollozando. Abro la puerta y veo a una chica tirada en suelo. Me agacho y me pongo a su lado.

—¿Estás bien? ¿Cómo te llamas?

Ella se levanta rápidamente y puedo ver como tiene la cara cubierta de sangre que emana de su nariz.

—Sí, sí, estoy bien. —Se lava la cara sin ni siquiera mirarme—. Soy Juliette. Me he mareado y me he dado con el lavabo.

Sé perfectamente que esa sangre no te la haces de esa forma, así que está claro que la han golpeado. Se me parte el alma viendo a esta pobre chica con la cara destrozada.

—Hay que curarte esa herida, Juliette. —Me acerco a ella, pero se aparta rápidamente como si le hubiera dado una descarga eléctrica—. Déjame ayudarte. ¿Quién te ha hecho esto? Sé que no has sido tú.

—¡Ya te he dicho que me he mareado! ¡No preguntes más! —me grita y después sale del baño.

Lo que ocurre entre estas paredes es asqueroso. Todas deben sonreír a los clientes y la mayoría ignora que este club no es ni la mitad de horrible del que puede que terminen al final y donde ya te pierden el rastro para siempre.

Absorta en mis pensamientos, me encuentro con Mirna. Se sorprende de verme, porque lo normal es que yo me hubiera ido a mi casa. Le explico que necesitaba hacer horas extras y que Demir me ha permitido quedarme. Le cuento lo que ha pasado en el baño hace tan solo unos minutos.

—Ha sido Demir —me susurra pegada a mi oído cuando ya estamos en la habitación—. Por favor, no digas que yo te lo he dicho. Solo ten cuidado con él, ¿vale?

—Tranquila. Lo tendré.

—Silvana, creo que le gustas y...

—¿Qué pasa, Mirna?

—Pues que la última chica de la que se encaprichó acabó bastante mal. Una mañana apareció muerta en su cama. Se había tomado una sobredosis de coca. —Se le saltan las lágrimas—. Se llamaba Vicky. Era mi amiga, Silvana. Y ella no hubiera hecho algo así. Estoy segura de que él la mató.

—¿Quién? Demir, ¿verdad? —Ella asiente y apaga la luz.

Se me ponen los pelos de punta. Ese tipo es mucho más que un traficante de drogas y de mujeres. Es un psicópata asesino.

Esta noche tengo pensado hacer algo. Sé que vuelvo a extralimitarme en mi trabajo, pero se lo debo a Mirna, a Juliette, a Vicky y a todas las demás chicas inocentes que están y estuvieron aquí engañadas.



Llevo esperando más de una hora a que todo el mundo se marche o, en su caso, se duerma. Creo que es el momento de entrar en el despacho de Demir. Necesito averiguar cosas. Además, debo colocar allí los micrófonos que me dio el jefe, y creo que esta es la ocasión. Camino descalza para no hacer ningún ruido. La habitación de Demir está al final del pasillo y tiene la puerta cerrada, por lo que intuyo que ya estará durmiendo la mona después de tanto alcohol y drogas.

Bajo las escaleras sigilosamente y llego al despacho. Está cerrado. ¡Mierda! Pero no importa, porque sé cómo abrir puertas. Es una de las cosas que aprendí de Alice —antes de que dejáramos de ser amigas—. Le encantaba hacer trastadas en el colegio y, sobre todo, meterse en los despachos de los profesores e incluso del director en alguna ocasión. Con ella aprendí que con un simple alambre y la técnica necesaria, eso sí, se pueden abrir las puertas que llevan un tipo de cerradura, y hoy es mi día de suerte porque la del despacho de Demir es de esa clase. Saco una varilla ultrafina de mi reloj y la introduzco en el agujero del pomo de la puerta. Parece que se me resiste, pero, finalmente, en dos movimientos consigo que la dichosa puerta se abra. Miro a los lados y compruebo que no hay nadie, así que entro. Lo primero que hago es abrir los cajones de la mesa del despacho. Hay miles de fotos de chicas. Todas de la misma fisonomía que yo. Se me eriza la piel. Saco fotos con mi reloj. Me lo dieron en la comisaría. Es uno de esos relojes que son capaces de hacer fotos con tan solo girarlos.

Con todos estos artilugios que llevo, como el *piercing*, las pegatinas en mi ropa interior y el reloj que hace un montón de cosas, me siento un poco James Bond. Claro que la diferencia es que esto no es ficción y que aquí dentro no hay actores, sino asesinos, psicópatas y pederastas, porque es indudable que la mayoría de estas imágenes pertenecen a chicas menores de edad.

Tengo que colocar los micrófonos por toda la sala. Me han dado cinco que debo poner en los sitios más importantes, evitando las lámparas porque son los primeros lugares en los que revisan.

No puede ser. Oigo ruidos por el pasillo y cada vez están más cerca. ¿Qué hago? ¿Dónde puedo esconderme? Creo que me van a pillar porque siento que el pomo de la puerta comienza a girar y me van a pillar aquí en medio de la sala.

Se acabó.

A la mierda la misión y a la mierda todo lo que yo quería hacer.

Me van a coger la primera noche que me meto en el despacho de Demir.

Y no puedo hacer nada por evitarlo.

Piensa, Jackie, piensa.

CAPÍTULO 29

JACKIE

Joder. Casi me atrapan. Me ha faltado apenas dos segundos para que me cogieran con las manos en la masa. Suerte que a pesar de que soy bastante alta, no abulto mucho y he podido esconderme tras la cortina. Al ser de tela de terciopelo es bastante pesada y más fácil ocultarse en ella. Estoy escuchando a uno de los gorilas de Demir y al susodicho. Después de servirse dos vasos de *whisky* —que no perdonan ni siendo las tantas de la madrugada—, afino mi oído.

—Necesitan que les mandes una chica ya, Demir.

—Pero ¿estos tíos se creen que yo puedo tener una chica lista en el mismo momento que la piden?

—Ya sabes cómo son los de arriba.

Aunque no los puedo ver, sé que Demir está caminando nervioso por la sala. Solo espero que no corra las cortinas en un impulso como consecuencia de sus nervios.

—Es que no entiendo cómo ha podido pasar. Últimamente, no les duran ni un asalto —gruñe mi jefe.

Se me eriza la piel al escucharlos hablar. Por lo que está contando el gorila, a uno de los clientes del club se le pasó la mano con una de las chicas. Parece que necesitan a más niñas para llevar a cabo todas sus atrocidades.

—¿Por qué no les mandas a la nueva?

—¿Silvana? No está preparada aún. Lleva muy poco tiempo trabajando.

—Pero es justo lo que ellos quieren —insiste.

—¡He dicho que no, joder! —grita Demir—. Silvana tiene que quedarse aquí.

—De acuerdo. No te alteres. No te habrás encaprichado de ella, ¿verdad?

—Yo me encapricho de quien me da la gana. ¿Me oyes?

Escucho un golpe contra la pared. Y no me hace falta salir de detrás de la cortina para saber lo que acaba de pasar. Demir sujetando por el cuello al gorila, mientras lo empotra contra la pared. Como si lo estuviera viendo.

Al cabo de unos segundos, el tipo empieza a toser confirmando lo que yo suponía.

—Mandaremos a Mirna. Ya lleva tiempo aquí y es hora de que la subamos de puesto, porque Juliette no tiene la cara para mucha fiesta. —Se ríen los dos a carcajadas.

Maldito cerdo. Después de saber que ha sido él quien le ha pegado la paliza a Juliette, dejándola casi desfigurada, tengo unas ganas enormes de ponerle las manos encima de su asqueroso cuello y retorcérselo. Pero no puedo. Debo controlarme, aunque me está siendo difícil supeditar mis instintos de policía y hacer el papel de camarera en este club.

—Esta organización se está volviendo muy exigente, pero la pasta compensa —añade Demir.

—Sí, es cierto que pagan muy bien.

—Son gente importante. Y quieren las cosas bien hechas. Es una suerte que contasen con nosotros aquí en San Francisco.

—Sí, cierto, una suerte.

Valiente lameculos. Diría que la Tierra es plana si Demir se lo dijera.

Después de hablar más de media hora de tráfico de drogas y otros cuantos delitos más, deciden poner fin a la reunión. Menos mal. Me estaba quedando helada aquí pegada a esta fría pared.

Cuando ya creo que no hay moros en la costa, salgo de mi escondite y llego a mi habitación lo

más rápido que puedo. He intentado no hacer ruido, pero me he tropezado con un sillón. Espero que no me haya escuchado nadie.

—¿Dónde estabas? —me habla la voz adormilada de Mirna al verme entrar en la cama.

—Fui al baño, pero no lo encontraba. Siento haberte despertado.

—Tranquila, Silvana. Que duermas bien.

—Hasta mañana.

Intento cerrar los ojos, pero después de lo que he escuchado en el despacho de Demir, solo puedo pensar en qué hacer para que ser yo la elegida para ir a ese club. No puedo permitir que se lleven a Mirna. Necesito hacer algo. ¿Pero qué?



Llego a casa y le doy un beso a mi abuela. Ella no me pregunta nada, porque sabe que estoy en un asunto del trabajo y ya le avisé que pasaría alguna noche fuera de casa. Le dije que alguna vez me tocaba hacer vigilancia nocturna. No quiero que sepa lo que estoy haciendo, porque, aunque soy mayor de edad y policía, se preocupa por mí igual que cuando tenía siete años.

Después de darme una ducha, decido hablar con el jefe. Le cuento todo lo que he averiguado y le mando las fotos que he hecho en el despacho de Demir. También le cuento el plan que se me ha ocurrido para ser yo la elegida y que me lleven a ese club. Si consigo entrar allí, llegaremos a la cúpula de esos desgraciados. Ya sabemos que son gente importante. Seguramente, bastante influyentes y debemos estar preparados para todo.

Después de contarle otra milonga a mi abuela Helen, vuelvo al club. Como tengo que usar su uniforme, no me he molestado en buscar ningún atuendo especial, tan solo me he maquillado como una puerta, otra vez. En eso no tengo más remedio que ceder, a pesar de que no me gusta ir así de artificial.

Subo por las escaleras sin hacer ruido, porque no quiero que sepan que he llegado. Busco a Mirna y la veo en la habitación. Está nerviosa.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, es solo que Demir me avisó esta mañana, apenas tú te fuiste del club.

Y aunque sé para qué la llamó, le pregunto.

—Dice que ya es hora de que trabaje en algo más importante —me contesta, confirmando lo que yo ya sabía.

—¿Y te ha dicho cuando te irás?

—Dice que en tres o cuatro días. Supongo que antes de que acabe esta semana, pero no me fío de él. No después de lo que pasó con Vicky.

—Sí, lo sé. —Me acerco a ella y le acaricio la espalda—. ¿Por qué no te vas? Todavía estás a tiempo.

—No puedo, Silvana. Mi familia depende de mí. Además, tengo miedo de que algo les pase a mis padres y mis hermanos. Demir insinuó que era mejor que aceptará.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Me entenece mucho ver sus grandes ojos azules llenos de lágrimas. Por alguna extraña razón, siento una conexión muy especial hacia ella desde el primer día.

Tras unos segundos abrazadas las dos, se limpia la cara y se maquilla. Sonríe al espejo y se dice a sí misma que hay que trabajar. Y así salimos las dos de la habitación listas para una nueva noche en este asqueroso club.

Cuando llegamos abajo, mi corazón se para y el causante, como siempre, son los ojos negros del

chico más guapo y más dulce que he conocido en toda mi vida: Michael. Aunque él se empeñe en parecer lo contrario. Se acerca a mí cuando estoy en la barra pidiendo algo de beber para uno de los clientes.

—¿Cómo estás? —me susurra, girándose hacia la barra sin mirarme.

—Estoy bien. No te preocupes.

—Sé que tienes un plan para ser la elegida. Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. Creo que estamos muy cerca, Michael —murmuro junto a él.

—No sabes cuánto te echo de menos, Jackie.

Y esta vez sí se gira hacia mí. Veo sus ojos clavados en los míos y lo único que quisiera en este momento es fundirme en un abrazo y besarlo hasta que me doliesen los labios, pero debo centrarme en lo que estoy haciendo. Con suerte, puede que todo esto acabe pronto.

La mano derecha de Demir viene a buscarlo y se va con él. Se adentran en el pasillo tras la cortina y ya lo pierdo de vista.

Bien. Estoy lista para llevar a cabo mi plan y evitar que se lleven a Mirna a ese lugar.

Debo ser yo y lo tengo todo planeado.

CAPÍTULO 30

MICHAEL

—Bien, chicos. Creo que ya estamos todos. —El jefe nos ha reunido para ponernos al día de todo el material que Jackie le ha enviado. El último en llegar, como siempre, es Miles. No sé cómo hace para llegar tarde a todas las reuniones—. Necesitaba hacer esta reunión de urgencia, porque puede que la agente Woods esté a punto de entrar en el club clandestino donde retienen a las chicas.

—Eso es magnífico —dice Miles con una sonrisa.

No entiendo cómo este gilipollas puede sonreír cuando ella está en peligro. Cuando Jackie entre en ese club, nosotros perderemos el contacto. Y, aunque tengo claro que es parte de la misión y que ella lo está haciendo muy bien, me gustaría que estuviera a salvo. Cerca de mí.

—Así es. Pero también es una fase aún más peligrosa. —Menos mal que ya ha quitado su estúpida sonrisa de la cara—. Sabemos que una vez que entran en ese lugar, no hay vuelta atrás y no debemos olvidar que uno de los nuestros estará dentro.

—¿Qué haremos cuando ella entre, jefe?

El que habla ahora es Jasón. Antes de entrar le he dicho que me espere a la salida que tengo que decirle algo. Me encantaría que Duke lo echara de la misión. No hace más que joderla cada vez que va al club.

—Tenemos que intentar que uno de vosotros, que, lógicamente, el que está más cerca es Michael, pueda entrar ahí también.

—Eso será muy difícil —añade Miles—. Estos tipos suelen tener el círculo muy cerrado para evitar que los descubran. Estoy seguro de que ni siquiera el propio Demir ha accedido a él.

—Sí, yo también lo creo, pero debemos intentarlo, Miles.

A veces me pregunto qué cojones está haciendo este tipo en la misión. Se supone que es analista criminal y siempre sale corriendo o llega tarde a todas las reuniones, según dice, por asuntos familiares. Por mí se podría ir a Washington y hacer lo que sea que esté haciendo desde allí, pero, al parecer, tiene una hermana y un sobrino en San Francisco, por lo que pasa demasiado tiempo aquí.

Duke nos enseña las fotos que pudo sacar Jackie y la verdad es que hizo un gran trabajo. Gracias a ellas, tenemos identificadas a muchas chicas que se encuentran retenidas. Incluso hay algunas norteamericanas que desaparecieron hace meses. También hizo copia de documentos de contactos del mundo del narcotráfico y mucho material que servirá para encerrar de por vida a estos criminales.

«Buen trabajo, Jackie».

El siguiente paso es conseguir lo imposible, que no es otra cosa que entrar como parte del personal de confianza de Demir. Quizás, así podamos averiguar alguna cosa más.

Anoche, cuando la vi en el club, sentí un incontenible deseo de llevármela de allí y hacerle el amor hasta que no nos quedarán fuerzas a ninguno de los dos. Partirle la cara a todos los que han puesto sus sucias manos en ella, aunque sepa que se basta para quitárselos ella solita y que no necesita ningún caballero andante que la saque de apuros, como ella misma me dijo un día.

—¿Qué querías hablar conmigo? —me dice mi amigo, sacándome de mis pensamientos recurrentes.

—¿A ti qué coño te pasa, Jason?! —le increpo.

—No sé a qué te refieres. —Alza una ceja, retándome aún más.

—¿Por qué no te ciñes a tu jodido trabajo y la dejas en paz? —Me acerco a él, apretando los

puños—. La has puesto en peligro.

—¿Te refieres a que le hablé a tu chica la otra noche? —Y recalca que sea algo mío—. Tranquilo, ella sabe cuidarse solita.

—Ya te lo advertí. —Esta vez lo tengo cogido del cuello de la camisa—. Te dije que te alejaras de ella. Si vuelves a ponerla en peligro, te juro que me olvidaré de que alguna vez fuimos amigos.

—Pero ¿qué te pasa, Michael? —Se suelta de mi agarre y se coloca la camisa bien—. Es una chica del montón. No entiendo la perra que te ha entrado con ella. No creo que sea más que un polvo en la cama, bueno, tal vez uno cojonudo, pero...

Y entonces, sin ni siquiera pensarlo, le asesto un puñetazo en toda la cara que hace que su nariz comience a sangrar.

—¡Joder, Michael!

Toda la comisaría nos está mirando. Han dejado de hacer lo que estuvieran haciendo cada uno de ellos. Debe de sorprenderles a todos que los dos estemos peleándonos cuando siempre hemos sido amigos. Muy buenos, de hecho.

Y como era de esperar, nuestras palabras llegan a Duke, que nos ha llamado a los dos al despacho.

Después de echarnos una merecida bronca, tanto a él como a mí, hemos salido y cada uno ha tirado por su lado. Me arrepiento de haberle puesto las manos encima a mi amigo, pero es que últimamente no lo reconozco. No sé por qué la ha tomado con ella. Todavía es algo que no entiendo.

Cojo mi moto y salgo de allí. La velocidad hace que me olvide de mi cabreo e, inconscientemente, he llegado aquí porque en el fondo me encuentro ahora mismo en un estado de ansiedad importante. Y en estos momentos necesito hablar con ella.

—Hola, mamá. —Le pongo flores nuevas que he comprado y retiro las secas que le puse la última vez que vine—. Tengo que hablarte de alguien. Ya sé que nunca te la he mencionado, pero es que no sabía si debía hacerlo. Se llama Jackie, mamá, y estoy enamorado de ella. En realidad, pienso que lo estuve desde que me echó el café encima el primer día que la vi, aunque aún no lo supiera.

»No sabes cuánta falta me haces. Necesito que me aconsejes, como siempre lo has hecho desde que me llevaste a tu casa. No sé qué hacer con este dolor que tengo en el pecho con solo pensar que pueda pasarle algo a ella...

Me siento en el césped junto a la tumba de mamá. Siempre que estoy nervioso, lo hago. Es algo que me relaja.

Cuando ya el sol se está ocultando en el horizonte, me subo de nuevo a mi Harley y me voy a casa. El día ha sido muy intenso. Con puñetazo a Jason incluido.

Me siento muy mal, porque sé que en pocos días Jackie se marchara de ese club. Se supone que, en el nuevo, debe colocar los localizadores que lleva camuflados entre su ropa.

Cuando llego a casa, me recibe Sura. Como siempre, mueve su cola enérgicamente, demostrándome lo contenta que está de verme allí.

—Hola, guapa. —Me mira y ladea la cabeza, sin entender por qué mi saludo no es tan efusivo como siempre.

Me preparo un sándwich que apenas toco y se lo doy a mi amiga. Ella se lo come en un suspiro. Está claro que su apetito no se parece en nada al mío esta noche.

Mañana voy al club. He contactado con Demir para proponerle un negocio.

Necesito que confíe en mí.

Necesito entrar en la organización de manera permanente.
Necesito estar cerca de ella.

CAPÍTULO 31

JACKIE

Hace dos semanas que nos enteramos de que la organización requería nuevas chicas. Mirna ha sido una de las elegidas por decisión de Demir. El asunto se ha retrasado, por suerte, porque tuvieron que llevar un perfil bajo, según pude escucharlos. En el fondo, creo que ellos reconocen cuando la policía está pisándole los talones. Sí, creo que nos huelen. El caso es que decidieron no actuar durante unos días.

Durante estas semanas, Demir ha estado intentando controlarse delante de mí. El otro día se cortó cuando iba a pegarle una bofetada a una de las chicas. Y creo que se paró porque yo estaba delante, porque, justo cuando levantó la mano, me miró y entonces le dijo a ella que se fuera de su vista. Y esta noche tengo un mal presentimiento, porque me ha dicho que vaya a su habitación. La verdad es que estoy nerviosa. Cuando he llegado esta tarde, como cada día, al club, me ha dicho que tenía una sorpresa para mí y que debía ir a su cuarto.

Y ahora estoy aquí, delante de su puerta. La abro con las manos sudosas. Sé que él está abajo reunido, pero entrar en su habitación me pone los pelos de punta. Cuando accedo, veo una caja grande sobre su cama con una nota. Desdoblo el papel y leo: «Para Silvana». Me acerco con miedo a ella y la abro. Cuando veo lo que contiene, me relajo, pero solo unos segundos, porque temía que fuera otra cosa, pero esa tranquilidad se esfuma cuando leo una segunda nota que hay dentro.

«Esto es un regalo que quiero que te pongas mañana para cenar conmigo. Demir».

Mierda. Es un vestido rojo con brillos por todos lados. Este tío lo tiene todo. Encima, es un hortera. No sé qué pretende. Yo no estoy aquí para ligar con él. Maldita sea. Además, esto me rompe todos mis planes. Yo necesito que no me quiera ver más en este club y decida enviarme al otro. Al que nos interesa para llegar a la organización que se dedica a la trata de blancas.

Salgo de allí con la caja, todo lo rápido que puedo y voy a la habitación de Mirna.

—¿Qué es eso? —me pregunta, cuando me ve con el bulto bajo el brazo.

—Un regalo de Demir. Es un vestido.

—¡Dios mío, Silvana! Lo sabía. Se ha encaprichado contigo. ¡No!

—Tranquila, Mirna. Sé cuidarme.

—Es que no lo entiendes. Es un tipo muy peligroso y no quiero que te pase nada. —Veo que se le escapa una lágrima—. En este tiempo, eres la única amiga que tengo aquí entre estas cuatro paredes.

—No llores. Ven aquí. —La atraigo hacia mí y la abrazo. Es una niña. Apenas creo que tenga dieciocho años. Es muy dulce a pesar de todo lo que le ha tocado vivir.

—Y ¿qué harás si después de la cena él quiere...?

—Tengo recursos. No te preocupes.

Y sí, los tengo, pero espero no tener que utilizarlos.

—Por cierto, Mirna, ¿te han dicho ya cuando te cambias de club?

—Sí. Anoche Demir me dijo que, probablemente, mañana será mi último día aquí. Tengo miedo.

—Lo sé, pero tengo un plan. No puedo decirte nada, pero debes tomarte estas pastillas mañana durante todo el día, cada cuatro horas.

Ella me mira sorprendida cuando le muestro las cápsulas, pero yo le sonrío y ella hace lo

mismo.

—Está bien. Confío en ti, Silvana. Gracias por ser como una hermana para mí en este oscuro lugar.

Guardamos silencio mientras nos fundimos en un abrazo. Solo espero que el plan surta efecto y sea yo la que mañana se despida de este sitio.

Cuando llegamos abajo las dos, preparadas para trabajar, veo a mi jefe a lo lejos, que me llama con la mano. Me acerco a él. Le hace un gesto con la cabeza a los hombres que están con él para que se vayan y así nos quedamos solos. Cierra la puerta. El corazón me late deprisa, pero sé disimular los nervios. Es una de las cosas que nos enseñan en la academia. Controlar los nervios resulta, en muchas ocasiones, vital, y esta es una de ellas.

—¿Te ha gustado el regalito? —me susurra, pegado a mi boca, inundando mis fosas nasales de un fuerte olor a alcohol.

Es algo que no me extraña, porque este tío se pasa el día bebiendo. Lo que me parece raro es que no esté como una cuba desde por la mañana. Una imagen viene a mi cabeza y me entristece. Me acuerdo de mi padre. Siento remordimientos, porque hace mucho que no lo veo, pero la última vez que intenté que buscara ayuda me insultó y me dijo que me fuera de su casa. Si es que se le puede llamar así al lugar donde vive. Tiene un cuarto alquilado, que creo que si sanidad le hiciera una inspección, se lo cerrarían al tipo que lo alquila. Es mi padre y me duele. Desde que mi madre nos abandonó, no ha levantado cabeza.

—Sí, pero ¿por qué lo has hecho? —le digo finalmente, quitándome mis pensamientos de la cabeza.

—Ya te lo dije en la nota. Quiero invitarte a cenar. ¿Es que no te gusta la idea?

—Sí, sí —le digo rápidamente, porque le he visto la mirada cruzada y en el fondo no quiero que se enfade. No me conviene—. Es solo que soy tu empleada y no sé si...

—Tú no eres una simple empleada. Ya deberías saberlo.

Me acaricia el hombro con la punta de los dedos, despacio, produciéndome escalofríos. Ahora mismo me dan náuseas tanto su olor a alcohol como su tacto en mi piel. Sin esperármelo, me atrae hacia él y me besa el cuello. Yo intento retirarme, pero él me sujeta con más fuerza por el brazo.

—Me estás haciendo daño —logro decirle, tratando de ignorar el dolor que me produce la opresión tan fuerte que noto, hasta que siento cómo la circulación de mi brazo vuelve a correr cuando suelta su agarre y hace caso a mi súplica.

—Está bien. No quiero forzarte. No eres como las demás. Son todas unas zorras baratas, pero tú tienes algo que no sé explicar. Solo sé que me gustas mucho.

Suena la puerta y Demir los hace pasar sin soltarme de la cintura. Me tiene pegada a él a menos de un milímetro. Cuando entran las personas que estaban detrás de la puerta, mis ojos reconocen los suyos y siento un gran alivio al verlo.

Michael avanza hacia nosotros. Al vernos así de juntos, lo veo tensar la mandíbula al punto de que creo que podría romperse los dientes. Entonces, disimula y por fin, Demir me suelta.

Me voy del despacho.

Paso por su lado y sin que nadie lo note, rozo sus dedos con los míos. Una leve mirada de los dos me devuelve el oxígeno que me ha faltado hace solo unos minutos.

Mi corazón quiere salir del pecho y eso es solo por él.

CAPÍTULO 32

MICHAEL

Ya sé que la rabia es una emoción primaria. Un sentimiento que hay que canalizar, controlar. Y eso es lo que he hecho cuando he visto a Demir junto a Jackie, respirar y contar hasta diez. Al entrar y verlo pegado a ella, sujetándola con sus sucias manos, hubiera querido arrancarle la cabeza como si fuera un muñeco. Pero entonces he visto sus increíbles ojos verdes y, en ese preciso instante, con su mirada ha conseguido transmitirme tranquilidad. Después, al pasar a mi lado y rozar mis dedos, mi cuerpo ha vuelto a recordarme lo que ella significa para mí. Y me doy cuenta de que cuando ella está cerca de mí, mi mundo deja de estar en blanco y negro.

—Y bien, ¿qué me traes, Tony?

—Tengo material que puede interesarte. —Me acerco a él y le muestro toda la documentación que traigo.

Gracias a los archivos de la policía, tenemos información muy jugosa para estos miserables y es eso, justamente, lo que le estoy ofreciendo. Además, el jefe y yo pensamos que sería buena idea confesarle que tenemos un chivato en la policía. Y hemos acertado, porque eso ha sido lo que más le ha gustado.

—Me gusta mucho, Tony. —Sonríe y me da una palmada en la espalda. En plan colegas. Bien. Eso es justo lo que yo necesito que seamos.

—Lo sé, pero no podía decirte nada todavía porque no confiaba del todo en él, pero me ha demostrado que sí es uno de nosotros. —Me río a carcajadas—. Hay que tener cuidado con esos cabrones. Están por todas partes.

—Magnífico, Tony. Hoy has hecho que mi día sea totalmente perfecto. Estoy feliz. ¡Brindemos!

Choca su vaso de *whisky* con el mío y parece que firmamos un tipo de relación. Espero que sea de amistad, si es que este tío sabe lo que significa esa palabra. Tras bebernos de un solo trago todo el vaso, le pregunto a qué se debe tanta alegría.

—Creo que me he enamorado, Tony.

El corazón me da un vuelco. Pero uno de los chungos. Me atrevo a preguntar, temiendo a la respuesta que está flotando en mi cabeza.

—¿Y quién es la afortunada? —le pregunto, deseando que me diga cualquier nombre menos el que sé que va a confesarme—. Si no es un secreto, claro.

—Tú la conoces muy bien. Es tu chica, Silvana.

¿Mi chica? Cómo sabe que ella es mi chica.

«Aterrizo, Michael», me digo a mí mismo, al darme cuenta de que se refiere a que yo la traje aquí.

Sí, estos cerdos creen que las mujeres son mercancías que pasan de unas manos a otras. De una propiedad a otra.

—Vamos, Demir, ¿por qué te conformarías con una, cuando puedes tenerlas a todas? Creí que tu fama de conquistador era cierta. —Intento disimular la rabia que siento ahora mismo y en la bola de fuego en la que estoy a punto de convertirme, como la Antorcha Humana de *Los cuatro fantásticos*.

—Esa mujer me tiene loco, Tony. Y me lo está poniendo difícil la muy zorra. —Sonríe—. Pero por eso sé que es distinta a las demás. Silvana es una niña, pero, a la vez, la veo más mujer

que a las otras. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Yo creo que es una más, pero si tú lo dices.

—Fíjate que incluso me la han pedido los de arriba, ya me entiendes. —Yo asiento sin decir ni una sola palabra—. Y, aunque me pidieron expresamente que fuera ella, he dicho que mejor envío a otra. Sé que allí hacen unos juegos muy *guapos* con ellas.

—Sí, algo he oído. —Intento que me cuente cosas, pero este tío es muy listo y nunca suelta prenda—. Aunque no lo sé exactamente. ¿Y cómo es que saben de ella? ¿Es que son clientes del club?

—Sí, suelen hacer ronda por los clubes para ver la mercancía. Son unos auténticos psicópatas. —Se ríe a carcajadas—. Pero a mí me da lo mismo lo que hagan con ellas mientras me lo paguen bien.

—Entonces deberías pedir más dinero por Silvana, si tanto interés tienen en ella —le insinúo.

—No, con ella me tengo que divertir yo primero y, luego, ya veremos qué hago. Mañana la he invitado a cenar. Hasta le he comprado un vestido para que se lo ponga.

Joder. Este tío está loco. No sé cómo va a hacer, pero espero que el plan que tiene surta efecto. Me muero por abrazarla y besarla. Ya no sé qué hacer conmigo mismo. Con este sentimiento y esta impotencia que me está quitando la vida poco a poco.

Salimos del despacho una hora después. Lo he visto contento y eso es bueno para nosotros, aunque por dentro me revienten las ganas de machacarlo, pero sé que tengo que controlar mi rabia.

Él se va al reservado. Me ha dicho que ha quedado con unos amigotes y que quiere que esté allí. Creo que ya me está considerando como parte de su círculo más cercano. Me he excusado diciéndole que tengo que ir al baño. Estoy buscando a Jackie y, como no la veo por la sala, imagino que estará dentro. Necesito advertirle de las intenciones de este cerdo.

Cuando atravieso el pasillo, después de cruzarme con varias chicas que me miran extrañas por verme por aquí, la veo. Está saliendo del baño. Me adelanto y empujo la puerta, metiéndonos a los dos otra vez dentro.

—¿Estás loco?! Pueden verte —me dice, tras mirar por debajo de todas las puertas del baño y comprobar que no hay nadie más que nosotros.

—No me importa. Necesitaba verte —le digo con sus labios a escasos milímetros de los míos.

—Lo sé, yo también te echo de menos.

Es lo último que me dice antes de unir su boca a la mía. Y como siempre que la beso, el contacto con sus labios es como una bomba de oxígeno que me han dado en el fondo del mar cuando ya apenas me quedaba aire en los pulmones para respirar.

Nos besamos despacio. Como si no tuviéramos prisa. Como si ahí fuera, a pocos metros de nosotros, no estuvieran algunos de los delincuentes más peligrosos de San Francisco. Si supieran que ni ella ni yo somos quienes decimos ser, sería cuestión de minutos que nos llenaran el cuerpo de balas.

Recorro su cuerpo con ansias, mientras que nos besamos, subiendo la intensidad por segundos. La subo al lavabo y comienzo a besar su cuello hasta llegar a sus pechos, que no dudo en desnudarlos y apresarlos con mi boca. Ella ahoga un gemido que recojo atrapándola, hasta que nuestras lenguas y nuestros labios se devoran entre gemidos de excitación.

Ahora mismo, no pienso en nada.

No soy consciente del lugar en el que estamos, ni de la gente, ni del motivo por el que ahora mismo no estoy con ella en mi cama perdiéndome entre sus piernas hasta que no nos quedara

aliento a ninguno de los dos.

Un fuerte ruido fuera nos devuelve a la realidad y los dos nos recomponemos como podemos. A la velocidad de la luz.

—No pueden vernos juntos —me dice, con los labios corridos y los ojos vidriosos de la excitación de tan solo unos minutos—. Quédate aquí. Yo saldré primero y después lo harás tú.

—De acuerdo. —Ella abre la puerta, pero, entonces, yo la vuelvo a cerrar—. Jackie, ten cuidado con él. Está loco y se ha obsesionado contigo.

—Tranquilo, sé cuidarme. No me pasará nada.

Abre la puerta y comprueba que no hay nadie antes de salir y dejarme allí. Le he dicho que la echo de menos. Y es cierto, pero lo que en realidad me gritaba mi cabeza era que le dijera que estoy enamorado de ella. Como un idiota. La extraño demasiado y me estreso de pensar en que no estoy a su lado para cuidarla y saber cómo está a cada segundo. Además, la atracción que siento por ella no es solo física y sexual, que lo es y mucho, sino también emocional. Y me he dado cuenta de que me he vuelto un adicto a ella, como un drogadicto cuando no tiene su dosis. Pero, en lugar de decirle nada de todo esto que siento, me lo he callado, porque creo que si se lo digo, si todos estos sentimientos salen de mi boca, entonces ella... ella desaparecerá y eso es algo que no puedo permitirme.

No, si quiero seguir respirando.

CAPÍTULO 33

JACKIE

Lo que acaba de pasar no puede repetirse. Cuando Michael me abraza y me besa, todo lo que sucede a mi alrededor desaparece. Todo se desvanece, como si en una sala de teatro apagaran todas las luces y solo estuviéramos iluminados nosotros dos en el centro del escenario.

Pero esto no puede volver a pasar. Hemos sido unos inconscientes y hemos puesto en riesgo la misión. Si no hubiera sido por el ruido tan fuerte que nos ha sorprendido en el baño, no sé hasta dónde hubiéramos llegado los dos, porque la atracción que siento hacia él es muy fuerte. Y me atrevo a decir que no la había sentido jamás o no, al menos, con esta intensidad.

—¿Dónde estabas? —me dice Mirna, cuando llego a la barra del bar—. Demir ha preguntado por ti hace un rato.

—Estaba... en el baño —logro decir.

—Pues deberías haberte repasado el labial. Lo llevas por toda la cara.

Enseguida me doy cuenta, cuando vuelven a mi cabeza los besos que nos hemos dado hace unos minutos Michael y yo. Imagino que debo tener la cara hecha un cuadro. Si mi jefe se da cuenta o cualquiera de sus lameculos, será un problema para mí. Un segundo después, Mirna me pasa su lápiz labial por debajo de la barra y, con disimulo, arreglo el desastre de mi cara. Ella no sabe por qué tengo el color de mis labios corrido, pero, sin preguntar, me evita el problema. Como hacen los amigos de verdad. Los que no preguntan en qué pueden ayudarte, sino que, simplemente, saben cómo hacerlo y lo hacen, sin más. Recuerdo mi plan.

—Escucha, Mirna, ya sabes que debes tomarte lo que te di ayer.

Me refiero a las pastillas que ayer le di a escondidas. Si hace lo que le he dicho se va a poner malísima. Pobre. Espero que no me lo tenga en cuenta cuando se encuentre tan enferma. Solo serán unos días indispueta, pero ganaré tiempo y puede que consiga entrar yo en el famoso club del que todavía no sé el nombre.

—Sí, he empezado esta noche, tal y como me dijiste. —Le aprieto la mano con disimulo. Buena chica—. No sé qué te propones, pero confío en ti, Silvana.

—Gracias por hacerlo sin preguntar. —Le sonrío con ternura, como si lo hiciera con una hermana pequeña, porque, aunque no la tenga, creo que debe ser muy parecido este sentimiento hacia ella—. Y recuerda, mañana tomarlo cada seis horas, ¿vale?

Ella asiente y me da un beso en la cara. Cómo me gustaría sacarla de aquí. Hace unos días me habló de su familia. Los echa de menos. Tiene dos hermanos más pequeños y su familia pasa bastantes necesidades, por lo que cuando le ofrecieron este trabajo —y, sobre todo, porque la chica que contactó con ellos hablaba tantas maravillas—, vieron la oportunidad de sus vidas. Pero, desgraciadamente, cuando llegó a Estados Unidos, todo lo que le habían dicho resultó ser mentira y muy distinto a lo prometido. Lo que era un trabajo en una agencia de modelos, al final se convirtió en un club de copas donde tienes que dejar que unos tíos hasta arriba de alcohol y drogas hagan contigo lo que ellos quieran. Me partió el alma verla derramar lágrimas al contármelo.

La cortina se abre y aparece Michael. Me mira de reojo y trato de ignorar la electricidad que me produce por todo el cuerpo con tan solo fijar sus ojos en los míos.

Se dirige al reservado donde lo espera Demir. ¡Ojalá no le dé muchos detalles de nuestra *cita* de mañana! Este tío está enfermo. Se ha montado una película que solo ve él. Espero que el plan

que tengo con Mirna surta efecto. Y, sobre todo, espero «alimentar dos pájaros con un bollo». Esta expresión es de Laurie. La dice mucho. Es una firme defensora de los animales y opina que debemos utilizar otro tipo de lenguaje más respetuoso con ellos, de modo que siempre dice esto en lugar del clásico «matar dos pájaros de un tiro».

Antes de irme a casa, Demir ha vuelto a recordarme la cita de mañana. Imposible olvidarme de ella, aunque quisiera. Solo de pensar en el olor a alcohol me produce repulsión. No soporto a la gente que bebe así. Es algo que no sé si algún día superaré. Gracias, papá.

Llego casi al amanecer a mi casa. Mi abuela duerme, así que aprovecho para ducharme, tratando de no hacer ruido. Necesito quitarme esta sensación de suciedad que tiene más que ver con el alma que con el cuerpo. Me quito el vestido corto y entallado, las ligas de las medias y me lavo la cara. Necesito ser yo, aunque sea solo por un rato. Después, me acuesto en mi cama. Y, como cada día, hago repaso de todo lo sucedido. Son miles de secuencias que pasan por mi cabeza. Todas entrelazadas como una película muda de Chaplin. Me detengo en la que más me gusta. En la que Michael me abraza y yo me dejo querer. Pero ¡qué tontería estoy diciendo! No, claro que no me dejo querer, porque cuando estoy con él, soy la mujer más activa que hay. Y eso es porque siento que es algo demasiado fuerte lo que me une a él.

—¡Ay, cielo! Anoche no te oí llegar. ¿Sigues con ese trabajo especial? —Escucho a mi abuela que entra en la cocina y me sorprende mientras me hago un café. Estoy nerviosa, porque hoy es un día importante. Una noche importante.

—Sí, abuela. Escucha. —Me acerco a ella y la cojo de las manos—. Puede que esté unos días fuera. Es por el trabajo que estamos haciendo. No quiero que te preocupes.

—Pero ¿estás tú sola o con más compañeros, Jackie?

—Somos muchos, abuela. No te preocupes, ¿vale? Pronto terminaremos, pero no quiero que te angusties si ves que no vengo a dormir.

Le doy un beso en la cara después de una caricia. Ella también me besa y juntas preparamos el desayuno. Es uno de los momentos que recuerdo de mi infancia con más cariño. Mi abuela siempre decía que era la comida más importante del día y los fines de semana hacíamos juntas tortitas para desayunar, así que hoy le he propuesto que las hagamos, para recordar viejos tiempos.

Después de ponerme las botas con el desayuno, me dispongo a guardar unos cuantos enseres personales en mi mochila. Quizás, si tengo suerte, esta noche sea la última que pase en el club y, quizás, no vuelva en algún tiempo.

CAPÍTULO 34

MICHAEL

El plan de Jackie va a salir bien y pronto tendremos a esos criminales entre rejas.

No hay nada que temer.

Ella estará bien.

Todas estas cosas me las repito a mí mismo, pero son más un deseo de que todo salga bien que una realidad palpable en este momento. Y la verdad es que la angustia que siento no es ni normal. Nunca había tenido miedo a que un operativo saliera mal. Es decir, siempre te queda la duda de si algo puede torcerse, pero en el fondo sabes que nosotros vamos un paso por delante de ellos. Pero, esta vez, la cosa cambia, porque, ahora, si algo se tuerce, significaría que ella corre peligro y eso es algo que no puedo soportar y, mucho menos, pensar. Por eso, en este instante, me funciona lo de pensar en positivo. Mi madre siempre me decía que los pensamientos positivos atraen cosas buenas y, por el contrario, los malos pensamientos traen muchos más detrás. Cuando era un adolescente y estaba cabreado con el mundo, tener a Violeta conmigo hacía que todo fuera un poco más sencillo. Por supuesto, no fui un niño fácil, me adoptó en plena preadolescencia y le di más de un disgusto, pero siempre había una casa a la que yo podía volver y, al final, supongo que eso ayudó a que no me desviara por el camino al que estaba destinado desde que nació.

—Entonces, ¿todos conformes? Ejem, ¿Michael? —Oigo la voz del jefe subida de tono.

—Disculpa, Duke, me he perdido.

—Preguntaba si todos tenéis claro vuestros puestos esta noche —contesta con cara seria.

Estamos todo el equipo en el despacho de Duke, menos Jackie, que está preparándose para ir al club. Esta noche tiene la cita con Demir y llevará cámaras y micrófonos.

—Sí, puede que un poco de alcohol haga que suelte alguna perla —añade Miles, que, por supuesto, ha sido el último en llegar. Lo normal en este tío. Nunca llega a su hora o tiene que marcharse antes. Problemas familiares, dice siempre.

—Esperemos que así sea; por ahora, no ha soltado nada el muy cabrón, pero creo que la agente Woods puede conseguir algo. Parece que ese cerdo está obsesionado con ella.

—Por desgracia, así es —añade Miles con cara de preocupación. No hay que ser muy inteligente para saber que Jackie le gusta. Uno más a la lista. ¡Argg!

Jason está en la esquina, callado. Apenas ha participado en la reunión. Me da pena que estemos tan distanciados porque éramos muy buenos amigos, pero le dejé claro que, si no la respetaba a ella, tampoco lo hacía conmigo.

Salimos de la sala de juntas. Cada uno sabe cuál es su posición. Habrá dos coches patrulla camuflados cerca del club. Se supone que la va a llevar a cenar a algún sitio elegante. Eso es lo único que hemos podido saber. Yo estaré en uno de ellos. Lo seguiremos. Y será el imbécil de Miles el que vaya a cenar al mismo restaurante. También tiene una cámara en la camisa, por lo que deberá sentarse lo más cerca posible de Jackie y Demir. Lo que todavía no me queda claro es el plan de Jackie para deshacerse de él y evitar que la chica del club sea trasladada al otro.



Llevamos más de una hora cerca de las puertas del club y no hay ningún movimiento raro. Para

colmo, los micrófonos que lleva Jackie en la ropa interior no funcionan. Se han debido de estropear y ahora no podemos sustituirlos, por lo que estoy nervioso por no poder escuchar nada. Solo tenemos la cámara de su *piercing*, pero eso es insuficiente para la poca paciencia que tengo esta noche.

Hago el servicio con Ruket. No está en la misión, pero, según Duke, hoy era preciso que tuviera un compañero conmigo. Creo que en el fondo piensa que soy muy impulsivo en lo que a Jackie se refiere y necesita mandarme una niñera.

—Siento que el jefe te haya enviado esta noche —le digo, cuando estoy pensando en esto último.

—No te preocupes. Solo tenía que cambiar unos cuantos pañales y hacer unos biberones —bromea—. Susan se ocupa.

—Ya, pero me sabe mal que sea por mi culpa. Sé que el jefe no se fía mucho de mí en esta misión.

—A ver, Michael, creo que él tiene razón. Estás implicado emocionalmente.

Me quedo confuso al escuchar a Ruket. Nadie sabe que Jackie y yo hemos tenido algo. Ni siquiera se lo dije a Jason, que es mi mejor amigo.

—No sé por qué dices eso —le digo sin mirarlo a la cara.

—Venga, Michael. Creo que eres el único que ignora que todos sabemos que te gusta la agente Woods. No hay más que verte la cara cuando ella está cerca de ti.

—Bueno, pues está bien, no te lo voy a negar. Ella me gusta, pero ahora mismo mi prioridad es la misión —digo una verdad a medias— y, después, ya se verá.

—Michael, es normal que estés más preocupado de lo normal en esta misión. Si Susan o las niñas estuvieran en peligro, yo no sé qué haría.

—No sé qué me pasa con ella, Ruket —le confieso, sincerándome.

—Pues es evidente: estás muy pillado, chaval. Se te nota mucho. —Me da una palmada en la espalda y sonríe con complicidad—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—El distanciamiento entre tú y Jason, aparte de las hostias que os pegasteis el otro día en la comisaría, ¿tiene que ver con Jackie?

—No me gusta cómo habla de ella. Eso es todo —digo cabreado.

—Ya... espera —Dejamos la conversación a medias cuando vemos a Jackie por la cámara. Demir está con ella en su habitación. Ha irrumpido dentro cuando estaba vistiéndose.

—¿Qué está pasando? —Mi voz suena nerviosa, mirando la pantalla.

—No sé, pero tenemos que esperar a la señal del jefe.

Me importa una mierda lo que diga el jefe. Si ese tío no le quita las manos de encima, entraré a por ella. Y, aunque eso no se lo digo, si no veo la cosa clara...

Cuando veo que Demir empieza a cogerla por la fuerza de la cintura, no me lo pienso y salgo del coche. Le voy a partir la cara a ese hijo de perra.

Tengo que sacarla de ahí.

CAPÍTULO 35

JACKIE

Movimiento, ataque y sumisión.

Ojalá pudiera hacerle una de mis llaves y dejarlo tirado en el suelo. Estos días en el club he estado todo el rato reprimiendo las ganas de darle una buena tunda, a más de uno de hecho. Sobre todo, al que tengo ahora mismo dentro de mi habitación.

—No seas tan arisca, Silvana. —Siento su aliento cerca. Demir me tiene sujeta con fuerza por la cintura—. Creía que estabas ya vestida, pero cuando te he visto así, me has puesto a cien, nena.

Mierda. Qué asco de tío. Para colmo, la toalla con la que me cubría también me la ha jugado y se ha caído. Estupendo. Aquí estoy como mi querida madre me trajo al mundo, delante de este asqueroso y de todo el cuerpo de policía que me está viendo por las cámaras. No pueden oírme, porque he tenido que dejar mi ropa interior en la mochila y, por desgracia, ahí están todos los micrófonos que me dio el jefe. Esta tarde, cuando llegué al club, me encontré otra caja encima de mi cama —por si no hubiera tenido bastante con la del vestido—, que contenía un sugerente conjunto de ropa interior. Dios mío, creo que si fuera actriz, me darían un Óscar. Estoy haciendo el papel de mi vida.

—Demir, me gustan los preliminares. —Trato de zafarme de él, pero el tío me aprieta más fuerte—. Soy una chica romántica.

—Está bien. —Me suelta un poco, pero no del todo—. Quiero hacerlo bien contigo, Silvana. Me vuelves loco, nena.

Entonces, y sin poder evitarlo, me besa con su asquerosa boca llena de dientes de oro brillantes. Después, introduce su mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un collar enorme de piedras. Imagino que serán de verdad. Nunca he tenido nada parecido, aunque, sinceramente, es tan grande que me parece muy horterera.

«Menos es más», eso me gustaría decirle, pero en lugar de eso, me hago la sorprendida. Lo que digo: el papel de mi vida.

—Date la vuelta —me ordena—. Esto es para ti. Quiero que lo lleves esta noche con todo lo que te he regalado. —Sonríe satisfecho—. Es solo una muestra de lo que tendrás si te portas bien conmigo.

—Gracias, Demir. Es precioso —miento, tratando de evitar la cara de asco por el beso de hace unos segundos y por sus dedos tocándome el cuello. Espero que no me lo haya notado en la cara. Siempre me han dicho que soy un libro abierto.

—De nada, muñeca. Me voy y te dejo para que te pongas más guapa todavía. —Se separa de mí después de estrujarme el culo.

Yo asiento con mi mejor sonrisa falsa. Debo parecer agradecida a todos los dioses por hacer posible que un tipo como él se haya fijado en mí. La vanidad de este tío roza lo inimaginable. Un deseo constante de ser admirado, sobrevalorando sus habilidades y atributos. Ganas de vomitar me dan continuamente cuando él está a mi lado.

Por fin se marcha y puedo vestirme. El vestido es de color rojo y largo hasta los tobillos. Es muy entallado por arriba y suelta la falda. Lleva encajes y mucho brillo. Me recuerda al que llevaba Julia Roberts en *Pretty Woman* en aquella escena en que ellos van a la ópera, pero en versión cutre. El collar que me ha puesto en el cuello también se le parece, al igual que mi pelo,

por lo que es probable que haya recreado parte de esa secuencia de la película en su mente enferma.

Después de pasar por una mano de chapa y pintura, que no va conmigo o no, al menos, tan exagerada, salgo de la habitación. Mi repugnante admirador me espera en la puerta en una limusina. ¿Algo más que añadir al cóctel de cosas ridículas?

Cuando llegamos al restaurante en tremendo vehículo, por supuesto, nos abren la puerta al llegar. Como si hubieran llegado el presidente y la primera dama. No puede ser más surrealista la cosa. Se supone que Miles vendrá a este sitio también, acompañado de otra agente y simularan ser una pareja más, pero no estoy segura de que puedan entrar. Se ve un sitio demasiado exclusivo.

La entrada está llena de luces. Así, en plan entrega de los Óscars. Quizás, cuando acabe todo, nos den uno. Un hombre con esmoquin está en la puerta y saluda a Demir en cuanto llegamos a su altura. Por un pinganillo que tiene en el oído comunica que hemos llegado. Al entrar, me parece un sitio precioso. Al menos, hay algo en lo que tiene un poco de gusto. Los techos son enormes y la estancia está llena de grandes telones blancos, a juego con toda la decoración. La gente que se ve allí es muy elegante. Imagino que no todo el mundo podrá acceder al precio del menú. Claro que si te dedicas al narcotráfico y a la trata de blancas, supongo que no te preocupas mucho en cómo te gastas tu dinero.

Nos llevan a una mesa retirada. Demasiado íntima para mis planes de esta noche.

—Es la mejor —dice, sacando la silla para que me siente, en un gesto caballeroso que no le pega ni lo más mínimo.

—Y la más escondida —mascullo.

—¿Perdón?

—Nada, decía que es una maravilla.

—Para ti, lo mejor —dice, enseñando uno de sus dientes de oro.

Al instante, viene un camarero vestido como si fuera a una reunión en una multinacional y nos informa, bueno, rectifico, le informa a Demir la carta de vinos. Él opta por un vino tinto y pide para mí uno blanco. Alarga la mano y coge la mía cuando el alto ejecutivo, o sea, el camarero, se ha marchado.

—Silvana, yo te he traído aquí para que sepas que iba en serio cuando te decía que tú no eres como las demás.

—De verdad que no sé qué decirte. Solo que estoy muy agradecida por darme esta oportunidad.

«La oportunidad de convertirme en tu objeto sexual. Maravilloso. Punto para ti». Eso no se lo digo, pero es lo que pienso en realidad, aunque él parece estar más que satisfecho con mis palabras.

Dos horas después y tras comer varios platos que, sinceramente, agradezco que sean minimalistas, por el cero apetito que tengo, pasamos a los postres. Hace rato que he visto a Miles con una chica, que no la conozco, pero, evidentemente, es una agente infiltrada y puede que sea de Washington. Se han sentado a tres mesas de la nuestra. Me alegro de que al final haya podido acceder.

Demir lleva ya dos botellas de vino que, prácticamente, se ha bebido él, porque yo hago el amago de beber, pero solo me mojo los labios, por lo que se puede decir que está bastante perjudicado, así que creo que es el momento de intentar sacarle alguna información sobre el club clandestino.

—Mirna me ha dicho que ha sido elegida para ir a un club más importante.

—Así es. —Me mira serio y yo temo haber sido demasiado directa, pero vuelve a hablar—. En realidad, te habían pedido a ti.

—¿De verdad? —Mis ojos no pueden ser más expresivos de la alegría que siento. Lo que yo digo, que soy un libro abierto. Tengo que disimular—. Y ¿por qué ha sido ella en lugar de yo?

Pega un golpe en la mesa, que la hace retumbar. El camarero nos mira con miedo en los ojos y la pareja que está cenando al lado se gira, alterada por el ruido.

—¿¡Es que no lo entiendes!? ¿¡No te basta con todo lo que he hecho esta noche por ti!? —grita.

—Perdona, Demir, soy una desagradecida. —Le acaricio la mano, intentando ganar los puntos que acabo de perder con mi estúpido entusiasmo—. Es solo que he oído que en ese club se gana mucho dinero. Me lo dijeron algunas chicas.

—¡Qué sabrán esas zorras! Te aseguro que estás mucho mejor conmigo que allí con ellos —dice alterado y yo asiento, dándole la razón—. No creo que te gusten los juegos de ese lugar.

«Por supuesto que no. No creo que sean juegos divertidos», pienso, pero opto por callar, no vaya a ser que meta más la pata.

Tras una velada de lo más horrible, volvemos al club.

Él, con intención de acabar la noche con final feliz.

Yo, con el deseo de que mi plan haya dado sus frutos.

CAPÍTULO 36

MICHAEL

Verla desnuda delante de ese cerdo, que la estaba sujetando con fuerza, me ha producido un estado de ira y nerviosismo que creía que no podía soportar. Suerte que estaba acompañado por Ruket y me ha controlado. Al final, voy a tener que darle la razón al jefe con lo de que era importante venir con un compañero. Abrí la puerta con tanta rabia que estaba dispuesto a entrar en ese club y darle de hostias a ese cabrón hasta que se le quitaran las ganas de tocarla, pero Ruket me paró y, tras unos segundos, vimos cómo ella se deshacía de su acosador. Sigo sin darle a Jackie la oportunidad de demostrar que es una policía de los pies a la cabeza. Y me cabrea mucho, porque sé que ella puede con ese tío, pero supongo que, en este caso, tengo una mezcla de miedo, rabia y también de celos, para qué voy a mentir.

Después, los hemos seguido detrás de la limusina donde se han montado y así hemos podido dar a Miles la ubicación exacta del restaurante. Ese demente quería impresionarla y la ha llevado a uno de los sitios menos accesibles de esta ciudad, al que solo unos pocos privilegiados pueden asistir. Creíamos que el analista no podría entrar, pero se ve que Miles tiene recursos o contactos o, quizás, las dos cosas.

Han estado cenando más de tres horas y, por fin, han vuelto al club. Mi compañero y yo estamos haciendo vigilancia en el coche. Tengo miedo de saber las intenciones de Demir para acabar la noche, pero debo confiar en ella y dejar de pensar que no puede hacerlo. Es una mujer increíble y la manera en que está llevando la misión es admirable. Y eso no solo lo digo yo, llevado por mis sentimientos hacia ella, sino también me lo reconoció el jefe hace unos días en su despacho. Está asombrado con que una chica recién salida de la academia esté tan preparada, y eso es algo que no se puede negar.

—Gracias, Ruket. —Se gira hacia mí dentro del coche y me mira extrañado—. Por lo de antes, quiero decir. Si no es por ti, hubiera echado a perder todo el operativo.

—No te preocupes, es normal. En realidad, tiene mucho mérito que estés aguantando toda la misión estando tan implicado como estás.

—¿Cómo lo haces tú?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, ¿cómo haces para currar en este trabajo, tan peligroso a veces, sabiendo que están Susan y las niñas esperándote en casa?

—Pues... —se echa hacia atrás en el respaldo del sillón del coche— la verdad es que a veces es duro, no te voy a mentir. Sobre todo, para ella. Cada día, cuando llego a casa, es un motivo de celebración. A veces no nos damos cuenta de que estar con la persona que amas es una razón más que suficiente para celebrarlo y, en este trabajo, cada día con ella y con las niñas es un regalo para mí.

—Te entiendo, es decir, no me puedo poner en tu pellejo —sonríe—, pero entiendo que ellas tengan miedo de perderte.

—Así es, pero ¿sabes una cosa?, el que de verdad tiene miedo de perderlas soy yo. Susan y las niñas lo son todo en mi vida. Y es cierto que ambos estamos agotados por las malas noches y porque no tenemos tiempo de nada, pero cuando llego a casa encuentro a una familia. A mi familia y eso, amigo, lo compensa todo.

—Me alegro por ti, Ruket, de verdad. —Le aprieto el hombro y él sonríe—. Cierra los ojos un

poco si quieres y descansa. Yo vigilo. No tengo sueño.

—De acuerdo, te lo agradezco, porque ayer una de las gemelas nos dio muy mala noche y estoy muerto. Avísame si hay algo.

—Tranquilo, lo haré.

Las palabras de Ruket me han conmovido. Una familia. Algo de lo que carecí toda mi niñez y que me marcó para siempre. A pesar de que después Violeta me adoptó y fue la mejor madre que podría haber deseado, siempre eché en falta el haber tenido unos padres que me llevaran al parque de pequeño o que me prepararan una fiesta de cumpleaños con mis amigos. Todas estas carencias hicieron que yo no encontrara el norte y creo que, en el fondo, me hice policía porque sentí que debía hacer algo en mi vida que me llevara por el camino correcto, después de mis malas decisiones del pasado. Pero, en realidad, yo no creo que esté hecho para tener la familia de Ruket, porque siempre estaría pensando que iban a desaparecer de mi vida. Al fin y al cabo, así ha sido con el resto de la gente que ha pasado por ella.

Estoy empezando a ponerme nervioso por lo que proyecta la cámara de Jackie. Ese tío vuelve a ponerse pegajoso con ella y no sé cómo se lo piensa quitar de encima.

¡Joder! ¿Cuánto tiempo voy a tener que aguantar que le intente meter mano?

¿Cuánto?

CAPÍTULO 37

JACKIE

—Tu piel es tan suave. ¡Oh, Dios! —Me toca el hombro con sus sucias manos y siento escalofríos por todo el cuerpo. Ya he tenido que soportar que me besara y no ha habido suficiente agua para quitarme el sabor nauseabundo que he sentido.

—Ya te he dicho que me gustan los preliminares, Demir. —Mi voz suena melosa. Como si me estuviera derritiendo por su contacto. Nada más lejos de la realidad. Creo que, si algún día dejara de ser policía, sería actriz de cine. Me he dado cuenta de que soy capaz de parecer otra persona totalmente diferente a la que soy en realidad, pese a que siempre me han dicho que soy demasiado transparente. O eso, al menos, me decía mi abuela cuando de pequeña llegaba llorando del cole porque los niños se reían de mi pelo y mis pecas. Ella decía que yo era transparente y, a veces, eso es bueno, pero otras veces hace que te muestres tal y como eres ante las personas que no tienen buenas intenciones contigo. Por eso, era una virtud que me iba a dar alegrías, pero también algún disgusto, según mi abuela.

Esta noche estoy haciendo que este tío crea que me muero por estar con él. Como si fuera a ganarme el premio gordo. He tenido que aguantar que me tocara la rodilla por debajo de la mesa e intentara subir hacia arriba, pero he sabido ponerle freno, lo que pasa es que no sé cuánto tiempo más voy a poder mantener esta farsa. Necesito que...

La puerta se abre de repente y Demir se separa de mí con cara de cabreo.

—¿Qué cojones pasa?! ¿Desde cuándo entras en mi despacho sin llamar?! —grita, como el diablo que es.

—Disculpa, Demir —dice con voz temblorosa el lameculos número uno—. Tenemos un problema.

Bien. El problema que yo estaba esperando. Disimulo mi cara de satisfacción.

—No sé de qué mierda me hablas. Procura que sea de verdad algo importante como para haberme interrumpido. ¡Dime qué pasa! —grita furioso.

—Es la chica, Mirna.

«Bien hecho, amiga».

—¿Qué le pasa a esa zorra?

—Lleva toda la noche vomitando, sin parar. Está muy débil y ya llevan un rato esperando el coche para llevarla al club, pero yo la veo muy mal, jefe.

—¡Gilipolleces, que la preparen y se la lleven! —vuelve a gritar, pero el matón de la puerta no se mueve—. ¿Es que no me has oído, imbécil?

—Sí, señor, pero creo que debería verla.

Entonces, con un cabreo monumental, sale del despacho donde estábamos y se dirige escaleras arriba, directo a la habitación de Mirna. Yo subo detrás de él.

Cuando llegamos a la habitación y la veo, siento miedo por el aspecto que tiene. Está blanca como la pared y las ojeras se le han acentuado. Temo haberme pasado con la manzanilla y el tomillo. Son flores naturales que en pequeñas cantidades resultan buenas para el dolor de estómago, pero en grandes dosis tienen justo el efecto contrario. Son vomitivas. Las cápsulas que le di ayer contenían bastante de las dos plantas.

—¿Qué coño te pasa?! ¡Levántate! ¿Es que no me has oído?! —grita con la cara enrojecida.

—Jefe, yo no creo que Mirna esté en condiciones de ir esta noche al club, en este estado. Si

llega así y la ven los de arriba, no van a estar de acuerdo con que se la hayamos mandado de esta forma.

Demir pasea por la habitación, frotándose con furia su espesa barba. Se ha dado cuenta de que ella está demasiado débil y cuando ha salido corriendo hacia el baño para vomitar otra vez, lo ha terminado de convencer.

—Está bien, la mandaremos mañana cuando se haya recuperado.

«¡No, mierda, eso no puede pasar!», pienso angustiada.

—Señor, eso no sé si va a ser posible. Los de arriba han llamado varias veces exigiendo que le mande a la chica. Decían que tenía que ser ella o la pelirroja. —Me mira cuando dice esto último y Demir va hacia él y lo estampa contra la pared, cogiéndolo del cuello.

—No voy a mandar a Silvana. ¿Entendido?! —vuelve a gritar.

—Pero, jefe, han dicho que los llames si no estabas de acuerdo.

—Está bien, ¡los llamaré! —vuelve a gritar.

Saca el teléfono móvil y marca el número. Intento verlos desde donde estoy, pero me es imposible cuando él se gira, ocultándome el teclado de su teléfono.

—Sí, habla Demir... Ajá, sí, la chica está indispuesta, pero mañana estará como nueva... Pero... no, no, ella no está preparada para ir allí...

Parece que está discutiendo que vaya al club. Por favor, necesito ocupar el lugar de Mirna como sea. De pronto, pega un grito y, finalmente, da una patada a la silla que está en la habitación, hasta que termina la llamada con fuego en sus ojos.

—¿Qué ocurre, Demir?

—Tienes que irte esta noche.

—¿Adónde? —pregunto, haciéndome la sorprendida

—Al club.

No dice nada más. Solo sale de allí como alma que lleva el diablo. Yo me acerco a mi amiga.

—Lo siento, Mirna, pero tenías que quedarte aquí e ir yo en tu lugar. —Le acaricio la cara y veo que se ha quedado dormida después de la mala tarde que debe haber pasado la pobre.

Solo espero que no me lo tenga en cuenta. Algún día podré explicárselo todo. La tapo con la colcha y salgo de la habitación.

Cuando llego abajo, voy directa al despacho de Demir. Está furioso. Me lo dice su cara y la alfombra de cristales rotos que hay. Madre mía, creo que toda la cristalería que tenía en el bar está ahora en el suelo. Parece que le han fastidiado los planes de esta noche.

«Pobrecito. Qué pena me das, capullo».

—¿Qué coño haces todavía aquí?! —me grita y sus ojos siguen echando fuego. Está rabioso.

—Perdona, pensé que me dirías dónde está el club al que me lleváis esta noche —le digo, alzando mi voz. Es la única manera que tengo de que me escuchen mis compañeros que están de vigilancia fuera. Sigo sin micros, porque siguen en mi ropa interior, que sigue en mi mochila. Se me ha ocurrido que el único sitio en el que hay micrófonos es aquí, en este despacho, donde los coloqué hace unos días.

—No. Debes irte en cinco minutos. Estos tipos no tienen paciencia y no he tenido más remedio que dejar que vayas. —Se acerca otra vez a mí en tono cariñoso. Este hombre pasa de ser el Doctor Jekyll a Mr. Hyde en cuestión de segundos. Madre mía, está completamente loco —. Es una pena, porque podríamos haberlo pasado bien, nena.

Me da un pellizco en el culo, que me hace pegar un respingo. Después, vuelve a ser otra vez Mr. Hyde, echándome a empujones del despacho.

Subo deprisa las escaleras, me meto en el baño y me pongo mi ropa interior, bueno, el sujetador es realmente el que tiene todos los micrófonos. Y el *piercing*, la cámara, que espero que ese no me lo tenga que quitar en ningún momento. Un fuerte golpe en la puerta del baño me sobresalta.

—¡Sal ya, mujer! —grita uno de los gorilas y el lameculos número dos de Demir.

—¡Ya voy! Un minuto.

Salgo y solo me da tiempo a coger mi mochila a toda prisa. Llevo todo lo necesario; suficiente ropa interior con micros, mi *piercing* puesto en la oreja y mis enseres más personales. Esta tarde cogí de mi casa todo lo necesario y también me despedí de mi abuela por unos días. Espero que solo sean unos pocos, hasta que pillemos a esos canallas. Tenía la esperanza de que mi plan saliera bien y, por suerte, ha sido así.

—Vamos, no tenemos toda la noche. Te están esperando y los estás poniendo nerviosos. Camina. —Me saca de la habitación a empujones y salgo casi rodando por las escaleras.

Cuando llego abajo, sin darme opción a réplica, me cubren la cabeza para que no vea nada y noto un pinchazo en el cuello.

—¡Ay! —¡Menudo dolor! Me deben de haber clavado una aguja de diez centímetros por lo menos—. ¿Qué narices me habéis...?

Después, parece que caigo en un profundo sueño.

Y todo se vuelve oscuro, muy oscuro.

CAPÍTULO 38

MICHAEL

—¿Qué cojones ha pasado, Duke? —gruño en el despacho mientras me paseo de un lado a otro con un cabreo monumental.

—Tranquilo, Michael. Tengamos fe en que ella volverá a conectarse.

Hace dos días que no sabemos nada de Jackie. Cuando la otra noche estábamos en el coche, ella nos dijo por los micros que se iba al club, del que ni siquiera sabemos el nombre. Vimos por la cámara que le iban a cubrir la cabeza. Era lo lógico, no querían que ella viera a dónde la llevaban, para eso estaríamos nosotros fuera, para ver cómo salía el coche. Era fácil. Solo había que seguirlo y llegaríamos al paradero del club y de todas las chicas. Pero después todo se volvió oscuro. Escuchamos que ella decía algo que no llegamos a entender y luego, todo dio paso a un horrible silencio. Rápidamente fuimos hacia todas las salidas, pero en ninguna de ellas había rastro de Jackie.

El jefe ordenó que Jason entrara al club. Al ser un cliente habitual podía entrar sin levantar sospechas y comprobar si Jackie seguía dentro. Después de examinar exhaustivamente todo el local, no había rastro. Me desesperé al no saber nada de ella. Había desaparecido por arte de magia. Simplemente, se había esfumado.

—Pero ¿cómo me pides paciencia? ¡No te das cuenta de que ella podría...! ¡Joder, es que no sé qué hacemos todos aquí hablando cuando deberíamos estar buscándola! —grito a Duke. Sé que estoy siendo injusto, pero ahora soy de todo menos justo y, desde luego, nada diplomático.

—Michael, tenemos que pensar que todo va a salir bien. Wood es una policía con recursos. Confiemos en que sepa salir de esta.

¡Qué fácil es hablar desde fuera! Pensando únicamente en un operativo más. Para mí, no lo es. Mierda, para mí ella lo es todo, aunque suene a tópico. Y, por desgracia, cada día que ha pasado desde que entró en el operativo me he dado cuenta de que mi vida solo tiene luz y color si ella está dentro.

Los informáticos están intentando restablecer el contacto con la cámara y los micros de Jackie. Cada hora que pasa sin saber de ella me produce una ansiedad mayor y creo que si no sé algo pronto, me voy a volver loco.

—¿Nada todavía? —le digo a uno de los informáticos.

Cuando veo en los informes el nombre del operativo, me produce un escalofrío lleno de tristeza. Me acuerdo de cuando hablamos en mi casa del nombre. De que hacía alusión a los libros de *Ana de las Tejas Verdes*. Ella insistió en que tenía que leer los libros o ver la serie de televisión. No soy mucho de leer, la verdad, y menos ese tipo de novelas románticas de época. Lo mío son las pelis de acción y de ciencia ficción. En aquel momento le dije que no sabría si me gustaría la serie, pero ahora me siento estúpido porque daría lo que fuese por volver atrás el tiempo y estar junto a ella viendo lo que fuera, por muy cursi que me pareciera.

—Creo que donde sea que esté, tienen inhibidores de frecuencia —me dice Will, el informático, sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador.

—Tradúceme.

—Básicamente, se trata de introducir ruidos en la frecuencia de transmisión, de manera que imposibilita el envío de la información.

—Vale, pero algo se podrá hacer, ¿no? —le digo, subiendo el tono de mi voz.

—Sí, estoy en ello. Intento desde hace dos días restablecer la conexión. Tranquilo, Michael. Quizás tarde, pero de que lo consigo, ni lo dudes.

—Confío en ti, Will. Sé que no hay nadie mejor que tú para hacerlo. —Le aprieto el hombro y me voy de la sala de ordenadores.

Estoy perdiendo la paciencia hasta con gente que solo trata de ayudar.

Ayer quedé con Demir en el club. Intenté que me dijera algo de ella, pero el muy cabrón no soltó prenda. Tan solo se quejaba de no haber podido echar un polvo con ella. Juro que tuve que contenerme todo el rato que estuve allí para no partirle la cara. Le tengo muchas ganas. Me tuve que meter en mi disfraz de mafioso y reírle las gracias. Y, total, para nada, porque no saqué nada de él.

Hoy ha sido un día más. Después de pasar veinticuatro horas intentando averiguar dónde está Jackie, son las diez de la noche y seguimos sin tener ni idea de su paradero. Por favor, que alguien me pellizque o, mejor, que alguien me dé una hostia y me despierte de este mal sueño. No soporto más esta incertidumbre. Ninguno de los que estamos en «Tejas Verdes» se ha marchado a su casa. Todo el mundo está trabajando, ya sea recopilando pistas, como hacen Duke, Jason y Ruket, o analizando los perfiles, como Miles, o buceando en el programa informático, como Will, o dando vueltas como un león en una jaula, que es mi caso. Estoy tan bloqueado que no sé qué hacer para ayudar.

Es muy tarde ya y todo el equipo está realmente desanimado. Somos policías y sabemos que en una desaparición son cruciales las primeras horas y ya han pasado casi tres días desde que le perdimos la pista. Pero ni yo ni el resto queremos pensar nada malo.

En el fondo de mi corazón sé que ella va a aparecer.

Tiene que aparecer.

—¡Chicos! —grita Will—. ¡La tengo! He conseguido conectar con Woods.

«Bien, Jackie».

«Ahora solo tienes que decirnos dónde estás...».

CAPÍTULO 39

JACKIE

No sé exactamente el tiempo que llevo donde sea que esté. Aquí no importa si es de día o de noche, porque no hay luz del exterior. No puedo saber cuántos días, quizás sean tres o cuatro, pero igual son menos.

Solo sé que desde que desperté después de que me pincharan en el cuello a saber qué —intuyo que sería algún tranquilizante o, tal vez, me drogaron— han pasado dos días. Cuando abrí los ojos estaba en una cama con dosel incluido. De lo más romántico. Cualquiera diría que estaba de luna de miel con mi recién estrenado marido. Se supone que es mi nueva habitación. La cama es blanca, como toda la estancia, en realidad. Tiene luces en el cabecero y a los pies. También blancas, por cierto. Hay unas cortinas de terciopelo —por supuesto, blanco, cómo no—, que son una pantomima, porque cuando las corrí me di cuenta de que no había ventana, ni nada que ver tras ellas. Solo una pared. Imagino que el color no hace falta que lo diga, porque ya seguro que lo sabéis. Y, como era lógico, la puerta estaba cerrada, así que no me quedó otra que esperar a que alguien entrara.

Eso fue a las pocas horas de despertar. Entró una mujer mayor, con el pelo rubio platino y muy arreglada y maquillada. Parecía que era la dama de honor de una boda de la alta sociedad. Supongo que será la Madame. Me dio unos trajes de fiesta y todo lo necesario para estar guapa para esos cerdos. Eso no me lo dijo ella, claro, pero sí que debía estar impecable para ellos. Los llamó «Los Señores». Y, después, me dio la bienvenida al White Velvet. Por lo menos ya sé el nombre del club. Desde luego, le va al pelo. Esto parece un psiquiátrico. Todo blanco. Únicamente le faltan las paredes acolchadas para no hacerte daño, porque del resto se le parece bastante.

Después del primer día desde que llegué aquí, no ha vuelto a aparecer. Me han traído comida, toda dietética, por cierto, y no ha venido nadie más. Necesito salir de esta habitación y ver qué pasa fuera de estas cuatro paredes. He hablado al micro desde que me he despertado y espero que estén escuchándome, porque lo que es verme no va a poder ser, ya que la cámara que llevaba en el *piercing* la he perdido. Supongo que debió caerse cuando me taparon la cabeza. Así que, al menos, espero que sí me estén oyendo. Aunque, por ahora, no puedo ser de gran ayuda. No sé dónde estoy y tampoco sé qué hay ahí fuera. Así que me repito a mí misma que debo tener paciencia.

Escucho ruido fuera y me imagino que están a punto de entrar en la habitación, porque cada vez lo percibo más cerca. De pronto, la puerta se abre. Es la Madame, así la llamaré a partir de ahora, porque si no lo es, desde luego, por su aspecto, lo parece.

—Silvana, esta noche es tu presentación en el club. —Se me acerca con una sonrisa falsa, pero de dientes perfectos. Viene como la primera vez que la vi, con un traje de noche, largo y el pelo perfectamente ondulado, como si la hubiesen sacado de una película de los años cincuenta —. Debes ponerte el traje de lentejuelas rojo. Vienen en unos minutos a maquillarte y peinarte.

—De acuerdo. Disculpe, ¿cuántos días llevo aquí? —Intento que me lo diga para que me escuchen mis compañeros si es que están oyéndome al otro lado.

—Eso ahora no importa. Lo fundamental es que hoy es una noche muy importante para ti.

Y, sin más, me deja así, sin posibilidad de réplica. Al momento, llega otra chica. Es mucho más joven que la Madame. Viene con un maletín, que imagino que será de maquillaje y

peluquería.

—Hola, soy Malena. Voy a ponerte guapa, ¿de acuerdo? —me dice sonriente. Me pregunto si será uno de ellos o si está aquí prisionera como yo.

—Hola, Malena, yo soy Jackie. Perdón, quería decir... Silvana. —Ella me mira frunciendo el ceño. Mierda, ¿por qué tendré que ser tan transparente? Enseguida que alguien me da buena espina, cojo confianza con ella, y ahora mi mente me ha jugado una mala pasada—. No sé dónde estoy. ¿Podrías decírmelo?

—Es mejor que no lo sepas, por tu bien —me dice, sacando todo el material del maletín y sin mirarme a la cara—. Tú solo haz lo que ellos te digan y te irá bien.

Pues parece que mi instinto no me ha fallado, porque está claro que esta chica, sin conocerme de nada, está tratando de ayudarme o, al menos, eso parece.

Una vez lista de ropa, pelo y maquillaje, me avisan de que me esperan en el salón. Cuando salgo de allí, me quedo impactada por todo lo que veo. Esto es como un castillo. Enorme. Y a pesar de que todo es blanco y parece reluciente, no deja de ser siniestro.

Recorremos el enorme pasillo. Me acompaña Malena, que, aunque ha sido muy parca en palabras, me ha dicho bastante con la mirada. Por momentos pensaba que quería contarme todo lo que estaba pasando, pero luego era como si se arrepintiese y, entonces, se callaba para seguir dándome sombra a los ojos. Me he mirado al espejo y, aunque estoy muy bien maquillada, no me he reconocido. Era otra mujer la que veía reflejada en él.

—Estás magnífica, querida —me dice la Madame cuando llegamos al salón, cogiéndome de la mano—. Esta noche vas a causar sensación.

—Gracias, señora —le digo con una leve sonrisa mientras veo cómo Malena se marcha por donde hemos venido.

—Esta noche vas a conocer a gente muy importante y espero que sepas valorar eso y los trates bien, ya me entiendes ¿verdad? —Me alisa una de mis cejas como si fuera mi madre y estuviera despidiéndose de mí para ir al colegio.

—¡Bienvenidos a la fiesta! —La Madame y yo nos giramos hacia un hombre rollizo, de prominente barriga y cachetes rosados—. Espero que todos lo pasen excelentemente.

Todos los presentes aplauden, incluida mi «maestra» y yo.

—Él es Nicolau, nuestro capitán. —La miro extrañada y me sonrío como si no tuviera por qué entenderlo—. Tranquila, esta noche lo vas a conocer. Está muy interesado en ti.

¡Madre mía!, y yo que pensaba que no podía haber alguien más asqueroso que Demir. Está claro que ignoraba los especímenes que se esconden en esta madriguera, que está en el subsuelo de la Tierra. El tal Nicolau se acerca a nosotras, tal y como ha predicho la Madame, y viene sonriendo. Tiene un espeso bigote de pelo rubio que intercala con algunas canas y está sudando por la frente y la cara. Saca un pañuelo de su bolsillo y se seca el sudor. ¡Puaj! Qué asco. Dios mío, dame fuerzas para no vomitar aquí mismo a los pies de este tío.

—Querida, bienvenida a nuestro exquisito club. Eres espectacular. —Me besa la mano y siento el impulso de limpiarla con mi vestido, pero me controlo—. Tenía muchas ganas de conocerte, pero ha costado bastante que estuvieras aquí esta noche.

No contesto. Simplemente, asiento con la cabeza mientras mis labios le devuelven una sonrisa tímida. La verdad es que no sé cómo tengo que actuar con estos babosos repugnantes. Se suponía que el operativo tenía como finalidad que yo fuera elegida para venir a este club, pero que una vez que pasara eso, llegaríamos con toda la artillería a este lugar y fin de la historia. Lo que no teníamos previsto —y muy mal por nuestra parte— era que algo así pudiera pasar. Lo que me

queda claro es que el plan no ha salido como creíamos, porque de ser así, ya estarían aquí mis compañeros.

Según me han dicho, llevo aquí dos o tres días y no ha aparecido nadie. Lo cual me deja solo dos opciones: Una, que al no tener la cámara activada no me han seguido y, por tanto, no saben dónde estoy; y dos, que sí conocen mi ubicación, pero están esperando a que sea el momento adecuado. Y, aunque espero que sea la segunda, lo veo improbable, así que me temo que tendré que arreglármelas para salir de aquí, pero, sinceramente, no sé por dónde empezar.

CAPÍTULO 40

MICHAEL

Todo esto es muy frustrante. Damos un paso adelante y retrocedemos dos más. Así no podemos seguir. Esto es lo que pienso y es lo que le he dicho hace unas horas a Duke. Sigo en el ordenador, mirando las fotos de todos los clientes que van al club. Estoy seguro de que alguno de los habituales de los clubes nocturnos que regenta Demir también lo es del club clandestino. Ya, por lo menos, sabemos que se llama White Velvet, de dónde viene ese nombre, ni idea, pero gracias a Jackie, al menos, conocemos ese dato.

—El nombre puede deberse a muchas cosas —el que habla es Miles, el «erudito», como he decidido llamarlo a partir de ahora. Y es que, la verdad, para mí no está ayudando en nada, a pesar de ser el niño bonito de Duke.

—¿Cuáles crees, Miles? —le pregunta el jefe.

—Pues está claro que es un club de gente importante, según escuchamos de los micros de Jackie.

—Ya, Miles, eso lo sabemos desde el primer momento y como bien has dicho nos lo ha revelado ella —apunto yo, ante la mirada desafiante del jefe.

—Sí, lo sé. Pero, tal vez, su nombre se deba a que haya gente del mundo de la política, por ejemplo.

—Pero ¿qué cojones nos importa si hay políticos metidos ahí o no?! —digo en un tono un poco fuerte a causa de la poca paciencia que me queda—. Si así fuera, no sabemos quiénes son. ¡A menos que Jackie reconozca a alguno! —grito de nuevo.

—¡Basta, Michael! Así no nos ayudas. Son solo hipótesis. ¡Demonios!

—Hipótesis, hipótesis, ¡maldita sea! ¿De qué nos sirven? De nada —me contesto a mí mismo, mientras todos me miran como si estuviera loco.

En realidad, no van mal encaminados porque creo que me estoy volviendo completamente demente. Llevamos casi una semana sin saber de Jackie y, aunque sé que está bien porque la oímos por los micros, no puedo olvidarme de que está rodeada de psicópatas y asesinos.

Y si alguna vez tuve duda de mis sentimientos hacia ella, esas malditas dudas han quedado atrás. Solo quiero que esté aquí conmigo, en lugar de estar rodeada de asesinos y a saber dónde.

—Tranquilo, Michael. No puede estar muy lejos —dice uno de los agentes de Washington.

—¡Escuchad! Ahora se escucha más claro el micro. —Will se gira y sube el volumen del audio. A veces se pierde el sonido y no sabe el motivo.

—*Eres una chica realmente guapa y tu piel es tan suave...*

—*Es usted muy amable y este sitio es muy bonito, pero no escucho ruido de fuera. Supongo que debemos estar a las afueras de la ciudad.*

—*Sí, guapísima. Umm, ¡huelas de maravilla! Me gustaría conocerte mejor.*

—*Me siento halagada, señor, pero aún no me ha dicho su nombre completo y tampoco dónde estamos.*

—*Mi nombre es Nicolau, el capitán de este humilde barco y eso es lo único que debes saber, pequeña. Y en cuanto a este lugar, ¿no te parece que esto es el paraíso?*

—*Supongo que sí.*

—*Pues, entonces, es lo único que te interesa saber, muñeca.*

Se escucha mucho barullo de gente. Deben de estar en una fiesta con multitud de personas.

—Querida, hay alguien que quiere conocerte. ¿Nos disculpa, Capitán?

Se escucha el ruido de los zapatos de tacón de Jackie y de la mujer que está con ella. Luego, solo silencio.

—Hay una persona que quiero presentarte. Es uno de nuestros fundadores más importante. Tenemos justo una hora hasta que llegue tu presentación en sociedad...

Después de un rato escuchando la conversación, ha habido una interferencia y hemos perdido la comunicación con Jackie. ¡Otra vez!

—Solo sabemos que está en una fiesta. ¡Demonios, no tenemos nada! —Esta vez el que parece estar desesperado es el jefe Duke.

—Bueno, al menos sabemos que uno de esos tipos se llama Nicolau, aunque no es gran cosa, porque puede que sea un nombre falso —dice Miles.

—No lo creo —intervengo—. Ellos no saben que Jackie tiene micros y, además, se supone que las chicas que han entrado en ese club no han vuelto a salir. Por qué iba a decirle un nombre falso si se supone que nunca lo va a revelar.

Cuando esas palabras salen de mi boca, mi corazón se salta varios latidos, preso del pánico. Siento que me duele muy adentro y la sola posibilidad de que no vuelva a verla, me destroza.

Volvemos a retomar la conexión con ella. Por lo que oímos, en efecto, está en una fiesta y hay muchas presentaciones. Numerosos nombres de hombres y alguna que otra mujer, aunque son las menos.

El jefe me ha dicho que me vaya a casa y, aunque al principio le he dicho que no me pensaba mover de aquí, finalmente he aceptado, porque la verdad es que llevo dos días sin pasar por casa. Tuve que decirle a la señora Roses que se ocupara de Sura unos días, a lo que ella, naturalmente, accedió encantada.

—Hola, Roses, gracias por quedarte con ella. —Entro en casa y Sura se abalanza sobre mí, contenta de verme.

—No hay de qué, Michael. Ya sabes que puedes dejármela todas las veces que quieras.

—De eso mismo quería hablarte. Necesito que te quedes unos días más con ella. Estamos en algo importante y no voy a poder estar mucho por casa los próximos días.

—Por supuesto. Yo vengo todos los días, le doy de comer y la saco de paseo, y por la noche me la llevo a dormir a casa, ¿verdad, preciosa?

La perra mueve la cola y le chupetea la mano. Me alegra que se lleven tan bien. Ahora mismo no puedo estar preocupado por Sura.

Me despido de ellas y me dirijo rápidamente a la comisaría. El tiempo que paso fuera de allí, sin noticias de Jackie, se vuelve insoportable para mí.

Cuando entro en la oficina me dicen que hay noticias. Parece que Jackie está sacando información de uno de los clientes.

Estoy deseando averiguarlo.

CAPÍTULO 41

JACKIE

—Me llamo Hermann y estoy encantado de conocerte. —Me besa la mano un hombre de pelo rubio, muy peinado y perfectamente afeitado—. Silvana es tu nombre, ¿verdad?

—Sí, señor —digo rápidamente, antes de que me traicione mi subconsciente y vuelva a delatarme, como pasó hace un rato en la habitación con Malena.

—Quiero que estés cómoda aquí, porque esta va a ser tu casa a partir de ahora. Soy el cofundador de este club de amigos junto a Nicolau, al que creo que ya has conocido.

—Sí, Gracias. Disculpe mi intromisión, pero por su nombre... ¿Es usted alemán?

Se ríe.

—Eres muy perspicaz, jovencita. —Me agarra la mano y me la besa de nuevo—. Así es, soy alemán o germano, como lo prefieras, y descendiente de uno los pilotos de caza más famosos de la Segunda Guerra Mundial —me dice, alzando la barbilla de forma petulante.

—Qué maravilla. Es usted entonces familiar de alguien importante de la historia de la humanidad... —Me mira muy serio y creo que he metido la pata—. Digo... si su antepasado era un famoso militar...

—Sí, lo fue. Me siento muy orgulloso de él. Y de su historia, a pesar de que algunos quieran cambiarla.

—Naturalmente, es para estarlo.

—Pero ¡¿qué sabrás tú?! —me grita a la cara y me asusta. No esperaba esta reacción—. Seguro que tú crees la historia como te la han contado algunos, ¿no es cierto?

—No, señor, yo no quería decir eso. —Alza una ceja y me mira, esperando que arregle lo que sea que haya estropeado—. Lo que quiero decir es que usted la conoce de primera mano.

Veo cómo su gesto se suaviza y parece que he empleado las palabras adecuadas. Este hombre es muy agresivo y debo tener cuidado si no quiero estropearlo todo. No tengo idea de a qué historia se refiere, pero empiezo a atar cabos y creo que, efectivamente, es lo que pienso. Todo lo que veo aquí empieza a tener sentido.

—Bien, más tarde te la contaré. Ahora es tu presentación oficial en nuestro club.

Me coge de la mano y, juntos, comenzamos a movernos por la sala. Me viene a la mente una expresión: *boche*. Proviene del francés y traducido significa «cabeza de repollo» o, simplemente, «tonto», aunque hay otras acepciones como, por ejemplo, «sádico». Tuve una compañera en el instituto que era francesa y cuando estudiamos la historia de los soldados alemanes de la primera guerra mundial, contó que así eran llamados por los franceses.

Me pregunto qué pensaría el tal Hermann de esta expresión. Imagino que no será esta la historia que le gusta escuchar. Pero, tal y como ha reaccionado, creo que no es muy apropiado sacarlo a relucir, a pesar de que para mí sea un «sádico con cabeza de repollo».

—Siéntate, querida. —Me separa la silla de una mesa enorme para que me siente—. Hoy eres nuestra invitada de honor.

Me situó entre los dos hombres que acabo de conocer. A mi derecha, Nicolau y, al otro lado, Hermann. La Madame también está sentada en el extremo. La mesa me recuerda a las que ponen en algunas bodas. Alargadas y de frente al resto de los invitados. En la sala hay dos hileras de mesas redondas en cada extremo. La mayoría es público masculino y alguna que otra chica de mis mismas características. Realmente parece algo macabro. Creo que nunca había visto tanta

gente pelirroja junta en un mismo sitio.

—Espero que disfrutes del espectáculo, querida. —Nicolau me guiña un ojo y yo solo veo el sudor cayendo por su frente. Me tengo que concentrar en lo que importa, pero es difícil teniendo a semejante hombre tan repugnante al lado.

Sonrío y observo al resto de los asistentes. Ahora que los miro con detenimiento me doy cuenta de que, al igual que las chicas, los hombres están todos cortados por el mismo patrón. Todos repeinados y de piel blanca. La mayoría peina canas, pero los más jóvenes tienen todos el pelo rubio. Vuelvo a mirar a las chicas que hay en las diversas mesas, acompañando a otros «señores» como los llamó la Madame, y sigo sorprendiéndome de que la mayoría tenga el mismo color de pelo que yo, y las que no lo tienen, son rubias, pero con tonos también rojizos. Me viene a la mente el nombre del operativo: «Tejas Verdes». Los jefes lo denominaron así, porque en Washington, una chica escapó de uno de los clubes y contó que solo buscaban a mujeres que fueran pelirrojas. Ella tuvo suerte porque escuchó, cuando la iban a trasladar, que de allí no saldría jamás y así fue como se decidió a huir. Fue muy valiente, pues acudió a la policía, aún a riesgo de ser detenida y deportada por el departamento de inmigración, pero, obviamente, los compañeros que llevaban el caso consiguieron un acuerdo con la Fiscalía y pasó a protección de testigos.

Mientras estoy absorta en mis pensamientos, me sorprende que, de pronto, se apague la luz del enorme salón. Todos gritan sorprendidos, las chicas asustadas y los señores, maravillados. De la oscuridad sale una luz que enfoca una de las esquinas.

Una música siniestra comienza a sonar. Pero... ¿qué es esto?

No puedo creer lo que estoy viendo. ¿Esto es lo que yo creo que es?

Empiezan a desfilar unos encapuchados vestidos de blanco. Necesito que los chicos me escuchen, porque como sé que no me están viendo, tengo que ir comentando todo lo que voy haciendo. Solo espero que estén al otro lado.

—Perdone, señor Hermann —digo su nombre para que en la comisaría sepan quién habla—. ¿Quiénes son estos encapuchados? Y ¿por qué están todos vestidos de blanco?

Lo digo con el tono de voz un poco más alto de lo normal para que mis compañeros me escuchen. El *boche* me manda a callar. La verdad es que todo el mundo calla.

Y esto, aunque no lo diga en voz alta, se parece a lo que estoy pensando y todo me empieza a encajar. Cuando los encapuchados muestran su rostro, todavía me quedo más anonadada. Eran mujeres las que se escondían debajo de esas túnicas blancas. Esto se parece mucho a lo que en su día fue el Ku Klux Klan, al menos, en lo que a indumentaria se refiere.

¿Qué clase de dementes hay aquí metidos?

¿Por qué están estas chicas vestidas así?

Solo espero que no me equivoque y estén escuchándome por los micros.

Por una vez desde que estoy aquí, necesito que esto acabe. Y que sea pronto.

CAPÍTULO 42

MICHAEL

Todos estamos atentos a lo que Jackie nos cuenta. Por desgracia, los micros a veces fallan. Will, el informático, dice que debe de haber algún tipo de inhibidor de ruido en ese sitio. Por lo visto, lo ponen para evitar que los móviles de los presentes sean rastreados, bloqueando la mayoría de las frecuencias.

—Bien, muchachos, sabemos que los cabecillas o fundadores, como ellos mismos se han denominado, son un tal Nicolau y Hermann.

—Sí, así es, pero insisto en que pueden ser nombres falsos —vuelve Miles con su teoría del otro día.

No entiendo el empeño de este tío en que todo lo que avanzamos no sirve para nada. Yo creo que tener dos nombres de los que tirar es algo. Al menos, yo necesito agarrarme a eso, porque de lo contrario creo que voy a estallar en cualquier momento.

—Ya, Miles, pero debemos empezar por algún sitio para encontrar cuanto antes a la agente Woods —dice el jefe. Menos mal que parece que se da cuenta de la negatividad de *mi amigo*, el analista.

—Y otra cosa que sabemos es que son alemanes —añado yo.

—Ya, pero con eso no tenemos nada tampoco. —Vuelve otra vez con lo mismo y la verdad es que se me está acabando la paciencia con él.

Hemos vuelto a perder el contacto con Jackie. Esto es desesperante. No sé si aguantaré mucho más así.

—Chicos, descansad un rato. Estamos grabando todo lo que la agente Woods nos manda —dice el jefe—. Id a tomar algo. Lo necesitáis.

—Vamos, te invito a un café en el bar de al lado. —Ruket me da una palmada en la espalda y accedo a tomar ese café.

No soporto más estar al lado del gilipollas de Miles. No está aportando nada al caso. Se lo estoy comentando a mi compañero en el bar.

—Creo que tiene un sobrino que es bastante problemático —me dice Ruket cuando nos sentamos en la barra del bar.

—A ver, tío, que lo entiendo, que yo también fui un adolescente cabrón, pero que siempre esté con ese chaval y nunca llegue a tiempo no es normal. Es una pasada. Además, todo lo ve negativo.

—Sí, la verdad es que muy positivo no es.

—Y ¿cómo sabes eso del sobrino? —le pregunto a Ruket, porque la verdad es que este tío es un misterio.

—Pues me lo contó un día. —Bebe un sorbo del café—. Al parecer, solo tiene una hermana y su hijo, que viven aquí en San Francisco. Parece que el chaval necesita que esté supervisándolo continuamente para que no se meta en problemas.

—Sí, algo había oído. Vale, puede que esté siendo un poco injusto con él, pero es que de verdad parece que no quiere que la encontremos... —digo cabreado.

—Me extraña. Yo creo que a Miles le gusta Jackie. Antes de que ella se infiltrara creo que se hicieron muy buenos amigos y él estaba demasiado interesado en ella.

—¿Y eso? No te entiendo.

—Pues que hace unos días me estuvo preguntando por ella. —Lo miro con el ceño fruncido y él continúa—: Quería saber si vivía sola, si tenía familia, no sé... saber cosas de ella.

—Y tú, ¿qué le dijiste? —No me está gustando nada en lo que está derivando la conversación y Ruket me conoce.

—Nada, lo normal —dice, tratando de suavizar sus palabras—. No le di importancia, la verdad. Le dije que creía que vivía con su abuela y poco más. —Me froto nervioso la barba—. Por eso, creo que le gusta, si no, para qué tanta pregunta sobre ella.

Me invade una oleada de celos.

—Sí, yo también creo que le gusta, pero, por eso mismo, no entiendo a qué viene que ahora no mueva un dedo para que ella aparezca.

—Bueno, Michael, realmente ninguno de nosotros puede hacer ahora gran cosa.

—Mierda, lo sé. Pero me niego a quedarme con los brazos cruzados —me quejo—. Voy a indagar en la base de datos de la policía sobre esos alemanes.

—Sí, creo que es buena idea, yo te ayudo. Podemos empezar por ahí.

Me levanto y aviso al camarero con la mano para que recoja el dinero que he dejado en la barra. Después, nos vamos del bar, directos a la comisaría. Necesito saber si ella ha vuelto a comunicarse y ponerme a buscar toda la información que pueda de lo que vayamos descubriendo.

Cuando llegamos, Will me señala con la mano, indicándome que han vuelto a retomar la señal con Jackie. Veo que el jefe tiene cara de preocupación.

—¿Qué pasa, Duke?

Me tiende los cascos y escucho a Jackie:

—*Perdone, señor Hermann. ¿Quiénes son estos encapuchados? Y ¿por qué están todos vestidos de blanco?*

—*¡Calla, Silvana!*

Después, se escucha una música de ceremonia.

—¿Qué coño es esto? —me dirijo al jefe enfadado.

—No estamos seguros, pero... supongo que estás pensando lo mismo que nosotros.

—¿Encapuchados vestidos de blanco? ¿Me estás diciendo que estos tíos son...?

—Bueno, no lo sabemos con exactitud. Miles no lo ve claro —me aclara Duke.

—Qué raro —murmuro.

—¿Qué has dicho? —se acerca Miles. Parece que me ha oído, a pesar de que lo he dicho casi para mí—. ¿Estás insinuando algo, Michael?

—Mira, ya que lo mencionas, me parece que no estás dando el cien por cien en esta investigación —me atrevo a decirle.

—¡No me jodas! No voy a permitir que digas que no estoy implicado en encontrar a Jackie, ¿me oyes? —me dice, demasiado cerca, y me temo que se va a llevar la hostia que desde hace días tengo ganas de darle.

—¡Basta ya! —grita el jefe—. ¡Dejad de comportaros como dos adolescentes! ¡Os estáis desviando de lo importante, caramba!

Nos separamos, no sin antes dedicarnos unas miradas llenas de rabia. Aprieto la mandíbula con fuerza, aguantándome las ganas de descargar con él todo lo que siento ahora mismo. Y puede que esté siendo injusto y que todo sea producto de los celos y de la angustia por no saber de ella, pero es que esta incertidumbre me está pasando factura. Lo sé.

—Por favor, centrémonos en lo importante —vuelve a interceder Duke, más calmado—. Si es

lo que pensamos, estaríamos enfrentándonos a algo mucho mayor de lo que creíamos.

Todos asentimos.

Me voy a mi mesa y entro en la base de datos. Ruket hace lo mismo.

Debo saber quiénes son los que la tienen retenida. Necesito que vuelva y necesito que sea ya.

«¿Dónde estás, Jackie?».

«Y ¿quiénes son esos alemanes?».

Solo espero que la comunicación con ella no siga fallando y podamos averiguar dónde está.

CAPÍTULO 43

JACKIE

Me recorre un escalofrío por todo el cuerpo. Este tío que tengo al lado no para de sonreírme y decirme que me va a gustar mucho el espectáculo. Y la verdad es que no se me ocurre nada bueno. ¿Qué piensan hacer con estas chicas? No entiendo por qué vienen vestidas así. Es una versión distorsionada de lo que antiguamente eran los temidos miembros de ese grupo racista que todos conocemos. Ellos eran hombres y, en este caso, son chicas, algunas parecen niñas, pero la indumentaria que llevan, con la cruz ardiente en las túnicas, no deja mucho lugar a dudas. No hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta de que estos tíos son neonazis o, al menos, simpatizantes. Ahora me cuadra todo. Todos tienen una fisionomía parecida y los fundadores son dos alemanes afincados en Estados Unidos. Me lo ha contado Nicolau. Es más hablador que Hermann y espero sacarle información.

—Y ¿en qué consiste este ritual? —me acerco a él y le hablo cerca del oído.

—Nosotros tenemos unas creencias que no todo el mundo comparte, pero si la gente lo viera desde nuestro punto de vista... —Se calla y me hace una seña con la cara para que escuche a la Madame.

—Queridos invitados, esta noche es especial. Tenemos a una nueva integrante del club. —Me mira alzando las cejas e indicándome que me levante de la silla—. Ella es Silvana.

Yo hago lo que me dice y me levanto con una falsa sonrisa. Esta gente está completamente loca. Todos me aplauden y yo los observo, intentando hacer una fotografía mental de las personas que están aquí. Cuando salga de este lugar tengo que poder recordar y reconocer a todo este grupo de dementes.

—¡Bienvenida, Silvana! —gritan todos a la vez.

La Madame me hace un gesto para que me siente. Y yo obedezco. ¿Qué más puedo hacer?

—Ella formará parte de nuestras mujeres —sigue diciendo.

Miro a Hermann, que está ensimismado con el discurso.

—Debes saber que es un privilegio que pertenezcas a nuestro grupo de mujeres —me dice finalmente cuando ya ha terminado el discurso.

—Por supuesto, pero... todavía no entiendo por qué están estas mujeres vestidas así.

—Paciencia, querida. Estás a punto de saberlo.

Me sirve una copa de vino y todos comienzan a reír con las «batallitas» de Nicolau. Parece que es el bufón de esta corte. Yo hago lo mismo. No entiendo qué papel juego aquí, aparte de que supongo que todas las que estamos aquí somos para ellos lo mismo, o sea, prostitutas de lujo. No hay más que ver la ropa que llevamos puesta.

—Atención, ya van a salir —habla Hermann y todos callamos ante la expectación, sobre todo yo, que no tengo ni la más remota idea de qué va todo esto.

—Ahí están.

Me giro como los demás. Empiezan a desfilar chicas, esta vez no están encapuchadas. Todas ellas son diferentes al resto de las que estamos con trajes minúsculos y pendientes de bisutería cara. Estas mujeres, en su mayoría, son negras, pero también hay algunas latinas.

Si tenía alguna duda de lo que pasaba en este club, cada vez tengo menos. Estos tíos son un grupo de supremacistas blancos. Ahora lo entiendo todo.

En el centro del salón han colocado un improvisado *ring* de boxeo. Y no tardo en salir

completamente de dudas. Está claro lo que va a pasar: las van a enfrentar.

—¿En qué consiste el juego? —me atrevo a preguntar a mi acompañante.

—Es una lucha a muerte. Solo una de ellas debe quedar. Van haciendo grupos y al final de la noche solo quedarán la mitad de ellas. —Me sonrío como el sádico que es.

—Entiendo.

—No debes preocuparte. Es la selección natural. Hay que ayudar un poco a la naturaleza para que al final solo quede lo que debería ser normal.

—La supervivencia del más apto —añado yo ante la sonrisa de él.

—Ya Charles Darwin lo decía, que los rasgos son heredables. Nosotros añadimos que deben ser los mejores, eliminando las impurezas.

Estos descerebrados cogen de la historia y la ciencia lo que a ellos les parece bien. Tremendos imbéciles.

Todos callan y vuelve a apagarse la luz. Solo está iluminado el centro del *ring*. Al momento, aparecen dos chicas que comienzan a pelearse. Tienen cuchillos las dos y ambas llevan una especie de escudo. Me recuerda a las luchas de los gladiadores. Algo que no había visto más que en las películas.

Todos están jaleando a las dos mujeres. Soy incapaz de ver esto. Son prácticamente niñas.

Empieza la pelea y está claro que van a muerte la una contra la otra. Deben saber que es la única forma de sobrevivir, siendo la victoria la única manera de salvar su propia vida.

—¡No! —grito.

Todos se giran hacia mí, pero, después, continúan mirando a las luchadoras. Una de ellas ha caído a causa del puñal clavado por su compañera hasta el fondo del pecho. Me quiero morir. Estoy aquí sintiéndome una inútil, incapaz de poder parar esta barbarie. Y me odio a mí misma por no lanzarme a ese *ring* y sacar a todas esas chicas de ahí. Me hice policía para proteger a la gente buena y encerrar a los malos, y... ¿qué estoy haciendo? Estoy aquí consintiendo que todo ocurra.

Intento evadirme del espectáculo tan triste que he tenido que presenciar y lo hago pensando que de un momento a otro mis compañeros entrarán por esa puerta y detendrán a todos estos psicópatas. Pero, nuevamente, vuelvo a la realidad cuando otra pareja de chicas entra en el *ring*, después de que dos hombres se lleven el cuerpo sin vida de la niña que yace tirada en el suelo.

Estoy horrorizada. Llevamos toda la noche viendo estos duelos a muerte. Nicolau no deja de comer y beber como si estuviera viendo una pelea de boxeo de lo más legal. Todos ríen. Sobre todo, ellos, porque las chicas que están en las mesas de acompañantes, como yo, se les ve que su sonrisa es forzada.

Por fin, acaba el espectáculo que se ha saldado con cinco chicas muertas y otras cinco sobrevivientes, que, seguramente, serán nuevamente contrincantes en el *ring*.

Un rato después de que empiece a retirarse la gente, la Madame se me acerca y me dice al oído que debo ir a mi habitación.

—Si nos disculpáis, Silvana necesita asearse para recibir a su acompañante esta noche. —Me sujeta del brazo y me levanta de la silla.

Todos se levantan en un acto de caballerosidad. Valientes descerebrados. Después de ver semejante monstruosidad delante de sus ojos, ahora se hacen los caballeros educados.

Cuando salgo del salón, me espera Malena para ir juntas a la habitación. La Madame le dice algo al oído, a lo que ella asiente y, después, se marcha, dejándonos solas.

Ya en la habitación, se acerca a mí y me da algo en la mano.

—Toma esto. Cuando quieras quitártelo de encima, ponle esto en la bebida. Te funcionará.

Después, me ayuda a quitarme el vestido que me ha estado oprimiendo toda la noche y me cepilla el pelo. Está seria y viendo lo que ha hecho por mí, no cabe duda de que ella está aquí retenida.

¿Cuál será su historia?

¿Qué hace aquí ella?

CAPÍTULO 44

JACKIE

Estoy aquí en la habitación esperando a... a saber a quién. Malena me ha dado algo para ayudarme a quitarme de encima a uno de esos asquerosos que había en la fiesta.

Le he preguntado por qué está ella aquí, pero me ha dicho que no me conviene saber nada más. Sé que está aquí retenida o forzada de alguna manera. No hay más que ver sus ojos tristes. Espero poder ganarme su confianza. Quiero ayudarla. A ella y a todas las chicas que están aquí. No me quito de la cabeza la imagen de esas niñas, en el suelo, sin vida, y la cara de las «ganadoras» horrorizadas. Obligadas a hacerlo para sobrevivir. La ley del más fuerte.

La puerta se abre. El corazón me bombea a toda prisa, pero cuando veo quién es me relajo un poco. No porque me agrade verlo en mi habitación, pero entre todos los seres despreciables que he conocido esta noche, creo que Nicolau es al que puedo manejar mejor. Además, le gusta bastante comer y beber, así que me será más fácil dejarlo KO.

Me sonrío cuando cierra la puerta tras de sí. Sigue sudando, como lo ha hecho toda la noche. Creo que este hombre no ha probado en su vida una comida que no tenga el colesterol por las nubes. No hay más que verlo, con su prominente barriga y su cara roja.

—Querida, eres tan hermosa. —Se acerca a mí y me besa la mano—. Me ha costado convencer a tu dueña de que esta noche tenías que ser mía.

¿Mi dueña? Imagino que se refiere a la Madame. Claro, aquí las mujeres somos cualquier cosa menos personas. Ni las que pelean en el *ring*, ni las que estamos en las habitaciones para saciar a estos tíos y, tal vez, ni la propia Madame sea considerada como tal.

Se acerca más a mí y comienza a besar mi cuello. ¡Puaj! ¡Qué asco! Nota mental: «¡Dios, dame fuerzas para no pegarle una patada y quitarle las ganas de usar esa parte de su anatomía de por vida!».

—Nicolau, ¿qué te parece si nos relajamos y nos tomamos una copa? —Me separo un poco de él, pero me agarra con más fuerza—. Tenemos toda la noche por delante.

—Sí, es cierto, tenemos mucho tiempo para estar juntos.

Me aproximo al bar que tengo instalado en mi habitación gigante. Sirvo un vaso de *whisky* y vierto lo que hace un rato me ha entregado Malena.

«Gracias, amiga».

A veces, cuando no sabes por dónde seguir ante tanta oscuridad, una luz se ilumina y te muestra el camino. Y entonces vienen a mi mente sus ojos negros, sus manos acariciándome despacio, haciéndome sentir que estoy en el cielo.

«Michael. No sé si volveré a verte. Llevo aquí demasiado tiempo para seguir siendo optimista, a pesar de que me considero así. No dejo de pensar en ti».

¿Por qué nunca aprovechamos el tiempo cuando podemos? ¿Por qué no le decimos a las personas que queremos lo que sentimos por ellas? Sí, estoy enamorada de él. Colada hasta los huesos. Y aún más lo pienso cuando me veo rodeada de todos estos sanguinarios. Y, aunque me he querido mentir a mí misma, y a pesar de que él es una continua contradicción, porque unos días me dice que no podemos estar juntos y otros, sus gestos me dicen todo lo contrario, al final del cuento veo que no importa lo que él piense de nosotros. Cuando salga de aquí le pienso decir lo que siento por él y si me vuelve a decir que no podemos estar juntos, me apartaré, pero no dejaré que mi orgullo me impida que él lo sepa. Retiro rápidamente la lágrima que corre por mi

cara, esperando que mi acompañante no se haya dado cuenta.

—Toma. —Le tiendo el vaso y veo que me mira de arriba abajo, devorándome con los ojos—. ¿Podemos hablar un rato, Nicolau? Me gusta mucho conversar contigo. Me pareces un hombre muy interesante —miento, y él se muestra complacido con mis palabras.

—¿De qué quieres hablar, muñeca?

—No sé, me gustaría saber qué me voy a encontrar en este club de amigos —recalco lo de «amigos».

El hombre sudoroso que tengo al lado me observa como si estuviera analizando si puede contarme algo más. Puede que me haya precipitado siendo tan directa, pero creo que este tío no es muy inteligente. O, al menos, eso espero yo.

—Ya has visto una muestra de los juegos que tenemos cada velada. —Bebe un trago del licor y yo observo cómo se adentra en su garganta, esperando ansiosa que haga efecto—. Nosotros somos de otra clase, Silvana.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que tú y yo, y todos los que estábamos en la fiesta, no somos como ellas.

—Las chicas del *ring* —termino su argumentación.

—Eso es. Ellas y todas las que son así tienen que dejar paso a la perfección. Es nuestro deber conseguir sacar de la circulación a todo el que presente defecto, por higiene racial. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Personas más puras.

—Exacto. Si todos los seres fuéramos engendrados dentro del orden de la raza superior, no habría estas mezclas que hacen que cada vez se desvirtúe más lo natural.

Se me ponen los pelos de punta. El tío sigue hablando de perfeccionar la raza. Habla de niños puros. Y no quiero ni pensar que más atrocidades pueden estar pasando por su cabeza. En realidad, por la cabeza de todos ellos. Me ha contado algo de Hermann. Parece que su abuelo o bisabuelo, ya no estoy segura, era, efectivamente, uno de los mejores pilotos de la Segunda Guerra Mundial, algo así como el famoso Barón Rojo de la primera.

¡Madre mía! No sé cuándo va a caer, pero no lo veo demasiado cansado. Lo bueno es que me está contado un poco todo lo que pasa en este club. Yo repito cada cosa que me dice para que mis compañeros me escuchen, pero, sinceramente, si no sé ni dónde estoy, ¿cómo van a encontrarme ellos? Esto es una tortura.

Me conduce a la cama y mi mente empieza a pensar rápido. No sé qué hacer, bueno, sí que lo sé, pero nada de lo que se me ocurre me servirá si no quiero que sepan que soy policía. Me podría quitar a este cerdo con un golpe seco y lo dejaría tirado al suelo en menos de cinco segundos. Me tumba en la cama y me doy por vencida. Voy a tener que estar con este tío tan asqueroso si no quiero que la misión se vaya a la mierda, siempre que todavía haya misión. Empiezo a desesperar y tengo pocas esperanzas.

Me comienza a toquetear las piernas, y va subiendo lentamente, apretándome con cada toque. Comienza a introducir sus dedos por mi ropa interior. Creo que voy a vomitar. Me siento perdida. Cierro los ojos, intentando que mi mente viaje a otro lugar lejos de aquí, pero, entonces, siento que desciende su agarre y me atrevo a mirarlo. Ha caído. Está completamente dormido, con la baba cayéndole por su asquerosa boca.

«Gracias, Malena. Me has salvado la vida».

Lo desnudo completamente. Me cuesta levantarlo para quitarle los pantalones, pero, al final, lo consigo. Luego, cojo mi barra de labios y me pinto con ella. Una y otra vez hasta que el rojo

se vuelve intenso. Le dejo besos en la camisa y en el cuello. Me levanto de la cama, pero vuelvo. He pensado que si nos hemos besado toda la noche debe de haber restos de carmín, así que eso hago, le restriego con los dedos la pintura roja en su boca.

Cuando me levanto, me lavo las manos. Las tengo llenas de su baba repugnante. Si salgo de esta, creo que habré perdido el apetito por mucho tiempo.

Dentro del baño informo de todo a mis compañeros.

«¡Chicos, decidme que me estáis oyendo!».

«¡Por favor, sacadme de aquí!».

CAPÍTULO 45

MICHAEL

Estoy hecho un asco. Apenas como y, prácticamente, no duermo. Ella se mete en mis sueños. Ya no aguanto a nadie, ni siquiera a mí mismo, desde que ella no está. Me hace mucha falta, porque hay piezas que no están en este rompecabezas en que se ha convertido mi vida estos días. Han pasado varias semanas desde que Jackie desapareció y más de cinco días desde que hemos perdido la comunicación con ella. Estoy harto de esto. La última vez que la oímos fue en una de las muchas fiestas que han organizado en ese club del demonio. Por ahora, lo que sabemos es que son un grupo de neonazis. Supremacistas blancos que tienen una visión del nazismo idealizado como una estructura perfecta de la sociedad. Jackie nos dijo la primera noche que suelen hacer una especie de lucha de gladiadores, con la peculiaridad de que los luchadores son chicas, todas muy jóvenes y algunas, seguramente, menores de edad, por lo que nos comunicó ella a través de los micros.

También he vuelto al club, con la esperanza de obtener alguna información de su paradero, pero no he conseguido nada. Hablé con Mirna. Le dije que Jackie, bueno, Silvana para ella, era mi amiga. Al principio me miró con incredulidad, pero cuando le conté que sabía que le había dado unas pastillas para evitar que se la llevaran, comprendió que podía confiar en mí. Después de que se le pasaran los efectos de lo que le dio Jackie, se recuperó, aunque tardó unos días. Me dijo que estará toda la vida agradecida a ella y que sería mis oídos en ese club. Quedamos en que me avisaría si se enteraba de algo. Estará atenta a lo que Demir hable y con quien lo haga. La verdad es que podríamos encerrarlo ya. Tenemos suficientes pruebas para meterlo entre rejas por tráfico de drogas, trata de blancas y proxenetismo, pero ahora no podemos arriesgarnos a que llegue a oídos de los que están detrás del club donde tienen retenida a Jackie. Todavía no sabemos quiénes hay detrás.

Vuelvo a la comisaría después de darme una ducha rápida en casa. Sura está con mi vecina. Ahora no puedo hacerme cargo de ella. O, al menos, hasta que Jackie aparezca. Joder, cómo la echo de menos. Estoy como un zombi. Apenas interactúo con la gente. Tengo miedo de que algo le haya pasado desde que no sabemos nada de ella. Maldita sea, son muchos días sin noticias.

—Michael, ¿qué haces otra vez aquí? —El jefe me gruñe, porque hace menos de una hora que me fui de aquí—. Te dije que si había alguna novedad, te avisaría. Si no descansas, no me sirves, ¿no lo entiendes?

—Venga, Duke, ¡Joder! No puedo estar en mi casa. Ya te lo he dicho. Necesito estar aquí por si vuelve a comunicarse.

—Michael, todos estamos preocupados por la agente Woods, pero lo tuyo va más allá y ya te dije que no te implicaras emocionalmente con ella.

—Lo siento, Duke, pero no pienso renunciar a ella. Ella es... —Vacilo ante la mirada indagatoria del jefe—. Es demasiado importante para mí.

—Michael, ¿qué sientes por la agente Woods?

Duke siempre se ha comportado como un hermano mayor para mí. Desde que entré en la comisaría, sin experiencia, él fue mi mentor y el que me enseñó todo lo que sé de este trabajo, así que decido decirle la verdad.

—La quiero, Duke. He estado ciego. Cuando la conocí, me enamoré perdidamente de ella, pero siempre he sido de la convicción de que no es bueno encariñarse con la gente, porque al

final acaban abandonándote y por eso la aparté.

—No siempre sucede así, Michael.

—Pero es que me da igual que eso pase, Duke. Me he dado cuenta de que si vives obsesionado con la pérdida de la persona que quieres, en el fondo, es como si ya la hubieras perdido. —Aprieto la mandíbula y siento que estoy a punto de partirme los dientes—. ¿De qué me sirve no estar con ella si es lo que más quiero en la vida? Y todo por el miedo a perderla. ¿Acaso no estar con ella no es lo mismo que haberla perdido? ¿Se puede ser más gilipollas?

—No seas tan duro contigo, Michael. —Se acerca a mí y me aprieta el hombro—. Ella va a aparecer, te lo aseguro. Siento no haber visto antes que lo que sentías por ella era de verdad.

—Gracias. Lo sé. No quiero... no puedo pensar otra cosa.

Llaman a la puerta. Llega el resto de los compañeros que están en el operativo. Con Jason parece que las cosas están mejor. El otro día hablamos y hasta nos fuimos a tomar una cerveza aquí al lado. Yo no quería ir por no despegarme de la comisaría, pero él me convenció de que volveríamos pronto y de que necesitaba hablar conmigo. Me pidió disculpas por haberse comportado como un imbécil con Jackie. Me dijo que a partir de ahora la iba a respetar porque sabía de mis sentimientos hacia ella. Ahí discutimos un poco otra vez. Le dije que tenía que dejar de ser un picaflor en la comisaría. Las compañeras debían conocer al verdadero Jason. Es un buen tipo, lo que pasa es que es muy bocazas y va de sobrado, pero, en el fondo, es buena gente y también buen compañero.

También ha venido Ruket. Al final, desde que Jackie desapareció, decidió entrar en la misión, a pesar de que dijo que no lo haría por no estar lejos de Susan y las niñas, y yo se lo agradezco. Creo que cuantos más seamos, mejor. Aunque no me importaría que uno de ellos desapareciera de la misión. Sí, me refiero a Miles. Ese tipo no me parece profesional. Y puede que parezca que son celos, pero no lo son. Mi intuición como policía no me ha fallado en todos estos años.

Hace un par de días se lo insinué a Duke. Me dijo que confiaba en Miles, porque llevaba mucho tiempo en el operativo de Washington y había servido de mucha ayuda allí, por lo que no entendía por qué aquí iba a ser diferente. Yo no me doy por vencido. Sé que algo en él no cuadra y lo voy a averiguar.

Por supuesto que lo voy a averiguar, como que me llamo Michael García.

De pronto, el corazón me da un vuelco y el estómago me aprieta con la intención de arrojar por la boca lo poco que he comido en estos días. No sé qué penurias estará pasando ella, mientras que nosotros estamos aquí, de brazos cruzados. Hemos averiguado que hay más de mil Nicolau de origen alemán afincados en Estados Unidos. Increíble, ¿no? Más de mil, ¿qué clase de broma es esta? Will está a piñón con la base de datos tratando de averiguar cualquier cosa sobre ellos. Con la descripción que nos hizo Jackie puede que terminemos antes, pero tengo miedo de que sea demasiado tarde.

«¡Joder, Jackie!».

«¿Por qué tuviste que desaparecer?».

«Danos una señal de que estás viva. Necesito saber que lo estás».

CAPÍTULO 46

JACKIE

Un mes antes.

Todavía no entiendo cómo este estúpido no se da cuenta de nada. A mí me está viniendo muy bien que así sea. Llevo tres semanas en este club, que tiene dos caras. Por un lado, el lujo de todo: las habitaciones, los vestidos, las joyas y la exquisita comida. Pero, por otro lado, detrás de este oro que reluce, todo está podrido y apesta. Las mujeres estamos retenidas para saciar a unos desalmados que pueden hacer con nosotras lo que les dé la gana. Por suerte para mí, cada noche acude a mi habitación Nicolau. A ese tipo le gusta más beber y comer que una mujer, y gracias a lo que me proporciona Malena, las noches que me visita, cae como una marmota en la cama. Después hago la pantomima de quitarle la ropa y llenarlo de barra de labios. Incluso me atreví una noche, cuando dormía, a hacerle un chupetón en el cuello —con arcadas incluidas—. Al despertar, lo vio y no tuvo dudas de que habíamos estado fornicando toda la noche. ¡Qué asco, por Dios! Tengo que soportar que me dé besos e introduzca su nauseabunda lengua en mi boca por las noches, pero es el precio que tengo que pagar hasta que se duerme y cae en la cama.

Malena y yo nos estamos haciendo amigas. No me ha contado mucho, pero sé que está aquí por propia voluntad, aunque, en realidad, me dio la impresión de que no le queda otra. Me insinuó que ellos tienen algo suyo y que por eso no tiene pensamiento alguno de huir. Me sorprende que siga viva. No es como a ellos les gustan las mujeres. Malena es de pelo negro y piel oscura. Me dijo que es del sur de España. Todavía no sé cómo fue a parar aquí, a Estados Unidos, y mucho menos a este sitio infernal. Sé que esconde algo muy importante y muy triste. Espero que me lo cuente alguno de estos días.

—Malena, ¿te puedo hacer una pregunta? —Asiente mientras me cepilla el pelo. Siempre le digo que no tiene que hacerlo, pero ella insiste en que le gusta porque la relaja—. ¿Dónde estamos?

Ella me mira a través del espejo y yo continué hablando:

—Quiero decir que no sé si estamos en San Francisco o a las afueras. Aquí no se escucha nada —me quejo.

—Estamos cerca. —Me mira otra vez y sé que ahora mismo está pensando si decírmelo o no. Al final, veo en sus ojos que la respuesta es sí—. En Tiburón, en el condado de Marín, California.

Me alegro de que no estemos tan alejados. Son apenas cincuenta kilómetros desde San Francisco. Está en una península y su nombre se debe a los tiburones leopardos que lo rodean. No me extrañaría que arrojasen los cuerpos al mar para que los devorasen estos depredadores. Ahora que sé dónde estamos, necesito recuperar mis micros. Hace días me los quitaron. Mierda. Ahora podría decirles a ellos donde estoy. Maldita seas, Madame. Vino hace una semana y me dijo que la ropa interior tenía que ser exclusiva para un cliente tan exquisito como Nicolau. Valiente exquisitez, pensé. Ese tipo es de todo, menos exquisito, además de ser un cerdo racista. Se llevó mis cosas, a pesar de que yo le rogué que me las dejara. Necesito recuperarlas.

—Gracias por decírmelo, Malena.

—De todas formas, si estás pensando en escapar, déjame decirte que es imposible. Casi tanto, como lo fue en su día escapar de Alcatraz.

—Lo sé. No escucho ruido de nada. Ni de calles ni coches, nada.

—Está todo insonorizado, tanto hacia afuera como hacia dentro —me explica mientras guarda el cepillo.

—Qué horror, Malena. Esto es una jaula de oro.

—Así es —me dice triste y después se obliga a sonreír.

—Sé que no tienes todavía la suficiente confianza para contarme nada, pero si un día me quieres contar por qué estás aquí... Quiero decir que tú no estás en mi situación ni en la de las chicas que...

—Sí, lo sé. Seguro que te preguntas por qué sigo viva siendo como soy, ¿verdad? —Yo asiento y ella continúa—: Yo debería estar entre esas chicas que cada noche luchan a muerte, pero, por una extraña razón que todavía no entiendo, Hermann lo impidió.

—¿Está enamorado de ti?

—Yo diría que más que enamorado, está obsesionado, pero en el fondo no acepta que alguien como yo le pueda atraer. Para él, es antinatural. ¿Me entiendes?

Yo asiento. Claro que la entiendo. Ese tío no se perdona que pueda gustarle alguien así. Tiene una lucha interior que, seguramente, lo tenga amargado.

—Perdona que sea tan entrometida, pero él ¿nunca ha intentado estar contigo?

Comienza a llorar. Se sienta en la cama y yo me acerco a ella. Nos abrazamos. Esta chica ha sufrido mucho, pero algo me dice que solo he visto la punta del iceberg de su historia.

—Cuando llegué, engañada por supuesto, a este sitio y comprendí todo lo que aquí pasaba, supe que iba a morir algún día, pero al poco de llegar, él vino a mi habitación —vuelve a llorar— y entonces abusó de mí, pero no contento con eso, me pegó una paliza que me dejó muchos días sin poder moverme. Eso fue la primera noche.

—¡Ay, Malena, no sabes cuánto lamento todo lo que me estás contando! ¡Están todos locos!

—Me dijo que yo lo había provocado a hacerlo, que lo había obligado a hacer algo en contra de sus creencias.

—Maldito bastardo —digo cabreada—. Y después, ¿dejó de molestarte?

—Ojalá. —Cierra los ojos y coge aire—. En cuanto me recuperé, volvió a mi habitación. Todas las noches durante mucho tiempo. A veces me pegaba y otras veces, después de haberse saciado de mí, se iba a toda prisa.

—Cuánto lo lamento. —Le acaricio el hombro mientras la beso en el pelo—. Debes escapar de aquí, puede que cualquier día...

—No puedo. Él tiene algo... Y si me voy, lo perderé para siempre.

—Pero... ¿qué puede ser tan importante para que permanezcas aquí soportando sus maltratos? No lo entiendo, Malena. ¡Explícamelo! —grito, desesperada con su actitud. No entiendo qué la tiene atada a ese hombre para que no quiera huir de tanta maldad.

—Él tiene a...

—¿A quién, Malena? —La miro enfadada. No con ella, sino conmigo, por no poder hacer nada por ayudarla.

—A Rafael.

—¿Quién es Rafael?

—Mi hijo. —Llora y yo le ofrezco un pañuelo para que se seque las lágrimas—. Tiene un año. Me quedé embarazada al poco tiempo de llegar aquí. Y cuando nació, no me lo podía creer. Era rubio y sus ojos del azul más bonito del mundo.

—Y él te lo quitó. —Ella asiente, llorando de nuevo—. ¡Desgraciado!

—No sé dónde está, Silvana. —Vuelve a llorar—. Se lo he suplicado muchas veces, pero no me lo quiere decir. Y si me voy de aquí, nunca lo encontraré.

La abrazo fuerte. Pobre chica. Ese desgraciado no solo tuvo bastante con violarla todas las noches, sino que también le quitó a su hijo. Mientras ella sigue llorando, yo solo pienso que tengo que salir de aquí y encargarme de todos estos malnacidos. Tengo que encontrar al bebé de Malena.

—Malena, puedo ayudarte, pero necesito que me hagas un favor.

—¿Qué clase de favor? —Me mira con los ojos hinchados de llorar.

—Necesito que me ayudes a recuperar mi ropa interior.

—No te entiendo.

—Malena, escúchame. —Enmarco su cara con mis manos—. Soy policía, me llamo Jackie. —Abre los ojos sorprendida y se separa de mí—. Necesito que me ayudes para poder traerte a tu hijo. Vamos a coger a estos cerdos y van a pagar uno a uno todos los delitos que cometen aquí a diario y, especialmente, ese desgraciado va a lamentar lo que te ha hecho a ti. ¿Podrás hacer eso por mí?

Espero que me ayude y no se asuste por lo que le acabo de confesar.

La unión hace la fuerza, ¿no?

Pues eso.

«Juntas somos más fuertes, Malena».

CAPÍTULO 47

MICHAEL

Un mes. Ese es el tiempo que llevamos sin saber nada de Jackie. No quiero ser negativo, pero esta incertidumbre no me ayuda. Anoche llegué a mi casa a altas horas de la madrugada. Me pasé de copas en el bar y cuando ya estaba lo suficientemente borracho, me marché. No podía dormir a pesar de la cogerza con la que había llegado. No podía quitármela de la cabeza. Ella se ha convertido en el «todo» para mí. No creía que fuera a sentir por nadie lo que siento ahora por Jackie. No contaba con esto.

Y ¿qué fue lo que hice?

Pues me metí en los millones de plataformas de televisión, que pago y no veo nunca, y busqué la serie. La que no he visto nunca y que le prometí a ella que veríamos juntos cuando acabase todo. Empecé a verla. Pensaba que menos mal que no había nadie viéndome, a excepción de Sura, que se acomodó en el sofá a mi lado, porque no sé qué pensarían de mí los chicos de la comisaría si me vieran con esta ñoñería. Después, lancé a la papelera de mi cabeza todas mis mierdas de machito y me puse a verla. La protagonista, Ana, es una niña pelirroja que adoptan unos hermanos. Odia el rojo de su pelo, por el que más de uno en el colegio la insulta debido a ese peculiar color. Entonces, pensé en Jackie. En su infancia. Ella me contó que de pequeña se burlaban en el cole por ser la única niña con el pelo de color rojo. Me la imaginé tan bonita, con sus dos trenzas a los lados y su preciosa cara llena de pecas, que, al final, tuve que apagar la televisión. Aquella noche en mi casa, le dije que la veríamos juntos y eso pienso hacer. Basta ya de ser tan negativo como lo he sido estas semanas. Así no ayudo en nada.

Me levanto con unas ojeras de órdago. Acabo de llegar a la comisaría. Lo primero que hago, como cada día, es ir con Will, aunque sé que me va a llamar en cuanto retome la comunicación con Jackie. Y como era de esperar, la respuesta de siempre: Nada.

Después de pasar por el despacho de Duke, voy a mi mesa. Llevo varios días investigando a Miles. Por mi cuenta, claro. Ayer me pilló Jason y tuve que contárselo. Hemos retomado la amistad que habíamos perdido y la verdad es que me siento mucho mejor así. Cuando le conté mis sospechas, puso cara de sorpresa, pero después de mi argumentación no lo vio tan descabellado, así que me está ayudando. A veces pienso que estoy perdiendo el tiempo. Uno muy valioso para encontrar a Jackie, pero, por otro lado, necesito estar ocupado en algo y, sobre todo, seguir mi intuición, que nunca me ha fallado.

Por ahora no hemos encontrado nada relevante. Tan solo una multa que le pusieron cuando tenía veinte años por ir borracho al volante, pero quitando la retirada del carné durante un año, no ha vuelto a tener ningún otro problema.

Ahora mismo estoy investigando a su entorno. Proviene de una familia adinerada de Washington. Su padre es dueño prácticamente de la mitad de los negocios de la ciudad. Tiene solo una hermana que se casó con un tipo de San Francisco, por eso se mudó aquí. Parece que murió en un accidente en su casa, cuando el hijo tenía diez años. La cocina de la casa se prendió fuego. Estoy viendo la hemeroteca de esos días, salió en todos los periódicos. Salvó a su mujer y su hijo, pero él no sobrevivió debido a los gases que inhaló. Estoy leyendo esto y me siento un poco idiota. Es cierto que me mosquea que siempre tenga que salir antes o llegar tarde porque tiene asuntos familiares o, más bien, porque su hermana le demanda ayuda para su hijo adolescente. Igual estoy siendo injusto con él.

«Mierda, Michael, ¿y si lo que tienes son celos de su relación con Jackie y estás montándote toda esta película en tu cabeza? Y lo peor, estás implicando a otras personas como Jason».

Me levanto de la silla y voy hacia mi amigo.

—Jason, déjalo —le susurro, cerca.

—¿De qué hablas? —Deja de mirar la pantalla de su ordenador—. No te entiendo.

—Que esto no tiene sentido. De eso hablo. No creo que esconda nada, eso es todo.

—Pero...

—De verdad, no sigas con esto. Siento haberte metido en esta mierda.

—Está bien, como quieras, pero ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿vale?

—Sí, oye... tengo que dejarte. Debo ir a un sitio.

—De acuerdo. Hablamos, colega.

—Sí, adiós.

Me voy de la comisaría. Me han dicho que esta mañana ha venido Helen, la abuela de Jackie. La pobre mujer viene todos los días para saber de su nieta. Me rompe el corazón verla tan mayor y tan angustiada. Siempre hablo yo con ella, pero hoy no estaba cuando ella ha llegado. Cojo mi moto y voy en su dirección.

—Hola, Helen, ¿puedo pasar? —le digo nada más verla al abrir la puerta. La mujer tiene los ojos enrojecidos, seguramente, de tanto llorar.

—Ay, muchacho, ¿no me digas que hay noticias de mi Jackie? —me dice con la cara al límite de la lágrima invitándome a entrar.

—No, no, ninguna novedad. Lo lamento, señora.

—No me llames señora, por favor, solo Helen, y tutéame. Para mí eres ya como de la familia, por lo bien que me atiendes cada vez que voy. Sé que soy pesada, pero tengo miedo por mi niña.

—Por favor, Helen, no digas eso. Puedes ir todas las veces que quieras. —Le tomo la mano y se la cubro con las mías—. La comisaría es tu casa.

Se sienta en el sofá y se pone a llorar, y a mí me parte el alma.

—No llores. Ella va a aparecer. Te lo prometo.

Se seca las lágrimas y luego se levanta del sofá.

—Perdona que sea tan maleducada, ni siquiera te he ofrecido nada de tomar. ¿Qué quieres? ¿Un café o un té?

—No te molestes, tranquila. Solo he venido un momento.

—No es ninguna molestia, muchacho. Tengo un bizcocho que hice esta mañana; bueno, en realidad, tengo tres. Es lo único que me relaja en estos momentos. Te pongo un trocito.

—Está bien, pues entonces te acepto el café.

—Estupendo, voy a prepararlo. —Se dirige a la cocina mientras se seca las lágrimas con un pañuelo que saca de su delantal.

Veo las fotos que tiene encima del aparador. Todas son de Jackie, de todas las edades, de fiestas de Halloween, de Navidades... En muchas sale con Helen dándole besos. Cojo una de ella en la que está vestida de policía. Debe ser del día de la graduación en la academia. Dios, como quisiera que estuviera aquí en este momento para abrazarla y no soltarla jamás.

—Es muy guapa mi Jackie, ¿verdad? —Me sorprende la voz de Helen detrás de mí.

—Muy guapa, sí. —Carraspeo al notar que tengo los ojos un poco acuosos.

—Tú también eres especial para ella, Michael. La conozco muy bien y lo sé. —Me aprieta el brazo como si me hubiera leído el pensamiento y sonrío con tristeza.

—La vamos a encontrar. De verdad, no te preocupes, siento que estemos tardando tanto, pero

te aseguro que muy pronto la vas a ver.

—Lo sé, Michael. —Vuelve a poner una leve sonrisa—. ¡Vamos, que el café se enfría!

Nos sentamos y, aunque la comida para mí hace tiempo que es un mero trámite, acepto el trozo de dulce que me ofrece. Es una mujer encantadora y lamento que esté pasando por esto. Tiene que ser muy duro para ella.

Después de una hora, en la que me ha hablado de muchas cosas de su nieta y hasta me ha enseñado un álbum de fotos de la familia, me marcho de aquí con uno de los bizcochos en una bolsa. Me ha dicho que es para los chicos de la comisaría, en agradecimiento por todo lo que están haciendo por encontrar a su nieta.

Pobre mujer.

Me voy de allí con la convicción de que pronto saldrá el sol, porque como dicen por ahí: cuando más oscura es la noche es cuando está a punto de amanecer, ¿no?

Siento que estoy preparado para ver ese amanecer.

CAPÍTULO 48

JACKIE

Después de confesarle a Malena quién soy, me he quitado un peso de encima. Confía en mí y eso es un alivio. No tengo que esconder nada y gracias a ella tengo una aliada aquí dentro. Me ha contado muchas cosas, entre ellas, que la Madame se llama Katerina, aunque yo seguiré llamándola así, porque creo que la define mucho mejor. Al parecer, tiene una agencia de modelos que le sirve de tapadera para sus negocios sucios. Son en realidad chicas de compañía, pero lo cierto es que los clientes de esa agencia lo son también del White Velvet, por lo que cuando eligen acompañante, lo que están haciendo es elegir las para este asqueroso club. Cosa que ellas ignoran por completo.

Me estoy preparando para una nueva «fiesta» en el club. Esta vez han elegido, de nuevo, para mí, un vestido muy corto de lentejuelas negro. Es tan mínimo que, prácticamente, me cubre solo el culo. Creo que si fuera un centímetro más corto se me vería el tanga que llevo puesto. Si salgo de esta, nunca más me pondré un vestido de fiesta, porque si antes los veía poco prácticos, ahora es verdad que les he cogido una rabia que no es ni normal. Cómo me gustaría estar ahora mismo con mis vaqueros y mis zapatillas de deporte. Esta noche es la ocasión para recuperar mi ropa, o lo que es lo mismo, mis micros. Malena cree haber descubierto dónde la tienen. Parece que está en un almacén donde guardan todas las cosas que traemos al llegar aquí. Si no la encuentro pronto, no podré comunicarme con mis compañeros y no saldré nunca de aquí. El tiempo se me agota. No sé hasta cuando voy a poder seguir engañando a Nicolau. Me tienen encerrada en esta habitación. Solo salgo cuando hay una velada de selección, como ellos llaman a las luchas a muerte de las chicas. La selección natural. ¡Malditos psicópatas dementes!

—Malena, ¿tú sabes por qué todas las chicas acompañantes son pelirrojas como yo?

—Pues creo saber algo. —La miro expectante por saber de una vez el motivo—. Una vez le pregunté a Katerina, la Madame, como tú la llamas. —Sonríe y continúa—: Me resultaba curioso que todas las modelos de su agencia y todas las chicas que llegaban aquí fueran pelirrojas.

—Y ¿qué te contestó?

—Pues me dijo que ellos, los Señores, las querían así. Parece que tienen la creencia de que las personas pelirrojas son realmente algo así como el trébol de cuatro hojas dentro de la raza aria.

—Como algo excepcional y digno de perpetuar —continúa, llegando a esa conclusión.

—Exacto. No es que no quieran que todos seamos rubios, blancos y perfectos, de hecho, ellos los son, rubios me refiero, pero les parece más excepcional esas características que solo tenéis los de pelo rojo.

Me acuerdo del nombre del operativo: Tejas Verdes. Parece ser que lo bautizaron así en Washington porque una de las policías, fan de la serie de televisión, al ver las fotos de las chicas que habían desaparecido, se acordó del personaje de Ana. Todas se parecían a la protagonista de Tejas Verdes.

Si pensaba que estaban locos, ahora pienso mucho peor. Para ellos, la gente pelirroja somos como una especie de amuleto. ¡Por Dios, qué mente más retorcida!

—Bien, Silvana, ¿ya estás lista? —La voz de mi peor pesadilla nos sorprende a las dos cuando la puerta se abre. Como siempre, viene con su impecable pelo rubio platino, peinado con sus perfectos rizos esculpados.

—Sí, ya está lista, Katerina —contesta Malena, porque yo me he quedado petrificada. No me

la esperaba y espero que no me haya escuchado cuando la estaba mencionando a ella.

—Perfecto, hoy viene gente importante y todo tiene que estar inmejorable. —Me sonrío con esa sonrisa que me da tanto pavor—. Malena, termina de peinarla y, por favor, llévala a la sala de fiestas.

—Sí, por supuesto. En diez minutos estamos allí.

—Bien, no os retraséis —ordena.

Las dos asentimos. Ahora que tenemos vía libre para salir, vamos a aprovechar para ir al almacén y recuperar mi ropa. Estoy nerviosa. Sé que es arriesgado, pero no tengo otra salida.

En cuanto se larga la Madame, Malena se asoma a la puerta y cuando comprueba que no hay nadie, me hace un gesto con la mano. La sigo. Debemos darnos prisa, porque me están esperando. Recorremos el largo pasillo de la planta baja. Parece que vamos a tener suerte porque no hay movimiento por aquí, pero, de pronto, se escuchan voces de algunos de los empleados del club.

—Ven, corre, encerrémonos en esta habitación. —Tiro de ella y las dos entramos en un cuarto oscuro.

Escuchamos cómo el sonido de la voz de los chicos se va alejando y volvemos a salir. ¡Casi nos pillan! No nos podemos fiar de nadie, ni siquiera de los camareros de este sitio. Malena cree que todos están de acuerdo con todo lo que pasa aquí. Algunos por dinero y otros, por convicción, supongo.

—Dios, casi nos cogen —me dice nerviosa, con las manos temblorosas. Pobre chica, cuántas penurias ha tenido que pasar siendo tan joven. Solo tiene veinte años. Es una niña y ha sufrido mucho.

—Pero no ha sido así, tranquila, Malena. Todo va a salir bien. —La cojo de la mano y se la aprieto hasta que deja de temblar.

Salimos de allí sigilosamente y, por fin, llegamos al almacén. Cuando entramos, me sorprende la cantidad de efectos personales que hay ahí dentro.

—Dios mío, ¿cuántas chicas han pasado por aquí?

—Muchas —dice apenada—. En los dos años que llevo en este lugar he visto a muchas llegar y, por desgracia, también irse sin vida.

—Ya me imagino. Qué horror, Malena.

—Ahora eso no importa, debemos darnos prisa, si no, se van a dar cuenta de que no estamos en la habitación y van a sospechar.

—Sí, sí, tienes razón. —Me pongo a rebuscar en las cajas. Por suerte están por nombres y el trabajo es más fácil. Llevamos, por lo menos, diez minutos aquí y nada aparece, y es que es una barbaridad la cantidad que hay.

Me estoy desanimando. Creo que no lo voy a encontrar y tampoco podré salir de aquí en la vida. Me acuerdo de mi abuela. ¡Pobrecita! ¿Cómo estará? Me parte el alma saber que está sufriendo. Y Michael, ¿se habrá olvidado ya de mí? Hace más de un mes que perdí la comunicación con ellos. ¿Seré uno de tantos casos que quedan sin cerrar?

—¡Lo tengo! —grita Malena y a mí me da un vuelco el corazón—. ¿Es esta tu ropa?

Me muestra lo que ha encontrado y sí es la mía. ¡Gracias a Dios!

Ahora solo tengo que comprobar que los micrófonos funcionan.

CAPÍTULO 49

MICHAEL

Después de llegar a la convicción de que mis teorías sobre Miles eran producto de mis celos, he intentado tratarlo mejor. O, al menos, como un compañero. Últimamente he sido un poco borde con él y creo que me he equivocado. Por eso no es bueno implicarte sentimentalmente en el trabajo. Sobre todo, en uno como el nuestro. Los celos juegan malas pasadas, y yo nunca me he considerado celoso. Realmente creo que es absurdo pensar que alguien te puede «quitar» a tu pareja. Siempre he sido de la convicción de que nos unimos, de dos en dos, de forma voluntaria. Por lo tanto, de nada sirve retener a alguien que no quiere estar contigo. Pero con Jackie... la cosa cambia. Y sé que ella no es mía, ni de nadie, en realidad, pero es algo diferente, es como un instinto de protección el que siento hacia ella. No quiero que le hagan daño. Ahora no sé cómo está y me siento fatal. Cuando la veía con Miles sentía esa intranquilidad de que no estaba segura, pero me doy cuenta de que, en el fondo, me cabreaba mucho que pasara más tiempo con él que conmigo. Ahora miro hacia atrás y daría lo que fuera porque ella estuviera aquí, segura, y poder verla a diario, aunque fuera junto a otro.

Pues en sintonía con mi nuevo yo, el que procura no dejarse llevar por sus sentimientos, estamos los dos aquí, Miles y yo, intentando saber el paradero de Jackie con la poca información que tenemos.

Al fin hemos detenido a Demir. Algo es algo. Tenemos pruebas más que suficientes para encerrarlo. La fiscalía no tiene problema en presentar cargos para llevarlo ante el juez. Lo hicimos de forma discreta, no queríamos levantar sospechas en el club, de manera que lo cité para una entrega de drogas y para proporcionarle más chicas para el club, y fue así cómo lo detuvimos y lo estamos interrogando. El desgraciado no sabe gran cosa del White Velvet, a excepción del nombre, pero eso ya lo sabíamos nosotros por Jackie. Fue de las pocas cosas que nos dijo antes de que los malditos micros fallaran. Estamos Miles y yo en la sala de interrogatorios. Me ha convencido para que entremos los dos y creo que es lo mejor, porque no sé si seré capaz de contenerme y no partirle la cara a este desgraciado.

—Nunca vais a encontrar a Silvana. —Escupe, tras decir su nombre.

Me abalanzo sobre él y lo cojo por el cuello de la camiseta hasta que cae la silla y termina en el suelo. Lo levanto de malos modos.

—Si no colaboras, te va a ir peor, Demir —habla Miles, interponiéndose entre los dos, y yo me retiro. Apoyo mi frente en el espejo. Se supone que él es el poli bueno y yo el malo. Es una táctica que suele funcionar. Yo lo presiono para crearle ansiedad y conseguir que confiese, y él le habla de los beneficios que obtendrá si colabora—. Te van a caer unos cuantos años sin ver la luz. Yo de ti me lo pensaría. No es lo mismo gozar de privilegios ahí dentro que no tenerlos.

—Esa puta ya estará muerta. —Sonríe—. Las chicas como ella no duran mucho con esos tíos. Seguro que ya saben que es policía y se la han quitado de en medio.

—¿Quiénes son? —Me acercó a él y le muestro las fotos de los clientes del club a los que hemos relacionado con el White Velvet.

—No los conozco. —Levanta la ceja altivo.

—¿Sabes qué te digo? —Retiro todas las fotos que había puesto encima de la mesa—. Me va a gustar ver cómo te van a salir unas cuantas «novias» en la celda. Tengo unos amigos en el trullo que estoy seguro de que serás su tipo.

Abro la puerta y me voy.

Mierda no he conseguido nada.

—Este tío es duro de pelar —me dice Miles—. Se ve que no cree que tenga nada que perder ya.

—Joder, juro que se va a arrepentir —le digo, al tiempo que pego un puñetazo a la pared.

—No te preocupes, le vamos a sacar información. Mañana... —Suenan su móvil—. Disculpa... ¿Sí? ¿Qué pasa, Karen? Entiendo. Y... ¿dónde está ahora? Vale, voy para allá.

—¿Va todo bien? —le digo cuando cuelga el teléfono.

—Sí, es solo... que tengo que irme. Mi hermana me necesita.

—Tu sobrino —le digo y él asiente, colocándose la chaqueta—. Es una mala etapa, pero pasará. Te lo digo por experiencia. Yo también tuve mi época en que no paraba de meterme en líos. ¡Ánimo, Miles!

—Gracias, Michael —dice mientras baja las escaleras de la comisaría a toda prisa y se marcha.

Jason y yo salimos en dirección a donde vive uno de los tantos Nicolau que sabemos que no son trigo limpio. Vive a las afueras de la ciudad en una mansión. Debe de irle muy bien el negocio textil para permitirse tanto lujo.

Tenemos que llamar varias veces al timbre hasta que, al final, la puerta se abre.

—Buenos días, señores, ¿en qué puedo ayudarlos? —Nos abre la puerta un tipo vestido con un chaqué, pantalón gris marengo, a rayas negras, camisa blanca, chalequillo y pajarita. Vamos, el típico mayordomo de película inglesa.

—Buenas, veníamos a hablar con el Sr. Wagner. Es esta su residencia, ¿no es cierto?

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos el inspector García y el inspector Waters. Queremos hacerle unas preguntas.

—El Señor no se encuentra en este momento.

—¿A qué hora vuelve?

—No podría decirle. Está en una reunión importante —nos dice, casi cerrándonos la puerta en la cara.

—¿Podemos esperarlo dentro?

—Lo siento, pero si no tienen una orden judicial...

—No, no la tenemos, pero volveremos pronto con ella. Dígaselo a su señor.

Nos vamos, sabiendo que el mayordomo y su señor ocultan algo. De eso estamos seguros. Será cuestión de poco tiempo que consigamos la orden y volvamos.

Cuando nos montamos en el coche, reviso mi móvil. Tengo tres llamadas de Duke desde la comisaría. Lo llamo al momento.

—¿Qué ocurre, Duke? No he escuchado tus llamadas.

—Tenéis que venir pronto. Los micros de Jackie vuelven a funcionar.

No le contesto. Tiro el móvil a la guantera y arranco el coche.

No me puedo creer que vuelva a escucharla.

«¡Dios, Jackie, dime que estás bien!».

CAPÍTULO 50

JACKIE

Casi nos cogen con las manos en la masa. Cuando íbamos a la habitación para dejar los micros a salvo, nos sorprendió uno de los hombres que trabajan para el club. Le di con disimulo a Malena la ropa para que ella la guardase y yo me fui con él. Traía un recado de mi «guardiana». Empezaba a impacientarse.

La Madame me miró con reprobación por haber llegado tarde. Los señores se estaban poniendo nerviosos y yo no había aparecido cuando lo tenía que haber hecho. Esta noche ha venido una gente que nunca había visto. Escuché en una de las conversaciones que El Turco llevaba días sin dar señales de vida. Creo que se referían a Demir. Alguna vez oí que lo llamaban así. Me pregunto qué habrá pasado. Espero que Mirna esté a salvo. Tengo miedo de que algo le haya pasado. En el club se convirtió en mi amiga y aquí tengo a Malena. La verdad es que doy gracias por tener a alguien bueno a mi lado dentro de este infierno que me está tocando vivir.

Ya he vuelto a la habitación y estoy un poco desilusionada. He recuperado los micros, pero la ropa está muy deteriorada. Había demasiadas cosas encima y temo que no sirvan. Aun así, estoy intentando que me oigan y repito una y otra vez mi ubicación. No puedo creerme que tan solo esté a un rato en coche desde San Francisco. Ojalá puedan oírme.

—Chicos, soy Jackie. Estoy en Tiburón, en el condado de Marín. Chicos, ¿me oís? Estoy en una mansión en Tiburón. Chicos, en Tiburón. Tiburón ¿Alguien me oye?

Rompo a llorar. No puedo más. No sé si me están escuchando y puede que todo lo que estoy haciendo sea en vano.

—Seguro que te están oyendo, Jackie. Confía en eso —me dice Malena, acariciándome la espalda. No dejo de llorar como una niña.

—Ojalá me estuviera escuchando Michael. Lo necesito tanto a mi lado. Creo que voy a romperme del todo. Esto es demasiado para mí. Creí que era más fuerte, pero no lo soy —digo entre lágrimas.

—Tranquila, pronto estarás con él. Estoy segura de que en cuanto te oigan, vendrán a buscarte y acabará esta pesadilla para ti.

—Y para ti, Malena.

—No, Jackie. Yo no puedo olvidarme de Rafael. Ellos lo tienen y yo no puedo ser feliz si sé que él no está a salvo.

—Malena, tu hijo va a aparecer. Cuando atrapemos a estos malnacidos, daremos con su paradero. Confía en mí. Te he prometido que te devolveré a tu hijo y eso haré.

Ahora somos las dos las que lloramos. Todo esto es una mierda. Dentro de poco, vendrá el cerdo que viene todas las noches a visitarme. Empiezo a no soportar ni que me bese con su asquerosa boca. Me dan arcadas cada vez que lo hace.

La puerta se abre. Entra la pesadilla de cada noche. Una vez más.

—Muñeca, ¿me estabas esperando?

«Maldito, cabrón».

Sonrío y me aparto las lágrimas que todavía corrían por mi cara. Después, mira a Malena y le dice que se vaya y que nos deje a solas.

«Gracias, amiga por darme los polvos mágicos de todas las noches», es lo que pienso y le digo con la mirada.

Sé que ella me ha entendido solo con mirarla, como si las dos tuviéramos telepatía. Me sonrío y se marcha.

Nicolau se acerca y me besa el cuello por detrás. Creo que uno de estos días le vomitaré encima. Intento contener mis náuseas, pero a veces dudo de si lo conseguiré.

—¡Oh, hueles tan bien, Silvana! —Me olfatea el cuello como uno de esos psicópatas que aspiran el olor de la ropa íntima de sus víctimas. Puedo notar cómo cierra los ojos al hacerlo, aunque esté de espaldas a él—. Tomemos una copa, cariño —me dice y yo esbozo una sonrisa. Al menos, tengo suerte de que necesite la bebida como el aire para respirar.

«Eso es, te voy a preparar tu copa y vas a caer como una marmota, como cada noche».

Preparo las copas y vierto mis polvos «salvadores», con la ilusión de que esta noche caiga antes este desgraciado. Estoy escuchando cómo se quita los zapatos y los deja caer al suelo. Ahora se está quitando los pantalones. Lo sé, porque con la barriga tan prominente que tiene es un gran esfuerzo el que tiene que hacer.

De pronto, siento una corriente de aire. Es la puerta que se abre. Un fuerte ruido me dice que algo pesado cae al suelo. Cuando me giro, veo a Nicolau desplomado. Le brota sangre de la cabeza.

¿Qué acaba de pasar?

Me agacho para comprobar si respira, pero entonces... Todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO 51

MICHAEL

Una semana antes.

Agarro fuerte el volante. Los nudillos de mis manos están blancos. El corazón me late a mil por hora y el interior de mi coche parece un avión con el piloto automático encendido. Vuelo en dirección a la comisaría. Duke no me ha querido dar más explicaciones por teléfono. Solo que ella había contactado de nuevo.

Cuando llego, todo el mundo está nervioso. Los micros de Jackie no eran demasiado nítidos y es confusa la información que nos ha dado.

—¿Qué ha dicho? —me acerco al jefe, que se gira hacia mí cuando me oye entrar en la sala de ordenadores.

—Solo hemos escuchado Tiburón, pero nada más. Creemos que se refiere al poblado que hay en el condado de Marín. Después, la comunicación se ha cortado.

—¿Y qué coño hacemos aquí todavía? —le digo desesperado.

—Tranquilo, Michael. Estamos haciendo un barrido con nuestros drones por la zona. Tenemos varias mansiones que son sospechosas, pero si vamos allí sin cabeza, nos puede llevar horas.

—Está bien, pero mientras vosotros jugáis a los avioncitos, yo me piro de aquí. Voy a buscarla.

—Espera a los de Fuerzas Especiales, al menos. Debemos ir preparados. No sabemos qué nos encontraremos allí.

—Lo que tú digas, pero yo voy ya para allá. —Me acerco al informático, que está con los ojos pegados al ordenador—. Will, ¿qué tenemos?

—¡Ey, Michael! Estoy buscando en las grandes mansiones. Creemos que el club estará en una de ellas. —Sigue con el cursor por la pantalla—. De hecho, estas dos son de las que más sospechas tenemos.

—De acuerdo, y ¿por qué zona tengo que ir?

Me señala en la pantalla una zona donde las casas están muy aisladas. Es el lugar donde deben de tener un sitio como ese, retirado de ojos imprudentes y de oídos agudos.

—Me voy, Duke.

—De acuerdo, ya estamos listos todos. —Va hacia donde está Will y le toca el hombro para que este se gire hacia él—. Cualquier movimiento que detectes con los drones, informa por la radio. Estaremos conectados.

—Vale, jefe. Os informo de cualquier cosa sospechosa.

Salimos todos de allí. El equipo al completo. No aguanto más entre estas cuatro paredes. No sé por qué hemos tenido que perder tanto tiempo. Necesito verla. Saber que está bien. Al menos, sé que sigue viva. Había pensado tantas cosas que me daba miedo que se hicieran realidad. Otra vez no, joder, no. Creo que ya he perdido suficiente gente en mi vida. Y me niego a perderla a ella.

Vamos a Tiburón. Está a tan solo cuarenta minutos escasos de la ciudad de San Francisco. Y pensar que ha estado tan cerca de nosotros y no hemos podido hacer nada para llegar a ella antes. Por el camino, Will nos ha dicho que no tiene apenas dudas de que es una especie de palacete de

color blanco, al más puro estilo Casa Blanca del presidente.

El pueblo es pintoresco. Numerosas mansiones se alzan sobre colinas, desde donde el paisaje es espectacular. Lástima que después de esto nunca más vuelva a este sitio.

Estamos por la zona donde Will ha visto movimientos raros. Suerte que no hemos perdido un tiempo precioso en otras mansiones, porque hemos dado con la que creemos que es. Hay numerosos vehículos con los cristales tintados. Muy útiles para no ser reconocidos. Todo el equipo rodea la mansión. Nos camuflamos entre los arbustos. Hemos encontrado algunos obstáculos, que han sido fáciles de disuadir con alguna que otra maniobra de distracción y ataque. Hay guardias de seguridad por todas partes. Uno a uno los estamos reduciendo. Ahora habrá que saber cuántos más hay ahí dentro.

—Todos atentos a mi señal —bisbisea el jefe, haciendo una señal con la mano a los que estamos en los ventanales principales y comunicándolo por la radio a los demás—. ¡Ahora!

De un golpe, entramos. Todos a la vez. En cuestión de segundos, el interior de la mansión se llena de numerosos policías. Todo el mundo comienza a correr cuando nos ven con los cascos y los chalecos antibalas. Perfectamente equipados para lo que sea que nos encontremos aquí dentro. De pronto, abren fuego desde el fondo de la planta donde estamos y me alcanza en el hombro. Solo me ha rozado por encima, aunque parezca más por la sangre que noto brotar dentro de mi chaleco. Finalmente, son abatidos por los compañeros que los rodeaban por detrás.

Salgo corriendo a buscar a Jackie, cuando ya parece que tenemos a todos los hombres armados tendidos en el suelo. Hay muchas habitaciones en la planta de abajo. Y, a pesar de que no soy muy creyente, ruego a Dios para que ella esté bien.

«¿Dónde estás, Jackie?».

Cuando abrimos una de las habitaciones, encontramos al menos a treinta chicas allí, en el suelo. Están aterradas cuando la puerta se abre. Les decimos que somos policías y comienzan a abrazarse unas a otras. Ninguna de ellas es pelirroja, al contrario, todas son morenas y de piel oscura. Me viene a la mente el nombre del operativo «Tejas Verdes» y no lo entiendo, pero me reprendo al segundo por perder el tiempo pensando esas cosas. En este momento no importa ese maldito nombre.

—¿Habéis visto a una chica de pelo rojo? Alta..., delgada.

«Preciosa», pienso, aunque no lo digo.

Ellas lo niegan con la cabeza y yo comienzo a desesperarme mientras seguimos entrando en las habitaciones. No encuentro a Jackie. Hemos detenido a varios de los clientes del club. A muchos los hemos pillado con alguna chica. La mayoría son menores, de eso estoy seguro. Me aseguraré de que esos desgraciados no vean la luz en mucho tiempo.

Al fondo, hay una habitación. Es la última que queda en esta planta. La sangre de mi corazón bombea a toda prisa. Abro la puerta y vemos a una chica llorando. Siento una gran decepción cuando veo que no es ella.

—Hola. —Me acerco a ella con las manos arriba cuando veo que se asusta al verme entrar—. Tranquila, me llamo Michael. Soy policía. Estás a salvo. ¿Cómo te llamas?

—Malena —me dice entre lágrimas—. Ha desaparecido. Se la han llevado.

Comienzo a sudar y tengo ganas de vomitar cuando le hago la pregunta y conozco la respuesta antes de que ella pronuncie palabra.

—¿De quién hablas, Malena?

—De Jackie. Ella te estaba esperando.

Por unos segundos pierdo la visión y me siento mareado. Jackie estaba aquí y ha

desaparecido. No puede ser verdad. La he vuelto a perder.

«Mierda, Michael. Como siempre, llegas tarde».

—Vi cómo se la llevaba. Intenté impedirlo, pero me dio un manotazo y perdí el conocimiento.

—¿Quién? —le digo desesperado.

—Creo que es uno de los trabajadores del club. ¿Dónde están los señores?

Me explica quiénes son los señores, los depravados que venían al club y lo regentaban. Me cuenta todo lo que ha pasado en el interior de esta mansión. Hemos detenido a muchos de ellos, que estaban aquí, pero todavía hay algunos que faltan. Me habla de Jackie. Me dice que había perdido los micros y que los ha recuperado hoy y por eso se ha comunicado con nosotros. Cuando me confiesa que ella me estaba esperando, me rompe el alma. Le he fallado. No he llegado a tiempo.

Pero juro que no pararé hasta encontrarla.

Aunque esté escondida en lo más profundo de la Tierra.

CAPÍTULO 52

JACKIE

En la actualidad.

Estoy cansada de estar tirada en este frío suelo. Y el olor me produce tantas arcadas que no sé cuánto tiempo más podré resistir aquí. Desde que desperté en esta habitación he ido contando los días —a mi manera—, calculando las horas que pueden estar pasando y, así, los días, y creo que llevo ya casi una semana aquí. En estos días he podido ver la cara de mi secuestrador y la he reconocido. Trabaja en el White Velvet. Lo vi la noche que desaparecí. Estaba con el uniforme de camarero. Cuando vino uno de los hombres de la Madame a buscarme para ir a la fiesta, me choqué en el pasillo con él. En ese instante no me di cuenta, pero cuando nuestras miradas se cruzaron sentí un escalofrío. Puede que fuera mi instinto policial, pero no me gustó.

No sé cómo salir de aquí. Me tiene atada con una cuerda en el tobillo. He intentado zafarme de ella, pero lo único que he conseguido es hacerme daño. Siempre he sido muy bruta y tengo el umbral del dolor bastante alto. Solo cuando he visto la sangre en la pierna, he cesado en mi intento.

Vuelve a abrirse la puerta y veo las escaleras por las que baja el tipo que me tiene retenida.

—¡Toma, come! —Me lanza el plato y se agacha, poniéndose a mi altura—. ¿Ya te has pensado lo que te dije?

Se refiere a la proposición que me hizo hace unas horas, o días, según mi particular forma de contar el tiempo aquí dentro. Me dijo que si dejaba de mirarlo como si fuera una mala persona, se pensaría quitarme la cuerda del pie. Le había dicho que me molestaba mucho y, aunque al principio me dijo un «no» rotundo, después recapacitó, poniéndome esa condición. A simple vista parece no muy difícil hacerle creer a este idiota que no lo veo como lo que es: un tarado. Lo malo es que ya lo intenté, pero no me creyó. Al contrario, se enfureció mucho más. No pierdo nada por volver a intentarlo.

—Sí, lo he pensado y creo que, en el fondo, no quieres hacerme daño. —Sonríe con mucho esfuerzo, pero él tuerce el gesto y yo me doy cuenta de que la he vuelto a fastidiar.

—¡A mí no me engañas, zorra! —Me cruza la cara con un puñetazo y siento que me va a explotar. Maldito enfermo—. Hasta que no vea sinceridad en tus ojos, no te desataré.

—Está bien, lo siento. Solo quiero saber por qué estoy aquí. ¿Por qué me has traído? —le digo mientras me toco la cara enrojecida por el golpe.

Se vuelve a acercar y yo cierro los ojos ante la expectativa de un nuevo golpe en la cara. Sin embargo, y por suerte, nada más lejos de la realidad. Me acaricia la mejilla y me sonrío. ¿Parece dulce? Dios, creo que acabaré con síndrome de Estocolmo si sigo más días encerrada con este loco.

—Si pudieras verme como soy realmente, entenderías que hace mucho tiempo que estoy enamorado de ti. Solo quiero protegerte de las malas personas que tienes a tu alrededor. ¡¿Es que no te das cuenta?! —grita al acabar.

—Sí, sí, ahora lo veo, pero ¿no crees que si me desatas, podría cambiar la forma en que te veo?

Él parece vacilar, pero al cabo de un rato, lo hace. Comienza a quitar el nudo de mi pie. Cuando termina, me siento liberada. Qué importante es sentirte libre, aunque sea con algo tan

insignificante como esto.

—Gracias.

—No soy tan mala persona como crees. Lo único que quiero es protegerte de la gente que te quiere hacer daño y aprovecharse de ti.

Se levanta y se va. Cuando está a punto de cerrar la puerta, grito desde abajo:

—¿Cuándo podré salir de aquí?!

—Cuando me demuestres que eres sincera y reconozcas que solo quiero lo mejor para ti.

Y, sin más, cierra la puerta y escucho cómo la cerradura gira varias veces. Me levanto. Al menos, ya puedo hacerlo. Me duelen las piernas de todo el tiempo que me he llevado sentada en el suelo. Por más que intentara que la sangre circulara no lo podía conseguir. Inspecciono el sótano. El techo es demasiado bajo para mí. Soy alta y estoy justo rozándome la cabeza. Está a oscuras y tropiezo, haciendo más ruido del que quisiera. Hay muchas cajas por el suelo. Rebusco y no veo lo típico que suele haber en el trastero de una casa familiar. Me refiero a adornos de navidad, juguetes que guardamos de los niños y que ya se han hecho mayores, cajas de fotografías viejas, ropa que no nos ponemos y tenemos que llevar a algún sitio para donar... En fin, que esto solo me indica que no estoy en una casa habitada, sino más bien una casa de vacaciones o para pasar los fines de semana. Mierda. Eso lo emporra todo. Seguro que es una casa aislada. No se escucha nada del exterior. Aquí no me encontrarán jamás. Tengo que escapar de este lugar, pero no sé cómo hacerlo.

Me pregunto de qué me conoce este chico si yo solo lo he visto una vez en el club. Como se puede enamorar alguien de ti si ni siquiera has hablado con él nunca.

«Jackie, ¿olvidas que está loco? ¿Y qué todo es irracional?».

«Cierto», me contesto a mí misma. Nada tiene la más mínima lógica en la mente de un psicópata.

Tengo que poner en práctica todo lo que he aprendido en la academia durante tantos meses. ¡Joder! Ahora es cuando debo aplicar todo lo que me enseñaron.

Al cabo de unas tres o cuatro horas —o eso intuyo yo—, vuelve a abrirse la puerta y él baja de nuevo. En cuanto he escuchado la cerradura, me he colocado en el mismo sitio donde me dejó.

—Te traigo algo de comer. No quiero que pienses que te quiero matar de hambre —me dice cuando se acerca y puedo ver que trae una bandeja y en la otra mano, un arma. Tenía pensado hacerle una maniobra de ataque, pero está claro que estoy en desventaja y no podré en este momento. Necesito que confíe en mí y me deje salir de este zulo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No sé si podré contestártela, pero adelante —me dice con una pasividad que me produce un escalofrío al momento.

—Cuando dijiste que querías protegerme de gente mala que me rodeaba, ¿a quién te referías?

—¿Esto es un truco para sacarme información? —Niego con la cabeza al ver que su anterior cara amable ha cambiado a otra llena de ira—. No te diré nombres, pero sé que andabas con un tipo que no te convenía. ¿Es que no te dabas cuenta de que solo te quería para un rato en la cama y después tirarte como un trapo viejo?

El corazón se me paraliza por un instante, al tiempo que mi cabeza corre a mil por hora cuando me doy cuenta de que está hablando de Michael. ¿Quién es este tío? Y ¿de qué conoce a Michael?

—Creo saber a quién te refieres, pero, a veces, ocurre que te rodeas de gente que no te conviene hasta que te abren los ojos. Eso me pasó a mí con él —miento—, pero ya los he abierto.

—Exacto. —Sonríe con cara de loco—. Y eso solo me lo debes a mí. Espero que el tiempo que has estado separada de él te haya servido para recapacitar. ¿Te parece bien que te mandara a un club como en el que estabas? ¡Eso no es amor, joder! —grita.

—Tienes razón, eso no es amor. —«Eso es trabajo, gilipollas», contesto mentalmente—. Aunque me cuesta admitirlo, sé que en el fondo lo que me dices es verdad.

—Bien. Me alegro. Te dejaré que sigas recapacitando en lo que te conviene.

Y vuelve a subir las escaleras.

—¡Espera! —Se gira hacia mí—. ¿Cuándo me dejarás salir de aquí? Necesito caminar y estirar las piernas.

—Ya veremos, tú solo sigue portándote bien.

Se va.

Madre mía, no he conseguido nada. Sigo aquí abajo con poco o ningún margen de maniobra.

Me pregunto una y otra vez quién es y por qué me ha elegido a mí.

CAPÍTULO 53

MICHAEL

Han pasado casi dos semanas desde que entramos en el White Velvet. Las mismas que no sé nada de Jackie. Me da la sensación de que he vuelto a la casilla de salida de este macabro juego. ¡Maldita sea!, no he sido capaz de encontrarla. Hemos detenido a todos los peces gordos que estaban detrás del club, en parte, gracias a ella, a Malena. Esta chica es apenas una niña y ha sufrido mucho. Me ha dicho que uno de ellos, Nicolau, se encaprichó de Jackie y pasaba todas las noches con ella y que también le proporcionaba unos polvos que hacían que el tipo cayera como una marmota. Así que, por suerte, nunca hizo nada con ella. No sé si podré pagarle algún día lo que ha hecho. Se ha portado como una gran amiga y lo menos que le debo es devolverle a su hijo. Me partió el alma conocer su historia. El tal Hermann, uno de los cabecillas junto a Nicolau, abusó de ella durante mucho tiempo, incluso le pegaba después de violarla. Le gritaba que ella lo incitaba a hacer cosas impuras. Al parecer, ese tío es descendiente de uno de los pilotos más reconocidos de la Alemania nazi que formó parte del equipo del mismísimo Hitler. Pertenecen todos ellos a una organización neonazi que sigue pensando que esos cabrones hicieron cosas buenas. Me resultó curioso lo que descubrimos: ellos creían que la raza aria más pura era la que tenía rasgos como los de los pelirrojos, el color del pelo, las pecas en la cara y la piel muy blanca. Unos dementes que se atrevieron a retorcer aún más las ideas racistas de estos psicópatas.

No solo violaba a Malena, sino que, además, la dejó embarazada y no contento con eso, le quitó a su hijo nada más nacer. Ella tenía miedo por él, porque no sabía si querría quitarlo de en medio si nacía con su físico: de piel y pelo oscuro, pero, por suerte, el niño nació con el pelo prácticamente blanco de lo rubio que era y los ojos azules como el cerdo del padre, aunque ella me decía que heredó algo de su familia y que había pasado generación tras generación desde su abuelo hasta ella y ahora también a su bebé: un lunar debajo del ojo derecho. Cuando lo vio, sonrió, pero Hermann apenas la dejó despedirse de él.

Ayer me encargué personalmente de interrogarlo. Al principio, se negó a hablar sin la presencia de su abogado. Lástima que no le sirviese de nada tener contratado al mejor de todo el país. Su caso es indefendible. La presunción de inocencia queda totalmente relegada cuando hay tantas pruebas en contra. Tenían grabaciones de todos los crímenes que cometían con las chicas que obligaban a pelear a muerte. Además de muchos otros delitos como narcotráfico y trata de blancas.

Vamos de camino todo el equipo a casa de ese criminal. No ha sido difícil encontrarla, al igual que la de todos los demás. Vive a las afueras. Llegamos a una inmensa casa rodeada de arboleda. Detrás, hay un jardín lleno de columpios y juguetes para niños. Pienso en Rafael, el hijo de Malena. ¿Estará aquí?

—Buenos días, ¿qué desean? —nos dice una mujer, asustada al ver tantos policías en la puerta y coches patrulla.

—Buenos días, ¿está la señora? —Ella vacila y entonces le muestro el papel que saco de mi bolsillo—. Traemos una orden.

—Pasen, por favor —habla otra mujer de pelo rubio que asoma por detrás de la asistenta—. Soy la señora de la casa.

—Gracias. Inspector García, y estos son mis hombres.

Pasamos y, tras enseñarle la orden judicial, los compañeros suben las escaleras y comienzan a registrar toda la casa. Le explico que su marido ha sido detenido y todo el entramado de su organización. La mujer no sabe nada, a juzgar por la cara de espanto que tiene y las lágrimas que no cesan. Cuando ya le hemos contado todos los crímenes cometidos, le hablo de Malena y de su hijo. Ella comienza a llorar desconsoladamente.

—No puedo tener hijos. Lo intentamos muchos años. Un día me dijo que había contactado con una agencia de adopción y que tenían un niño para nosotros. —Le cedo un pañuelo para que se seque la cara y continúa hablando—: Me trajo un bebé precioso. Se parecía tanto a él, que yo lo amé desde el primer minuto que lo vi.

—Lo lamento mucho, pero ese niño... —No puedo continuar, porque ella me interrumpe.

—Tiene una madre. —Asiento y ella se pone muy seria, y, de pronto, se levanta del sillón donde estaba sentada—. Por favor, acompáñeme.

Me lleva a una habitación que está en esa misma planta. Abre con sumo sigilo para no hacer ruido y al entrar, encuentro una habitación de bebé. Está toda decorada en tonos azules y grises. Al fondo, una cuna con muñecos colgantes y una luz que proyecta estrellas al techo y que ilumina la habitación. Cuando me acerco, observo cómo duerme un niño de mofletes rosados y pelo rubio.

—Es él. Alexander. —Cae una lágrima de su cara cuando acaricia la del niño.

De pronto, el niño abre los ojos y sonríe. Es un bebé precioso y, al girar la cara, veo el lunar debajo del ojo del que me habló Malena. Tengo sentimientos encontrados. Por un lado, alegría por Malena, porque va a recuperar a su hijo; y, por otro, tristeza por la mujer que tengo delante y que sé que quiere a este niño como si fuera suyo. Me consta que lo han tratado muy bien, por su aspecto y por todos los detalles de la habitación y de la casa. Todo está enfocado a su seguridad y bienestar.

Salimos de la habitación. Ella con el bebé en los brazos. Me prepara una pequeña maleta con todas las cosas del niño. Dice que irá a visitar a su marido a la cárcel y, después, se marchará a Berlín con su familia, a la que dejó cuando se casó con Hermann. Me cede al niño cuando ya hemos llegado al umbral de la puerta.

—Adiós, Alexander. Te quiero. —Le da un beso y le sonríe a pesar de las lágrimas, que no dejan de brotar de sus ojos—. Dile a su madre que no le gusta la manzana en la fruta de la tarde, pero que le encantan los plátanos.

—Gracias. Se lo diré.

Nos vamos de allí, con Rafael en los brazos, sonriendo a la que ha sido su madre hasta ahora.

Cuando llego a la casa que le hemos facilitado a Malena, llamo a la puerta. Ella abre y empieza a llorar al verme con su hijo en brazos.

—Hola, bebé. —Le echa los brazos y le sonríe, quitándose las lágrimas, a lo que el niño responde echándole también los brazos para que lo agarre.

Es una imagen tan bonita que me acuerdo de la que he presenciado hace tan solo una hora en casa de la otra mujer y no se diferencian en prácticamente nada. Dos mujeres que aman a un niño, una por haberlo tenido nueve meses dentro de ella, la otra por criarlo y mimarlo desde hace un año. Las dos víctimas del mismo hombre.

Después de dejar a Rafael con Malena, salgo de allí con una sonrisa. La misma que se desvanece cuando veo a Miles salir a toda prisa de la comisaría.

Decido seguirlo. Llamó desde el coche a Duke y le pregunto por él. Me dice que ha vuelto a salir a toda prisa por un tema familiar.

Sé que dije que eran celos, pero siguen sin cuadrarme algunas cosas.
«Miles, ¿qué escondes?».
Sea lo que sea, lo averiguaré.

CAPÍTULO 54

JACKIE

Como decía Napoleón Bonaparte, la victoria pertenece al más perseverante. Y si hay algo de lo que me vanaglorio, es de mi perseverancia. No me canso de intentarlo. Una y mil veces. Eso es lo que he hecho desde que estoy encerrada con este loco: intentar persuadirlo para que me deje salir de este zulo. Si no lo hago, nunca conseguiré escapar.

Así que voy subiendo las escaleras con él detrás, apuntándome con su arma. Lo he conseguido. Una pequeña victoria, pero victoria, al fin y al cabo. Parece que mis dotes de actuación no van muy mal, porque el muy estúpido ha creído que estoy cambiando mi opinión sobre él. Supongo que pensará que estoy sucumbiendo al famoso síndrome de Estocolmo. El caso es que he logrado convencerlo de que me gustaría conocerlo más y para eso, naturalmente, tendremos que hablar en un sitio más cómodo que en el agujero negro donde me tiene encerrada.

—Siéntate. He preparado té y tengo unas pastas que creo que te van a gustar.

—Gracias. Huele delicioso. Eres muy amable. —Bebo un sorbo del humeante té que, curiosamente, está rico—. No me has dicho tu nombre todavía.

—De momento, es mejor que no lo sepas —dice mientras me ofrece la bandeja con las pastas.

Mientras mordisqueo uno de los dulces, observo todo lo que veo. Y me doy cuenta de que estaba en lo cierto. Estamos en una cabaña de madera. Miro hacia las ventanas que, aunque las tiene tapadas con cortinas a cada lado, se cuela una pequeña rendija entre las dos por la que veo árboles y sé que estamos en un bosque. Imagino que será la casa de alguien que pasa aquí las vacaciones o los fines de semana. Y a juzgar por toda la decoración, debe pertenecer a alguien que no tiene problemas de dinero. Todo está decorado de una forma exquisita y se ve que lo han comprado en las mejores tiendas.

Cuando nos hemos tomado el té, él empieza a impacientarse. Está sudando y agarra el arma con sus manos trémulas. No sé qué estará pasando por su cabeza ahora mismo. Está loco y puede reaccionar de cualquier manera. Se levanta de pronto.

—Es hora de que vuelvas abajo —me dice inquieto.

—Espera, apenas hemos hablado. No sé nada de ti. Necesito conocerte para saber cómo eres. Tú sí me conoces a mí, estoy en desventaja. —Sonrío, alzando mis ojos en un intento de relajarlo.

Y parece que lo consigo, al menos, de momento, porque vuelve a sentarse en el sillón.

—Está bien. Somos casi de la misma edad. Tengo diecinueve años.

—Sí, sí, lo somos. Y dime, ¿trabajas o estudias? —le pregunto, con la típica pregunta que te hacen en la discoteca cuando quieren ligar contigo, pero no saben cómo. La diferencia es que yo lo que quiero con él es alargar el tiempo.

—Informática.

Ahora entiendo por qué sabe tantas cosas sobre mí. Si se dedica a ese mundo, seguir mi rastro no le habrá costado nada.

—Qué interesante. Yo soy una negada para el tema de ordenadores. No se me da nada bien.

Se acerca a mí, con el arma muy cerca.

—Si quieres, te puedo enseñar —me susurra al oído mientras pasea sus ojos por mi escote, al tiempo que me acaricia con el arma—. ¡Oh, eres tan guapa! —Me toca el pelo—. Y tu cabello es tan suave y huele tan bien.

«Dudo que mi pelo huela bien después de una semana encerrada en un agujero».

—Gracias, de verdad, eres tan encantador. —Sonríe satisfecho por mis palabras—. Perdona, ¿te importaría que fuera al baño? Necesito un poco de privacidad para hacer mis necesidades, ya me entiendes.

—De acuerdo, no creo que intentes nada; además, no hay nada dentro —dice, después de pensarlo.

Nos levantamos y vamos por el pasillo de la casa. Me sigue apuntando con el arma, que siento clavándose en mi espalda.

—No tardaré —le digo sonriendo cuando me meto en el cuarto de baño.

Rebusco por los cajones algo que pueda ayudarme. En todos los baños hay alguna tijera o alguna pinza o algo punzante. Aquí no hay nada de eso, ¡joder! Con razón ha accedido a que yo entrara. Sabía que no había nada útil para mí. Solo hay un inodoro, una ducha y poco más. Bueno, un triste espejo donde veo reflejada mi cara. Y lo que veo no me gusta. Estoy demasiado delgada. Llevo una semana comiendo mierda, literalmente, y la mayoría de las veces no puedo con ella. Lo intento porque sé que debo tener fuerzas, pero el estómago se me cierra con solo oler su asquerosa comida.

—¡Sal ya! —me grita al otro lado de la puerta.

—Enseguida salgo.

Me rindo. Nada de lo que hay aquí me sirve. Decido salir.

—Perdona, hacía mucho que no me sentaba en un inodoro. Gracias por dejarme usar tu baño.

—De nada, debes volver abajo. Mañana te subiré otro rato si quieres para que sigamos conociéndonos.

Asiento, resignada, caminando de vuelta por el pasillo.

Pero, de pronto, veo algo...

Algo que hace que me detenga.

—¿Qué hace su foto aquí? —Él me mira contrariado.

Mierda, esto no puede ser verdad.

CAPÍTULO 55

MICHAEL

Estoy siguiendo al coche de Miles. No lo he perdido de vista desde que ha salido de la comisaría.
«¿Dónde vas, Miles?».

No me gusta que nos estemos yendo a las afueras de la ciudad. Puede que esté siendo un insensato, pero en estos momentos necesito seguir a mi intuición. Y mi intuición me dice que algo no va bien.

Espero que esté en lo cierto y no me equivoque otra vez con él. Estos días ha estado muy raro. Desde que atrapamos a todos los del club y Jackie desapareció. Estuvo unos días muy nervioso. Y cuando llegamos al club, no sé por qué, pero me pareció que él sabía que allí no la encontraríamos. Juro por Dios que, si tiene algo que ver con la desaparición de Jackie, lo mataré con mis propias manos.

Intento tranquilizarme. Todavía son solo suposiciones y, además, solo las pienso yo. Entramos en el bosque por una carretera secundaria. De pronto, para el coche y yo aminoró mi velocidad. Aparco detrás de un árbol para evitar que vea mi coche. Abro la puerta y me dirijo sigiloso por el bosque. ¿Dónde está? No lo veo. Hace un minuto estaba aquí ¿Cómo coño ha desaparecido?

—¿Tú? —suenas su voz detrás de mí. Me giro y veo a Miles, apuntándome con su pistola que baja al segundo—. Creí que alguien me seguía.

—Sí, yo te seguía. ¿A dónde ibas, Miles? ¡¿Qué explicación tienes para estar aquí?! —le grito.

—Yo podría decirte lo mismo.

—Te lo diré. Creo que tú tienes retenida a Jackie. Ten los huevos de negármelo a la cara.

—Michael, no es lo que piensas... —me dice nervioso.

—Dímelo tú, Miles. ¿Dónde la tienes? —lo amenazo.

—Creo que la tiene mi sobrino Colin —logra decirme, cuando lo tengo agarrado por el cuello y estoy a punto de pegarle un puñetazo.

Lo suelto y le exijo que me explique qué está pasando. Me cuenta que hace unos días registró la habitación de su sobrino. Su hermana le dijo que tenía miedo de que estuviera haciendo algo malo. Fue y sus temores resultaron ser ciertos.

—Lo que encontré no me gustó. Había muchas fotos de Jackie. Saliendo de la comisaría, entrando en su casa, besándose contigo en la puerta de la tuya. Entrando en el club...

Me acerco a él y le pego un puñetazo que hace que le sangre la nariz. Y después lo vuelvo a golpear.

—¡Joder, Michael, para!

—¿Por qué no me lo dijiste? Eres un cabrón. Hemos perdido mucho tiempo.

—¡Lo siento! Pero quería cerciorarme de que era verdad antes de acusarlo. Siempre tuvo problemas de personalidad y yo, como analista, lo veía, pero es mi familia. ¡Joder!

Después de aclararme un par de cosas más que no me cuadraban de su comportamiento, decido que es mejor contar con él para atrapar a Colin. Cogemos el coche otra vez y después de cinco minutos, en los que nos hemos adentrado aún más en el bosque, apagamos el motor de nuestros coches. A lo lejos, diviso una cabaña de madera. Miles cree que la ha traído a esta cabaña que pertenece a su familia y que solo la usan para las vacaciones. Solo espero que no le

haya hecho nada, porque si no, los mataré a los dos: a Miles y a Colin.

Vamos juntos hacia allí. Yo detrás de él. Cada uno con una pistola. Las cortinas de la casa están echadas y no se ve nada por ellas. De pronto, se escucha un fuerte ruido dentro de la casa y, sin pensármelo, decido entrar pegando una patada a la puerta.

Veo al sobrino de Miles que sujeta a Jackie por el cuello. La famosa técnica que hace que pierdas el conocimiento en cuestión de segundos: «el Mata león».

Jackie sabe de artes marciales y, por supuesto, también sabe cómo deshacerse de él. Y eso hace. Gira el cuello hacia el codo de su agresor. Una maniobra que le permite coger el oxígeno del que le estaba privando Colin. Después, se agarra con las manos en el brazo de él, presionando hacia abajo con todo su peso y consiguiendo que él suelte su agarre. Corre hacia mí. Nos abrazamos. La beso en la frente y en el pelo. ¡Dios, gracias por devolvérmela sana y salva!

Miles está apuntando a su sobrino.

Por fin, todo ha acabado. Pero entonces...

—¡No! —grita Jackie.

Me giro en la dirección en la que ella está mirando, pero ya es tarde cuando la bala entra en mi cuerpo y pierdo el conocimiento.

CAPÍTULO 56

JACKIE

Siento cómo me duele la cabeza y, entonces, abro despacio los ojos. Michael está tirado en el suelo, sangrando. Miles le ha disparado. Deben pensar que sigo inconsciente, así que me hago la dormida. Los escucho hablar a los dos.

—Eres un estúpido, Colin. —le dice Miles, pegándole en la cabeza con un manotazo—. ¿Es que no te he enseñado nada? ¡Joder, no has sido nada cuidadoso!

—Lo siento, tío, pero me ofusqué.

—¿Que te ofuscaste? Casi lo echas todo a perder. Eres un idiota.

—¿Qué hacemos para deshacernos del cadáver? —dice, señalando a Michael.

Cuando lo veo tirado en el suelo, en medio de un charco de sangre, casi vuelvo a perder el conocimiento de nuevo. Tengo ganas de levantarme y comprobar que no está... No, no, no puede estar muerto. Él, no. Colin arrastra a Michael hacia la otra habitación, dejando un reguero de sangre por todo el suelo. Entonces, veo como Miles viene hacia mí. Cierro rápidamente los ojos. Espero que no se haya dado cuenta de que estoy despierta. Ahora mismo necesito el factor sorpresa.

Me agarra por los brazos y me sube al hombro, cogiéndome por las piernas. A su espalda, abro los ojos y veo que me intenta llevar de nuevo al zulo en el que he permanecido encerrada todos estos días. Es el momento. Tengo que hacer algo o de lo contrario estaré de nuevo perdida. En un mismo movimiento, levanto una de las piernas y la enredo a su cuello. Intenta tirarme, pero yo consigo atraparlo y lo sujeto con fuerza, dejándolo sin respiración. Justo lo que intentó hacer conmigo su sobrino, solo que yo sí sé cómo agarrar y que no se suelte. Cuando consigo bajar, me agarra por detrás, pero yo le volteo por la cadera y consigo que caiga al suelo. Lo inmovilizo, poniendo un pie sobre su cuello.

Al cabo de pocos segundos, viene Colin, alertado por el ruido que estábamos haciendo y, entonces, aprovecho para coger la pistola de Miles. Los apunto a los dos.

—Esto no tendría que haber terminado así, Jackie —me dice Miles mientras aprieto más fuerte su cuello.

—Tú, ¡dame un móvil! —le grito a Colin.

Él me obedece y saca su teléfono del bolsillo para después lanzármelo a las manos. Llamo a Duke, pero antes de que dé el primer tono y, para mi sorpresa, escucho los coches patrullas llegando a la casa. Cuando entran, atrapan a Miles y a su sobrino, y yo corro hacia la otra habitación.

Veo a Michael tirado en el suelo. Está sangrando demasiado y al tocarlo lo noto muy frío, pero cuando siento sus latidos, a pesar de que son leves, una luz de esperanza consigue animarme al menos un poco.

Llamamos a la ambulancia y cuando vamos de camino al hospital, sujeto su mano. Lleva puesto oxígeno y muchos cables. Abre los ojos y sonrío, tras quitarse la máscara de oxígeno.

—Jackie, estás aquí.

—Sí, pero no te la quites. —Le vuelvo a colocar el oxígeno—. Vamos al hospital. Te pondrás bien, Michael.

Después, le beso la mano y la poso en mi cara, acariciándolo mientras rezo para que salga de esta.

Tiene que salir.

CAPÍTULO 57

MICHAEL

La cama de un hospital no es el sitio más agradable en el que despertar, de eso no hay duda, pero si al abrir los ojos ves la mujer más bonita que has visto en tu vida junto a ti, la idea no me parece tan mala. Ni mucho menos. Me parece la mejor forma de despertar, aunque haya estado a punto de morir.

Cuando salí tras Miles, le mandé a Duke la ubicación de mi móvil en tiempo real y le dejé un mensaje de voz diciéndole lo que pensaba hacer porque desconfiaba de nuestro analista. Por suerte, llegaron a tiempo para llamar a una ambulancia y llevarse a los dos, aunque Jackie los había reducido ella sola sin ayuda de nadie más.

Cuando iba de camino al hospital con su imagen borrosa, solo pensaba en que no podía perderla. No después de todo lo que habíamos pasado para estar juntos otra vez. No estaba dispuesto ahora que la había vuelto a encontrar.

—Hola. —Sonríe cuando abro los ojos y ella me mira y hace lo mismo.

—Hola. —Viene hacia mí y me agarra la mano y la acaricia—. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora que te veo, mucho mejor. ¿Cuánto tiempo llevo en el hospital?

—Te operaron hace dos días. Habías perdido mucha sangre y llevas inconsciente desde entonces.

—Jackie, te he echado de menos. Mucho, en realidad. ¿Te hicieron algo? Has debido de pasar por muchas cosas horribles. Lo siento mucho.

—Michael, estoy bien. Tranquilo. No me ha pasado nada. Yo también te he echado de menos. Cada minuto pensaba en ti y esos pensamientos eran los únicos que me ayudaban a soportar todo lo horrible que estaba viviendo.

—Siento haber tardado tanto en dar contigo, Jackie. Yo... —Pienso por unos instantes si decirle lo que llevo pensando mucho tiempo y no me he atrevido a decirle. Y no sé si es porque estoy colocado por todas las drogas que me están suministrando o porque creo que ya he perdido demasiado tiempo en gilipolleces, pero lo cierto es que ahora no quiero perder ni un minuto más sin hacerlo—. Te quiero. Siempre te he querido. Desde que te conocí.

Se acerca más a mí y siento cómo su olor a dulce caramelo va entrando por mis fosas nasales impregnándose de ella. Apenas está a un segundo de mi boca, tan solo separada de la suya por nuestras respiraciones. Deseo tanto volver a besar sus labios que solo espero a que ella decida unirse a mí, pero, en cambio, se separa un poco más.

—Yo también te quiero, inspector García. No sé cuándo ni cómo ocurrió, solo sé que cuando me di cuenta ya estaba perdidamente enamorada de ti. Como una idiota.

Entonces, sonrío y ella también. Me besa. Es un beso que me sabe a las cosas más dulces que jamás he probado. Es un beso que habla de personas que se desean y necesitan por encima de todo. Un beso que habla de promesas. Tal vez, no sean para toda la vida, pero sí sé que significa que es posible que haya un «nosotros». Enredo mi boca a la suya, explorándonos juntos en el interior. Sintiéndola cálida y húmeda. El beso se vuelve más intenso y la atraigo más hacia mí.

—Cuidado, Michael. No debes hacer esfuerzos —me dice, sin separar nuestros labios y esbozando una sonrisa preciosa. La más bonita de todas.

—No me importa.

—Pueden abrirse los puntos —me dice, acariciando mi cara.

—Si se abren, que los vuelvan a coser. No quiero perder ni uno más de tus besos.

Volvemos a besarnos, hasta que nos separa el sonido de la puerta abriéndose.

—Perdón, siento interrumpir. —La voz de Malena hace que Jackie se gire rápidamente. Parece que no la había vuelto a ver desde que la secuestraron en el club.

—¡Malena! —Se levanta de la cama y la abraza—. ¿Cómo estás? ¡Qué alegría verte!

—Muy bien. Muy contenta. Jackie, recuperé a mi niño —Me mira—. Venía a ver cómo estaba. Él lo encontró. Siempre te estaré agradecida, Michael.

Se acerca a mí y me besa la cara.

Nos cuenta que es muy feliz. Ha recuperado a su hijo y se siente capaz de luchar por la vida. Ahora tiene un motivo más que suficiente para salir adelante.

Alguien llama a la puerta. La cara de Malena se ilumina cuando aparece un precioso niño rubio de ojos azules. Es Rafael. Tiene un año y está empezando a caminar. Viene con una de nuestras compañeras. Enseguida se acerca, tambaleándose hacia su madre, que lo acoge con los brazos abiertos.

—Jackie, te presento a Rafael. —El niño le echa los brazos a mi chica y ella lo coge en brazos, cerrando los ojos mientras lo abraza.

—Hola, Rafael. Soy la tía Jackie. Eres muy guapo y te pareces mucho a tu madre.

Malena sonríe y en el fondo sabe que es así. El niño, a pesar de que es rubio y de ojos azules, no se parece en nada más a Hermann, al contrario, es la viva imagen de su madre.

Todos nos reímos, haciéndole carantoñas al niño, hasta que Malena se despide de nosotros con una sonrisa en la cara.

Nos quedamos a solas.

—Gracias, Michael.

—¿Por qué?

—Por devolverle a su hijo.

—No hay de qué. Una madre y un hijo deben estar juntos. —Le cojo la mano cuando se sienta en el borde de mi cama—. Jackie, ¿recuerdas que un día te dije que la vida para mí era de color blanco y negro? —Ella asiente—. Pues quiero que sepas que desde que te conocí, empecé a ver todos los colores que tú tenías, porque todo este tiempo que he estado separado de ti, me he dado cuenta de que la vida está llena de luces y de sombras, pero debemos quedarnos con lo bueno, con las luces, porque solo así podremos valorarlas cuando no las tengamos.

—Opino igual que tú, inspector García.

Y después, nos volvemos a besar.

EPÍLOGO

Un año y medio más tarde.

Cuando te proteges de lo malo, sin querer, también acabas protegiéndote de lo bueno y al final te das cuenta de que lo has perdido todo.

Después que la misión acabó, decidí que no me quería seguir protegiendo de nada, ni de lo bueno ni de lo malo, y, mucho menos, de Jackie. Solo quería vivir mi vida con ella.

Afortunadamente, todo acabó bien. Con los malos entre rejas, como no podía ser de otra manera.

Malena nos contó que supo que Hermann, después de que su mujer fuera a visitarlo a la cárcel y le dijera que nunca más volvería a verla, decidió acabar con su vida. Aunque sabe que es el padre de su hijo y nunca le deseó la muerte, la verdad es que ahora se ha liberado del miedo a que él saliera y la buscara otra vez. Le ofrecimos trabajar de administrativa a media jornada en la comisaría. Por supuesto, aceptó, porque ese horario le permitía disfrutar del niño cuando saliera del colegio. Ella y Jackie se hicieron muy buenas amigas cuando estaban en el club y ahora lo son más aún. Y, por supuesto, Rafael es como un hijo para nosotros. Hace poco, Jason me confesó que está enamorado de Malena. Aún no sabe si decírselo por miedo a ser rechazado. Los dos se echan unas miradas en la comisaría que cualquiera diría que son solo compañeros. Me alegro por él, porque por fin se ha dado cuenta de lo que es estar enamorado de verdad.

Mirna volvió a su país con su familia. Decidió retomar los estudios, los mismos que había dejado por el trabajo de modelo, que fue su peor pesadilla. Ahora, se siente feliz.

Miles y su sobrino fueron condenados a más de cincuenta años de cárcel. Colin confesó que seguía todos los pasos de Jackie y vio cuando la metían en un furgón, al que siguió hasta que llegaron al White Velvet. La noche que la secuestró, atacó a uno de los guardias y, después, a un camarero al que le robó el uniforme para poder moverse con libertad por el club. No creo que vuelvan a ver la luz del sol, porque, no solo secuestraron a Jackie, sino que, además, trabajaban juntos para raptar a chicas. Gracias a su confesión encontramos enterradas a más de treinta. Por fin, sus familias pudieron despedirse de sus hijas desaparecidas.

Helen, la abuela de Jackie, falleció hace un año. Fue muy duro para ella, pero también para mí, porque le había cogido mucho cariño a esa abuelita dulce que me quería como si fuera su nieto. Yo también la veía como la abuela que nunca tuve. Era una señora muy mayor y su corazón un día decidió que ya no podía aguantar tanto amor que había albergado en su vida. Eso fue lo que nos dijo al despedirse de nosotros, que se iba con el corazón lleno de amor y satisfecho de ver a su nieta con una buena persona y que la quería por encima de todas las cosas. No pude evitar emocionarme cuando me dijo todo aquello. La echamos mucho de menos.

Y de nosotros... ¿qué os puedo contar que ya no imaginéis? Soy tan feliz que, por primera vez, veo la vida de colores. Y eso es solo gracias a ella. Hace seis meses Jackie y yo decidimos irnos a vivir juntos. No podemos pasar ni un minuto separados. Los dos estamos deseando acabar el turno para estar juntos. Prácticamente, ya vivíamos en el mismo apartamento, porque o ella pasaba la noche en mi casa o yo en la suya. Obviamente, hacía mucho que habíamos dejado el cepillo de dientes en el cuarto de baño del otro y alguna ropa por si acaso, así que, al final, decidimos formalizar lo que ya era prácticamente un hecho.

Por fin, vi la serie *Ana de las Tejas Verdes* con Jackie. Los dos juntos, como prometimos antes de entrar en la misión. La verdad es que me gustó más de lo que yo pensaba, aunque, sinceramente, me da igual lo que estén poniendo en la televisión si la tengo entre mis brazos, acurrucada a mí en el sofá y con Sura a nuestro lado.

Ayer nació el tercer hijo de Ruket y Susan. Sí, han vuelto a ser padres. No he visto a una pareja a la que le gusten más los niños y me alegro mucho por ellos. Realmente son los mejores. Algún día, quizás, Jackie y yo también lo seamos.



—Michael, tenemos que levantarnos si queremos ver al bebé antes de que sean las diez de la noche y esté dormido —me susurra mientras yo la beso en el hombro y la espalda.

—No quiero separarme de ti. —La abrazo más fuerte y la atraigo más a mí, hasta que ella se gira. Uno enfrente del otro con nuestras frentes pegadas. Le mordisqueo el labio, depositándole besos por toda la cara. Está tan guapa recién despierta, con los ojos aún hinchados de dormir, que me siento el hombre más afortunado del mundo por verla cada mañana. Ella enreda sus piernas a las mías y yo me río porque me encanta cuando lo hace—. Sabes que eres un poco pulpo, ¿verdad?

Se ríe a carcajadas.

—Lo sé, pero también sé que soy tu pulpo favorito.

—Cierto, lo eres. Y también eres un pulpo con muchas...

—No, por favor —me dice cuando ya es tarde y he comenzado a hacerle cosquillas en la barriga—. Eres una mala persona, que lo sepas.

Los dos nos reímos y, entonces, ella aprovecha para levantarse corriendo de la cama y evitar que siga torturándola. Me tira la almohada a la cara y yo me la coloco detrás de la cabeza, observándola mientras se pone una de mis camisetas con la que está tan sexy. Suerte que se va a la cocina a preparar café, porque si no, creo que no dejaría que se levantara de la cama hasta que hubiéramos hecho mil veces más el amor. Sura también se levanta de los pies de nuestra cama y se va detrás de ella. Esa perra la adora y creo que ha decidido que la quiere más a ella que a mí. Y no la culpo, al contrario, la entiendo. Es difícil no querer estar pegado a Jackie.

—¡El café está listo! —me grita desde la habitación de al lado.

—¿Dónde está ese café? —digo, entrando en la cocina sin mirar.

—¡Vaya!, me lo acabas de tirar encima —me dice, riendo a carcajadas con la camiseta marrón de todo el líquido derramado.

La cojo de la cintura y la beso.

—Esto me recuerda a cuando nos conocimos y me manchaste la camiseta en la comisaría. Ahora te ha tocado a ti.

—Sí, así es. A esto creo que se le llama cerrar el círculo. Aquello fue la chispa.

—¿La chispa?

—Sí. Basta con una sola chispa para que el fuego se encienda y esa fue nuestra chispa.

—Te quiero, agente Woods —le digo, al tiempo que la subo a la encimera de la cocina y me cuelo entre sus piernas.

—Yo también te quiero, inspector García.

—¿Qué te parece si nos tuteamos, Jackie?

—Me parece estupendo, Michael.

FIN

AGRADECIDIMIENTOS

Con *Operación Tejas verdes* he puesto por cuarta vez la palabra FIN y, como con mis tres novelas anteriores, ha sido posible gracias a todas las personas que me rodean y me apoyan incondicionalmente.

Mi primer GRACIAS es para D, mi compañero de vida y el que soporta que esté más horas delante del ordenador de las que debería, pero que siempre lo hace con una sonrisa, porque sabe que es lo que me hace más feliz. Gracias por ocuparte de todo lo demás para dejar que yo cumpla mis sueños.

GRACIAS, como siempre, a mis niñas, que son mis fans número uno y de las que me siento muy orgullosa por las personas en la que se están convirtiendo.

GRACIAS a mis hermanas y a toda mi familia, que me apoyan siempre y hacen publicidad de mis libros mejor, incluso, que yo misma.

GRACIAS a mis compañeros de trabajo, por ser los primeros lectores de mis libros y darme siempre ese empujoncito para que siga escribiendo.

GRACIAS a mis amigas, C, MJ, Y, por su amistad incondicional y por animarme a seguir con esta locura que me hace tan feliz.

GRACIAS a toda la comunidad Bookstagram tanto de lector@s como de autor@s, porque he encontrado verdaderas amig@s y a las que les agradezco su apoyo y sus consejos, porque sin ell@s nada de esto tendría sentido. Hay un montón, pero como no puedo nombrarlas a todas, esta es una representación de algunas de ellas: @rosana.lenn.autora, @galernica@lalectoremisteriosa, @quilaknabooks, @aneleamme, @ariadna_@libroholicas2022, @a.a_neus...

A mis amigas de Instagram, en especial al @clubdelecturasgrupales, a Lidia, a Tere, a Rosmary, a Arantxa, a Eva, a Tamara, a Felicia, a Isa, a Ana y, a todas las que se han ido sumando a esta familia lectora que todos los viernes nos reunimos virtualmente y lo pasamos tan bien hablando de libros.

Y por supuesto, GRACIAS A TI, que ahora estás leyendo estas últimas páginas, por darle una oportunidad a esta historia entre tantas otras.

ACERCA DE LA AUTORA

Nació en Sevilla y, a pesar de que siempre le apasionó el periodismo, la vida la llevó por otro camino y acabó estudiando Derecho. Desde hace años, vive en Tenerife, su segundo hogar, una isla de la que se enamoró desde que llegó.

Escribir es una de sus grandes pasiones y la que intenta compaginar con su día a día. Siempre le gustó la escritura, pero no fue hasta febrero de 2022 cuando se atrevió a publicar su primera novela *Desayuno con Audrey*, a la que le seguiría meses después, *Surfeando Olas de Chocolate*. En 2023 publicaría su tercera novela *Corazones de Colores*. *Operación Tejas Verdes* es su cuarta novela.

Le encanta leer, escribir, la música y el helado de Stracciatella.

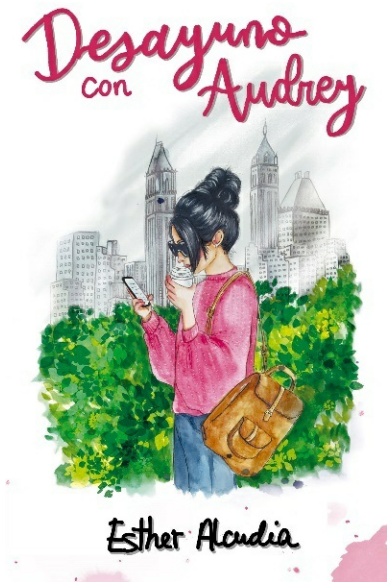
ENCUÉNTRALA EN REDES

Instagram : @losbookdeesther

Facebook: Esther Alcudia.

OTROS LIBROS DE ESTHER ALCUDIA

Desayuno con Audrey



Sinopsis:

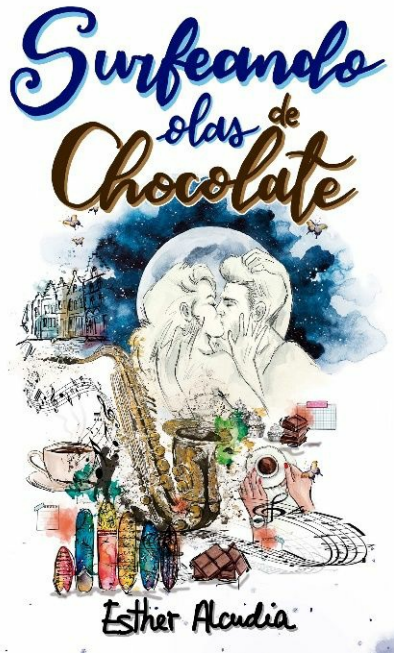
Audrey y Mathew se conocen desde que eran niños. Él siempre estuvo enamorado de ella pero el destino los separó. Ahora vuelven a encontrarse tras una década separados. Ambos comienzan la residencia en el mismo hospital de Manhattan y aunque se atraen desde el principio nuevamente las circunstancias y el momento en que se encuentran los separa.

¿Podrá el amor unirlos de nuevo?

Una historia que habla de segundas oportunidades y del juego caprichoso del destino.

Consíguela en: <https://relinks.me/B09TJMGRVS>

Surfeando olas de chocolate



Sinopsis:

Olivia vive en Tarifa. Allí practica su gran pasión; el surf. Tras su ruptura amorosa, y con la idea de huir de sus problemas, acepta una oferta de trabajo, fuera de España.

Dylan, es un joven chocolatero, amante del jazz que oculta un secreto de su pasado. Cuando conoce a Olivia, su nueva vecina, todo su mundo se pondrá patas arriba.

Unas divertidas notas debajo de la puerta acabarán siendo la manera en la que ambos se comunican.

Pronto la amistad entre los dos se convertirá en algo más...

¿Serán capaces de romper los muros que los separan?

Una divertida historia de amor, amistad y superación, donde las segundas oportunidades dependen a veces solo de nosotros mismos.

Consíguela en: <https://relinks.me/B0B6WPWRDN>

Corazones de colores



Sinopsis:

Marta cree que lo ha perdido todo desde que el amor de su vida se marchó persiguiendo su sueño. Lo que iban a ser seis meses separados, han resultado ser algunos más. Ahora intenta recuperar el color de su vida.

Haydée siempre ha huido de su pasado. El mismo día que los fantasmas vuelven a aparecer, una nueva compañera de piso será el soplo de aire fresco que necesitaba.

Alexis pensó que le habían ofrecido la oportunidad que siempre había esperado y se marchó tras ella, pero lo que no sabía era que por el camino tendría que desprenderse de todo lo que amaba, incluida la única chica que le había robado el corazón para siempre.

Antoine es feliz con su anodina vida. Durante cuatro años ha vivido así. Cree que no necesita nada más, hasta que una noche se cruzará en su camino una nueva ilusión que le pondrá patas arriba su mundo.

La ciudad de París será el punto de unión de estas personas que, por casualidad o tal vez causalidad, descubrirán que, en ocasiones, lo más importante es estar en el momento y lugar adecuados.

¿Conseguirá la ciudad del amor llenarlos de color?

¿Volverán a ser cuatro corazones de colores?

Te invito a que lo descubras viajando por París y te enamores de todos ellos.

Consíguela en: <https://relinks.me/B0BW9TCCR9>

